LEÓN DUJOVNE

SPINOZA

SU VIDA – SU ÉPOCA – SU OBRA – SU INFLUENCIA

I

LA VIDA DE BARUJ SPINOZA

Universidad de Buenos Aires.

Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Filosofía.

Buenos Aires, 1941.

PRÓLOGO

Es abundante la literatura consagrada al estudio de Spinoza. Cuando aún vivía, se le combatió y se le defendió. Poco tiempo después de su muerte, y por largas décadas, se le olvidó casi, hasta que a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX fue sacado del olvido. A partir de esa época se convirtió en factor ponderable en la vida espiritual de Occidente. Su pensamiento actuó desde entonces en formas diversas, y al propio tiempo fue acrecentándose el interés por los detalles de su vida y los orígenes de su filosofía.

En los últimos años su obra ha despertado la atención preferente de historiadores y pensadores, al extremo de que se podría decir que pocos filósofos modernos han merecido tantos estudios e investigaciones como los que se han dedicado a Spinoza desde la década final del siglo pasado. A varios centenares llega el número de los libros y ensayos que se ocupan del examen de su obra y del análisis de los factores que han contribuido a la formación de su sistema. Tampoco faltan algunos trabajos sobre la influencia que ejerció en el pensamiento posterior a él. Mas a pesar de ello, y no obstante que ya han transcurrido más de dos siglos y medio desde la muerte de Spinoza, sus escritos son interpretados de maneras diversas, habiendo permanecido inexplorados algunos de ellos hasta hace muy poco tiempo. Los juicios con que ha sido apreciada su obra son con frecuencia radicalmente contradictorios; abarcan desde el panegírico

hasta la detractación.

La obra de Baruj Spinoza, en el momento de su aparición, fue motivo de agudas controversias y lo sigue siendo hasta hoy. Desde fines del siglo XVIII hasta nuestros días no pocos pensadores y escritores ilustres han dicho palabras en extremo elogiosas de Spinoza. Otros, en cambio, se han expresado respecto de él en términos de la más rotunda animadversión. Recordemos una opinión de Herder: "El amor es la razón más alta, como es la más pura, divina, voluntad; si no queremos creérselo a San Juan, creámoselo a Spinoza, el cual, sin duda, fue mucho más divino, y ha desarrollado una filosofía y una moral a la que sirve de eje el amor". Junto a esta apreciación cabe mencionar muchas en las cuales se dice que "Spinoza ha socavado el fundamento de la fe y ha intentado destruir el edificio de la religión".

La vida del filósofo, la nobleza de su carácter, siempre fueron respetadas. Su saber se discutía a veces; la Ética *difícilmente podía ser tolerada; el* Tratado Teológico-Político *ciertamente provocaba fuertes enconos.*

A los 11 años de la muerte de Spinoza, había exclamado Daniel Mahrof en su obra Polihistor: "*¿Puede haber, acaso, algo más perverso que los libros de Benedicto Spinoza? Y, sin embargo, triunfan sobre todos con su marcha victoriosa". Un siglo después Voltaire no fue más suave en su calificación de las ideas de Spinoza, aunque estimaba la austeridad del filósofo: "Se ha de rechazar su ateísmo -dice-, pero para eso*

no hay que inventar mentiras sobre su persona. Se ha de reconocer abiertamente que en ningún sentido hombre alguno ha estado tan lejos como él del vanidoso afán de los honores; no lo calumniemos mientras lo condenamos".

Para Federico Schleiermacher, estaba Spinoza "penetrado por el elevado espíritu del universo; lo infinito era su principio y su fin: el universo, su único y eterno amor. Con santa inocencia y con profunda humildad se reflejó en el mundo eterno y vio también que era su espejo preferido. Estaba lleno de religión y de espíritu santo, y por eso permanece sólo e inaccesible. Es maestro en su arte, elevado por encima de las gentes profanas, sin discípulos y sin derechos de ciudadanía".

Poetas, y de los más grandes del último siglo y medio, han celebrado las ideas contenidas en la Ética *de Spinoza, libro de árida forma geométrica.*

Conocida es la admiración que le profesaba Goethe. Heine decía: "La doctrina de Spinoza se ha despojado de la vestimenta matemática y murmura en torno nuestro como un canto de Goethe. De ahí procede la ira de nuestros ortodoxos y pietistas contra el canto de Goethe. Continuamente persiguen con paso de oso a esa mariposa que siempre levanta vuelo".

Y Heine agregaba: "Todos nuestros filósofos de hoy ven el mundo a través de los lentes que Baruj Spinoza ha pulido, a veces, quizás, sin saberlo".

Podríamos ampliar la lista de los juicios que personalidades de alto rango han formulado sobre Spinoza. Es suficiente con los arriba mencionados como muestra de cuánto ha interesado la obra de Spinoza a espíritus esclarecidos. Mas a la par de este interés por el pensamiento del filósofo, se comprueba un hecho extraño. Si bien es verdad que son numerosos los estudios dedicados a Spinoza en lenguas diversas, es también cierto que casi no existen obras de conjunto que abarquen los distintos problemas y manifestaciones que suscita Spinoza en la historia del pensamiento moderno. Acaso se deba ello a que cada uno de esos problemas y manifestaciones haya bastado por sí sólo para absorber largo tiempo y mucho esfuerzo de los eruditos y agudos investigadores del espinocismo en los últimos cinco decenios. El raro destino del sistema de Spinoza explica que no existan respecto de él libros como los consagrados a Descartes o a Kant y explica también que los trabajos más valiosos acerca de su vida y su pensamiento sean de años recientes. El autor de cualquiera de ellos, de haber dispuesto de los materiales reunidos por los otros investigadores y de las reflexiones de los comentaristas coetáneos, habría podido hacer la obra global que falta. Pero esos trabajos se efectuaron casi simultáneamente. Reunidos, proporcionan hoy sólida base al intento de hacer un estudio de conjunto de la vida, de la doctrina y de la influencia de Spinoza en la cultura europea.

En la obra cuyo primer volumen presentamos aquí al lector, procuramos ofrecer en un

trabajo de conjunto una exposición de la ascendencia de la filosofía de Spinoza, de la formación de su personalidad y de la trascendencia de su doctrina en el pensamiento europeo. No habríamos podido realizarla, aun con todas las deficiencias que nos es fácil reconocer, si no hubiéramos contado con preciosos elementos de la bibliografía espinociana de las décadas recientes. Con ella no pretendemos llenar un vacío en la literatura filosófica universal, pero creemos que por lo menos servirá en la literatura filosófica española de incitación a quienes puedan llevar a feliz término una empresa como la que por nuestra parte cumplimos con notoria escasez de medios.

De cuatro tomos constará esta obra. En el primero, que entregamos hoy al lector, se hace una biografía de Spinoza, una crónica de sus días, una descripción del medio humano en que creció y vivió.

En el segundo tomo expondremos las circunstancias espirituales de su época; las tendencias dominantes en ella, tales como se manifestaban en la ciencia, en la filosofía, en el arte, en la religión y en la política. En este último punto, haremos especial referencia a Holanda, la patria de Spinoza. Procuraremos señalar la influencia que ejercieron en él esas peculiares circunstancias de su tiempo. También procuraremos describir la acción que en su pensamiento ejercieron las ideas que adquirió en su primera educación. En ese segundo volumen dedicaremos especial atención a la biblioteca del filósofo, parcialmente reconstruida, en cuanto ella permite descubrir

rastros de influjos intelectuales que gravitaron en la orientación de sus ideas.

Son muy diversas las opiniones expuestas por investigadores prestigiosos acerca de los factores que más han contribuido a la configuración singular de la filosofía de Spinoza. Unos autores han subrayado determinados elementos y han omitido o menospreciado los demás. Otros, a su vez, incurriendo en análogo error, han acentuado en exceso los que antes habían sido puestos de lado o subestimados. Nos esmeraremos en señalar lo que a nuestro juicio hay de legítimo en las tesis divergentes y esbozaremos un diseño lo más fiel posible de la formación intelectual del filósofo.

En el tercer volumen haremos la exposición del pensamiento de Spinoza tal como aparece en sus libros. Nos atendremos con la mayor pulcritud a sus propias palabras. La forma en que Spinoza redactó su obra más importante, la Ética, *hace harto difícil esta tarea. Trataremos de cumplirla del mejor modo. Luego indicaremos las varias interpretaciones de que ese pensamiento es susceptible. Distintas, en efecto, y aún contradictorias, son las imágenes que se han trazado de la doctrina de Spinoza. En cuanto a su significado histórico, nos encontramos con apreciaciones opuestas, corno la de Harry Austryn Wolfson, para quien Spinoza es "el último de los medievales", y la de Carl Gebhardt, para quien es el filósofo del Barroco. Igualmente opuestas son algunas de las más conocidas versiones de la doctrina misma del filósofo. Se plantea aquí al estudioso un problema similar al creado por la diversidad de las* genealogías *del*

espinocismo expuestas por distintos autores. El mejor modo de resolverlo es el examen objetivo de la obra misma de Spinoza y la clara y coherente exposición de lo que ella contiene. Spinoza escribió en el siglo XVII, cuando aún no se había formalizado, como en el presente, la diversificación de las varias disciplinas filosóficas con sus objetos particulares, sin mengua de la unidad inherente a todo sistema de filosofía. Al ofrecer nuestra exposición de las tesis del filósofo, procuraremos conciliar la máxima precisión de que seamos capaces con la mayor fidelidad a sus ideas originales.

Ese tercer volumen abarcará, junto a las ideas metafísicas y gnoseológicas, psicológicas y morales, las que se relacionan con el derecho político, tales como aparecen en los dos tratados que el filósofo dedicó a esta materia. También en este punto han sido rotundas las discrepancias entre historiadores de la filosofía. Para unos, es Spinoza el padre de las teorías que someten totalmente el individuo a la supremacía incuestionable del Estado; para otros, la verdad está en lo contrario. Según Spinoza –así dicen- el Estado no tendría más función que la de garantizar la libertad de los individuos; salvaguardar la de todos ellos mediante un orden que asegure una pacífica convivencia de los súbditos. También aquí aparece, junto a la variedad de las versiones del pensamiento de Spinoza, una marcada diferencia entre las genealogías *con que se le glosa. De* Spinoza y Maquiavelo *hablan unos autores; a* Spinoza y Hobbes *se refieren otros, mientras algunos lo muestran preocupado especialmente por los problemas sociales y políticos de su país y vinculado a determinadas tendencias que actuaban en él. De ahí que respecto a*

esta faz de la obra de Spinoza debamos proceder como con el resto de ella. Enunciaremos, a la vez que sus propios argumentos, las diversas interpretaciones que de ellos cabe formular.

En el cuarto volumen estudiaremos la historia del espinocismo, las críticas de que fue objeto y sobre todo la influencia que ejerció. Rara suerte ha tenido Spinoza en este sentido. Después de un largo período en que su pensamiento pareció soterrado, resurgió a la curiosidad y al interés de los medios cultos de Europa. Y lo más extraño es la modalidad con que la influencia de Spinoza se ejerció. Ella se extiende desde la poesía hasta las ciencias naturales y se manifiesta en autores aparentemente nada afines entre sí que se han confesado por igual adeptos de su filosofía.

Para comprender la acción de las ideas de nuestro filósofo en la cultura europea, se hace necesario determinar el matiz de su concepción del mundo que en los casos dados ha obrado en el espíritu de un creador o de una época. Existen ciertamente ensayos parciales sobre el influjo de pensamientos de Spinoza en tal o cual país o en tal o cual período histórico, pero falta un trabajo de conjunto como el que intentaremos realizar en ese cuarto tomo.

Algunas palabras sobre el presente volumen.

No es tarea fácil la de reconstruir la vida de Spinoza. Vida admirada y admirable, pobre en episodios llamativos, muchos hechos interesantes de ella eran desconocidos hasta hace pocos años. Otros aún hoy se conocen incompletamente. El carácter de Spinoza y las condiciones singulares en que vivió, explican que se ignoren respecto de él detalles que aún tratándose de figuras menores son descritos minuciosamente.

En la composición de la biografía que de él presentamos aquí, hemos utilizado en primer término los viejos relatos de su existencia. Ellos se encuentran incluidos, en forma que hace fácil su empleo adecuado, en Zum Charakter Spinozas, *tercer tomo de la* Philosophische Weltbibliothek. *Las crónicas a que nos referimos son seis. La primera de ellas fue compuesta por Juan Maximiliano Lucas y apareció diez años después de la muerte del filósofo. Es probable que Lucas haya figurado entre los amigos cercanos de Spinoza.*

Luego, la de Juan Colerus o Köhler, predicador de la iglesia luterana de La Haya varios años después de fallecido Spinoza. La biografía escrita por Colerus apareció en 1705. Colerus pretende haber recibido noticias sobre el filósofo de personas que lo trataron directamente.

A poco de morir Spinoza se publicó la edición póstuma de sus obras. Esta edición trae un prólogo escrito verosímilmente por Jarig Jelles, uno de sus amigos más devotos. En dicho prólogo se encuentran datos sobre la vida del filósofo.

Un profesor de teología de la Universidad de Kiel, Christian Kortholt, escribió en 1680, con el título De Tribus Impostoribus, *un violento panfleto contra Hobbes, Herbert de Cherbury y Spinoza. Veintiún años después publicó un hijo de él, de nombre Sebastián, también profesor en Kiel, una nueva edición del mismo escrito, agregándole algunos datos sobre la vida y el carácter de Spinoza.*

Pierre Bayle, en su Diccionario, *dedicó a Spinoza un artículo que fue consultado frecuentemente por biógrafos posteriores.*

Entre 1743 y 1786, escribió un médico de Ámsterdam, de nombre Juan Monnikhoff, una breve biografía de Spinoza. Ella figura junto con las otras en el ya mencionado volumen de la Philosophische Weltbibliotek.

Se las vidas *de Spinoza escritas por Lucas y Colerus, hemos consultado también el texto incluido por Emile Saisset en el segundo tomo de su edición francesa de las* Obras de Spinoza.

Recién en 1899 fueron reunidos en forma aprovechable los escritos y diversos documentos relacionados con la biografía de Spinoza. Jakob Freudenthal realizó esta labor de colección de las fuentes conocidas al finalizar el siglo pasado, a la vez que de examen y de apreciación de todas ellas. La obra de Freudenthal apareció en el mencionado año en Leipzig, con este título: Die Lebensgeschichte Spinozas in

Quellenschriften, Urkunden und nichtamtlichen Nachrichten. *Cinco años después, y sobre la base de esta documentación, compuso Freudenthal una* vida de Spinoza.

A su fallecimiento dejó Freudenthal sin publicar un estudio sobre la obra del filósofo, estudio que en 1927 fue editado, junto con la biografía de 1904, por la Societas Spinozana *con el título de* Spinoza, Leben und Lehre. *La edición fue hecha bajo la dirección de Carl Gebhardt, el cual elaboró el texto que Freudenthal dejó inédito. Es éste uno de los libros que hemos utilizado con más provecho.*

Carl Gebhardt es autor, él mismo, de varios estudios sobre distintos problemas relacionados con la personalidad y la época de Spinoza. También ha publicado sobre la vida y la doctrina de Spinoza un pequeño volumen (ed. Reclam), *sin duda valioso, en el que resume las conclusiones de sus ensayos monográficos dedicados al filósofo. Éstos tienen una significación comparable con la de la referida obra de Freudenthal y la de los estudios que a Spinoza ha consagrado el sacerdote jesuita Estanislao von Dunin Borkowski.*

Fuera de algunos trabajos monográficos, ha escrito Dunin Borkowski una extensa obra sobre la vida, el ambiente y la obra de Spinoza. Comprende cuatro volúmenes, de los cuales el primero se intitula: Der Junge de Spinoza, Leben und Werdegang im Lichte der Weltphilosophie. *Apareció en Münster en 1910. Los otros tres fueron publicados en 1933, 1935 y 1936 con el nombre común de:* Aus den Tagen Spinozas, Geschehnisse,

Gestalten, Gedankenwelt. *Antes de salir a luz estos tres volúmenes, apareció del mismo autor un pequeño tomo de comentarios sobre diversos asuntos relacionados con la vida y el pensamiento de Spinoza. Lleva por título el nombre del filósofo y se publicó en 1932.*

Los trabajos de Gebhardt y de Dunin Borkowski nos fueron tan útiles como los artículos incluidos en los cinco tomos del Chronicon Spinozanum, *publicación dedicada al estudio de Spinoza y en la que colaboran los autores europeos y americanos de más prestigio en la materia.*

Entre las obras que hemos consultado con provecho debemos también mencionar las siguientes: Madeleine Francès: Spinoza dans les pays néerlandais de la seconde moitié du XVII siècle. *1ª parte, ed. Alcan, 1937*; Paul Siwek: Spinoza et le panthéisme religieux, *con prefacio de Jacques Maritain, ed. Desclée de Brouwer, Paris, 1937*; Sir Frederick Pollock: Spinoza, *ed. Duckworth, Londres, 1932*; Lewis Browne: Blessed Spinoza, *Macmillan, Nueva York, 1932*, *y el libro de Jacob Schatzky sobre* Spinoza y su ambiente, *publicado en idisch en Nueva York en 1927.*

En la obra de Kuno Fischer, en alemán, y en los libros franceses de P. L. Couchoud y J. R. Carré hay algunas noticias sobre la persona de Spinoza.

Numerosas reproducciones de documentos relacionados con la historia de Spinoza, algunos de ellos desconocidos hasta los últimos años, se hallan incluidas en: A. M. Vaz

Días *y* W. G. Van Der Tak: Spinoza Mercator & Autodidactus, *ed. Martinus Nijhoff, s. Gravenhage, 1932*. *Contribuyen a aclarar ciertos aspectos de la vida del filósofo.*

En los libros de Spinoza apenas se encuentran contadas páginas que puedan ser vinculadas directamente con hechos particulares de su propia existencia. Su correspondencia, en cambio, permite conocer sucesos de su vida y rasgos de su carácter. Por ello hemos creído de interés reproducir fragmentos de varias de sus cartas. En algunos casos hemos trascripto el texto íntegro de epístolas de Spinoza por tratarse de documentos de valor excepcional. En este aspecto de nuestro trabajo hemos empleado la traducción francesa de Ch. Appuhn y la alemana de Gebhardt. El prefacio de este último a su edición del epistolario del filósofo nos ha ilustrado sobre los antecedentes de las personas con quienes Spinoza mantuvo correspondencia. Ambas ediciones, la de Gebhardt y la de Appuhn, contienen un número de cartas mucho mayor que el de la edición póstuma de las obras de Spinoza.

LEÓN DUJOVNE.

Buenos Aires, febrero de 1941.

TOMO I

I.

LOS ORIGENES DE SPINOZA

CAPITULO 1

LOS JUDÍOS EN HOLANDA. LA COMUNIDAD SEFARDITA DE ÁMSTERDAM

Los judíos españoles. Su historia. Las persecuciones. Los marranos. Los hebreos de origen ibérico en Holanda. La comunidad sefardita de Ámsterdam. Los judíos en la vida económica y cultural de Holanda.

En la vida de Spinoza hubo un solo episodio dramático: su expulsión de la Sinagoga por el Colegio de Rabinos de Ámsterdam. Spinoza tenía entonces algo menos de veinticuatro años. Nacido y educado en Holanda, país del cual nunca salió, cuando quiso defender su conducta de las acusaciones de quienes lo habían excomulgado, redactó una *Apología* cuyo texto no se conoce hoy. Este documento lo compuso Spinoza en la lengua de

Castilla. Españoles eran los autores de las novelas, dramas y poesías que tuvo en su biblioteca. En sus libros cita a pensadores de España. Estas coincidencias no son casuales. Ellas son harto significativas en la existencia de nuestro filósofo, pues la comunidad israelita de Ámsterdam, en cuyo seno vivió Spinoza, fue un retoño del judaísmo de la Península Ibérica. La historia de esa comunidad es, en parte, el capítulo final de la historia de los judíos de España. La vida de los hebreos de Holanda sólo es comprensible en función de su origen ibérico; sus modalidades intelectuales tenían en las juderías españolas antecedentes de los que no se puede prescindir en una biografía de Spinoza. Judío, español y holandés fue Spinoza, y sólo a favor de las peculiaridades de esta triple condición y por las tendencias espirituales de la época en que vivió, se hacen plenamente inteligibles su carácter, sus ideas y sus libros, en cuanto no fueron expresión de un temperamento y de un genio individuales.

Por eso hemos de comenzar nuestro estudio con una exposición, sumaria por fuerza, de la historia de los judíos de España e incidentalmente de los de Portugal, para luego hacer una reseña del proceso de formación de la comunidad en medio de la cual vio la luz Baruj Spinoza.

Los judíos llegaron a tierras de España en días muy lejanos. Para el historiador Graetz debían ya haber formado comunidades en tiempos de San Pablo. En la época de los emperadores Vespasiano, Tito y Adriano ingresaron en España judíos vencidos en las

insurrecciones contra el Imperio de Roma. Lleváronlos a la Península Ibérica los triunfadores, y a su arribo a ella encontraron judíos establecidos ya anteriormente. Durante siglos permanecieron en esa península, se identificaron con ella, padecieron desdichas, conquistaron la gloria. Granada había sido llamada, dice un historiador árabe del siglo X, ciudad judía. En Córdoba hubo una puerta de los judíos, y en Zaragoza existió una fortaleza que en el período árabe llamábase Ruta al Jahud[1].

Amador de los Ríos examina los argumentos que se dan en favor de la tesis de que los judíos llegaron a España antes de que fuesen al país los romanos. Juzga verosímil que se hubiesen radicado en tierras ibéricas junto con tirios y fenicios. En Abdera, que fue población fenicia, encontróse un epígrafe que permite afirmar que allí vivieron hebreos junto a los fenicios. En cuanto a la fecha de que data, el historiador Hübner opina que es del siglo III; ese epígrafe sería "el lazo que une las antiguas tradiciones mosaicas y las indicaciones de los geógrafos clásicos con los documentos realmente históricos que a la mencionada grey se refieren"[2].

Durante la época de los romanos habitaban los hebreos en las ciudades y en las campiñas. Agricultores, cultivaban sus viñedos y sus olivares. Comerciantes, transportaban a la costa del África sus mercancías. Vivían en una atmósfera pacífica. Jurídicamente iguales a los demás habitantes del país, no se les vejaba con ninguna medida discriminatoria. Los pobladores autóctonos que adoptaban el culto cristiano, distinguían difícilmente las dos

[1] H. Graetz: *Les Juifs d 'Espagne.* Trad. de Georges Stenne, ed. Levy, París, 1872, pág. 5.
[2] José Amador de los Ríos: *Historia social, política, religiosa de los judíos en España y Portugal*, Madrid, 1875, t. l, pág. 69.

religiones; paisanos había que veían sin asombro alguno que la heredad por ellos trabajada fuese bendecida a la vez por un judío piadoso y por un sacerdote católico[3].

En los cánones del concilio de Elbira se descubre un enérgico esfuerzo de la cristiandad para poner fin a ese estado de convivencia pacífica en el que eran frecuentes los matrimonios entre cristianos y judíos. En dicho concilio participaron diecinueve obispos, veinticuatro presbíteros y considerable número de diáconos y legos. Fue su propósito defender el catolicismo, amenazado "por la gentilidad y por la herejía". Acerca de sus decretos, afirma Amador de los Ríos que "las leyes por él formadas respecto de la grey judía, echando los cimientos al divorcio social, que en futuras edades iba a ser funesto para la civilización española, fomentaban dolorosamente entre ambos pueblos el naciente odio y el antagonismo de religión y de raza".

Fue ésta la primera ruda prueba a que se hallaron sometidos los hebreos de España, en quienes el orgullo de su abolengo contribuyó a acentuar la pesadumbre por los decretos del Concilio de Elbira. Afirmaban unos descender de hebreos conducidos a España por el conquistador Nabucodonosor. Familias judías hubo en España de las que se aseveraba que procedían de la casa real de David. Ellas se habían establecido desde tiempos inmemoriales en la vecindad de Lucena, de Toledo y de Sevilla[4]. En la *Historia*

[3] Max L Margolis y Alexandre Marx: *Histoire du peuple juif*, trad. de .T. Robillot, ed. Payot, París, 1930, pág. 282.
[4] H. Graetz: *Op. cit*., pág. 5.

Universal Judaica de De Barrios se trascriben versos de un poeta hispano-judío en los que aparece "la vanidosa leyenda" de la fundación de Toledo por los hebreos.

Fue en dicho concilio de Elbira, presidido por el obispo Osius, de Córdoba, que la Iglesia católica prohibió a sus fieles todo vínculo amistoso con los judíos.

Al producirse la invasión de los bárbaros en España, ocurrió un cambio en la situación de los hebreos del país. Los invasores trataron con más dureza a los católicos que a los judíos; los primeros eran para ellos romanos. Sin predilección y sin particular animosidad hacia los hebreos, los visigodos no les impusieron restricciones en sus derechos. Mientras España fue provincia del imperio Tolosano-visigótico, contribuían los hebreos a proteger su frontera pirenaica de invasiones de los francos. Tampoco sufrieron de limitaciones los hebreos de la provincia de Narbona, y tampoco los del Norte de África. Esos hebreos cumplían escrupulosamente las prescripciones del rito judío y eran adoctrinados por maestros que les enviaban las comunidades de Judá y de Babilonia con las que mantenían relación permanente.

Al abandonar los visigodos el arrianismo, la situación sufrió un cambio brusco. Numerosas interdicciones fueron impuestas a los hebreos después de que el rey Recaredo adoptó la religión católica, en el concilio de Toledo, en 589. En ese concilio dictáronse disposiciones similares a las del Concilio de Elbira que le antecedió en casi tres siglos. La soberanía de los Señores, que constituía en el dominio de cada uno de ellos una

limitación a la autoridad central, hizo que esas disposiciones no fueran aplicadas con todo rigor. “Veinte años -dice un historiador- fueron suficiente tiempo para hacer caer en total desuso las leyes de Recaredo”. Así continuaron las cosas bajo sus sucesores, Liura, Vitiza y Gundemaro.

En 612 se produjo de nuevo un cambio. El rey Sisebuto puso en vigencia las leyes olvidadas y las agravó con medidas aún más rigurosas. Debían los hebreos optar entre el bautismo y el destierro. “Esta persecución fanática -afirma Graetz- fue el primer paso hacia la disolución del imperio visigótico”.

En el trascurso de poco más de una década la suerte de los judíos pasó por bruscas alternativas. El rey Suintila, sucesor de Sisebuto, derogó las leyes opresoras. Los hebreos emigrados regresaron al país; los conversos retornaron a su fe primera. Esto ocurrió de 621 a 631. Depuesto Suintila por una conspiración de Señores y Obispos, le sucedió Sisenando. El panorama sufrió entonces una alteración violenta.

Bajo Sisenando, el concilio de Toledo de 633, el cuarto celebrado en esa ciudad, sancionó decretos represivos contra los hebreos. Suprimióse la conversión forzada, pero a los ya convertidos se les vedaba, bajo amenaza de encarcelamiento, todo trato con sus ex-correligionarios. Las medidas draconianas continuaron durante medio siglo y culminaron bajo el rey Egica (687-701), quien declaró esclavos a todos los hebreos de España y confiscó sus bienes. Prohibióse rigurosamente la práctica del culto mosaico a los mayores; los niños eran sustraídos a sus hogares para ser entregados a casas cristianas.

Así continuó sin considerables alternativas la angustiosa situación de los hebreos hasta 711.

El poder de los visigodos, resentido gravemente por disensiones, no pudo ofrecer resistencia a la invasión de berberiscos y árabes del Norte de África. Cuatro años bastaron para que casi todo el país pasase prácticamente a manos de los moros. Este hecho mejoró las condiciones de los hebreos en España. "El cambio de situación trajo ciertamente prosperidad a los judíos y muchos llegaron a disfrutar de poder. Pero jamás se oyó decir que lo hubiesen aprovechado para oprimir en manera alguna a sus antiguos opresores"[5].

En Granada, en Córdoba, en Toledo y en otras ciudades españolas resurgieron las comunidades hebreas, mientras España era provincia del Califato de Oriente que tenía a Damasco por capital y estaba gobernado por la dinastía de los Omeyas. Cuando ésta fue reemplazada por la casa de los Abasidas, de Bagdad, dirigióse a España Abderrahman, el último de los Omeyas; se proclamó Emir de Córdoba y España; creó un Estado independiente y declaró a Córdoba su capital. Así se constituyó en España el Califato de Córdoba. La ciudad de este nombre se convirtió en hogar de una civilización esplendorosa, en lo material y en lo espiritual. La Corte protegía a los filósofos, a los sabios, a los poetas. Los hebreos se entregaron con fervor a los trabajos de la cultura

[5] Max L. Margolis y Alexandre Marx: *Op. cit*., pág. 285.

general, mientras hacían revivir su tradición. Merced a la común obra de árabes y judíos Córdoba llegó a ser el máximo centro cultural de la época.

Bajo los sucesores de Abderrahman I ocurrieron algunos disturbios. Muchos cristianos se convirtieron al islamismo. Los que persistían en la fe cristiana se refugiaron en los reinos católicos del norte del país, en Castilla y en Aragón.

Fue durante el período de Abderrahman III y de Akem II cuando el Califato de Córdoba adquirió su mayor brillo. Abderrahman era un estadista. Procuró tranquilizar a los cristianos que vivían bajo su dominio y se esforzó en mantener relaciones de vecindad pacífica con los reinos católicos. Un historiador del Islam juzga su obra en estos términos: "Que España haya alcanzado más tarde, y casi durante un siglo, tanto por su bienestar material como por su cultura altamente desarrollada, la cúspide del orbe civilizado, se lo debe a Abderrahman III". Los gobernantes del mundo mantenían relaciones diplomáticas con el Califato de Córdoba. Un viajero alemán llegado allí a mediados del siglo X habla de su "bella capital", de sus edificios suntuosos, de su poder militar[6].

Era Abderrahman III gobernante sin prejuicios sectarios. Su tolerancia para con los adeptos de otros cultos le permitió tener de consejero, de hombre de confianza, al judío Hasdai Ibn Schaprut (910-970). Pertenecía Hasdai a una de las más ricas y más ilustradas familias de Córdoba. Su padre, Isaac, gozaba de fama de mecenas, de protector de sabios y poetas. Dio a su hijo una instrucción vasta. Hasdai Ibn Schaprut conocía con igual

[6] Simon Dubnow: *Weltgeschichte des jüdischen Volkes*, t. IV, pág. 196.

perfección el hebreo, el árabe y el latín. Era médico y hombre de ilustración amplia. Tenía el sentido de las cosas prácticas y entendía cómo se debían resolver problemas de gobierno. Hasdai prestó servicios valiosos a su soberano. Jefe espiritual de todas las comunidades israelitas del país, contribuyó a la fundación de una gran escuela de estudios hebraicos en Córdoba; estimuló a los sabios y protegió a los eruditos.

En el año 1013 fue invadida y destruida Córdoba por árabes del África; el Califato hallábase entonces en decadencia, después de la brillante época de Abderrahman III y Akem II. La España arábiga se fraccionó en varios reinos: el de Granada, el de Sevilla, el de Zaragoza. Muchos judíos abandonaron Córdoba y se refugiaron en Granada.

En Granada tuvo rabí Samuel Halevi una posición similar a la de Hasdai Ibn Schaprut en Córdoba. Era hombre de gran sabiduría en materias religiosas y laicas. Escribía con igual fortuna en hebreo y en árabe. Cuando su ciudad natal fue destruida, se dirigió a Málaga, que pertenecía al reino de Granada. Vivía en un pequeño comercio y por una coincidencia casual entró en relación con el visir de Granada. Fue su secretario, y antes de morir, Al Erif -así se llamaba el visir- ensalzó ante el entonces rey granadino, Habusch, las sobresalientes cualidades de Rabí Samuel Halevi. Rabí Samuel llegó a desempeñar cargos de alto rango en el reino, y luego fue, durante veintiocho años, visir de Granada.

Trabajó por la prosperidad del país e hizo mucho por su cultura. Se preocupó por la suerte de sus correligionarios. Su tarea de gobernante no le impedía dedicarse al estudio y

a la labor literaria. Escribió una introducción al *Talmud*; compuso un volumen de cantos religiosos, otro de aforismos, y también un libro de pensamientos filosóficos. Contemporáneo suyo fue Jonás Ibn Jamah, de Zaragoza, autor de una gramática hebrea y de un diccionario bíblico.

Murió Rabí Samuel en el año 1055. Su hijo José le sucedió en el cargo de visir y en el de jefe de la comunidad hebrea de Granada. No pudo José realizar la obra benéfica que se propuso. Nobles árabes lo difamaron e incitaron contra él el furor de la turba. Fue asesinado en 1066. Igual suerte corrió un hermano suyo. Muchos centenares de familias hebreas terminaron del mismo modo. Acusábase a los judíos de delitos imaginarios y esa acusación surtió el efecto buscado por conspiradores políticos que encontraron en la prédica de la persecución antijudía el medio para alcanzar sus propósitos. Y como ha ocurrido muchas veces, la hostilidad a los hebreos fue acompañada de exterminio del libro. A los asesinatos se agregaban los incendios de bibliotecas y la destrucción de escuelas. La valiosa colección de libros de Rabí José fue en parte quemada, en parte saqueada. La situación de los hebreos se tornó insostenible. Abandonaron Granada y se dirigieron a otros reinos árabes.

En la segunda mitad del siglo XI se hicieron más frecuentes los conflictos entre los estados árabes del sur de España y los cristianos del norte. En las guerras que sostuvieron contáronse judíos en los ejércitos de unos y otros. Por medio siglo impusieron los almorávides su dominio en la España meridional.

En 1021 nació en Málaga Salomón Ibn Gabirol. Su nombre es de los más ilustres en las letras y en el pensamiento judeo-árabes. Vivió un tiempo en Zaragoza y después en Granada, donde murió a la edad de cuarenta y dos años. Su obra de poeta hebreo alcanzó la máxima consagración de sus correligionarios; puso en verso los seiscientos trece mandamientos de su religión y hasta hoy esa versión está incluida en el misal de los judíos sefarditas. El himno de Ibn Gabirol *Corona Real* es una exposición poética de su pensamiento religioso y filosófico. Su tema central es la unidad de Dios; sus estrofas tienen acento profético. A semejanza del profeta Malaquías, dice: "Tú eres Dios, y todas las criaturas son tus servidores y adoradores. Tu gloria en nada es disminuida por los que adoran a otro que tú, porque llegar a ti es la intención de todos".

En forma más sistemática expuso Ibn Gabirol su concepción del mundo y del hombre en dos obras escritas en árabe, (en este idioma compuso también una colección de máximas, *Selección de Perlas*). Nos referimos a *Fuente de la Vida* y al *Desarrollo de las cualidades morales*. *Fuente de la Vida* fue traducida al latín en 1150. Logró gran difusión entre los escolásticos, y hasta el siglo pasado no se estableció que Avicebrón o Avencebrol -el supuesto autor de *Fuente de la Vida*- era Salomón Ibn Gabirol.

Los sucesos de Granada en que fueron víctimas de la furia del populacho cuatro mil familias, no afectaron la situación de los hebreos en los otros reinos árabes de España. En

Sevilla desempeñó Joseph Ibn Migashch un elevado cargo junto a Ibn Mutadid. Hasdai era el visir de Zaragoza. En Córdoba y en otras ciudades, sabios hebreos prestaban meritorios servicios a sus soberanos en las décadas medias del siglo XI.

En los estudios talmúdicos alcanzó extraordinario renombre Isaac Alfasi. Nacido en Fez, era reputado, antes de partir a España, por un *Compendio del Talmud* que había publicado. Designado jefe espiritual de la comunidad hebrea de Lucena, su renombre de erudito y polemista le conquistó el respeto de sus correligionarios. A su muerte, en 1103, le hicieron justicia sus mismos adversarios. Dos poetas eminentes rivalizaron para celebrarlo en verso: Moisés Ibn Ezra y Yehuda Halevi. "La elegía compuesta por este último fue elegida como epitafio para la tumba de su maestro"[7]. Alfasi vivió noventa años y por obra de él se convirtió Lucena en un importante centro intelectual[8]. Le había precedido Isaac Ibn Giat, escritor versado en ciencias talmúdicas, que conocía la "sabiduría griega" y era autor de himnos religiosos.

La discordia entre los príncipes mahometanos hizo pensar a los Estados cristianos del norte de España, divididos durante largo tiempo, en la posibilidad de extenderse. Fernando I y Alfonso VI encabezaron la empresa. Contaron en ella con la colaboración de algunos judíos que se destacaron en importantes misiones diplomáticas. En 1085 se

[7] Max L. Margolis y Alexandre Marx: *Op. cit*., 299.

[8] En el antes citado volumen IV de la *Weltgeschichte des jüdischen Volkes*, de Dubnow, se encuentra una biografía completa de Alfasi.

rindió Toledo. En la nueva capital de la España católica no se privó a los hebreos de ninguno de los derechos de que habían disfrutado bajo la dominación árabe.

Con motivo de la caída de Toledo, los príncipes musulmanes de Andalucía solicitaron la ayuda de los almorávides. Éstos se instalaron en Andalucía, suprimieron los pequeños reinos y convirtieron la España mahometana en provincia del Imperio Africano. La situación de los judíos, que había sido penosa bajo el primero de los soberanos almorávides, mejoró considerablemente bajo Alí, el segundo de aquellos soberanos (1106-1143). El esplendor de los estudios se mantuvo como en los mejores tiempos. El sucesor de Alfasi en el rabinato de Lucena, su discípulo Joseph Ibn Migasch, gozó de gran autoridad por su ciencia y por su talento. Camarada suyo en la escuela de Lucena fue Judá Halevi, el glorioso poeta judío de la edad media. Nació en Toledo en 1086. Médico de profesión, su obra poética conmovió a su pueblo. Su vida ha sido adornada de leyendas que reflejan la veneración que sus cantos inspiraron a sus correligionarios. Sus ideas sobre religión y filosofía se hallan expuestas en su libro el *Cúzari*.

Abraham Ibn Daud (1110-1180), precursor de Maimónides en la vocación aristotélica, y Abraham Ibn Ezra (1092-1167), exegeta, gramático y poeta, merecen ser destacados de sus contemporáneos, entre quienes las letras y las ciencias gozaban de gran favor.

Cuando Abraham Ibn Daud contaba veinticinco años, nació Maimónides. Su vasta obra de codificador y filósofo -en especial su *Guía de los Perplejos*- constituye la más alta expresión intelectual de los judíos de España. Spinoza, quinientos años después, no podrá

prescindir de las ideas de Maimónides. Lo veremos, en unos casos, censurándolas; en otros, adoptándolas.

En los siglos en que convivieron sobre tierras de España con musulmanes, fueron los judíos un factor de progreso, de adelanto de las ciencias, de las letras y de la filosofía. A lo original de su aporte, agréguese su fecundo papel de mediadores en el campo del espíritu. Fueron para los pueblos latinos los intérpretes del pensamiento árabe, nutrido en aquella época en la tradición griega. "El encuentro de Israel con el Islam, bajo el cielo sonriente de España, constituye la más bella página de la historia de la dispersión judía. Durante cinco siglos una cooperación fértil se estableció entre los judíos y los moros en los dominios de la filosofía, la poesía y la ciencia. Ese período fue próspero para los dos pueblos. La comunidad de cultura entre los judíos y los moros de Andalucía es un capítulo instructivo de la historia universal". Estas palabras del doctor Marcus Ehrenpreis constituyen un juicio preciso y elocuente sobre la época que tratamos y de la cual fue el más alto exponente Maimónides (Moisés ben Maimon) o Musa ben Maimun, como le llamaban sus contemporáneos árabes. Rambam saben llamarlo sus correligionarios, haciendo de las iniciales de Rabí Moisés ben Maimon un seudónimo más difundido que el nombre del "Águila de la Sinagoga".

Baruj Spinoza, en el siglo XVII, absorberá la palpitante vida intelectual de su tiempo y también se inspirará en enseñanzas de los pensadores hebreos del período árabe.

El siglo XIII se señaló por la extensión de la Reconquista y una mayor influencia de la Iglesia. Pedro II de Aragón hizo abandono de su reino al Papa Inocencio III en 1203; poco tiempo después recuperó el gobierno del país como representante del Papado. Llegaba el momento en que la historia de España iba a tomar un nuevo derrotero. Su punto de partida estaría en el valle de Tortosa al correr los primeros años de la decimotercera centuria. Fue en 1212 cuando triunfó sobre los musulmanes una coalición cristiana dirigida por el rey de Castilla. Medidas antijudías fueron entonces decretadas por el concilio de Letrán, sin que pudieran evitar su vigencia los judíos de Aragón, encabezados por el médico hebreo del Rey. Sus pedidos en Roma no fueron atendidos.

En manos de los musulmanes sólo quedó una pequeña zona de territorio español; su capital era Granada.

Las leyes eclesiásticas ponían a los judíos de la España católica en una situación degradante. Mas al propio tiempo, los monarcas utilizaban servicios de hebreos en elevados menesteres del Estado. Alfonso el Sabio tuvo un ministro de finanzas judío; judío también era su médico de cabecera. Las "Tablas Alfonsinas", empleadas por los estudiosos más reputados, fueron compuestas por un astrónomo judío a ruego del ilustrado monarca.

Así, la vida de los judíos españoles en el siglo XIII oscilaba entre la persecución y el éxito. En el orden espiritual manifestábanse entre ellos tendencias diversas. Los jóvenes veían en la obra de Maimónides un modelo digno de ser imitado. También ellos querían

la conciliación de la ciencia y la religión, sin desmedro de la primera. Sus afirmaciones eran juzgadas temerarias por los rabinos cuya ortodoxia no podía aceptar ideas excesivamente libres. La filosofía y la ciencia hubieron de hacer frente a una batalla violenta que, en nombre de la fe tradicional, empeñaron vigorosamente sus defensores intransigentes. Cuatrocientos años más tarde habrá de repetirse el conflicto. Sus protagonistas serán, por una parte, Spinoza; por la otra, los dirigentes de la comunidad hebrea de Ámsterdam, todos descendientes de los judíos españoles que en el siglo XIII veían en la doctrina de Maimónides, ya una enseñanza insuperable, ya un peligro para el credo de Moisés.

Durante los siglos XIV y XV pasaron los judíos de España y Portugal por muchas vicisitudes. Su cultura y su destreza comercial les habían dado posición descollante en los dos reinos españoles de Castilla y Aragón. Los reyes sabían tener en alta estima sus aptitudes y les conferían frecuentemente cargos de responsabilidad en el gobierno. Destacábanse unos por el acierto de su actuación pública; otros supieron acumular riquezas; otros, en fin, lograron imponerse en las ciencias, en las letras y en la filosofía. Continuábase de este modo, aunque en grado menor, la tradición ilustre de los tiempos en que los judíos de España contribuyeron en elevada proporción al florecimiento de la cultura bajo el dominio de los árabes.

Mas estos mismos éxitos de los israelitas fueron causa de que se encendiera el odio contra ellos. La alta nobleza no se avenía a aceptar que hombres de otro linaje llegasen a posiciones encumbradas, y el clero, compuesto en su mayoría de monjes dominicos, veía en los hebreos triunfantes una afrenta a la Iglesia. Recomendaban por ello los sacerdotes que a los judíos se los tuviese como a esclavos. En Castilla eran ochenta las comunidades israelitas, sumando -se dice- un millón de almas. Las de Toledo, Burgos y Sevilla eran las más importantes. En Sevilla, precisamente, un sacerdote de nombre Fernando Martínez proclamaba en público su rencor a los hebreos; pronunciaba sermones de extremada virulencia en las iglesias de la ciudad. Su nombramiento de auxiliar del arzobispado le permitió ensanchar el campo de su prédica antijudía que culminó el 15 de marzo de 1391. Ese día, el sacerdote Martínez logró que una muchedumbre, instigada por él, atacara a la población judía de Sevilla. Las autoridades civiles tomaron medidas contra los agresores y contuvieron la matanza. Tres meses después repitió el padre Martínez su hazaña, esta vez con más éxito. La "judería" fue saqueada e incendiada. Las sinagogas, destruidas o convertidas en iglesias, y el asesinato o la venta en esclavitud de cuatro mil hebreos, fueron el saldo de la jornada del 6 de junio de 1391 en la ciudad que en otros tiempos había sido hospitalaria con los israelitas. Para salvarse de la muerte, muchos judíos hubieron de bautizarse.

Los sucesos de Sevilla fueron el comienzo. Acontecimientos luctuosos se produjeron pronto en otras ciudades del reino de Castilla. También en ellas fueron numerosos los

hebreos que se convirtieron al catolicismo. En el reino de Aragón ocurrieron hechos similares. Al grito de "¡Martínez os bautizará a todos!" fue aniquilada la comunidad judía de Valencia. En Barcelona, los hebreos, protegidos por la nobleza y el gobernador, intentaron vanamente refugiarse en la fortaleza de la ciudad. Una multitud enfurecida dio cuenta de ellos. La fortaleza fue sitiada y de los judíos que habían buscado amparo tras de sus muros, se suicidaron muchos; otros murieron a manos de los sitiadores y los demás abjuraron de su fe.

Los hebreos que huían de España se dirigían a Portugal.

Hacía ya mucho tiempo que habitaban israelitas en el reino lusitano. Contribuían al desarrollo de su comercio y vivían en comunidades dirigidas por *Grandes Rabinos*. Los que salieron de España, después de haberse bautizado para salvar sus vidas, al volver en Portugal a la práctica de su culto de origen, aparecían como renegados del catolicismo. Por este delito les esperaba un castigo severo. Pudieron eludirlo merced a la intervención del rabino principal de Portugal, a la vez médico del Rey. Rabí Moisés Navarro exhibió ante el monarca dos bulas del Papa que prohibían convertir a los judíos por la fuerza. Un edicto real de 1392 ordenó que nadie molestara a los hebreos así bautizados bajo amenazas y que habían retornado a su fe primera; disponía igualmente que se hiciera público el contenido de dichas bulas papales.

También a otros países, fuera de Portugal -pero que, por el momento, no nos interesan- huyeron judíos para evitar las persecuciones de España.

En España los "cristianos nuevos", esos judíos que por imposición adoptaron el catolicismo, sólo en secreto podían practicar la religión de sus antepasados. Ostensiblemente eran católicos. Esta dualidad trágica perturbó sus vidas. "Anusim", obligados, era el nombre que les daban los hebreos; "marranos", los llamaban los cristianos. Su número aumentaba continuamente a partir de 1391. Los sacerdotes de la Iglesia acudían a los más variados procedimientos para conquistarse la adhesión de esos nuevos prosélitos. Algunos de estos llegaron a sobresalir. El talmudista Salomón Haleví alcanzó el cargo de obispo de Burgos. Pablo de Santa María fue su nombre de católico. Favorito del Papa, hizo cuanto pudo por atraer al catolicismo el mayor número de judíos. Empeñábase en probar la superioridad del cristianismo frente al hebraísmo. Monjes dominicos le ayudaban en esta obra de predicador que no pocas veces se cumplía con arbitrios de violencia. Amenazados, numerosos judíos iban engrosando las filas de los marranos.

Si bien estas condiciones penosas eran poco favorables a una intensa obra intelectual entre los hebreos españoles, no faltaron en el siglo XIV estudiosos y pensadores dignos de recordarse. Uno de ellos merece especial mención. Nos referimos a Hasdai Crescas, autor de una obra filosófica de alto vuelo. Spinoza, tres siglos después de Hasdai Crescas,

enuncia algunas ideas fundamentales que tienen su origen en el pensador judío español. En una de sus cartas nombra Spinoza al filósofo hebreo de España.

En 1412 invitó el Papa Benedicto III a los rabinos más ilustres de España a una controversia con representantes de la Iglesia. En Tortosa tuvo lugar la disputa, en la que participaron veintidós delegados de las comunidades judías; entre ellos se contaban algunos hombres de ciencia, filósofos y escritores. La Iglesia estaba representada por el mismo Papa, acompañado de numerosos obispos y del ex judío Judá Lorqui, que había adoptado el nombre católico de Gerónimo de Santa Fe. Sesenta y nueve sesiones ocupó la polémica iniciada en febrero de 1413. Era fácil adivinar el resultado de este largo debate y si las previsiones no se cumplieron fue porque a la sazón un concilio reunido en Constanza depuso a Benedicto III.

De los marranos, muchos abrazaron efectivamente el catolicismo y, algunos de ellos, unidos a la nobleza española, llegaron a desempeñar funciones elevadas en el clero, en el ejército y en la administración. No pocos fueron también los marranos que permanecieron fieles al judaísmo y lo enseñaron a sus hijos. El clero no lo ignoraba. En ciertas ocasiones, como ocurrió en Córdoba en 1413, llegaron a producirse graves ataques de la multitud contra esos cristianos sospechosos.

Una decidida lucha contra los marranos se iba a iniciar al producirse la unión de Castilla y Aragón en un solo reino a raíz del matrimonio entre Isabel y Fernando. Los Reyes

Católicos se preocuparon de extirpar a los infieles. Accediendo a una propuesta de los monarcas al papado, prestó Sixto IV su conformidad al proyecto de creación de un tribunal especial de la iglesia. Lo constituían monjes dominicos y un representante del Rey. Llegaban denuncias contra marranos que en ritos importantes o en detalles nimios se mostraban adictos a la fe de la que se los había separado por la fuerza. Las prisiones de Sevilla se llenaban de marranos. No fueron suaves los recursos utilizados para hacerles confesar su delito. El Tribunal actuaba y dictaba condenas. Una amplia plaza próxima a la ciudad fue elegida como sitio para ejecutar a los que eran declarados culpables. En diez meses el Santo Oficio hizo quemar en Sevilla a trescientos pecadores. Sus bienes pasaron al tesoro del rey Fernando. El ensañamiento trajo un efecto contraproducente. Los marranos se apegaban más a su culto, practicado clandestinamente. Efectuaban reuniones secretas, y con más empeño educaban a sus hijos en ese mismo culto. Muchos huyeron al África. Otros se aproximaron a los judíos que había en España, a esos judíos que resistían las incitaciones al bautismo, y juntos celebraban las ceremonias pascuales y otros ritos.

Una nueva tarea se presentaba a la Inquisición. Ya no bastaba con la sola lucha contra los "marranos", cristianos descarriados. Había que obrar también contra quienes les ayudaban a alejarse del cristianismo. Tomás de Torquemada, nombrado Gran Inquisidor en 1483, implantó procedimientos que lo hicieron famoso. La caza de infieles y las confesiones obtenidas en investigaciones tenaces, crearon un cuadro sombrío que por muchas generaciones perduró en el recuerdo de las gentes.

También fuera de Sevilla trabajaba activamente la Inquisición. Torquemada hizo escuela. Muchas fueron las víctimas de las hogueras levantadas por el Santo Oficio.

Dijimos ya que los marranos no eran los únicos con quienes había que arreglar cuentas. Los judíos no convertidos inquietaban igualmente a Torquemada y sus secuaces. No bastaba con impedir todo contacto entre los marranos y los judíos que seguían públicamente fieles a su credo.

En 1492 los Reyes Católicos vencieron a los moros en sus últimos reductos. La toma de Granada afirmó el dominio de Fernando e Isabel y fue propicia a los planes del Inquisidor. Logró Torquemada que los Reyes Católicos aprobaran su proyecto de expulsar a todos los israelitas. El 31 de marzo de 1492 se promulgó en la Alhambra un edicto por el que se disponía que en el término de cuatro meses debían todos los hebreos dejar Castilla, Aragón, Sicilia. Trescientas mil personas hubieron de abandonar las tierras que habitaban, dejando a sus espaldas casi todos los bienes que poseían. Terribles fueron sus tribulaciones; en la ineludible peregrinación muchos perdieron la vida. Gran parte de los expulsados se dirigió a Portugal; otros a Italia, a Turquía o al norte de África.

Entre los exilados se encontraba Isaac Abravanel, ministro de finanzas de la Corte. Un hijo de él, León Hebreo, es el autor de los *Diálogos de Amor*, una de las obras más características de la filosofía del Renacimiento. Sus páginas son una de las fuentes probables del pensamiento de Spinoza.

A los que fueron a Portugal -eran ciento veinte mil- se les dio autorización para permanecer allí breve tiempo. Notables judíos obtuvieron del rey Juan II esta condescendencia. Las arcas de su Estado ciertamente no se perjudicaron con el gesto humanitario. Los judíos llegados de España tenían obligación de pagar una elevada suma al tesoro del monarca ambicioso de extender sus dominios en África. Debían establecer sus residencias en las ciudades que fijaba el Rey.

Pocos meses hubieron de disfrutar de relativo reposo. De sus angustias ha hecho un relato sin retórica Abraham Zacuto. *El valle de los llantos* es el nombre de otra crónica de ellas, escrita por José Hacohen. Los fugitivos de España pronto hubieron de reanudar el camino del exilio. En las naves que los transportaban fueron humillados por los tripulantes; no pocos cayeron en manos de piratas. Sufrieron de hambre atroz, y ésta no fue la mayor de sus torturas. Los que lograron salir, eran los dichosos. Los que no pudieron pagar el elevado costo de la travesía pasaron a ser esclavos propiedad del Rey. Sus hijos, pequeñuelos de tres a seis años, fueron enviados a las islas de Santo Tomás; allí debían serles enseñadas las verdades cristianas que sus padres habían rechazado tan obstinadamente.

Mas no era aún la expulsión total y definitiva de los judíos de Lusitania. Tiempos de paz esperaron disfrutar los judíos en Portugal, cuando, muerto Juan II, le sucedió en el trono don Manuel. Prometióles el nuevo soberano su buena voluntad a condición de que se convirtiesen. Pedía demasiado, y no tardó en acudir a los métodos de su antecesor. Breve,

muy breve, fue el período de tranquilidad de que gozaron los hebreos bajo el reinado de don Manuel, de quien era amigo el hebreo Abraham Zacuto, historiador del Rey y su astrólogo. Matemático y astrónomo, Abraham Zacuto, oriundo de España, fue autor de tablas astronómicas no superadas en su tiempo. Sus servicios fueron útiles a Portugal.

Al fallecer Juan II, en octubre de 1495, hacía años ya que había muerto su hijo Alfonso. Y porque no hubo "príncipe heredero" ocupó don Manuel el trono vacante a la muerte de Juan II. La viuda de Alfonso, Isabel, era hija de los Reyes Católicos; no fue larga su viudez. Manuel, duque de Beja, al ocupar el trono de Portugal pensó en contraer matrimonio con Isabel. Esto sólo fue posible cuando los padres de ella acordaron ciertas condiciones con su futuro marido. El 30 de noviembre de 1496 se celebró la boda. Aliadas España y Portugal, la suerte de los judíos de este último país estaba definida. Antes de terminar octubre de 1497 no debía quedar un solo hebreo en los dominios del rey Manuel. Podían permanecer en el país únicamente aquellos que abrazaran el catolicismo. Contra este frenético entusiasmo católico nada valía el hecho de que en los dominios pontificios hubiera judíos que practicaban sin obstáculos su culto. La Santa Sede mantenía, en efecto, un régimen humanitario, muy distinto del de los reinos católicos de la península.

Nueve meses antes del término fijado para el exilio, optó el soberano de Portugal por imponer a los judíos el bautismo, sin que lo detuviera en este designio la oposición de altos dignatarios de la Iglesia. Muchos hebreos, para no verse separados de sus pequeños

hijos que estaban amenazados de ser entregados a tutores y establecimientos católicos, optaron por convertirse a la fe de Jesús. En Lisboa, de donde debían partir, fueron reunidos los que no cedían ni a las amenazas ni a las promesas. No eran muchos. La sinagoga principal de Lisboa fue convertida en iglesia.

Grande fue la cantidad de los marranos que practicaban clandestinamente el culto del que sólo en apariencia habían abjurado. Sus libros de misa en hebreo eran tomados por textos de medicina; rezaban "de contrabando" y trataban de transmitir a sus descendientes el credo perseguido. No podían abandonar el país sin especial autorización. Pero, en todo caso, comparada con la vida de los marranos de España, la de los portugueses era feliz. El rey don Manuel nada hizo para evitar que lo aventajaran en celo cristiano los monarcas del país vecino.

A su muerte, y con el advenimiento de Juan III, debió cambiar la situación. La Inquisición dejó de ser exclusivamente española y también en Portugal encontró ella marranos a quienes se debía salvar, aunque fuese por el fuego, del mal de la herejía. El Papa Clemente VII en un comienzo se negó a autorizar que el Tribunal de la Inquisición fuese establecido en Portugal. Algunos cardenales "judeófilos" compartían su punto de vista. Pero a la muerte del cardenal Lorenzo Pucci, la intervención de Carlos V de España ante el Vaticano pudo ser lo suficientemente eficaz como para vencer las resistencias iniciales del Papa. El 17 de diciembre de 1531 expidió Clemente VII una bula que instituía la Inquisición en Portugal.

Prohibióse a los marranos salir del territorio portugués. No faltaron, ciertamente, los que ensayaron la fuga. A Roma llegaron algunos. Allí hicieron conocer a Clemente VII la situación reinante en Portugal. El 17 de octubre de 1532 ordenó el Papa que la Inquisición cesase toda persecución contra los "cristianos nuevos" acusados de judaizantes. En el *breve* respectivo señalaba el Pontífice, pocos meses después, que no se debía considerar como miembros de la Iglesia a esos "cristianos nuevos" llevados a ella contra su voluntad. Se ordenó, así, la absolución de todos los marranos inculpados. Los encarcelados recuperaron su libertad; sus bienes debían serles restituidos. El Legado del Papa en Lisboa hizo conocer la indicación pontificia a todas las diócesis.

Juan III vio con alarma la situación que se creaba. Un emisario suyo se dirigió a Roma para hacer comprender al Santo Padre el daño moral que resultaría para la Iglesia de la conducta adoptada por el Vaticano. De nada valieron todas las instancias. Hasta en su lecho de enfermo no olvidó Clemente a los marranos. El 26 de julio de 1534 dirigió al nuncio en Lisboa un *breve* requiriéndole que se cumplieran sus ya mencionadas recomendaciones.

Las esperanzas de los marranos se desvanecieron al poco tiempo.

En septiembre del mismo año 1534 falleció el Papa Clemente VII; le sucedió Pablo III, el cual el 2 de noviembre reeditó el famoso *breve* de su antecesor contra las persecuciones inquisitoriales. Juan III parecía vencido, pero no cejó. Carlos V, victorioso contra los

infieles en África, hubo de socorrerlo. El 23 de mayo de 1536 decidió Pablo III por una bula el restablecimiento de la Inquisición en Portugal. Algunos meses más tarde fue modificada esta bula. Para ello fueron hechas gestiones de índole diversa ante dignatarios eclesiásticos. Pero no fue por mucho tiempo que se instauraron métodos suaves. La Inquisición arraigó en Portugal. El rey Juan III supo resistir las indicaciones papales, y el infante Enrique, en calidad de Gran Inquisidor, desempeñaba su papel tomando por modelo a España. De nada valieron los alegatos de los marranos ante Roma. Hasta llegó a producirse una seria tensión entre el monarca que se exhibía como defensor de la fe y el Papa que no dejaba de advertir la crueldad de los métodos empleados en su defensa. Consideraba el Pontífice que no era justo impedir a los marranos expatriarse de Portugal, mas el Rey nada cedía de sus prerrogativas de dueño de casa.

Pero muchos "marranos" seguían practicando el judaísmo vedado. No pudieron impedirlo tampoco los sesenta años en que Portugal conoció con Felipe II y sus sucesores el rigor de la Inquisición española.

Nos hemos detenido en la historia de los judíos de España y Portugal, particularmente en la de la aparición de los marranos, porque a ella se vincula la formación de la comunidad hebrea de Ámsterdam, comunidad en la que fueron elemento preponderante ex-marranos:

judíos "portugueses", oriundos de Portugal, que eran "sefarditas" como los oriundos de España[9].

A comienzos del siglo XVI los Países Bajos estaban unidos a España. A fines del mismo siglo, separados ya de España, se convirtieron en refugio para los marranos, cripto-judíos, cuya ficción católica les había permitido esquivar en parte la implacable severidad de la inquisición hispánica. Sería erróneo pensar que antes de esa época no habitaron judíos en los Países Bajos. Ya en siglos anteriores se los encuentra allí. De algunas regiones de los Países Bajos se los había expulsado en la XVª centuria; de otras, a mediados de la centuria precedente.

Los marranos perseguidos en España y Portugal solían encaminarse hacia el sur de los Países Bajos, a lo que es hoy Bélgica. Amberes era en aquella época centro de un importante comercio internacional, mas en 1549 se prohibió la inmigración de "cristianos nuevos" en Amberes y un año después eran expulsados los que ya residían allí.

Treinta años más tarde, en 1579, en la Unión de Utrecht, las provincias holandesas de Zeeland, Utrecht, Gelderland y Zutphen, proclamaron la libertad de conciencia y se comprometieron a luchar por ella. Después de una guerra prolongada y dura, triunfaron los holandeses, y con ello quedó definitivamente frustrado el intento de implantar la

---

[9] *Sefardita* significa en hebreo *español*. *Aschkenazi*, significa *alemán*. Bajo el nombre común de *sefarditas* se designa a los hebreos oriundos de la Península Ibérica o descendientes de ellos. *Aschkenazíes* son los hebreos que descienden de hebreos que han pasado por Alemania y han residido en ella más o menos tiempo. Entre sefarditas y aschkenazíes hay algunas diferencias en el ritual.

Inquisición en lo que es Holanda. El proyecto acariciado por el Duque de Alba no pudo realizarse.

A fines del siglo XVI se inicia la formación de la comunidad judía de la ciudad de Ámsterdam. Desde un siglo antes contaba con algunos marranos que se dedicaban al comercio con el Brasil. Eran pocos al comienzo los judíos allí establecidos, pero en los primeros años del siglo XVII su número se multiplicó con relativa rapidez por aumento vegetativo y, sobre todo, por la inmigración. Documentos interesantes refieren, en términos entre patéticos y pintorescos, la llegada de las primeras naves con marranos a las costas de Holanda. Trágicas y grotescas fueron las sospechas de catolicismo que hacían recaer sobre ellos muchos calvinistas, exasperadamente hostiles a ese papismo que antes los había perseguido.

Probablemente en 1593 llegó a Ámsterdam el primer grupo de marranos que iban a disfrutar de la libertad de culto sobreviniente a la liberación del país del yugo español. Una crónica semilegendaria refiere que el navío en que viajaban a Ámsterdam esos cripto-judíos fue capturado en alta mar por un buque inglés. Durante algún tiempo sus pasajeros habrían permanecido prisioneros en Londres, y si su suerte no tardó en mejorar fue porque los acompañaba María Núñez, joven hermosa que con sus ruegos pudo convencer a la reina Isabel de que les permitiese continuar viaje. Y cuando lograron desembarcar, fue en el puerto de Emden que se encontraron porque la nave que los conducía se había salido de su ruta.

En Emden descubrieron sobre la puerta de una casa una inscripción en caracteres que evocaban en sus espíritus fuertes reminiscencias. No tardaron en verificar que la inscripción era hebrea. Discretamente indagaron y comprobaron que el ocupante de la vivienda era un judío erudito y piadoso llamado Moisés Uri Levi. En Emden se sentían plenamente libres, sin temores, sin ser sospechados. Jacob Tirado, su jefe, visitó a Moisés Uri. Tenía éste el aspecto típico del judío alemán de aquel tiempo; su interlocutor tenía la apariencia de un portugués. Difícil les fue entenderse, pero al fin se entendieron.

A Ámsterdam se dirigieron desde Emden los marranos encabezados por Jacob Tirado. Moisés Uri con su familia no tardó en cumplir su promesa de ir también allí. En su casa de Ámsterdam destinó Moisés Uri una habitación para sinagoga; enseñaba el credo judío a los ex marranos y les hizo volver plenamente al culto mosaico. Mas ellos conservaban aún ciertos hábitos adquiridos en la práctica del catolicismo. Su texto preferido de la *Biblia* era el de la *Vulgata*. Moisés Uri conseguía ciertamente inducirlos al aprendizaje del hebreo, pero no lograba que dejasen de mantener en secreto su condición de judíos; es que eran demasiado recientes sus recuerdos de la Inquisición. A los tres años de haber llegado a Ámsterdam, el grupo de judíos encabezado por Jacob Tirado experimentó una sorpresa ingrata. Calvinistas exaltadamente anticatólicos acusaron de "papistas" a los judíos congregados para rezar el *Día de la Expiación*, en 1596. Oficiales holandeses aparecieron en la ceremonia, y Moisés Uri y un hijo de él fueron arrestados.

La oportuna intervención de Jacob Tirado permitió salvar la situación. Tirado sabía el latín y pudo persuadir a las autoridades de la ciudad de que los reunidos en la asamblea eran judíos, no adeptos del Papa, y fugitivos de la Inquisición. Según algunos historiadores, habría agregado que esos fugitivos trajeron consigo riquezas considerables, y que si se les dejaba vivir en Ámsterdam sin molestarles, él y sus camaradas procurarían que se dirigiesen a Holanda otros correligionarios suyos de Lisboa, Cádiz, Gibraltar, Madrid y demás sitios donde desarrollaban prósperas actividades mercantiles.

Al parecer las palabras de Jacob Tirado influyeron en el ánimo de los magistrados de Ámsterdam. Con buenos ojos veían la perspectiva de contar con una colonia que podía ser provechosa al desarrollo del comercio holandés. Pensaban que la mejor política era la de la tolerancia.

Ciertamente en aquel tiempo en Holanda no era cordial la actitud de las gentes para con la práctica de ritos extraños; la multitud fanática, intensamente fanática, que había soportado las imposiciones de la Iglesia católica, no se mostraba capaz de aceptar las variantes religiosas. La tolerancia proclamada por Guillermo de Orange, jefe de la sublevación contra España, nunca fue entendida como significando otra cosa que condescendencia frente a los diversos grupos protestantes.

Los judíos, al comienzo, no hicieron ningún esfuerzo por ser reconocidos como secta aparte. Pasaban simplemente como extranjeros y los holandeses ilustrados hablaban de ellos como de hombres “de la nación portuguesa”. Cuando llegó el momento en que

hicieron el pedido formal de que se les concediese el privilegio de erigir una sinagoga, estaban firmemente establecidos y gozaban de una consideración tal que hacía imposible pensar en un rechazo de su solicitud.

Al comienzo no faltó la oposición de los pastores calvinistas, pero luego fue otorgado el permiso. Jacob Tirado donó el solar para levantar el edificio, y otros judíos ricos pagaron la construcción. Y así, en 1598, se vio en la ciudad de Ámsterdam una sinagoga de cierta importancia. Para su dirección espiritual fue invitado José Pardo, rabino de origen español que se hallaba en Salónica. "Beth Jacob" (La casa de Jacob) fue el nombre dado al templo recién construido.

Entretanto, seguían llegando más y más marranos deseosos de encontrar en la "Nueva Jerusalem" la libertad que no tenían en la tierra de su nacimiento. Muchos iban en buques de carga y solían hacer trasportar sus bienes antes de emprender viaje ellos mismos. Con alegría desembarcaban en la ciudad donde podían mirar la vida con confianza. Aunque no pocos de ellos eran cristianos de la tercera o cuarta generación, volvían al judaísmo.

Establecíanse los pobres recién llegados en el distrito de Vloijemburg, que solía inundarse frecuentemente. Los de mejor posición económica instalaban sus domicilios en sitios más cómodos. Aun los más humildes, cuando alcanzaban una situación de relativa holgura, no tardaban en trasladarse a barrios de condiciones menos deplorables.

En 1608 se fundó en Ámsterdam la segunda sinagoga. "Neve Schalom" (La morada de la paz) fue su nombre. Hallábase instalada en la amplia calle Burgwal, al norte de

Vloijenburg. El rabino Isaac Uzíel, de Fez, fue llamado para dirigirla. Espíritu severo, eran de crítica sus sermones dedicados a eliminar de la mente de sus feligreses todo rastro de ese catolicismo que en la Península Ibérica les había sido impuesto por la violencia. No todos los fieles aceptaban las enseñanzas y las reprimendas del erudito rabino. Los descontentos abandonaron al áspero ministro del credo mosaico y fundaron una nueva sinagoga -la tercera- a la que dieron el nombre de "Beth Israel" (La casa de Israel). En este episodio encontramos la primera señal de las divergentes tendencias que en materia religiosa surgían entre los ex-marranos de Ámsterdam. Además de las tres sinagogas contaba la comunidad en formación, a principios del siglo XVII, con tres establecimientos de caridad. Comenzaba a ser un centro floreciente.

Entre esos judíos de Ámsterdam los había pobres e iletrados. Otros tenían un aspecto próspero. Algunos, ricos, eran dueños de factorías azucareras; disponían de plantaciones en las Indias Occidentales y comerciaban con el Brasil. El número de los que se distinguían por su cultura era desproporcionadamente elevado. Sabían el latín y versificaban en español y en portugués. Se distinguían por cierto aire y cierto tono aristocráticos. Eran, en todo caso, emprendedores. Los nativos los miraban con alguna desconfianza a causa de su lenguaje extraño y de su extraña fe. Nada sabían ni comprendían de la historia de esos hombres que habían conocido la Inquisición y que con extraordinaria terquedad se mantuvieron fieles a su religión antigua.

En los hechos, los judíos disfrutaban solamente de una tolerancia relativa. Hasta la facultad de ejercer públicamente su culto que les había sido concedida, les fue denegada también en circunstancias curiosas. En 1615 la secta de los arminianos, de la que nos ocuparemos más adelante, y a la cual se mantenía privada de todo derecho religioso, señaló que con ello se la colocaba en situación de inferioridad frente a los judíos. Análoga queja presentaron los católicos, cuyo culto era el más hostigado en Holanda en aquellos días. El gobierno clausuró las sinagogas hasta que una comisión especial investigase el asunto. El dictamen recomendaba que cada ciudad resolviera ella misma respecto de los judíos el régimen que considerase más conveniente. Hasta se admitía que las ciudades tenían la libertad de expulsarlos. Cierto es que no hay noticia de expulsión alguna de judíos como consecuencia de ese pronunciamiento.

Habitaban los hebreos en Holanda en las ciudades portuarias y era importante su posición en el comercio. Supieron vencer los prejuicios de la multitud, en unas partes; en otras, habría sido vano todo intento de alcanzarlo.

Las sinagogas de Ámsterdam fueron reabiertas y tranquila transcurría la vida en el barrio que aun hoy se conoce con el nombre de “Jodenbuurt”. En los distritos rurales, donde los judíos eran muy pocos, hubo alguna agitación contra ellos. El aspecto español y portugués de esos hebreos contribuía a provocar la resistencia, que se puso de manifiesto particularmente cuando comenzaron los matrimonios mixtos de judíos con habitantes cristianos del país. No sorprendieron ni afligieron demasiado a los judíos de Holanda las

muestras de hostilidad. No se hacían demasiadas ilusiones sobre la caridad cristiana y en todo caso su vida en Holanda era paradisíaca en relación con la de la Península Pirenaica. Más fácil les fue aprender el idioma holandés que adaptarse al clima excesivamente frío en comparación con el de España y Portugal. Es interesante señalar que en aquel tiempo los judíos en Holanda podían en todo caso disfrutar de derechos que no se acordaban a los católicos. Hugo Grocio, el famoso pacifista y jurista, recomendaba que se otorgase libertad religiosa a los judíos, pero no a los adeptos del catolicismo. También él se oponía a que se concediese a los hebreos participación en la vida política y en la administración pública. Este moderado liberalismo de Grocio suscitaba la oposición del clero calvinista, que no era menos intolerante que ese otro clero, el católico, contra el cual aún se quejaban los calvinistas por las persecuciones que habían soportado bajo la dominación española de los Países Bajos.

En 1657 obtuvieron los judíos de Ámsterdam derechos de ciudadanía.

La presencia de hebreos en Holanda dio gran impulso al ya floreciente comercio del país. A puertos holandeses llegaba buena parte de las naves que transportaban productos de la Península Ibérica, particularmente de Lisboa. En 1612, el cónsul holandés en Túnez pidió a su gobierno que ofreciese protección a los judíos portugueses porque favorecían la economía de Holanda. Los ex-marranos financiaban barcos mercantes para los capitanes holandeses y establecían vinculaciones de negocios con sus correligionarios del norte de

África. Más aún, con ayuda de ellos pudieron los holandeses entablar relaciones mercantiles con todos los países del Mediterráneo. No sólo en el comercio tuvieron parte importante los judíos de Holanda. También en la actividad industrial se hizo sentir su influencia y su iniciativa. El primer establecimiento de industria azucarera en Holanda fue obra de los judíos Abraham e Isaac Ferrara.

De la importancia de la comunidad hebrea en Holanda, encontramos referencias sugerentes en el libro de Werner Sombart sobre "Los judíos y la vida económica". En lo que concierne a la significación que los holandeses reconocían a los judíos en la prosperidad de su patria, relata Sombart el siguiente episodio. Era a mediados del siglo XVII. Menassé ben Israel, personaje importante entre los judíos holandeses, hizo entonces un viaje a Londres para solicitar de Cromwell que concediese libertad de residencia, de culto y comercio a los hebreos. El gobierno de Holanda se alarmó ante la posibilidad de que ese pedido diese por resultado el traslado de los judíos de dicho país a Inglaterra. Encomendó a Neuport, su representante en Londres, que se entrevistase con Menassé ben Israel e indagase los motivos de su viaje a la capital británica y el curso de sus negociaciones con las autoridades inglesas.

Neuport no tardó en contestar que había visitado a Menassé ben Israel, quien le aseguró que sus negociaciones en nada se vinculaban con los judíos holandeses; sus gestiones sólo tendían a beneficiar a los judíos que eran hostilizados y ultrajados por la Inquisición

en España y Portugal. Sólo pedía que Inglaterra permitiese a los hebreos vivir sin ser perseguidos por causa de su religión.

Así tranquilizaba el diplomático Neuport a su gobierno, preocupado ante el peligro de verse privado de esos hebreos que con navíos de pabellón holandés desarrollaban por los amplios caminos del mar un vasto comercio internacional.

También en la vida espiritual de Holanda, y ya en los tiempos de la emigración hebrea de la Península Ibérica, encontramos nombres de judíos que ocuparon puestos destacados en las ciencias naturales, en la historia y en la filología. En Ámsterdam se imprimían en las lenguas de España y Portugal numerosos escritos, en prosa y en verso, de hebreos oriundos de ambos países, en los que hubieron de ser "marranos" por no poder practicar abiertamente su culto. Tomás de Pinedo era un conocedor extraordinario de la antigüedad clásica. Su obra de erudito le valió el aprecio de sus contemporáneos. Uno de ellos, David de Lara, judío también, latinista y hebraísta, se hizo famoso con un diccionario talmúdico en latín. Isaac Orobio, procedente de España, donde se había dedicado a la medicina y a la metafísica, llegó a disfrutar de notable prestigio en la "Nueva Jerusalem". Abraham Herrera brillaba por sus conocimientos del pensamiento clásico y de la filosofía renacentista. En los países de donde hubieron de huir, habían ya alcanzado un alto nivel de cultura esos israelitas que retornaban abiertamente al judaísmo a favor de las moderadas libertades holandesas[10].

[10] Jakob Freudenthal señala que pasó algún tiempo hasta que los ex-marranos se incorporaron plenamente a la cultura holandesa. A pesar de los dolorosos recuerdos de los vejámenes y persecuciones, siguieron considerándose españoles o portugueses, según su país de origen. (v. J. Freudenthal: *Spinosa*. *Leben und*

En ese ambiente de comerciantes y eruditos nació Baruj Spinoza.

CAPITULO II

LA FAMILIA DE SPINOZA

Los antepasados de Spinoza. El padre de Baruj Spinoza. El medio familiar. Los primeros años de Spinoza. Los hermanos de Spinoza.

Los antepasados inmediatos de Baruj Spinoza[11] pertenecían a una familia de judíos marranos que antes de haber tomado el camino del exilio vivía en la proximidad de la frontera entre España y Portugal. Al parecer, su sede principal se hallaba en Beja, Galicia. En Vidigueira, Portugal, habrían temido los ascendientes de Spinoza una filial de sus negocios. Allí habrían habitado antes de trasladarse a Holanda.

Dunin Borkowski, en el pequeño volumen que dedicó a Spinoza con motivo del tercer centenario del nacimiento del filósofo, trae algunas noticias relacionadas con los antecesores de éste. Mas no se pronuncia sobre diversos puntos oscuros que

---

Lehre, ed. Societas Spinozana, 1927, 1ª parte, pág. 16).

[11] El nombre Spinoza ha sido objeto de controversias. El filósofo mismo firmaba unas veces como *Benedictus Spiñoza;* otras, *B. d'Spinoza* y *B. d' Spinoza.* Una carta de él lleva la firma *Benedictus despinoza.* En el tomo I, págs. 272 y ss. del *Chronicon Spinozanum* hallará el lector razones concluyentes en favor de *Spinoza.*

presentan los datos que él mismo ha recogido. Señala que varios Espinoza se dirigieron a Ámsterdam y Rótterdam, pasando por Nantes, Francia. Una mujer de la familia se embarcó en Lisboa; otra partió de Burdeos. Con certeza se sabe que el abuelo de Baruj Spinoza, de nombre Isaac, y el padre, llamado Miguel, nacieron en Vidigueira. Así cabe afirmarlo de acuerdo con anotaciones fidedignas de archivos de Ámsterdam. Dunin Borkowski juzga insegura toda referencia al origen de la familia en Beja o Burgos. Se comprueba, sí, que en Beja hubo una familia Espinoza de ricos comerciantes que fue expulsada de España.

Los ascendientes de Baruj Spinoza, antes de dirigirse a Holanda, ¿permanecieron en Nantes, Francia? No cabe contestar a esta pregunta con precisión.

A fines del siglo XV, judíos fieles de nombre Espinoza abandonaron España al promulgarse el edicto de expulsión. De España se dirigieron a Portugal. Breve tiempo pudieron permanecer en tierra portuguesa, pues a partir de 1497 no hubo en Portugal judíos públicamente conocidos como tales. Los Espinoza que en los siglos XVI y XVII había en Beja y Vidigueira eran "cristianos nuevos", sólo aparentemente católicos. Si hubo en la familia judíos fieles que emigraron de la Península Ibérica en 1496 o 1497, no pudieron, en verdad, dirigirse a Francia y menos aún a los Países Bajos, justamente por las mismas razones que los habrían obligado a salir de su tierra de origen.

Los marranos Espinoza que de Burgos, o de Beja, primero, y luego, de Vidigueira se dirigieron a Holanda, no sólo lo habrían hecho por motivos religiosos. Es probable que en su determinación hubiese ejercido no poca influencia el surgimiento comercial de Holanda.

En forma incontrovertible se ha comprobado que desde comienzos del siglo XVI se encontraban en Nantes cristianos de nombre Espinoza. Y es respecto de ellos que Dunin Borkowski se pregunta si no eran "cristianos nuevos". Algunos lograron destacarse por sus méritos personales; otros ocuparon cargos importantes en la vida pública de la mencionada ciudad francesa.

A partir de 1598, se encuentran en Nantes unos D'Espinoza procedentes de Burgos. Las actas de la ciudad informan de un Miguel D'Espinoza que se bautizó el 12 de octubre de 1598 y que en 1658 fue sepultado entre los franciscanos. Nada exacto se puede decir de la relación entre esta última familia y la de Espinoza que de Nantes se habría dirigido a Ámsterdam[12].

El abuelo paterno de Baruj Spinoza, Isaac, falleció en Rótterdam.

Un tío del padre de Baruj, Abraham, era hombre estimado entre los ex-marranos de Ámsterdam; tuvo, entre otras, la alta honra de administrar en 1622/23 el

[12] Stanislaus von Dunin Borkowski, S. J.: *Spinoza nach dreihundert Jahrem,* ed. Ferd. Dümmler, Berlin y Bonn, 1932, pág. 11.

cementerio judío de la ciudad. Se le conocía también bajo el nombre portugués de Manuel Rodrigues. Este Manuel Rodrigues fue el abuelo materno de Baruj.

Miguel se llamaba el padre del filósofo. Nació en 1600 en Vidigueira, la pequeña ciudad de Portugal antes nombrada de la que emigró siendo aún niño. Desde joven se dedicó al comercio y sus negocios alcanzaron en cierto momento una prosperidad considerable. Comerciante más virtuoso que sabio, se le estimaba por su rectitud, por su sinceridad y su devoción a la vieja Ley de Moisés. Disfrutaba del aprecio de sus vecinos. Participó en la administración del *Monte de Piedad,* suerte de Banco creado por los judíos pudientes de Ámsterdam para socorrer a sus correligionarios menesterosos. Más aún, don Miguel fue durante varios años uno de los jefes de la Comunidad. Era hombre de sólida posición económica, y las altas distinciones logradas en aquel medio burgués certifican el prestigio que a don Miguel le aseguraban sus virtudes morales.

Estos éxitos en verdad no lograban compensar su amargura de infortunado marido y padre de familia. Tres veces contrajo nupcias don Miguel D'Espinoza. Su primer matrimonio fue con una mujer de la que sólo se sabe el nombre, Raquel. A los veinte años casó con ella. El 22 de febrero de 1627 falleció la primera esposa de Miguel D'Espinoza. Una hija, Rebeca, la sobrevivió.

No dejó don Miguel transcurrir más de un año hasta que contrajo nuevo

matrimonio. Hanna Débora, hija de Abraham D'Espinoza, fue la segunda mujer de don Miguel. En 1628 le nació una niña a la cual los padres llamaron Miriam. Y el 24 de noviembre de 1632 nació un hijo al que dieron el nombre de Baruj. Cuando éste contaba seis años, falleció su madre, Hanna Débora, segunda de las esposas de don Miguel. Privado del cariño materno, ¿ha ejercido esta circunstancia algún influjo en el desarrollo del alma de Baruj? Esther D'Espinoza, la tercera de las mujeres de don Miguel y madrastra de Baruj desde los seis hasta los veinte años, ¿logró reemplazar en su corazón de niño y de adolescente a la madre tan prematuramente desaparecida? Son estas preguntas para las que no se halla respuesta en ninguno de los biógrafos de Spinoza. Ni los autores de los primeros relatos de su vida ni los eruditos escritores de sus biografías más recientes traen contestación alguna a tan importante cuestión.

Dos hermanos varones tuvo Baruj: Isaac y Gabriel. El primero de ellos era mayor que Spinoza, así, por lo menos, piensan varios de sus biógrafos, sin excluir que pudieran ser mellizos; el segundo era menor que Baruj.

Para formarnos una idea aproximada de la infancia de Baruj Spinoza, es menester que nos detengamos un momento en su padre don Miguel D'Espinoza y en la vida que llevaba, aunque para ello debamos insistir en algunos datos ya enunciados.

A los 28 años lo vemos figurar en Ámsterdam. Colabora en negocios de su tío y suegro Abraham. Tiene un cargo directivo en la comunidad "portuguesa" de la ciudad. Es un comerciante honorable; un buen burgués, respetado y considerado, que no tarda en hacerse estimar en su ambiente. ¿Era porque tuvo en materias judaicas más conocimientos que el común de los marranos exilados de España y Portugal? No contamos con ningún elemento de juicio que permita apreciar la ilustración o la inteligencia del padre del filósofo. Si era hombre instruido, su saber no llegaba a darle una posición descollante en el medio en que vivía y en el que no faltaban hombres de amplia ilustración.

Es legítimo suponer que distaba mucho de ser un erudito. Sí se sabe que era un creyente fiel; cumplía los ritos sinagogales y era en extremo respetuoso con los rabinos y los sabios.

No se tiene noticia alguna de que don Miguel D'Espinoza fuese hombre con especiales intereses espirituales, artísticos, científicos o filosóficos. Buen comerciante y buen padre de familia, vivía sin otras inquietudes que las de su hogar poco venturoso y sin otras preocupaciones que las de sus negocios.

De 1633 a 1651 fue elegido cinco veces por sus correligionarios para desempeñar distintos cargos en la comunidad de los judíos "portugueses" de Ámsterdam; en tres períodos fue uno de los representantes de ella. Más todavía. En 1635, le tocó

desempeñar un cargo en la administración de la escuela, "Talmud-Torah". Era entonces hombre joven. Tenía 35 años. Tres lustros más tarde es designado director del ya mencionado banco comunal, que había sido fundado en 1639 cuando se fusionaron en una sola las tres sinagogas sefarditas de Ámsterdam.

Aunque don Miguel D'Espinoza era hombre de cierta fortuna, pues a su muerte dejó créditos por sesenta mil florines, vivía con relativa modestia. La mujer era esposa y madre a la vez que administradora de la economía doméstica.

Tal era la casa en que nació y se desarrolló el filósofo.

No hay ningún dato sobre los primeros años de vida de Baruj Spinoza, y todo lo que de ellos se diga ha de fundarse por fuerza en meras conjeturas. Cabe presumir que el ambiente de burguesa religiosidad influyó en el niño. Vida solitaria, al parecer, era la del pequeño Baruj. Ante sus ojos podía ver una feria de caballos y un puente de madera que unía al suburbio en que habitaban judíos con la ciudad misma de Ámsterdam. No lejos de la casa de Spinoza estaban las viviendas de los judíos alemanes y polacos que se mantenían apartados, temerosos de ponerse en contacto con los engreídos judíos "españoles". Éstos eran habitantes legales de la ciudad; aquellos vegetaban en una situación no oficialmente reconocida, sin una

representación bajo forma de comunidad organizada. Para su subsistencia los judíos alemanes y polacos acudían a ocupaciones que no eran las de los sefarditas; procuraban no incomodar con su rivalidad a los correligionarios de procedencia ibérica.

En 1641, tres años después de la muerte de su segunda esposa, el padre de Baruj se trasladó del barrio judío, de la estrecha calleja, a una amplia y limpia calle de Ámsterdam.

Otra vez hubo de casarse don Miguel D'Espinoza, pero no ya con tanta premura como después del fallecimiento de su primera mujer. El 28 de abril de 1641, contrajo matrimonio con Esther D'Espinoza, procedente de Lisboa. En la casa vivían Rebeca, Miriam, Baruj, Isaac, del cual no se sabe exactamente cuándo nació, y el pequeño Gabriel. No fue larga la vida de Isaac, el hermano de Baruj; falleció el 24 de septiembre de 1649. Dos años después moría Miriam. Varios biógrafos de Spinoza atribuyen estas muertes consecutivas en el hogar de don Miguel a una enfermedad hereditaria. Ya con anterioridad habían fallecido otros dos hijos suyos.

Cierto es que la salud de Baruj Spinoza también dejaba mucho que desear. Hubo de morir -creen algunos- de una tuberculosis trasmitida por la madre. Resulta así posible que Isaac, fallecido a los 17 ó 18 años, hubiera sido también tuberculoso.

La madrastra de Baruj era una mujer recta y sencilla, ya no joven. Sin pretensiones y sin ningunos quehaceres fuera de los domésticos, cuidaba a los niños con dedicación permanente y quizás con abnegación. Cuando Baruj hubo llegado a la edad de siete años, comenzó a concurrir a la escuela, teniendo por breve tiempo de compañero a su hermano Isaac.

Miguel D'Espinoza, orgulloso de su estirpe y del prestigio que se había conquistado en la comunidad de los "portugueses", deseaba que sus hijos tuvieran una instrucción adecuada a su rango.

En el hogar se hablaba el español y el portugués. Don Miguel se sentía como perteneciente a una categoría aristocrática, pues aristócratas se consideraban los judíos oriundos de España y Portugal frente a los que procedían de Alemania. Un cronista de la vida en Ámsterdam en aquel tiempo relata que, a pesar de ello, los hebreos *aschkenazíes* sentían menosprecio por el poco saber de los sefarditas en materias hebraicas y desconfiaban de su religiosidad porque los creían judíos sólo a medias. Don Miguel D'Espinoza vivía con los hebreos de más holgada posición económica, orgullosos de su elevada alcurnia. Entre ellos se contaba Judá León Templo (1603-1671), autor de toda una serie de libros que seguramente estaban en la biblioteca de don Miguel, el cual, si no fue un estudioso, tenía respeto por la cultura. Jacobo Judá León Templo procedía de Hamburgo. En 1621, a los 18 años,

fue nombrado maestro en la escuela judía, "Talmud-Torah", de la ciudad de Ámsterdam. En 1650 publicó un extraño libro en el cual se describe el templo del rey Salomón; en su casa tenía una maqueta del edificio tal como lo había concebido. Cuenta un biógrafo de Spinoza que los judíos de Ámsterdam sabían deleitarse en la contemplación de la minúscula imagen de la "casa sagrada". La destreza le dio a Judá León cierta fama fuera de Holanda, y, así, se le invitó a Londres para que exhibiera su obra de arquitecto. Su "templo" en madera fue llevado a la capital inglesa, según lo informa Schatzky.

Este raro arquitecto que era también hombre de letras compuso en portugués una traducción de los Salmos que fue publicada después de su muerte, en 1671.

Igualmente amigo de Miguel D'Espinoza fue el rabino Menassé ben Israel, el cual, cuando Baruj tenía ya dieciocho años, dedicó a don Miguel y a sus compañeros de la dirección de la comunidad su libro *Esperanza de Israel,* que apareció en 1650.

Muy halagado debió sentirse don Miguel D'Espinoza de contar con la amistad de tan ilustre personaje. Menassé ben Israel frecuentaba la casa del padre de Baruj para reunirse con otros correligionarios. Era Menassé ben Israel la figura más conocida entre los judíos de Ámsterdam. Ya nos hemos ocupado de él y volveremos a hacerlo. Tenía más o menos la misma edad que el padre de Baruj Spinoza. Es posible que algún otro hombre culto frecuentase la casa de cuyas modalidades íntimas poco se

sabe. ¿Se discutían en ella las tendencias catolizantes de algunos de los marranos que habían vuelto al judaísmo? Recuérdese que a tal punto era ello un problema en Ámsterdam, que el rabino Isaac Uzíel hubo de reprochar con energía las tendencias al relapso.

Ya hemos recordado las divisiones producidas en un comienzo entre los sefarditas de Ámsterdam. Las querellas se apaciguaron, y en 1639, cuando Baruj Spinoza contaba siete años, fue restablecida la paz; se constituyó una sola gran comunidad con una sola sinagoga y con una dirección de la que formaba parte don Miguel D'Espinoza. ¿Cómo era el niño Baruj en ese momento? ¿Qué rasgos lo individualizaban? ¿Cuáles eran sus aficiones, sus juegos? Nadie sabría contestar a estas preguntas.

El mismo año en que se reunieron en una sola las tres sinagogas, se fundó en Ámsterdam una gran escuela judía a la cual don Miguel envió a su hijo Baruj. "Árbol de las Vidas" era el nombre de esta escuela. Esto nos conduce a un nuevo capítulo en la vida de Spinoza, el primero que realmente se conoce: el de sus estudios iniciales.

III

LA INFANCIA Y LA JUVENTUD DE SPINOZA.

EL AMBIENTE ISRAELITA EN ÁMSTERDAM.

CAPITULO III

LA INFANCIA Y LOS PRIMEROS ESTUDIOS DE SPINOZA.

Spinoza en la escuela el "Árbol de las Vidas". La enseñanza. Los maestros de Spinoza. Menassé Ben Israel. Sus escritos. Su prestigio. Saúl Levi Morteira. Su intransigencia.

Los hebreos de Ámsterdam en ningún momento descuidaron la educación de sus hijos. En los primeros años de su permanencia en la ciudad estaba la enseñanza a cargo de maestros privados. También los adultos tenían mucho que aprender en cuanto a la religión que podían ya practicar libremente. En 1616 fundaron una escuela, "Talmud-Torah". En ella aprendían a rezar los niños que no tardarían en concurrir a la "Casa de Jacob", su primera sinagoga. Algunos años después erigieron la "sinagoga portuguesa", amplia y suntuosa. Hallábase en su proximidad el "Árbol de las Vidas", escuela bien organizada, cuya enseñanza abarcaba siete cursos anuales y que fue abierta en 1639. Baruj Spinoza iba a iniciar entonces sus estudios. La docencia estaba en ella a cargo de los más ilustrados varones con que contaban los sefarditas de Ámsterdam. El pequeño Baruj figuró entre sus primeros

discípulos. En algunas ocasiones la necesidad hacía ceder el orgullo de los "portugueses", y así fue que *aschkenazíes* insustituibles ocuparon plazas de maestro en el "Árbol de las Vidas". Viajeros de paso por Ámsterdam han dejado en sus crónicas de aquellos días, junto con la descripción de cómo era la enseñanza en el "Árbol de las Vidas", elocuentes alabanzas de sus méritos. Uno de ellos, que en 1641 estuvo en Holanda, recomendaba a los judíos de otras partes que tomasen por modelo la escuela que entonces frecuentaba Spinoza.

Cada uno de los siete cursos que comprendía el ciclo escolar estaba encomendado a un maestro especial y disponía de aula propia. En el primero, se comenzaba la enseñanza de la lectura y la escritura del hebreo. En el segundo, se estudiaban ya algunos fragmentos del *Pentateuco*. En la clase siguiente, los alumnos aprendían los cinco *Libros de Moisés*, en hebreo. En el cuarto grado se les enseñaba a traducir textos del *Pentateuco* y de los *Profetas* al español, idioma corriente en los hogares de los alumnos. De otro carácter era ya el estudio en el quinto curso, que abarcaba los comentarios de Raschi, el exegeta judío francés del siglo XI, y de otros eruditos de la Edad Media. Gramática hebrea, el *Talmud*, redacción del hebreo en prosa y en verso, eran las asignaturas del sexto año. En el último, los textos más difíciles de la dialéctica talmúdica y sus correspondientes glosarios adiestraban a los alumnos en sutilezas del razonamiento, en minucias de disquisición lógica.

La jornada escolar era de tres horas por la mañana y tres por la tarde. Se estudiaba intensamente. Los maestros se dedicaban a sus tareas con seriedad. Disfrutaban, ciertamente, de una remuneración, si no muy holgada, suficiente para llevar una vida decorosa y aprovechar de la bien nutrida biblioteca que en el "Árbol de las Vidas" estaba al alcance de docentes y discípulos.

En esa atmósfera de disciplina adquirían los alumnos una preparación suficientemente sólida y vasta para entregarse con provecho a estudios religiosos, filosóficos e históricos. En el "Árbol de las Vidas" los niños hebreos de Ámsterdam practicaban el arte de discurrir; los egresados de sus aulas estaban en condiciones de emprender estudios de las disciplinas más arduas.

Si se tiene presente su escasa edad, ha de reconocerse que su saber profundo y su pericia dialéctica eran superiores a los de un adolescente común. En el "Árbol de las Vidas" encontraban ambiente tan judío, tan religioso, como el de sus hogares. En invierno acostumbraban los niños encaminarse de la escuela directamente a la sinagoga para la misa de la oración. En sus casas estudiaban, con maestros privados, el holandés; algunos, aprendían también el latín.

En las aulas del "Árbol de las Vidas" aprendió Baruj Spinoza el hebreo que tan

provechosamente hubo de utilizar en su *Tratado Teológico-Político;* en esas mismas aulas alcanzó conocimientos que más tarde le sirvieron para familiarizarse con la obra de Maimónides, cuyo método se apropió en parte y cuyas conclusiones exegéticas criticó duramente; con la de Ibn Ezrah, el autor de esos *comentarios* que celebra, y con la de todos los "judíos antiguos", en cuyos escritos se complace en señalar el preludio de su propia doctrina expuesta en la primera parte de la *Ética.* Al ocuparnos, en el segundo volumen de esta obra, de los antecedentes de la doctrina de Spinoza, expondremos las ideas fundamentales de los primeros pensadores que fertilizaron su espíritu.

En sus años de escolar, junto con conocimientos del hebraísmo antiguo y medieval, adquirió Spinoza el hábito de estudiar con dedicación. Algunos de sus maestros le ofrecieron en esto ejemplo plausible.

Enseñóle a Spinoza las primeras letras Mardoqueo de Castro. José de Faro, Jacobo de Gómez y Abraham Baruj, marranos como el anterior, le enseñaron el hebreo y le habituaron a traducir las *Sagradas Escrituras* al español; Salomón Ben Josef Schalom lo ilustró especialmente en la interpretación de los textos de los Profetas.

Dos de los maestros de Spinoza han de ser particularmente recordados: Menassé Ben Israel, que enseñaba en el sexto curso, y Saúl Levi Morteira, que en la séptima clase del "Árbol de las Vidas" ocupábase de las disciplinas más difíciles del

programa. Spinoza fue alumno de uno y otro. De Menasse ben Israel, en la escuela a que nos venimos refiriendo; de Saúl Levi Morteira, no en ella, sino en la "Corona de la Ley", suerte de seminario de estudios más elevados que los del "Árbol de las Vidas".

Menassé Ben Israel, al cual hemos mencionado antes, fue hombre brillante, con las cualidades y los defectos propios de esta condición. Inteligente, comprensivo, más aficionado a la improvisación que habituado al estudio paciente, tuvo una juventud dichosa. A diferencia de los otros maestros de Spinoza, Menassé Ben Israel profesaba ideas "liberales". A los dieciocho años llegó a ser rabino. Los rasgos de su aspecto físico imponente perduran a través de un retrato que de él hizo Rembrandt. Habíase graduado en la Universidad de Leyden y se llamaba él mismo "sacerdote y médico". Gustábale figurar, y sabía hacerlo; era sutil, insinuante, de sobresalientes aptitudes diplomáticas. Era la suya una mente de teólogo y "humanista"; más lo segundo que lo primero. Le faltaba del teólogo el rigor en el razonamiento. Tenía del "humanista" la curiosidad múltiple y no le faltó libertad de espíritu. Mas carecía de hondura en la meditación.

Vida afortunada fue la suya, a pesar de su trágica iniciación. Cuando contaba un año de edad, su padre y otros ciento cincuenta judíos se salvaron milagrosamente de las hogueras de la Inquisición en Lisboa. *Esperança de Israel* es el título de un libro

escrito por este rabino con algo de *dandy*. Trátase de un pequeño volumen cuyo atractivo único está en lo peregrino de la tesis que expone. Sobre la base de informaciones ligeras que le suministró un viajero crédulo y de imaginación desenfrenada, construyó una historia atrevida. Llevado por la idea, mística, para llamarla de algún modo, de que la redención de su pueblo se producirá una vez que se halle disperso por todos los ámbitos de la tierra, osó concluir que los habitantes autóctonos de América, en la época del descubrimiento, descendían de las *diez tribus perdidas de Israel*. De este hecho, fundado en los relatos más o menos fantásticos de Antonio Montezinos, deducía la perennidad del "pueblo elegido" y su universal dispersión, signo de la redención a que nos hemos referido.

La *Esperança de Israel* no fue el único escrito salido de la pluma del rabino que enseñaba en la escuela frecuentada por Baruj Spinoza. Mas ellos tienen hoy mucho menos significación que el hecho de haber sido quien estimuló en Spinoza la inquietud espiritual y el afán de saber. Los pensadores y escritores judíos españoles de la edad media le fueron dados a conocer por Menassé ben Israel, más que en la escuela, en la frecuentación personal. Los libros de Menassé ben Israel contienen también referencias abundantes de autores clásicos y de escritores cristianos. Eurípides, Virgilio, Platón, Aristóteles, Duns Scotto y Alberto Magno son nombres mencionados por el rabino diplomático y místico. Era éste más orador que escritor. Fue precisamente su elocuencia la que le valió la designación de predicador en 1622.

Había estudiado con el antes nombrado rabino Uzíel; había aprendido el latín y las lenguas europeas. Conocía la literatura de su tiempo, y si es dudoso que tuviese conocimientos sólidos, no hay duda, en cambio, de que eran vastos. Menassé ben Israel gozó de renombre fuera de los medios israelitas y más allá de las fronteras de Holanda. Su traductor al inglés llega a decir de él que "era reputado como el más celebrado rabino de su tiempo". Mantenía correspondencia con Hugo Grocio y con la reina Cristina de Suecia. Su casa era visitada por escritores y eruditos cristianos, y verosímilmente contribuyó a despertar en Baruj una curiosidad en consonancia con sus aptitudes ingénitas. Sobre pensadores judíos y no judíos, sobre modernos y antiguos, sabía disertar ese maestro del "Árbol de las Vidas". Parece que en algunas ocasiones no fue totalmente riguroso en el cumplimiento de los ritos hebraicos, lo que le habría traído como consecuencia la excomunión de la Sinagoga por varios meses[13].

Los libros que han salido de su pluma son un índice de los problemas que más preocupaban a los judíos de Ámsterdam en aquel tiempo. En su mayoría fueron escritos en español y en latín. En 1632 –el mismo año en que nación Baruj Spinoza- comenzó Menassé ben Israel a publicar *El Conciliador,* obra en cuatro tomos que terminó de editarse diecinueve años después. En ella intenta interpretar y explicar aparentes contradicciones de la *Sagrada Escritura*, sirviéndose de ingeniosos recursos de

[13] La noticia de la excomunión de Menassé ben Israel de la Sinagoga de Ámsterdam la hemos encontrado en la edición de 1929 de la *Enciclopedia Británica*.

dialéctica.

Mientras componía esta obra voluminosa, redactaba otros escritos. En latín escribió *De termino Vitae* (1635) y *De resurrectione* (1639), para refutar a los herejes que negaban la inmortalidad y la resurrección de los muertos, dogmas ambos que Menassé ben Israel consideraba indiscutibles y que eran motivo de controversias entre ortodoxos y heterodoxos, tanto en los círculos hebreos como en los cristianos. En el capítulo en que estudiaremos la tragedia de Uriel Dacosta, se verá la disputa en torno de las tesis opuestas sobre la inmortalidad del alma. Ella se produjo justamente cuando Menassé ben Israel componía su *De Resurrectione.*

No sólo en cuestiones altamente especulativas se interesaba Menassé ben Israel. También se preocupaba de que sus correligionarios conociesen las prácticas rituales, que él mismo posiblemente no cumplía con exceso de minuciosidad. Para ello publicó en portugués en 1645 su *Tesoro dos Dinim,* especie de manual de las prescripciones religiosas del judaísmo. Quería poner al alcance de los ex-marranos un código de preceptos del rito mosaico, en una lengua que les fuese accesible.

Siete años más tarde apareció en hebreo una obra del rabino que escribía en cuatro idiomas. Lleva por título *Nisch-math Jaim.* En ella expone los que juzga fundamentos de la fe religiosa. Su espíritu, empapado en la Cábala, tenía tendencia a acoger ideas de los autores místicos cristianos.

Hoy se lo recuerda sobre todo por la ya mencionada *Esperança de Israel,* trabajo digno de un temperamento de entusiasmos fáciles, sin espíritu crítico. El pintoresco escrito sólo tiene ahora el interés de un documento "curioso"; sus ensayos de teólogo únicamente tienen el valor de un breviario de temas de un momento dado. Es oportuno señalar que Baruj Spinoza tenía en su biblioteca un ejemplar de *Esperança de Israel.*

Verdad es que Menassé ben Israel no fue ni pudo haber sido un guía para el joven Spinoza. Un abismo separaba sus caracteres. Pero verdad es también que ninguno de los judíos de Holanda tenía en aquel tiempo una cultura universal como la del rabino diplomático. Y si alguno pudo acercarlo a las más vastas esferas del conocimiento fue él.

Hemos visto antes que el padre de Baruj Spinoza tenía relación personal con el rabino. Éste frecuentaba la casa de don Miguel. Abrió a su hijo las puertas al mundo; Baruj no hubo de tardar en tomar un camino harto alejado del de su maestro.

Ya a los primeros pasos debieron obrar sobre él otras influencias. Pero antes de ocuparnos de ellas, nos corresponde aún recordar a Saúl Levi Morteira. Fue otro de los maestros de Spinoza. Más aún, fue su gran maestro en la "Corona de la Ley", el seminario de estudios hebraicos al cual Baruj Spinoza concurrió después de haber cursado los seis primeros años del "Árbol de las Vidas". Ese seminario fue fundado en 1643 por Saúl Levi Morteira. Era este rabino varón recto y sabio; había estudiado medicina; su intransigencia igualaba su sabiduría. Lo más agudo y complejo de su

instrucción hebraica se lo debió Spinoza a Morteira. De convicciones firmes, muy firmes, -a diferencia del *ecléctico* Menassé ben Israel- polemizaba continua y vehementemente contra toda transgresión a la religión judía. No toleraba las concesiones a la "herejía", que no siempre hallaba obstáculos en el espíritu de los ex-marranos. Su *Providencia de Dios con Israel,* escrito que no se imprimió, circulaba entre los judíos de Ámsterdam que lo leían y seguían con fidelidad.

De Venecia había llegado Morteira. Allí solían mezclarse aschkenazíes y sefarditas. Aschkenazi era él mismo. Un contemporáneo suyo, Daniel Levi de Barrios, le dedica estas palabras en su escrito *Árbol de las Vidas* (pág. 77): "Fue Saúl Levi Morteira de Alemania natural, Venecia, su doctrinal criación, Francia, su carrera; en Ámsterdam reverbera de Bet Jacob Jajam fiel". Y en *Corona de la ley*, del mismo autor, encontramos estas palabras que certifican el excepcional prestigio de que disfrutaba Morteira: "de Alemania nació raro portento Saúl Levi Morteira". Tal fue el eminente maestro de Spinoza. Conocía el *Talmud* y la literatura exegética judía con prolijidad extraordinaria. No carecía de cultura laica. Sus estudios de medicina lo pusieron en contacto con la ciencia de la época, pero no aminoraron su devoción al credo de Moisés. Frente a quienes daban muestras de descreimiento, manifestábase Morteira polemista resuelto. Cifraba grandes esperanzas en su discípulo Baruj; confiaba en que éste llegaría a descollar en la erudición hebraica. Mas cierto es que el primer choque de ideas lo hubo de tener el futuro filósofo precisamente con Morteira, de grandísimo

influjo en el proceso de *aschkenazificación* de la colonia sefardita de Ámsterdam[14].

Spinoza fue un pensador original. ¿Quiere esto decir que sus ideas brotaron con absoluta espontaneidad? No. Veremos en su oportunidad las corrientes de pensamiento que influyeron en su espíritu. Pero desde ya cabe afirmar que si son personales las soluciones dadas por Spinoza a los diversos problemas de la especulación filosófica, los términos en que se los planteó, la preponderancia de unos sobre otros, el peculiar modo de formularlos, derivan de estos factores: la tradición en que se educó, el medio inmediato en que transcurrieron sus años y el clima intelectual de su tiempo.

Vida tranquila era la de Spinoza en el hogar de su recto y desventurado padre; el ambiente doméstico, quizás, de escasa ternura; estudio intenso, metódico, en el "Árbol de las Vidas" primero, y después en "La Corona de la Ley". Los más de sus condiscípulos eran hijos de comerciantes de condición mediana, cuando no próspera. El niño Baruj Spinoza no mantenía trato cercano con sus compañeros de escuela. Con ninguno de ellos entabló amistad duradera. Unos pocos llegaron a destacarse, pero ciertamente sólo dentro de un ámbito muy restringido. El único ex-alumno del "Árbol de las Vidas" de aquellos años que merece ser recordado es

[14] Cf. Carl Gebhardt: *Chronicon Spinozanum*, t. III, 1923. págs. 271 y ss.

Moisés Israel Mercado, discípulo predilecto de Saúl Levi Morteira. Mercado falleció en 1652 y un año después se publicaron unos comentarios que escribió al libro de los *Salmos* y al *Eclesiastés*.

Mientras el pequeño Spinoza estudiaba en las aulas del "Árbol de las Vidas" ocurrieron en el ambiente judío de Ámsterdam algunos hechos de vasta repercusión. Merece recordarse uno de ellos. Producido cuando Spinoza recién había cursado el primer año de sus estudios, ha adquirido un halo de leyenda. Se trata del trágico fin de Uriel Dacosta, cuyo destino tiene un valor simbólico.

CAPITULO IV

GABRIEL O URIEL DACOSTA

La formación de Uriel Dacosta. Su educación católica. Su conversión al judaísmo. Las censuras de Dacosta a los "fariseos". Su excomunión de la Sinagoga. Controversia sobre la inmortalidad del alma. El arrepentimiento y el trágico fin de Dacosta. Su escrito póstumo; sus ideas.

Nació Uriel Dacosta en la ciudad lusitana de Oporto alrededor del año 1580. Eran sus padres católicos de origen judío, e intensamente católica fue la educación que

recibió desde niño. En 1600 ingresó en la universidad de Coimbra después de pasar con éxito una prueba en latín. Por tres años interrumpió sus estudios de derecho canónico para reanudarlos en 1605. Entre sus profesores merece especial mención el doctor Antonio Homen, años después acusado de judaizante ante la Inquisición. Homem fue procesado y condenado a la hoguera.

A los veinticinco años de edad desempeñó Dacosta un alto cargo en la iglesia de Cedofeita, en su ciudad natal. Espíritu inquieto y rebelde por momentos, no se hallaba satisfecho con el catolicismo. Ya en sus años de estudiante sintió vacilaciones en la fe que le había sido inculcada por sus padres. Fue a hurgar en el *Antiguo Testamento* con el fin de encontrar lo que a su juicio no se encontraba en el *Nuevo*. Un fuerte, invencible anhelo de retornar a la religión de sus abuelos lo llevó a Ámsterdam. Abandonó clandestinamente Portugal entre 1612 y 1615, acompañado de su madre y de sus hermanos, a quienes persuadió de que hicieran con él la travesía a la "Nueva Jerusalem" para volver a la fe antigua. Uriel Da costa, que cuando fue católico se llamaba Gabriel, retornó al judaísmo en el seno de la comunidad sefardita de Ámsterdam, comunidad en su mayor parte formada por ex-marranos o descendientes de ex-marranos. Cumplió para ello incluso con los ritos hebreos más incómodos para un adulto. Pero el alma turbulenta de Gabriel, convertido en Uriel, no podía resignarse al minucioso ceremonial hebraico, estatuido desde largos siglos y rigurosamente cumplido por sus viejos nuevos

correligionarios. Rebelde antes contra los dogmas católicos, no tardó en pronunciarse contra esos rabinos a los que llamaba *fariseos*. Su descontento no fue silencioso. Uriel Dacosta se creyó en el deber de enunciar abiertamente sus objeciones al ritual judío.

En 1616 se dirigió a Hamburgo, donde había también una comunidad de israelitas ex-marranos, constituida al mismo tiempo que la de Ámsterdam pero menos numerosa que ésta. Desde Hamburgo envió a los dirigentes de la Sinagoga de Venecia un escrito, *Propostas contra a Tradiçao,* en el que formulaba severas críticas a diversos ritos del culto hebraico. Reclamaba Uriel Dacosta un categórico pronunciamiento de los rabinos de Venecia. Quería que le dijesen claramente si estaba en la verdad. La respuesta no tardó en producirse. Fue redactada por León Modena, tocado él mismo de "herejía". Ella estaba dirigida a los rabinos de Hamburgo, a los cuales recomendaba que tuvieran por excomulgado de la Sinagoga al descontento, si se empecinaba en sus convicciones, y a cuantos compartieran sus opiniones inadmisibles.

Uriel Dacosta regresó a Ámsterdam. Mas la excomunión no lo arredraba. No sólo repudiaba muchos ritos; también censuraba algunos principios consagrados. La idea de la inmortalidad del alma era entonces motivo de controversias. La ortodoxia judía no toleraba que se la pusiese en tela de juicio. Uriel Dacosta, mucho menos

que ortodoxo, la juzgaba inaceptable fruto de la superstición. En los *Libros de Moisés* no se afirma una vida de ultratumba, alegaba Uriel *Abadat,* llamado así por quienes lo excluyeron de la Sinagoga de Hamburgo. Para exponer su pensamiento en la materia escribió un ensayo en lengua portuguesa. Al comienzo sólo lo exhibió ante sus allegados. Uno de ellos, el médico Manuel da Silva, de Ámsterdam, publicó en portugués un *Tratado de Inmortalidade* (1623) para refutar el trabajo inédito del ex-católico y ex-judío.

Los rabinos de Ámsterdam no tardaron en excomulgar a su vez al rebelde. No fue fácil imponerle silencio. En 1624 publicó su *Examen de las tradiciones farisaicas por la confrontación con la Ley escrita.* En él proponíase Uriel Dacosta refutar la creencia en la inmortalidad. Las autoridades civiles de Ámsterdam, alarmadas ante semejante audacia, prohibieron su difusión e infligieron un castigo al obstinado. Es verdad que en el pronunciamiento de Utrecht se había proclamado la libertad de cultos, mas ello no implicaba tolerancia para con la expresión de pensamientos que significaban una herejía grave. Y fue por ello que los magistrados de Ámsterdam impusieron a la imprudencia de Dacosta la sanción adecuada.

Judíos y cristianos veían en él un ser con quien todo trato resultaba peligroso, condenándolo a vivir muchos años en una soledad que le abrumaba. Uriel Dacosta se arrepintió y con la mediación de un pariente resolvió pedir públicamente el

perdón de los rabinos. La ceremonia se hizo con toda solemnidad. Uriel Dacosta leyó en alta voz la confesión de sus errores y la promesa de no insistir en ellos; repudió así sus anteriores pensamientos contrarios al judaísmo. Fue flagelado por los feligreses, satisfechos del retorno del descarriado, pero rencorosos aún por su apartamiento. Uriel Dacosta, el libre-pensador, se sintió herido, humillado. En su desesperación, puso fin a sus agitados días poco tiempo después. Antes de morir dejó escrita en latín una autobiografía con el título de *Exemplar humanae vitae.*

Hay en ella juicios sobre el judaísmo, de su ciudad y de su tiempo; hay también en ella ideas de otro orden que dan de Uriel Dacosta cierta jerarquía intelectual. No es fácil extraer de las cuarenta páginas de la versión francesa de *Un ejemplo de vida humana* una tesis coherente. Las que llamaríamos ideas de Uriel Dacosta están sembradas en frases rutilantes pero desconectadas en su escrito, cuya intención dominante parece haber sido vengarse de los agravios que había sufrido de judíos y también de cristianos. Su pensamiento es éste: Todo es bueno en la Naturaleza, de la que es hijo el hombre con su razón. Si el mundo estuviese ordenado según ella, no existiría en él el mal. La moral está en la Naturaleza misma; en ella está el amor. Los que dirigen a los hombres y las instituciones humanas, traen la desdicha al hombre porque lo conducen contra lo natural y fuera de la razón. De ahí provienen el odio y las divisiones. Hay una simpatía natural entre padres e hijos, entre hermanos, entre amigos, entre los hombres en general. Lo que es artificiosa

creación humana es dañino y destructor, es la fuente de la desgracia, la causa de las aflicciones. A lo anti-natural pertenecen las religiones reveladas, las ceremonias y los dogmas. La salvación está en el retorno al amor natural y a la razón natural. Dicho en otros términos, a la moral y a la religión de la Naturaleza, cuyos principios se encuentran en la enseñanza de Moisés, en los llamados "siete mandamientos para los hijos de Noé". Ellos son la ley de la Naturaleza que está en el fondo de las conciencias humanas y que orienta hacia la fraternidad a los hombres y excluye la discordia, los conflictos. El hombre tiene una inclinación espontánea a la bondad, al amor, a la piedad, y si los seres humanos se mantuvieran dentro de los límites naturales, el bien reinaría en el mundo. Pero el hombre se aparta de esos senderos y cae víctima de sus creencias, de sus fantasmagorías, de las instituciones que inventa.

Algunos han querido señalar en el pensamiento de Dacosta un antecedente para las concepciones de Rousseau, precursor de la Revolución de 1789 con su tesis sobre el estado natural del hombre y con su teoría del contrato social. Otros han querido encontrar en Uriel Dacosta un esbozo de doctrina anarquista.

Verdad es que hay una vaga semejanza entre las opiniones de Uriel Dacosta, que acabamos de resumir, tratando de darles una consistencia que en el original no tienen, y algunas de las ideas de Baruj Spinoza.

La figura de Uriel Dacosta ha sido llevada al teatro por Gutchkov. Una de las escenas de esa ficción teatral fue trasladada, con algunas modificaciones, a una tela por el pintor Hirszenberg. Nos presenta a Uriel Dacosta sentado, teniendo junto a sí un niño de unos ocho años que sería Baruj Spinoza. Uriel Dacosta mira ansioso al horizonte dando la impresión de que ya ha resuelto poner fin a su vida. El pequeño Spinoza contempla unas flores marchitas colocadas en el gran libro abierto sobre una mesa próxima. El cuadro es hermoso. Nadie adivinaría en el rostro del pequeñuelo al futuro pensador, pero sí se advierte en los rasgos de Uriel Dacosta un hombre torturado, un alma angustiada.

Sin duda, cuando niño supo Spinoza vagamente del proceso Uriel Dacosta y ya joven debió conocerlo con precisión de detalles, pero no es posible afirmar con exactitud que haya leído algo del inquieto Uriel. Algunas expresiones del filósofo en el *Tratado Teológico-Político* recuerdan a otras de Uriel Dacosta. El filósofo usa frecuentemente la palabra *fariseos* en el mismo sentido que Dacosta. Hay, sin embargo, entre los dos una gran diferencia, fuera de la distancia que media entre un genio y quien no lo es. En cierta medida los dos vivieron el mismo problema. Pero, ¡cuánta diversidad en la manera de resolverlo! La doble conversión de Dacosta habría sido inconcebible para Spinoza. Los dos no querían someterse al riguroso

ritual de los judíos sefarditas de Ámsterdam. Pero uno y otro acudieron a modos distintos de enfrentarse con este problema.

En su *Ejemplo de una vida humana* cuenta Uriel Dacosta cómo resolvió escribir un libro, que efectivamente escribió, en el que se proponía demostrar "la vanidad de las tradiciones y de las costumbres de los fariseos y la disconformidad que existe entre sus instituciones y tradiciones y la Ley de Moisés". Coincide con la Ley de Moisés, así dice, en que no hay para el hombre ningún trasmundo en el que sobreviva después de este mundo.

En medio de pensamientos interesantes sobre la posición del hombre en el universo, revela de pronto un sentimiento de desconfianza en la criatura humana cuando pretende tener de ella una idea precisa. Reprochaba a las religiones las ceremonias, los ritos, los reglamentos, los sacrificios, los diezmos, a los que califica de robo. "Vivimos bien cuando vivimos según la razón", son sus palabras. La concepción de la razón y de la Naturaleza como guías de la conducta del hombre, le llevan a una conclusión en la que se adelanta a una objeción posible. He aquí cómo se expresa: "Se alegará que la ley de Moisés o la ley de los Evangelios contienen un principio más elevado y más perfecto: el de amar aún a nuestros enemigos, principio que la ley natural ignora. A esto respondo, como ya lo he dicho más arriba: si nos separamos de la Naturaleza, queriendo llegar más alto, no tardan en producirse los

desacuerdos y la paz es turbada. ¿Para qué imponernos lo imposible, cosas que jamás lograremos cumplir? Nada bueno puede venir, en efecto, que no sea la tristeza del alma, cuando se admite que es imposible por naturaleza amar a nuestro enemigo". Bruscamente, sin embargo, advierte a qué conclusión le llevarán estas premisas. Y no vacilará en extraer de ellas una que las contradice.

Las contradicciones son en Dacosta constantes. En su espíritu se debatían un hombre de los tiempos modernos que comenzaban y un medieval que había vivido la experiencia de la gran Inquisición. Cuando estuvo cerca de los católicos, los abandonó para buscar amparo en el Dios de los judíos, y cuando estaba cerca de los judíos los abandonaba y retornaba a ellos desconsolado por el aislamiento. En lo que objetaba y en lo que balbuceaba confusamente, había algunos pensamientos rigurosamente desenvueltos, pero no tuvo la capacidad de conducta para obrar como muchos cristianos de su tiempo, que supieron ser libres sin odios; ni como muchos judíos de dos o tres siglos antes, que también supieron de una libertad interior, no turbada por la inquina ni por el temor.

Uriel Dacosta no quería seguir siendo judío después de su excomunión primera del judaísmo. Pero no podía dejar el judaísmo. Acudió al procedimiento común en el renegado que consiste en la diatriba contra los judíos. Y la segunda vez, para hacer

lo mismo, debió resolverse a sacrificar su vida. Así se mezclaban en este hombre sentimientos antagónicos que pugnaban por prevalecer y que terminaron por arrastrarlo al desequilibrio. Es menester sin embargo que lo comprendamos. Ya no estaba en el siglo XIII o en el XIV, en que judíos eruditos se convertían al catolicismo y encabezaban la lucha contra el judaísmo o por lo menos participaban en ella. ¿Le faltó coraje para eso? Podríamos creerlo. Seguramente carecía de la erudición necesaria. Pero si esto es verdad, no lo es menos que no podía ser cristiano. Su concepción de una religión natural era incompatible con los dogmas y las fórmulas cristianas. Sus últimas palabras son éstas: "Para no omitir nada, diré que me llamaba Gabriel Dacosta en Portugal corno cristiano y Uriel entre los judíos. ¿Qué demonio me ha empujado hacia ellos?". Con esta frase termina el documento escrito como postrer legado de su autor a la humanidad. Cierto es que Uriel Dacosta no había sido muy blando con el dogma, más cristiano que judío, de la inmortalidad del alma, pero cierto es también que necesitaba de dogmas y a la vez los repudiaba. Necesitaba una religión con un Dios, y si inventó uno que era esa Naturaleza de que habla, no sabía expresar su verdadera significación en términos inequívocos. Para rendirle culto a ese Dios, no teniendo correligionarios, debió ser un solitario, y la soledad lo martirizaba. No podía ser un pensador libre y sólo por momentos alcanzó a ser un libre-pensador. Su alma estaba dividida. Descontento del catolicismo, no tuvo para su disconformidad atribulada más

recurso espiritual que la adhesión a otro culto, y optó por el que tenía más a mano, por el culto judío. Disconforme con el judaísmo, permitió dos veces que lo vejaran porque no encontraba otra salida a su ansiedad religiosa. Vanidoso a punto de recordar que en su casa había un caballo hermoso y muchos sirvientes, se dejó humillar. Libre-pensador, buscó la protección de un credo dentro de cuya rigidez se sentía asfixiar. Y así, las paradojas, que eran hondas y vívidas contradicciones en su alma, estallaron en un pistoletazo mortal en abril de 1640. Es que la inquisición actuaba en lo íntimo del espíritu de ese hijo de la Inquisición que se planteó a sí mismo el dilema del dogma o la muerte. También actuaba ella en lo hondo de muchos de los judíos de Ámsterdam, ex-marranos o descendientes de marranos. Es todo esto un capítulo curioso de la historia judía, curioso además de trágico. El caso de Uriel Dacosta fue, por otra parte, muy de su época. En Holanda vivían en aquel tiempo sectas disidentes que no querían someterse a las imposiciones de la iglesia calvinista o que no habían querido dejarse subyugar por el catolicismo de otros países. Eran grupos de hombres que habían soportado castigos y persecuciones. Pero algunos de ellos no tardaron en obrar como sus perseguidores. Hasta llegaron a aplicar la excomunión contra quienes se atrevían a disentir de las opiniones de los jefes de las sectas. Uno de ellos llegó a decir que una religión sin la práctica de la excomunión es como una ciudad sin muros y sin puertas. Pero ninguna escuela de intolerancia fue tan perfecta como la de Torquemada, y los judíos

españoles, entre ellos el mismo Uriel Dacosta, la conocieron de cerca. Como Uriel Dacosta no lograra entenderse con otras religiones, quiso hacer una propia, y al verse único adepto de ella, comprendió que la religión por él formulada carecía de aliento. Le faltó el sentido de lo social, la noción del desarrollo histórico que va forjando las instituciones, las costumbres, las ideas y los sentimientos colectivos. La despedida de Uriel Dacosta del mundo es una venganza además de ser un grito de desesperación de un hombre de angustias no vulgares.

Cuando Uriel Dacosta puso fin a sus días, contaba Baruj Spinoza ocho años. La vida y la trágica muerte del personaje de quien acabamos de ocuparnos son una muestra elocuente de las profundas inquietudes, de las ansias espirituales y del disconformismo manifestados en la comunidad sefardita de Ámsterdam. Ellas importan mucho como antecedente de la rebeldía de Spinoza, el cual, antes de haberse puesto en contacto con cristianos "libertinos", conoció las inclinaciones a la herejía entre sus propios correligionarios. Veremos que fue un ex marrano quien primero actuó sobre su espíritu para apartarlo del ritualismo hebreo. Juan de Prado era su nombre y ejerció una influencia decisiva en el joven ex-alumno del "Árbol de las Vidas". Antes de ocuparnos de él, trataremos brevemente de las tendencias espirituales entre los judíos de Holanda y de los estudios post-escolares de Spinoza.

CAPÍTULO V

LA JUVENTUD DE SPINOZA. TENDENCIAS ESPIRITUALES ENTRE LOS JUDIOS DE ÁMSTERDAM.

Los estudios post-escolares de Spinoza. Spinoza comerciante. Spinoza después del fallecimiento de su padre. Las controversias religiosas. Las disputas entre ortodoxos y heterodoxos.

¿Era uniforme la actitud de los israelitas de Ámsterdam en materia de religión? Sobran razones para una respuesta negativa. Época de apasionadas controversias religiosas en Holanda fue la que le tocó vivir al joven Spinoza.

Es verdad que las disputas teológicas y las divergencias litúrgicas no tuvieron entre los judíos el mismo vigor e igual magnitud que entre los cristianos, divididos en sectas prolíficas. Pero también entre los ex-marranos de la "Nueva Jerusalem" se pusieron de manifiesto modos muy diversos de encarar el problema religioso. La rebeldía mística y la exaltación de la Naturaleza, de procedencia renacentista, desempeñaron en ello papel considerable. Las reminiscencias de cristianismo en el espíritu de no pocos de los ex-adeptos del catolicismo, contribuían a crear una atmósfera de fuerte tensión entre fieles sin reserva del culto de Moisés y sus

correligionarios algo olvidadizos de las prescripciones rituales.

Educado Spinoza en la observancia de la fe, en la práctica prolija del abundante ceremonial hebraico, supo en sus años de adolescente reflexivo y curioso de disputas teológicas, de eruditas polémicas sobre Dios y sus atributos, sobre los derechos y los deberes del hombre. En su futura obra tratará de hallar lo incontrovertible a pesar de todas las controversias, lo que resta de permanente a través de todos los cambios. Creyó que encontraría una verdad eterna y universal. La buscó armado de su propio genio. La instrucción que había adquirido en la escuela judía del "Árbol de las Vidas" y en el seminario "La Corona de la Ley" era limitada. Reducida a la sabiduría bíblica, a la rica exégesis talmúdica y medieval, fue, sin embargo, base firme para sus ulteriores investigaciones y reflexiones en materia filosófico-religiosa.

Uno de sus más famosos maestros, Menassé ben Israel, rabino y escritor -ya lo vimos- no había permanecido indemne en medio de la vasta propagación de la Cábala. Ésta, característica forma de misticismo judío, había nacido con Abraham conforme lo relata una tradición trasmitida a través de numerosas generaciones de crédulos exaltados. Fórmulas esotéricas, fantasías descabelladas, se mezclaban a las más agudas intuiciones. En su *Tratado Teológico-Político* aludirá Spinoza a su conocimiento de los cabalistas de Ámsterdam y calificará con acritud su *asombrosa*

locura.

Ese misticismo, que maduró en un proceso de largos siglos, influyó, sin embargo, en su mente que él creyó de pensamiento frío, impasible. En las ideas del Renacimiento, en Pico de la Mirándola, en Giordano Bruno, hay gérmenes de la Cábala, que, así, por conducto insospechado, llegaron a Spinoza, además de las nociones que de ella pudo adquirir por caminos más directos. Ciertamente, no ignoraba Spinoza el despliegue vario y, a veces, confuso del pensamiento que precedió al desarrollo de la filosofía moderna. Los místicos cristianos tampoco le eran desconocidos. Era Holanda en tiempo de Spinoza país de un intenso movimiento espiritual, con faces diversas. En religión, en arte, en ciencia y en filosofía fueron los Países Bajos escenarios de un despliegue extraordinario de fuerzas creadoras. Baruj Spinoza, cuando hubo abandonado las aulas del "Árbol de las Vidas", se entregó a completar los conocimientos asimilados allí y a adquirir una amplia cultura europea. Su padre pensó convertirlo en comerciante. Precisamente cuando Baruj terminó sus estudios, falleció su hermano Isaac. Baruj ayudó a don Miguel en sus negocios, que desenvolvía con Francia, Inglaterra y con países lejanos. Mas el joven hijo no se sentía con vocación para las faenas comerciales, aunque no se sustrajo a ellas. Terminado su aprendizaje de escolar, y mientras acompañaba al padre en las tareas mercantiles, interesábanle ya otros libros que los de comercio. Adquiría por sí solo conocimientos nada escasos de la

filosofía religiosa de los pensadores judíos de la edad media. Estudió solo, aunque parece haber contado con monitores cultos. En el *Tratado Teológico-Político* y en otros de sus escritos menciona *El guía de los perplejos* de Maimónides. "Lo utiliza - declara Freudenthal- más de lo que lo cita"[15]. También conocía la obra de R. Yehuda Alpakar, la de Gersónides y la de don Hasdai Grescas. A Abraham Ibn Ezra lo recordará en términos elogiosos. Joven aún, dedicó varios años a "estudios teológicos", según se declara en el prólogo a la edición póstuma de su obra. En el pensamiento del filósofo maduro se encuentran rastros de las ideas contenidas en los pensadores judíos medievales. También se ha señalado en él el influjo de los *Diálogos de Amor,* de León Hebreo, a la vez que el de místicos y pensadores cristianos.

En la escuela y fuera de ella ya lo habían ilustrado Menassé ben Israel y otros contemporáneos en los secretos de la Cábala, a la que el español Abraham Herrera intentó dar una configuración científica en consonancia con el espíritu de los tiempos modernos.

Todos estos conocimientos de las ideas filosófico-religiosas producidas por el judaísmo en largos siglos influyeron en la filosofía de Spinoza, como influyeron en ella las tendencias intelectuales de su época.

[15] J. Freudenthal: *op. cit*., 1ª parte, pág. 32.

Algunos biógrafos de Spinoza piensan que su padre soñó con que Baruj fuera rabino. Rabino, y muy sabio, creyeron que sería sus maestros. El futuro filósofo había estudiado la *Biblia*, el *Talmud*, los exegetas y teólogos judíos medievales, mas no quiso restringir a eso sus conocimientos; no quiso poner dique a sus afanes de saber y comprender. Se dice que, adolescente aún, estudió el latín con un joven procedente de Hamburgo, cuando sabía ya el hebreo, el holandés, el portugués, y el español. No tardará en escribir el latín, idioma de la cultura de aquellos tiempos. Su dominio del griego será siempre deficiente en comparación con el del latín, pero sabrá el griego.

Veremos más adelante en qué circunstancias se familiarizó con éstas y otras disciplinas: con las matemáticas, de cuyo método hizo un hábito, y con la física de su siglo, que llegó a conocer a la perfección, como se comprueba en sus cartas y en su tratado sobre el arco iris; con la medicina (Leibniz le remitió una carta dirigida al "muy célebre médico y muy profundo filósofo") y con el derecho romano, algunas de cuyas definiciones expone como si fueran originales; con la filosofía griega, en particular el estoicismo. Sabía estudiar con dedicación, con paciencia, con entusiasmo. Fue algo más que un discípulo aprovechado de sus maestros. Fue un autodidacta. Procuró estar al tanto de las doctrinas filosóficas y científicas de su tiempo y se esforzó por compenetrarse de las teorías políticas y las especulaciones teológicas de su siglo después de haber estudiado las de centurias anteriores.

Esta riqueza y variedad de conocimientos laicos que iba adquiriendo, no implicaba un renunciamiento forzoso a los dogmas de la fe judaica. No son pocos los ejemplos de pensadores judíos que a la sabiduría teológica y a la devoción religiosa, sumaban una profunda y dilatada versación científica. En número crecido, los más doctos intérpretes de la ley hebraica en la edad media habían sido astrónomos y médicos, sin mengua de su adhesión a los principios tradicionales.

Las primeras vacilaciones de Spinoza en materia religiosa, su inicial inclinación a identificar a Dios y la Naturaleza se explican por otros motivos. Se deben a circunstancias propias de su época, del país en que vivía y de la comunidad de que formaba parte. Ya veremos oportunamente que abundaban por aquellos tiempos en Holanda las tendencias cristianas disidentes. Al catolicismo, religión privilegiada en el período de la dominación española, reemplazó el calvinismo. La hegemonía de este último tropezaba con obstáculos renovados. Las heterodoxias dentro del cristianismo se multiplicaban. Nacían las sectas, pululaban grandes y pequeños grupos de cristianos hostiles a toda autoridad dogmática. El examen crítico y la inquietud mística fueron los fermentos de ese proceso que comprendía a la parte más culta de la burguesía. El joven Spinoza no ignoraba toda esa agitación religiosa. Conocía las prédicas encontradas; sabía de los círculos en que los problemas más hondos del espíritu eran discutidos con fervor y con apasionamiento.

En el medio judío las discordias eran menos generales; pero, a pesar del aspecto casi homogéneo que ofrecía al observador superficial, estaba trabajado por fuerzas diversas. Algunos hebreos, marranos en España y Portugal, tenían una cierta inclinación al catolicismo del que se habían fingido adeptos; otros, reacios a continuar en la práctica sin reservas del ritual ya definitivamente estructurado en la edad media, se sentían inclinados a sustituir el culto del Dios personal de la *Biblia* por el culto de la Naturaleza. Del Renacimiento partía la senda seguida por estos creyentes para quienes cabía una religión sin un Dios trascendente.

Otros, en fin, no eran ni creyentes, ni herejes; extinguido el fuego de la fe antigua, no la habían reemplazado por ninguna nueva. Eran los indiferentes. Y también esto lo sabía Spinoza, como sabía de las querellas entre teólogos judíos y teólogos cristianos. La *Biblia*, que tan pulcramente había estudiado, era interpretada de modo diferente por unos y otros. Ya en su infancia, como hemos visto, supo de Uriel Dacosta. Cuando contaba diez años supo de Abraham Zacuto Lusitano, marrano que, después de treinta años de catolicismo, fue a Ámsterdam y abrazó con todas las formalidades la religión judía. Hechos de sentido opuesto le probaban que con idéntica pasión eran defendidas verdades contradictorias. Uriel Dacosta se había suicidado por rencor al Dios de Israel, al culto de los *fariseos.* Cuatro años después, cuando Spinoza tenía doce, llegaron a Ámsterdam noticias de la muerte del mártir don Lope de Vera y Alarcón, que entregó su alma en la hoguera de Valladolid,

mientras invocaba a ese mismo Dios de Israel. El episodio se grabó en su memoria en forma perdurable. Treinta años más tarde lo recordará en una de las cartas más expresivas de su carácter. Pero al propio tiempo que conoció la heroica muerte de Lope de Vera y Alarcón por su Dios Jehová, supo de rebeldes que no se avenían a acatar las prescripciones enunciadas en nombre de Jehová. Supo también de Juan Pieterszoon, arquitecto holandés que acostumbraba visitar el "Árbol de las Vidas" para discurrir con sus maestros sobre las interpretaciones judía y cristiana de las Escrituras. Era Pieterszoon cristiano sin tacha y le preocupaban las contradicciones entre ambos credos. Conocía el hebreo y el griego, y algunas veces tuvo discusiones públicas con los rabinos sobre el sentido de tal o cual versículo de la *Biblia*.

Un llamativo espectáculo de controversias, de polémicas religiosas, se presentaba ante la mente del joven Baruj Spinoza. Verdades opuestas, que pretendían apoyarse en la misma fuente, eran defendidas con igual tesón. ¿Cuál sería la verdad *verdadera,* conforme a la razón y no fundada en tradiciones discutibles? Mientras Baruj Spinoza trabajaba con su padre, estudiaba, preguntaba, y también dudaba. A los quince o dieciséis años había terminado sus estudios escolares. Cuando apenas tenía veinte cumplidos, eran vastos y sólidos sus conocimientos.

El treinta de marzo de 1654 murió el padre del joven Spinoza. Un nutrido cortejo acompañó sus restos al cementerio de Ouwerkerk, donde descansaban sus tres

mujeres y cuatro de los siete hijos que tuvo. No le cupo la suerte de ver a Baruj rabino. Sí lo era su yerno, Samuel de Cáceres, que en 1650 había contraído matrimonio con Miriam, la hermana de Baruj que falleció al año de estar casada.

Sobre la vida de Baruj Spinoza después de la muerte de su padre, se han descubierto en los últimos años unos documentos particularmente interesantes. Están reproducidos en A. M. Vaz Días y W. G. Van der Tak: *Spinoza Mercator et Autodidactus. Oorkonden en andere authenticke documenten betreffende des wijsgeers jeudg en diens betrekkingen.* S. Gravenhage, Martinus Nijhoff, 1932.

Por ellos se comprueba que, ya sea solo o con su hermano Gabriel, estuvo activamente dedicado a operaciones de carácter comercial. En actas notariales de Ámsterdam aparece Spinoza como "un comerciante portugués de esta ciudad"; Gabriel figura en ellas como su "hermano y socio".

A su fallecimiento, dejó don Miguel de Spinoza créditos por sesenta mil florines. Su hijo Baruj se ocupó tenazmente en lograr que fuese recuperado este dinero. Se cita un caso en que fue extremadamente severo con un deudor moroso.

Desde marzo de 1654 hasta fines de 1655 dirigió Baruj (o Bento, como se llamaba en portugués) los negocios de la casa de comercio que a su muerte había dejado el

padre. A comienzos de 1656 abandona las tareas mercantiles; un "tutor" suyo aparece reemplazándolo. Su espíritu ya se aplica más a los *principios* de Descartes que a las letras de cambio.

Cuando don Miguel D'Espinoza falleció, contaba su hijo Baruj veintidós años. Su conducta ya dejaba mucho que desear a los ojos de los buenos rabinos de la comunidad de Ámsterdam. Ninguna actuación ruidosa tuvo aún el joven, pero algunas de sus modalidades parecían censurables. No era del todo infiel a las prácticas religiosas, pues en diciembre de 1655 contribuyó con su óbolo al sostenimiento del culto; mas no era ya muy devoto en el cumplimiento de las normas de la Sinagoga. Tenía ideas, que entonces se traducían en rotunda crítica a los mandamientos a cuya imposición no quería someterse. Sólo con el andar del tiempo iban a madurar en una doctrina personal. No tardaría en rebelarse contra las reglas del culto tradicional. En la definición de su actitud subversiva frente a las prescripciones religiosas influyó un hombre del cual pasamos a ocuparnos con atención particular.

III

ANTECEDENTES DE LA REBELDÍA DE SPINOZA.

LA EXCOMUNIÓN.

CAPITULO VI

EL "HEREJE" DANIEL (O JUAN) DE PRADO Y BARUJ SPINOZA.

Las investigaciones de Gebhardt sobre Juan de Prado. La herejía de Juan de Prado. Las censuras de los contemporáneos. Las ideas de Prado. Su influencia sobre Spinoza.

Ya nos hemos ocupado de las opiniones disconformistas que se advertían entre los judíos de Ámsterdam. A estas circunstancias de orden general cabe agregar una muy especial y que ha contribuido desde temprano a la orientación del pensamiento de Spinoza. Nos referimos a la personalidad y a las ideas de Daniel (o Juan) de Prado.

El examen de la actuación de Juan de Prado se relaciona con el problema de cómo aparecieron en el joven Baruj las primeras muestras de incredulidad. A Carl Gebhardt debemos todo cuanto hoy se conoce sobre el particular. Sus conclusiones rectifican una aseveración que corrientemente aparecía en los biógrafos de Spinoza y según la cual es a Francisco van den Enden -nos ocuparemos de él en el capítulo X- a quien corresponde el papel de iniciador de Spinoza en la *herejía* que le valió la excomunión de la Sinagoga de Ámsterdam. Gebhardt ha comprobado cuán injustificada era esta suposición. El hombre que en el porvenir ocupará en la vida de Spinoza el lugar erróneamente adjudicado hasta ahora a van den Enden será Juan de

Prado.

Reproducimos a continuación parte de los documentos en que Gebhardt funda su tesis incontrovertible. Ellos son un reflejo elocuente de las preocupaciones religiosas y de las tendencias espirituales encontradas que aparecían en el ambiente en que Spinoza pasó su juventud.

En el coetáneo Orobio de Castro se halla una descripción de las diversas corrientes en que se dividía el judaísmo de Ámsterdam a mediados del siglo XVII. Habla de herejes orgullosos que pretendían cohonestar su desconocimiento de la Ley con sus estudios de Lógica, Filosofía, Metafísica y Medicina. Orobio de Castro los califica con severidad y agrega:

"Por obra de esas gentes uno de tales sofistas se hizo muy altanero; su altanería creció y en igual medida su incredulidad, a partir de la cual no se tardó en caer en el abismo de la apostasía y la herejía". De esto cabe inferir que la primera rebeldía de Spinoza pudo nacer entre *sofistas* judíos y no entre *libertinos* cristianos.

¿Quién fue ese sofista altanero? Juan de Prado era su nombre. Sigamos la argumentación de Gebhardt. En la página 408 del *Livro dos Acordos da Naçam* Aº 5398-5440, se encuentra el texto de la excomunión de Spinoza. La página 407 del

mismo *Livro* contiene esta declaración:

T'ermo das palabras que os Ssres. do Mahamad ordenarao ao doittor Daniel de Prado disesse na Theba por auer tido mas opinions e mostrado poco zelo no servicio de Deus e de sua Sta. Ley subo asta Theba de orden dos Ssres. do Mahamad e de minha libre bontade confesso diante del D. B. e de sua Sta. Ley e diante de todo este KK. como ei peccado e delinquido tanto en palabras como en obras contra E. D. B. e sua Sta. Ley escandalisando este KK. de que esto mui arepentido e pesso humildemente perdao al D. B., e su Sta. Ley e a todo este KK. polo scandalo que ley dado obrigando me a faser a peniten[a] que os Sres. H.H. me ao ordenado e prometo de nao reisindir mais en tais nem semillantes delitos e pesso a todos V Mds: me acudam a pedir ao Sr. do mundo me perdoe meus peccados e aja misericordia comigo seja Pax a Israel

Doctor Daniel de Prado.

Por el documento que acabamos de transcribir se advierte que el doctor Daniel (o Juan) de Prado hubo de reconocerse culpable ante la Sinagoga y a la vez debió prometer no "reincidir más en semejantes delitos".

Estas palabras de confesión y arrepentimiento fueron escritas y dichas cuando tuvo lugar la excomunión de Baruj Spinoza, de cuyas circunstancias particulares nos ocuparemos en el capítulo VII. Las razones que la determinaron fueron similares a

las del “caso Prado”.

El “arrepentido” doctor de Prado no cumplió su promesa. Insistió en sus “herejías”.

En la página 427 del mismo *Livro* se encuentra el acta siguiente:

Termo da Resolusaó que se tomou se auer posto em herem ao Dor. daniel de prado: Avendo sido acuzado a Dor. daniel de prado diante dos Sres. do Mahamad de auer reensedido em suas mas e falsas opinioims contra nosa Sta. Ley e seducido com elas a algums mansebos estudantes e auendo ditos Sres. do Mahamad tomado coñesimento desta cauza y exsaminado a diversas testimuñas que carearao com dito daniel de pradose justificou ser a verdade Acuzasao que selle fes e considerando de quan grande dano era consentir entre nos pesoa tao perjudisial a boa dotrina e costumes dos Jahedim deste KK. y como consta do Liuro dos termos a fa. 407 =ja por estes mesmos delitos o anno passado de 5416= foi condenado por os Sres. do Mahamad que em aquele tempo seruirao a que subise a teba a pedir perdao a todo o KK. la santa ley como consta de dito termo por tudo o qual os Sres. do Mahamad juntam^te^.con os Sres. HH. vnanimemente hordenaraó se puzese em herem a dito daniel de prado e fose apartado da nasao e com as mesmas penas selle nao pudese falar senao somente a gente de sua caza o qual decreto se publicou da teba em primeiros de Reshodos Adar pasado e praticando os Sres. do Mahamad algunas vezes sobre a gente de sua caza dezejando atallar nao caysem em algun presepisio procurarao buscar meios para mandala vltra mar a partes de Judismo

para o cual se deputarao dous senhores parnasim que falarao com dito prado procurando persuadilo a que o quizese fazer que o K. o ajudaria con mui^ta^ largeza o qual nao quis obediser escuzandose com rezoims de pouco fundam^to^ antes pello contrario fazindo muita instansia a que selle levantase o herem y selle dese a penitensia que meresia = Resoluerao os señores do Mahamad fazer junta dos Sres. vellos da nasao abaixo firmados. Como se fes em a qual asistirao tamben os Sres. HH y auendose nela relatado largam^te^ tudo o que se auia obrado com dito daniel de prado acordarao todos unanimes selle nao levantase o herem se nao yndose ultra mar com sua caza ou sem ela com tal condisao que se tornar a qual qer parte destes estados fica posto no mesmo herem como de antes e para que conste a todos o que a pasado sobre isto hordenarao os Sres. do Mahamad por todos sete botos se fazese termo deste cazo neste livro firmado de todos - Joseph de los Rios, J. Selomo Abrabanel, Ishac Belmonte, Jaacob Barzilay, Abraam Pereyra, Abraham Pharar, Abraham Nunes Henriques, Saul Levy Mortera, Isachac Abuab, Benjamin Mussaphia, Semuel Salom, Dor. Efraim Bueno, Imanuel Israel Dias, Izak Bueno, David Osorio, Abraham Telles.

Termo das palauras que se pronunsiarao da teba pello hazan Imanuel Abenatar contra daniel de prado em primeiros de Reshodes adar pasado pello mandado dos Sres. do Mahamad.

Por quanto daniel de prado foi conuensido com diversas testemunhas diante dos señores

do Mahamad y dos Sres. HH. de auer reensedido come escandalo notable em querer seduzir a diferentes pesoas com pesimas opinioims contra nostra Sta. ley acordarao ditos Sres. do Mahamad com parecer dos Sres. HH. unanimemente que dito daniel de prado seja posta em herem como o poim e apartado da nasaó e debaixo da dita penna hordenao que ninhum jahid deste KK. lle fale de palaura neim par escrito nesta sidade nem fora de la saluo a gente de sua caza y el dio aparte o mal do seu povo y pas sobre Israel por hordem dos Sres. do Mahamad.

Abraham Telles.

El médico hereje estaba condenado con todas las formalidades. Mas con esto no terminó el litigio. Su epílogo se halla en el libro de actas de 1657 de la comunidad *portuguesa* de Hamburgo. Daniel (o Juan) de Prado se dirigió a la comunidad hamburguesa pidiéndole que intercediese a fin de que fuera revocado el fallo de la comunidad de Ámsterdam. Su solicitud fue rechazada:

En 10 de siuan... Se leu húa carta que de Olanda escreue o Dtor. Prado a este Maamad, em que pede intersedao com o maamad de Amst^{am} para que lhe aleuanten o Herem: Se resolveu nao conuinha interuenir nisto com aquelle Mahamad.

Gebhardt señala en el acta de excomunión de Prado dos hechos dignos de especial atención. En primer término, su estilo, que es el de los documentos de la Inquisición; así

lo demuestran expresiones como ésta:

Tomado coñesimento desta causa, se justificou ser a verdade.

En segundo lugar, el manifiesto deseo de evitar todo escándalo, para lo cual se había intentado que el descarriado se alejase a las colonias holandesas de Sud-América. *Con muita largeza* para los gastos que ello pudiera significar, le fue hecha la invitación que era simultáneamente un ofrecimiento y una amenaza.

Los documentos que Gebhardt transcribe y que acabamos de reproducir, conducen al planteamiento de este problema: ¿entre las *diferentes pesoas,* entre los *algums mansebos estudantes* arrastrados por de Prado a la *apostasía y herejía,* se cuenta Baruj Spinoza? Gebhardt piensa que sí. Atendamos sus serias razones. Prado difundía sus opiniones no sólo de palabra, sino también por escrito. El médico Isaac Orobio de Castro en su *Epístola Invectiva* censura a Prado y alude a sus adeptos, particularmente a *uno:*

Asi el Philosopho ignorante, como los que le comunicavan afectuosos, y todo este miserable precipicio tubo su origen en la ignorancia de un estudiante Medico cuya soberbia no permitio el dlivino antidoto de la doctrina de nuestros sabios, y Doctores antiguos y prezentes. Y porque uno *con grandísimo escandalo de nuestra nación llegó a su extrema ruina por estos pasos, y contagió a otros, que fuera de Judaismo le an dado*

credito a sus necios sophismas, me pareció cosa necessaria y aceptable á los pios impugnar aquellas opiniones que su malicia procuró introduzir en los animos de los simples respondiendo a las propusiciones que propone con pretexto de dudas.

Ese *uno* sería Spinoza. Más todavía: Daniel Levi de Barrios, afecto al juego de palabras, en su *Corona de la Ley,* escrito de alabanza al seminario del mismo nombre fundado en 1643 para defender la pureza de la fe, reúne los nombres de Prado y Spinoza:

La Corona de la Le*y, desde el año de su feliz fundación, nunca ha dexado de arder en la çarça Academica, con las doctrinales hojas que escrivió el Sapientissimo Saul Levi Morteira, entregando su intelecto al dictamen de la Sabiduría, y su pluma a la mano de la Especulación, contra el Atheismo, defensa de la Religión.* Espinos *son los que en* Prados *de impiedad, dessean luzir con el fuego que los consume; y llama es el zelo de Morteira que arde en la çarça de la Religion por no apagarse.*

Juan de Prado merece que dediquemos unas líneas a la historia de su vida. Procedía de España. Nació en Henares alrededor de 1615 -diecisiete años antes de que Spinoza naciera en Ámsterdam- e hizo sus estudios en Toledo. En el *Coro de las Musas* que de Barrios publicó en Bruselas (1642) hay dos composiciones dedicadas a ese médico, repudiable a ojos de los fieles. Escritas ambas en el mismo tono, una de ellas, *Epístola censoria respondiendo a otra que le escrivió el Doctor Juan de Prado*

en tercetos, tiene carácter polémico. La otra es posterior a la muerte de Prado y revela que aún entonces se le combatía.

Orobio de Castro, a su vez, dice sobre Juan de Prado estas palabras ásperas:

Hebreo de nación, primero Christiano, despues Judio, despues ni Judío ni Christiano, ombre de cortissimo juizio, poco Philosopho, y menos Medico, loco en su discurrir, intrépido en su hablar, amigo de novedades, solicitador de paradoxas, y lo peor abominable en sus costumbres.

Dos años después de aparecido el *Tratado Teológico-Político* de Spinoza, y aludiendo a él, escribe de Barrios en su *Epístola Censoria:*

Agora espinas son las que ayer rosas,

y el aspid que en sus hojas se apercibe,

hinca al que passa puntas venenosas.

En la *Epístola Invectiva contra Prado un Philosopho Medico, que dudava, ô no crehía la verdad de la divina Escritura, y pretendió encubrir su malicia con la affecta confession de Dios, y Ley de Naturaleza* de Isaac Orobio de Castro, y en una serie de

manuscritos que Gebhardt examinó, se encuentran expuestas las ideas del hombre de costumbres "abominables" y de pensamientos no menos intolerables. Esos manuscritos arrojan abundante luz sobre la personalidad del médico excomulgado y el ambiente de los ex-marranos de Ámsterdam. También son útiles para comprender el desarrollo de la "herejía" de Spinoza.

Diríase que algunos conceptos de Spinoza tienen en de Prado un precursor inmediato. "Niega, dice Gebhardt extractando la *Epístola,* la verdad de la Santa Escritura y el Dios revelado en ella y quiere reemplazarlo por un Dios que se muestra en la ley natural". La doctrina de Spinoza de *Deus sive Natura* se hallaría en germen en el concepto del *Dios de Naturaleza,* de Prado. Convierte la razón en criterio único de verdad: *Supone que deve gobernarse por lo que le dicta su entender.* Niega los milagros y sostiene que cuanto ocurre obedece a leyes naturales.

En su *Tratado Teológico-Político* se ocupará Spinoza de la profecía. En defensa de la profecía tal como aparece en las Sagradas Escrituras escribió su *Epístola Invectiva* Orobio de Castro. En ella contesta a las *proposiciones que propone (el philosopho ignorante) con pretexto de dudas.* En su texto encontramos una réplica a opiniones que son un antecedente de las de Spinoza sobre los profetas.

Semejantes revelaciones -dice Juan de Prado refiriéndose a las profecías- *hizo la divinidad a differentes naciones que vivían, y perseveraron en el culto de los idolos, huvo*

insigues Prophetisas entre los Romanos, que predixieron cosas futuras con infalibilidad admirable, en los Barbaros de la nueva España, y Corte de Mexico ubo antigua tradicion de que en los futuros siglos vendrian hombres blancos con barbas, que serian instrumento de su total ruina, y Montesuma ultimo emperadar de aquella Monarquia tubo en sueños manifiesta revelacion del proximo fin de su Imperio, con las circunstancias que después experimentó en el sucesso... Luego pudieron los Israelitas gosar desta misma providencia del Criador, y revelaciones propheticas, sin las particularidades, y divinidad, que pretenden en la Ley, y afirma la S. S.

Contra este juicio sobre la Profecía polemiza en su *Epístola* Orobio de Castro. Censura al *deísta* Prado, en peligro de ateísmo, en los términos siguientes:

El que no cree la S. S. y di'e que cree a Dios se implica en su dicho, parque no tiene otra parte de donde creerlo aunque pueda por sus effectos, y razones de congruencia prudentemente conjecturar que ay Dios, mas esto es opinar dudoso, no ascentir como a verdad infalible que es el credito perfectissimo que devemos a la divinidad del Criador, y aunque afirme el Deista que assi lo cree, si negare que es por la escriptura, niega lo mismo, que confiessa, y confiessa lo que no cree, por no hazerle abominable a los otros, a quien piensa engañar con el fingido creer de la existencia divina.

La *Epístola Invectiva,* dedicada a Prado, no desperdicia ocasión para referirse a sus émulos. Gebhardt encuentra una alusión directa a Spinoza en la parte IV,

destinada a ensalzar el *Talmud*:

Este fue el mismo medio que usaron los Atheistas contra la S. S. entresacar de entre las flores de aquel divino Jardin, algunos casos, y proposiciones, que a la prima vista parecen ásperos, y espinosos, no entendiendo, ô maliciosos, disimulados lo misterioso, para sacar después la sacrílega consequencia de que el sacro texto, no fue revelación divina, sino mera invención de los hambres.

"Cuando Orobio -termina Gebhardt su estudio sobre Juan de Prado-, escribió su *Epístola Invectiva,* no sólo se hallaban en manos de la comunidad judeo-portuguesa de Ámsterdam las *Proposiciones* de Prado, sino también la *Apología para justificarse de su abdicacion de la Synagaga,* de Spinoza"[16].

Nos hemos detenido en las comprobaciones relativas a la actuación de Juan de Prado porque ellas permiten evocar el ambiente de inquietud y rebeldía religiosa que reinaba en algunos círculos hebreos de Ámsterdam en el siglo XVII. Por otra parte, ellas constituyen el elemento de juicio más valioso acerca de la atmósfera en que se desenvolvió la vida de Spinoza mientras era alumno de los cursos superiores del "Árbol de las Vidas" y de la "Corona de la Ley", y, después de su egreso de las aulas, hasta su definitiva separación de la religión judía. Ella constituye el hecho saliente de su juventud.

[16] Carl Gebhardt: *Juan de Prado. Chronicon Spinozanum*, tomo III, 1923, pág. 291.

CAPITULO VII

SPINOZA SE APARTA DE LA SINAGOGA

Las "herejías" de Spinoza. Su excomunión de la Sinagoga. El relato de Lucas de los antecedentes del "proceso". El texto de la excomunión. Sus motivos.

El relato de las "herejías" de Juan de Prado nos era necesario para acercarnos como por un camino de rodeo al conflicto de Baruj Spinoza con los jefes de la comunidad judía de Ámsterdam. Recordemos ahora algunos datos de la vida del filósofo.

Cuando contaba diecinueve años, falleció su hermano Isaac. Un año después murió su madrastra. En 1654 murió el padre. Baruj Spinoza, joven dedicado al comercio y entregado al estudio, conocía los filósofos medievales del judaísmo y también pensadores cristianos. Había leído los *Diálogos de Amor* de León Hebreo y también había leído autores no judíos. Como otros jóvenes de Ámsterdam, pudo conocer ideas de Descartes. El examen crítico de los textos antiguos le llevó a la conclusión de que eran obra humana palabras tenidas por divinas. Raleaban sus visitas a la sinagoga. Se cree que todavía en vida del padre entró en relación con algunos

miembros de sectas cristianas disidentes, sectas de las que nos ocuparemos con alguna atención más adelante. Su fidelidad al ritual hebraico disminuía mientras crecían sus dudas respecto de los principios que le servían de fundamento.

La familia se aleja de él; se torna sospechoso para sus correligionarios. El joven al cual se podía considerar inmejorable candidato a rabino escudriña con ojos de historiador lo que los demás veían a través de la devoción y de la fe. Piensa que las Sagradas Escrituras son la expresión de cierta época. Donde otros creían encontrar el mandamiento de Dios para todos los tiempos, descubre un cuerpo legislativo para un Imperio determinado. Mas a pesar de ello procura eludir el desenlace brusco, la separación definitiva. Cauteloso en su juventud, como lo seguirá siendo toda su vida, no pudo, sin embargo, evitar lo inevitable. Debía serle aplicado el *jerem*: la excomunión.

Veamos cómo relata los hechos Maximiliano Lucas, el médico holandés que fue, como ya dijimos, el primer biógrafo de Spinoza.

En 1688, once años después de la muerte del filósofo, escribió Lucas su biografía con más simpatía y admiración que entendimiento. En Lucas encontramos los siguientes datos sobre Spinoza: su padre era de religión judía, de nacionalidad portuguesa, y no pudiendo convertir a su hijo Baruj en comerciante, le hizo estudiar ciencias judías, insuficientes para tan alto espíritu. A los quince años, Baruj

planteaba ya preguntas embarazosas a los más doctos de entre los judíos. Spinoza leía la *Biblia*; la leía atentamente y se hacía sobre ella reflexiones muy justas. Estudió el *Talmud* con la misma dedicación; sabía el hebreo como nadie. Nada encontraba difícil y tampoco encontraba nada satisfactorio para su mente aguda y curiosa. Prudente, dejó que sus ideas madurasen.

Saúl Morteira, hombre célebre entre los judíos, dice Lucas, y el menos ignorante de todos los rabinos de su tiempo, apreciaba la conducta de Baruj Spinoza. Lo estimaba porque a su ingenio, de sagacidad excepcional, agregaba una no menor modestia. Para Morteira era Spinoza un espíritu bello; se enorgullecía de que fuese discípulo suyo quien conocía una única pasión: el amor a la verdad. Tenía Baruj Spinoza poco trato con otras personas, añade el autor de la primera crónica de su vida.

A continuación refiere Lucas un episodio que se vincula al hecho dramático de la juventud de Spinoza y que aquí nos interesa particularmente: su excomunión de la Sinagoga de Ámsterdam.

Dos jóvenes que se fingían sus amigos le conjuran a que les confiese sus verdaderos sentimientos. Su curiosidad -alegaban- sólo tenía por objeto esclarecer algunas dudas. Spinoza durante algún tiempo se abstiene de responderles, y, por fin, riendo, les aconseja que se dirijan a Moisés y a los profetas, los "verdaderos israelitas" que habían decidido en todo; recomienda a sus interlocutores que por ser "israelitas

verdaderos" acudan a las fuentes venerables del judaísmo. A continuación refiere Lucas una conversación entre Baruj y sus compañeros inquisitivos a propósito de Dios, la inmortalidad del alma y los ángeles.

Nada dice Lucas acerca de la fuente en que recogió estos datos. ¿Los obtuvo del mismo Spinoza? ¿Le fueron suministrados por testigos del "proceso" al filósofo? Sigamos su relato: Spinoza no tardó en advertir en la conducta de sus presuntos amigos, que observaba atentamente, una finalidad maligna; recordaba, añade el médico biógrafo, que raras veces la curiosidad del hombre tiene buena intención.

Esos amigos comienzan a murmurar contra él.

El joven Spinoza, esperanza de sus maestros, que debía ser uno de los pilares de la Sinagoga, sería en realidad un hereje, un destructor que desdeñaba la Ley de Moisés. La murmuración contra Spinoza se propaga, se difunde, se hace pública. Los dos delatores comunican a los sabios de la Sinagoga lo que habían comprobado. Spinoza es llamado a la sinagoga; acude serenamente, tranquilamente. Allí le comunican los rabinos, guardianes de la fe milenaria, que habían sabido con honda amargura lo que se decía de él y que decidieron hacerlo comparecer para que declarase cuál es su credo. Le advierten que está acusado del más negro y enorme de los crímenes: el desprecio a la Ley. Esperaban que Spinoza sabría quedar limpio de tamaña acusación.

Cuenta Lucas que los rabinos conminaron a Spinoza a que confesase si era culpable. Al principio negó toda culpa; y entonces sus falsos amigos, presentes, declararon que lo habían oído mofarse de los judíos como de gentes supersticiosas, necias y educadas en la ignorancia; que no saben qué es Dios y a pesar de ello se jactan de ser su pueblo elegido.

Lucas reproduce algunas otras de las manifestaciones que habrían hecho los dos muchachos que, según palabras de su relato, tan importante papel desempeñaron en el proceso que no tardaría en llegar a su desenlace.

Los jueces de la sinagoga, movidos por la santa furia de vengar la Ley profanada, interrogan, presionan, amenazan, procurando intimidar al joven candidato a rabino. Spinoza habría contestado a todo eso con palabras rotundas a la vez que despectivas; habría dicho que le inspiraban piedad todos los despliegues teatrales y que, armado de razones incontestables, ratificaría lo que decían sus acusadores. ¿Es verosímil todo esto? El joven que no tenía mucho más de veinte años, ¿pudo atreverse a discutir con hombres de autoridad reconocida?

Morteira, al saber de la grave situación en que se hallaba su ex-alumno preferido, corre presto a la sinagoga; advierte a Spinoza que aún está a tiempo para arrepentirse; que debía hacerlo porque el escándalo crecía continuamente. La firmeza del ex-discípulo no pudo ser quebrantada por la retórica encrespada de

quien había sido su maestro. Cuando Morteira lo amenaza con excomulgado, responde Spinoza que conoce la magnitud de ese peligro y que, a pesar de ello, en compensación de la pena que se había tomado en enseñarle la lengua hebrea, quería ofrecerle una oportunidad para ensayarse en la práctica tremenda de la excomunión.

Saúl Morteira abandona la sinagoga iracundo.

El abismo que se quería presentar ante los ojos de Spinoza no logró conmover su ánimo. Fue determinado el día de la excomunión.

Mientras tanto, Spinoza se aleja cada vez más de los judíos.

Estrecha su vinculación con algunos cristianos, quienes le señalan lo necesario que le es saber el griego y el latín, amén de su versación en hebreo, en italiano, en español, en alemán, en flamenco y en portugués. Spinoza comprende la justicia de tal consejo y obtiene que Francisco van den Enden, médico, latinista, diplomático y aventurero, le instruya en esos idiomas, y en compensación, él se obliga a ayudarle en la enseñanza de los alumnos de los cursos inferiores de su escuela.

La conducta despectiva de Spinoza hace que el afecto que le profesaba Morteira se trueque en rencor. Morteira participa en la excomunión de Spinoza.

Lucas describe la ceremonia de la excomunión. En el cuadro que de ella presenta aparecen detalles cuya falta de exactitud han comprobado investigaciones de los últimos años.

¿Es verídica la referencia de Lucas a los compañeros de Spinoza que delataron sus opiniones impías? No hay elementos de juicio fehacientes para responder a este interrogante.

Es probable que se haya intentado disuadir a Spinoza de sus inclinaciones heterodoxas. No está excluida la posibilidad de que en el caso de él se hubiera querido obrar como en el de Juan de Prado: alejarlo de Ámsterdam con la doble finalidad de eludir un escándalo y eliminar un hereje tan pronunciado en el incumplimiento de los deberes religiosos, y acaso, también, en sus ideas.

El Pastor luterano Colerus, adversario del pensamiento de Spinoza, mas probo admirador de la austeridad de su vida, es igualmente parco en noticias sobre los motivos inmediatos de la excomunión de Spinoza. En su biografía del filósofo -una de las primeras que de él se han escrito- se extiende en una serie de consideraciones sobre el documento de la expulsión, pero es lamentablemente pobre en referencias a las causas del conflicto que terminó con la separación de

Spinoza de la Sinagoga. Sólo dice que los rabinos estaban irritados porque el joven Baruj no asistía a los oficios religiosos.

Al parecer transcurrió un par de años desde que Spinoza dio motivos a la excomunión hasta que ella se consumó. ¿A qué se debió esta dilación aparentemente inexplicable? No hay noticias concretas sobre el particular. Un biógrafo de Spinoza, sin decir las razones, atribuye este retardo a deferencia para con su padre. Lo infundado de esta afirmación es de comprobación fácil, evidente. Don Miguel de Spinoza había fallecido diez y seis meses antes de que a su hijo Baruj se le aplicara el *jerem.* Las biografías que de Spinoza se han escrito, a pesar de la abundancia de documentos acumulados en los últimos tiempos, nada ponen en claro respecto de los años de vida del filósofo que precedieron inmediatamente a la excomunión. Ni siquiera coinciden acerca de ciertos aspectos de la formación intelectual de Spinoza. Tampoco hay concordancia en los juicios sobre el momento en que Spinoza entró en relaciones con miembros de sectas cristianas. Es verosímil que mientras participaba en las actividades comerciales del negocio paterno y más aún después del fallecimiento del padre, hubiera entablado vinculaciones con cristianos ilustrados de los medios mercantiles. Pues no se ha de olvidar que era en círculos de la burguesía donde más se exteriorizaba el descontento en el orden religioso y más se manifestaba la audacia en la creación intelectual.

Spinoza fue excomulgado en la sinagoga portuguesa de Ámsterdam el 27 de julio de 1656 cuando aún no había cumplido veinticuatro años.

La ceremonia de la condena del impío se llevó a cabo ante la comunidad congregada para presenciarla. Baruj Spinoza no acudió a ella. La fórmula de la sentencia es de origen medieval. La excomunión de Spinoza fue dada a conocer en circulares redactadas en español. Su texto original, en portugués, se ha publicado hace unos años[17]. Lo traducimos a continuación:

"Los señores del "Mahamad" os hacen saber que como ya hace tiempo que tienen noticias de las malas opiniones y acciones de Baruj de Espinoza, procuraron por diversos medios y persuasiones retirarlo de sus malos caminos; y, no pudiendo remediarlo, sino que, por el contrario, tuvieron cada día mayores noticias de las horrendas herejías que practicaba y enseñaba, y de las enormes obras que cometía; teniendo de esto muchos testigos fidedignos que lo depusieron y testimoniaron todo en presencia de dicho Espinoza, a quien han demostrado su culpabilidad; examinando todo esto en presencia de los señores *Hajajamin,* deliberaron con su parecer que dicho Espinoza sea excomulgado y arrojado del seno del pueblo de Israel, y por ello lo ponemos en *jerem,* con el "jerem" siguiente:

[17] A. M. Vaz Días y W. G. Van Der Tak: *Spinoza Mercator et Autodidactus,* S. Gravenhage, Martinus Nijhoff, 1932.

“Según la decisión de los ángeles y de acuerdo con el fallo de los santos y de nuestra sagrada comunidad, excomulgamos, expulsamos, execramos y maldecimos a Baruj de Espinoza. Ante nuestros sagrados libros, con los seiscientos trece mandamientos que están escritos en ellos, lo excomulgamos con la excomunión con que Josué anatematizó a Jericó; con la maldición con que Eliseo maldijo a sus hijos, y con todas las maldiciones que están escritas en la Ley; ¡maldito sea de día y maldito sea de noche! ¡Maldito sea al acostarse y maldito sea al levantarse; maldito sea al salir de su casa y maldito sea al regreso! Que Dios jamás le perdone; que la cólera y la ira de Dios se enciendan contra ese hombre, y que le envíen todas las maldiciones inscritas en el Libro de la Ley. Y Dios suprima su nombre de la tierra, y para su derrota Dios lo expulse de todas las Tribus de Israel, con todas las maldiciones del Cielo, como están señaladas en el Libro de la Ley. Pero vosotros que permanecéis en Dios, vuestro Señor, vivid eternamente”.

“Conjuramos que nadie tenga con él trato ni hablado ni escrito; ni nadie le haga favor alguno; que nadie esté con él bajo un mismo techo o entre las mismas cuatro paredes; que nadie lea ningún papel hecho o escrito por él”.

La dura sentencia fue dictada por los “señores del *Mahamad*”, esto es, por los dirigentes de la comunidad judía “portuguesa” de Ámsterdam, con el asesoramiento de los *Hajajamin* es decir, los miembros del Colegio Rabínico.

Tres rabinos debían haber intervenido en la excomunión de Spinoza. Menassé ben Israel no figuró entre ellos, porque se hallaba entonces en Londres, cumpliendo en Inglaterra su conocida misión. Algunos biógrafos de Spinoza piensan que si Menassé ben Israel hubiera estado en Ámsterdam no se habría producido la condena de su ex-discípulo Baruj, hijo de su difunto amigo Miguel Espinoza.

Saúl Levi Morteira sí estaba entre quienes propusieron la excomunión del joven que había sido su alumno en "La Corona de la Ley".

Otro de los rabinos que participaron en la querella contra el hereje fue Isaac Aboab de Fonseca. Por primera vez nos encontramos con este personaje. Había nacido en 1605 en Portugal; de allí fue a Ámsterdam, niño aún. Hizo su educación rabínica con el ya nombrado Isaac Uzíel y a los veintiún años fue rabino.

Es en su condición de integrante del Colegio Rabínico que lo encontramos participando en la excomunión de Baruj Spinoza. Según Colerus, fue Aboab de Fonseca quien leyó en la sinagoga la sentencia contra el joven Baruj.

Ella tenía carácter civil a la vez que religioso. Importaba tanto la exclusión del hereje de la Sinagoga como la prohibición de todo trato con él, aún fuera de la esfera religiosa. A partir del instante en que se produjo, quedaba terminada la vinculación personal de Spinoza con el judaísmo; en su seno había nacido y con las

enseñanzas del judaísmo había nutrido su juventud. ¿Vivió Baruj Spinoza un intenso drama con motivo de su exclusión de la Sinagoga? No hay elementos de juicio que permitan dar a esta pregunta una respuesta categórica. Ni el mismo Spinoza ni ninguno de sus contemporáneos han dicho sobre su "caso de conciencia" palabras que dejen entrever una aguda crisis de alma. De lo que se sabe efectivamente, cabe inferir que la excomunión de Spinoza fue la culminación de una disputa relativamente larga. Ninguna de las dos partes, ni el Colegio de Rabinos, ni el rebelde, deseaba el conflicto, pero ni éste ni aquél pudieron evitarlo.

Al enterarse de su expulsión de la Sinagoga, no experimentó Spinoza impresión extraordinaria. A quien le trajo la noticia, habría dicho, según afirma uno de sus biógrafos: "En verdad, no me obligan a nada que yo mismo no hubiera hecho de no haber temido el escándalo. Pero ya que lo desean así, acepto con alegría el camino que se me abre en la confianza de que mi salida será más sin consecuencias que la de los primeros judíos del Egipto, aunque mi subsistencia no está más asegurada que la de ellos. No quito nada a nadie y cualquiera que sea la injusticia que se cometa conmigo, puedo vanagloriarme de que ningún reproche me pueden hacer".

Hemos llegado al final de la crónica de la excomunión de Spinoza de la Sinagoga[18].

[18] Se ha repetido muchas veces que Spinoza adoptó el nombre *Benedictus* después de la excomunión. Nada de verdad hay en ello. *Benedictus* es la traducción latina del hebreo *Baruj,* como *Bento* es su

Ha comprobado el lector que no se conocen los motivos concretos de ella. Spinoza no había dado a luz entonces una sola línea; no tenía una posición que le permitiese expresar públicamente ideas heterodoxas. No fueron razones de especulación intelectual en el campo religioso las que determinaron la crisis de su separación del judaísmo, en el cual las opiniones metafísicas no eran motivo de sanciones punitivas. Fueron sus "actos" seguramente los que dieron lugar a su excomunión: la burla de las fórmulas del culto; el incumplimiento de las prescripciones de la Sinagoga. Los pecados que le merecieron el enorme castigo no fueron sus pensamientos. Ellos estaban en su conducta. Al juzgar el proceso que acabamos de relatar, se ha de recordar, además, un hecho de la mayor importancia. La comunidad israelita de Ámsterdam colaboraba con las autoridades en vigilar el comportamiento de sus miembros. En aquel medio holandés era grave "desatino" la abstención de la práctica de un culto y la enunciación en privado de ideas incompatibles con los dogmas de un Dios personal y trascendente. La relativa tolerancia en materia religiosa no significaba tolerancia con la *irreligiosidad*... Tan era esto así que en el caso de Dacosta -ya lo vimos- la Sinagoga y los magistrados de Ámsterdam fueron igualmente severos en la condena del apóstata.

Spinoza había incurrido en análoga irreverencia, peligrosa para la estabilidad religiosa de su comunidad y adversa a los dogmas fundamentales de las religiones

---

traducción portuguesa.

positivas.

Gebhardt comenta la exclusión de Spinoza en estos términos: “La excomunión de la comunidad de Ámsterdam se ha tomado como ejemplo de crueldad medieval y aun en nuestros días no han faltado intentos de una derogación póstuma. Pero si prescindimos de las fórmulas patéticas del lenguaje, no podemos dejar de reconocer que la comunidad tenía razón. Su deber era organizar un judaísmo fiel a la Ley y de ninguna manera podía permitir que los jóvenes, siguiendo el camino de Juan de Prado, se crearan su propia religión; religión que sustituía la revelación por la razón, buscaba a Dios en la Naturaleza y sólo reconocía como leyes divinas las leyes de la Naturaleza.

“No obstante, la comunidad hizo todo lo posible para evitar el escándalo”. Agrega Gebhardt, con el testimonio de Colerus y Bayle, que a Spinoza le fue ofrecida una pensión anual con tal de que no abandonara la comunidad y asistiera, de cuando en cuando, a la sinagoga. La comunidad, concluye Gebhardt, “no debía responsabilizarse por un hombre como Spinoza”.

IV

SPINOZA EN ÁMSTERDAM DESPUÉS DE SU EXCOMUNIÓN DE LA SINAGOGA

CAPITULO VIII

SPINOZA DESPUÉS DE LA EXCOMUNIÓN. LAS SECTAS EN HOLANDA.

Las sectas cristianas disidentes en Holanda. Los menonitas; su origen. Los socinianos; sus teorías y su desarrollo. Los colegiantes. La lucha contra el calvinismo. Las doctrinas de las sectas. Spinoza y los cristianos disidentes.

¿Qué hubo de hacer Spinoza después de la excomunión que le fue impuesta por la comunidad israelita de Ámsterdam? ¿Qué rumbos iba a tomar la vida del joven a quien le faltaban cuatro meses para cumplir 24 años y que verosímilmente padecía ya la enfermedad de la que moriría antes de tener 45? ¿Continuaría en Ámsterdam, la ciudad en que había nacido y que fue teatro de la primera persecución que le valió su audacia?

Algunos biógrafos de Spinoza afirman que su intención espontánea era abandonar Ámsterdam. De todas maneras no pudo permanecer allí, según otros. Saúl Levi Morteira denunció -así dicen- ante las autoridades locales al excomulgado como hereje temible y luego ratificó la acusación ante el consistorio calvinista. Los clérigos de la Iglesia de Calvino confirmaron la opinión de los rabinos. Por eso se ordenó a Spinoza que abandonara la ciudad por algunos meses. En Lucas se

encuentra esta versión, repetida por no pocos historiadores. No hay ninguna prueba documentada de su veracidad. De ser ella exacta, se habría repetido en el caso de Spinoza lo ocurrido en el de Uriel Dacosta; a éste le impuso la autoridad civil de Ámsterdam una condena después de que se hubo producido su exclusión de la Sinagoga.

El joven Spinoza pudo muy bien haber pensado él mismo en trasladarse a otro sitio. Pero -se asegura- no se avenía a hacerlo por exigencias de sus adversarios. Su intento de resistencia fracasó. Presentó en dos ejemplares un escrito en español, ante la comunidad judía y ante la autoridad civil de la ciudad. El texto de esa *Apología,* en la que defendía su conducta, se ha perdido. La defensa no fue tomada en consideración.

Algunos biógrafos de Spinoza, entre ellos Sir Frederick Pollock[19], creen que Spinoza abandonó la ciudad de Ámsterdam por propia voluntad, y que el rumor de su expulsión sólo era una explicación de su ausencia. Lo verosímil es que no le fuera grata la permanencia allí, inmediatamente después de la excomunión.

La vida se le presentaba con el aspecto de un magno interrogante al que supo responder con cautela y a la vez con arrojo. En ningún momento habría de renunciar al bien para él más preciado: la libertad de servir a su ideal único, a la

[19] Sir Frederick Pollock: *Spinoza*, ed. Great Lives, Duckworth, Londres, 1935, pág. 31.

verdad tal como la elaboraba su razón. En ningún momento tampoco habría de crearse dificultades evitables, problemas superfluos, querellas inútiles. Prudente y a la vez temerario en el campo intelectual, iba a reiniciar la marcha de sus días, bordeando obstáculos las más de las veces, enfrentándolos otras, siempre dentro de las circunstancias propias de la vida holandesa en aquellos años.

Para poder apreciar la situación que se le creaba, es menester que repitamos que, cuando Spinoza fue excomulgado de la Sinagoga, hacía tiempo que había fallecido su padre. Su hermano Isaac también había muerto, cinco años antes que don Miguel. Baruj y otro hermano suyo, de nombre Gabriel, de la existencia del cual no se tuvo conocimiento hasta hace poco, habían continuado con el negocio paterno, ya en decadencia. Constituyeron ambos una sociedad, y el comercio a que se dedicaban era probablemente de importación y exportación. Con Portugal sobre todo mantuvieron relaciones, y no está excluido que también participaran en operaciones bancarias. Así lo hacen pensar documentos últimamente descubiertos en archivos de Ámsterdam. “Bento e Gabriel D 'Espiñoza” era el nombre de la firma comercial.

Al parecer, después de la excomunión se quiso excluir a Baruj Spinoza de la herencia paterna. Reclamó judicialmente sus derechos, y una vez que le fueron

reconocidos, sólo tomó de los bienes que le correspondían una cama y una manta. Si cuando comerciante supo, a ratos, desempeñarse en el oficio con severidad, al dejarlo dio muestras claras de su desapego de las riquezas materiales.

En todo caso, ningún motivo hay para poner en duda la referencia de Colerus de que después de la excomunión se trasladó Spinoza a Ouwerkerk, aldea cercana a Ámsterdam, en la que se hallaba el cementerio judío donde descansaban los restos de sus padres y hermanos fallecidos. En Ouwerkerk vivió en casa de un amigo. Algunos de sus biógrafos creen que se trataba del médico Nicolás Tulp, el profesor que dicta "la lección de Anatomía" en el famoso cuadro de Rembrandt.

Por poco tiempo permaneció allí, para regresar a Ámsterdam. Vida muy modesta hubo de llevar Spinoza entonces. Ya había dejado la actividad comercial, y nada le quedaba de lo que tuvo. Planteábasele el problema de la subsistencia. Al comienzo se dedicó a la enseñanza privada para procurarse los recursos indispensables. No padeció miseria. Al poco tiempo comenzó a ocuparse en un nuevo oficio. Aprendió el arte de pulir lentes, para ganarse el pan con una tarea manual y, probablemente, también con el propósito de estudiar de modo práctico problemas de óptica. Mas sus entradas fueron insuficientes para darle la tranquilidad necesaria a la meditación y al estudio. Su amigo Jarig Jelles -nos ocuparemos de él más adelante- ofrecióle ayuda para que pudiese consagrarse despreocupadamente a

la obra de escritor que estaba a punto de iniciar[20].

Aun antes de haberse separado de la Sinagoga, entró Baruj Spinoza en relaciones con miembros de grupos disidentes en Holanda. Al poco tiempo ellas se hicieron muy estrechas. Mas en ningún momento Spinoza formó parte de alguna de las fracciones protestantes. No cabe pensar siquiera remotamente en la posibilidad de que se hubiese convertido en adepto de alguna de ellas. Pero si esto es verdad, no lo es menos que miembros de aquellas sectas se contaron entre los amigos más fieles de Spinoza. Más aún, la formación o el desarrollo de núcleos religiosos disconformistas debía despertar la simpatía del filósofo en la medida en que la disidencia frente al culto de la Iglesia dominante importaba una expresión de independencia espiritual. Y así como Spinoza sabía departir y mantener correspondencia y hasta cultivar la amistad con hombres que no compartían sus doctrinas filosóficas, así sus amigos, salvo pocas excepciones, supieron respetar las opiniones de quien por no querer sacrificarlas se había dejado expulsar de la Sinagoga por el Colegio de Rabinos de la "Nueva Jerusalem". La completa desvinculación de Spinoza de toda atadura religiosa formal se comprueba por el hecho de que cuando apareció su *Tratado Teológico-Político,* figuraron entre sus críticos miembros de las sectas cristianas a que nos referimos. La relación personal de Spinoza con prosélitos de ellas ha hecho decir a uno de sus biógrafos, Kortholt,

[20] Leibniz fue el primero en hacer referencia a la ayuda que Jelles prestó a Spinoza.

que el filósofo, después de haber renunciado a la profesión del judaísmo, “se hizo cristiano y frecuentaba las asambleas, ya de los reformados, ya de los luteranos ...”. Pierre Bayle, por su parte, afirma que Spinoza profesó abiertamente el Evangelio y “frecuentó las asambleas de los menonitas o las de los arminianos de Ámsterdam”. Más digno de crédito que estas aseveraciones fundadas en meras presunciones, es el texto de Colerus: “Spinoza jamás ha abrazado el cristianismo ni recibido el santo bautismo. Y aunque desde su deserción del judaísmo tuvo conversaciones frecuentes con algunos menonitas, como también con las personas más esclarecidas de las otras sectas cristianas, jamás, sin embargo, se ha declarado por alguna de ellas, ni profesó ninguna”.

Las actividades de las sectas religiosas en Holanda constituyen un aspecto significativo de la vida espiritual del país en aquella época. Sus características tienen gran interés en una biografía de Spinoza porque entre hombres pertenecientes a ellas pasó el filósofo muchos días de los pocos años de su vida.

En el siglo XVII predominaba en Holanda el calvinismo. Los católicos ciertamente no se hallaban allí muy holgados después de la liberación de las provincias holandesas del dominio español. Junto a los calvinistas victoriosos y a los católicos, poco numerosos y sometidos a un régimen de severas restricciones, había diversos

grupos cristianos, nacidos después de la Reforma. Afloraban de pequeños cenáculos en los que la meditación teológica se entremezclaba con la inquietud mística, con el afán de libertad y las más variadas preocupaciones científicas y artísticas. Sus doctrinas forman un capítulo no desdeñable en la historia intelectual y religiosa del siglo XVII. Esto no es todo. Después de concertada la paz con España, se convirtió Holanda en sitio de refugio para los descontentos y los perseguidos por motivos religiosos en otras tierras de Europa. Razones diversas, entre las que no faltaban las de orden económico, hicieron que los holandeses se diesen este título a la consideración de muchos hombres meritorios de aquel tiempo. Mas a pesar de ello, fue la de Calvino la religión oficial; sus adeptos gozaban de privilegios que estaban vedados a quienes no pertenecían a ella. Era en las clases económicamente más acomodadas donde se hallaban los inquietos y renovadores adictos a las sectas disidentes, las cuales, si no fueron exclusivas de Holanda, fermentaban allí más que en ninguna otra parte. Comerciantes ricos de Holanda solían dedicar sus ocios a comentarios de las Escrituras, a la meditación desordenada y, a veces, también al estudio serio y a la reflexión penetrante. En Schatzky hay una guía útil, aunque incompleta, sobre las sectas en Holanda.

En Ámsterdam, la ciudad del nacimiento de Spinoza, de su infancia y de su primera juventud, desempeñaban importante papel la secta de los menonitas y la de los colegiantes. Veamos cómo se produjo el desarrollo de ellas.

Por influencia de Simons Meno (oriundo del Rhin, 1492-1559) se fundó la secta de la que erróneamente se ha creído que Spinoza fuera uno de sus miembros. Negaban los *menonitas* la necesidad del bautismo y eran pacifistas, como los miembros de otro grupo de disidentes, el de los socinianos. Rechazaban la violencia intransigentemente. Los componentes de la secta creada por Simons Meno no podían usar armas. Respetaban fielmente la autoridad del Estado, y, para asegurar la independencia de sus juicios y de sus actos, rehusaban desempeñar funciones en empleos públicos. En el terreno religioso se oponían a las disquisiciones teológicas. En su mayoría no admitían que Jesús fuese hijo de Dios, aunque lo aceptaban como redentor del mundo. La vida religiosa significaba para ellos vida piadosa, generosa, de buenas acciones. Es verdaderamente religioso -así sostenían- el hombre que se conduce moralmente en los pequeños menesteres de la vida diaria. El reino de Dios sobre la tierra será alcanzado cuando la existencia de todos los seres humanos esté fundada, no en el odio, sino en el amor a los demás hombres. No era la de los menonitas una agrupación religiosa cerrada, y hasta contaba con la simpatía de hombres que practicaban cultos distintos, pero que coincidían en algunos puntos fundamentales. Los había de todas las clases sociales. Aun en nuestros días tiene la iglesia menonita numerosos adeptos en los Países Bajos. Entre 1580 y 1660 eran doscientos mil, esto es, diez por ciento de la población total del país, según lo afirma Madeleine Francès.

Después de que la Unión de Utrecht proclamó la libertad de conciencia, las provincias cuyos representan participaron en la solemne declaración fueron sometiéndose al calvinismo una tras otra. Mas al propio tiempo trajo la declaración otro resultado: una vasta propagación de herejías que, ciertamente, no era esperada por los jefes de la Iglesia de Calvino. Acompañábase este proceso de una fuerte tendencia al laicismo. La iglesia de Calvino, oficial de Holanda, que pudo luchar con eficacia contra el *papismo,* dadas las condiciones del país, estuvo mucho menos armada para combatir a los disidentes que surgían de su propio seno o procedían de cismas originados en otras naciones. En esta situación, fue el matiz menonita una de las versiones de la Reforma que más difusión lograron entre la población holandesa. Contaba, además, con personalidades ilustres, entre ellas Rembrandt.

Mientras progresaba el movimiento menonita, iba fijándose la organización y el credo del Calvinismo en Holanda. Iglesia dominante, no quiso tolerar la disidencia y, progresivamente, se llegó con el cisma "remontrante" a un estado de conflicto abierto. A él está ligada la historia de la secta de los *arminianos.* Estaba compuesta en su mayor parte de hombres de negocios, de fabricantes y de prácticos de las profesiones liberales. Eran discípulos de Jacob Arminius, profesor de Teología, en Leyden en 1603, después de haber sido en 1588 Pastor en Ámsterdam. Su máxima era: "la creencia mejor es no saber nada". Sus partidarios negaban la doctrina de la predestinación y sostenían que la suerte del hombre depende de su fe, de la

intensidad de su creencia. Afirmaban los arminianos el derecho del Estado de intervenir en los asuntos eclesiásticos; y de evitar el predominio autoritario de un culto determinado sobre los restantes.

Los historiadores del movimiento arminiano mencionan, junto al de Arminius, dos nombres de significación: David Kurnhert (1522-1590) y Simón Episcopius (1583-1643). Kurnhert había seguido la carrera de abogado. Hombre de voluntad fuerte y de intenso temperamento religioso, vivió en la pobreza con lo que ganaba en tareas manuales y en trabajos de traducción. Sabía hacer versos. Kurnhert luchó contra la ortodoxia calvinista. Su pensamiento se halla expuesto en el llamado *catecismo de Heidelberg,* especie de carta fundamental de la libertad de pensamiento en materia religiosa. Kurnhert creía en la *Biblia* y consideraba que para la salvación del alma no era menester la adhesión a ninguna iglesia constituida. Participó activamente en la lucha contra la dominación de la España católica en Holanda y combatió también contra la intolerancia de que daban muestra los luchadores holandeses por la libertad, reemplazando un fanatismo por otro. Kurnhert pensaba y decía que sólo es religiosidad auténtica la que brota espontáneamente y se desarrolla sin imposiciones del Estado. El creyente que lo es en razón de sometimiento a una autoridad externa, es sólo un hipócrita. Concluía que era preferible el incrédulo al simulador.

En relación con la secta de los arminianos y junto con el de Kurnhert cabe

mencionar, como ya dijimos, el nombre de Simón Episcopius (1583-1643). Había sido alumno de Arminius en la Universidad de Leyden. Su prédica se resume en la fórmula: "El cristianismo no es doctrina, sino vida; el servicio a Dios que no proviene de un alma libre, no es servicio a Dios".

La censura calvinista no ahorraba recriminaciones a los disidentes arminianos. Éstos, para justificarse, dirigieron a los Estados de Holanda y Frisia una "remontrance". Era en 1610. Desde entonces se acostumbraba llamar "remontrantes" a los componentes del grupo de los adeptos de Arminius. De nada les valió su alegato. Un sínodo reunido en Dordrecht en 1618 condenó la secta y logró que quienes se mantenían fieles a ella se viesen obligados a buscar refugio en otras tierras.

No desfallecieron, sin embargo, los adeptos de Arminius y Kurnhert. Sólo por breve tiempo debieron soportar el destierro en Francia o en Amberes. En 1630 se autorizó su retorno a Holanda, y fue entonces Simón Episcopius el maestro en torno de quien se reunían y cuya palabra escuchaban con devoción.

Obstinadamente pacifistas eran los arminianos, de los cuales muchos se dedicaban al comercio con las colonias de Holanda. Mas este pacifismo no excluía que estuviesen en permanente combate contra la soberbia arrolladora de las huestes de Calvino. Eran los calvinistas partidarios de que Holanda adquiriese nuevos

mercados y ensanchase su imperio colonial. Querían que la paz con España sólo fuese un armisticio, pues deseaban una lucha decisiva con los españoles, confiando en un triunfo categórico. Por otra parte, los calvinistas se consideraban acreedores a privilegios especiales; se creían dueños del país en mérito a que habían encabezado la campaña por su independencia. Y en verdad fueron una potencia vigorosa en la vida del Estado; más aún, la política imperante en Holanda fue con frecuencia la del equilibrio entre el poder civil y el religioso del calvinismo. La aversión de los arminianos a la guerra y el afán de libertad en la práctica de su credo debían, por fuerza, crear un acentuado antagonismo entre ellos y la Iglesia de Calvino.

Hasta qué punto esta última desempeñaba un papel por momentos despótico lo demuestra la suerte que en Holanda corrió por aquellos tiempos la secta de los *socinianos.* Ella fue fundada por el italiano Fausto Socinus (Siena, 1539 - Polonia, cerca de Cracovia, 1604). La historia de su vida religiosa está llena de curiosas alternativas. Comenzó con una especie de paganismo platonizante y concluyó en un cristianismo singular. Negaba la existencia del Espíritu Santo; negaba también la utilidad del acto del bautismo. Sostenía que el matrimonio era sólo una relación contractual, no religiosa, entre dos personas de distinto sexo. En Polonia ejerció Socinus desde 1579 gran influjo sobre la nobleza y las clases cultas. Comunidades inspiradas en su pensamiento se crearon en diversas ciudades del país. Sus ideas eran difundidas con fervor y propagadas más allá de las fronteras polacas.

No hubieron de durar mucho tiempo la paz y la libertad de que en Polonia disfrutaron los socinianos. Fueron obligados a abandonar sus hogares. Holanda se presentaba a sus ojos como la tierra más propicia a sus anhelos.

En Ámsterdam, efectivamente, podían desenvolverse sin tropiezos, y por eso su número fue allí considerable.

Spinoza conocía, sin duda, las ideas religiosas de los socinianos, los cuales en verdad no disfrutaban de plenitud de derechos; no porque la autoridad del Estado se opusiera a ello, sino por la empeñosa hostilidad de la iglesia calvinista. Ésta se mostraba poco tolerante con el espíritu racionalista y con el empecinamiento de la secta fundada por Socinus. Mas a pesar de todo, sus fieles podían contar en Holanda can una tolerancia mucho mayor que en cualquier otro lugar. Los socinianos llegados a Holanda traían consigo dinero y ánimo para trabajar. Las ciudades holandesas les aseguraron la posibilidad de vivir sin trabas, siempre que las prácticas de su culto no provocasen dificultades de carácter público.

Las divergencias religiosas creaban en Holanda una atmósfera de controversia, de polémicas permanentes entre las tendencias y sectas. De estas, más que ninguna otra interesa a la biografía de Spinoza la de los *colegiantes.* La denominación procedía del primer *colegio* o núcleo constituido en la aldea holandesa llamada Rijnsburg. En 1619 nació la secta de los colegiantes. Ella surgió a raíz de la

persecución del Sínodo de Dordrecht contra los *Remontrantes,* algunos de cuyos sacerdotes fueron encarcelados, debiendo otros buscar asilo en el extranjero.

Remontrantes fueron los hermanos van der Kodde y Frans Ouden. Ellos crearon el primer núcleo de colegiantes. Pregonaban la inutilidad y hasta el peligro de la existencia de sacerdotes. Sostenían que estos últimos concluyen por formar una casta más interesada en el mantenimiento de sus privilegios que en el de la fe que predican. Ni sacerdotes ni templos, fue su lema. En vez de unos y otros, reuniones de los creyentes en casas particulares para leer la *Biblia* y discurrir sobre religión. Del *colegio* inicial constituido en la nombrada población, próxima a la ciudad universitaria de Leyden, tomaron sus componentes la designación de *colegiantes.*

Todo miembro de un *colegio* se consideraba capaz de interpretar por sí solo la palabra de Dios, sin necesidad de mediadores. En la *Biblia* buscaban y encontraban satisfacción para todas sus inquietudes religiosas. Cada cual podía libremente resolver los problemas espirituales que se le fueran planteando, sin las trabas de dogma alguno. Esta oposición a los principios rígidos permitía a los colegiantes conquistar la simpatía de hombres de credos distintos, capaces de evadirse de las limitaciones dogmáticas. En sus asambleas se encontraban católicos y luteranos, judíos y calvinistas, cuáqueros y místicos sin confesión determinada.

A mediados del siglo XVII son ya numerosos los *colegios.* Aún en las regiones más

calvinistas de Holanda existían esas agrupaciones que se reunían en casas privadas. En unos casos eran imitación del *colegio* de Rijnsburg; en otros, aparecieron por evolución natural de las condiciones y conflictos de orden religioso.

En 1648, cuando Spinoza contaba 16 años, se constituyó el primer *colegio* en Ámsterdam. Las reuniones se hacían los domingos por la tarde y a ellas concurrían numerosas personas entre las que no faltaban algunas de cultura elevada. La lectura y los comentarios de la *Biblia* eran el punto dominante en el vasto coloquio. Contaban con la adhesión de viejos teólogos de la Reforma y de jóvenes menonitas, con pastores y sabios orientalistas, con eruditos mesurados y con predicadores fogosos.

El gobierno, instigado por la Iglesia de Calvino, perseguía a los colegiantes, uno de los cuales, Adán Borel, hombre versado en el conocimiento de varias lenguas antiguas, enseñaba que el verdadero cristiano no ha de pertenecer a ninguna confesión. Si una hacía falta, era la "iglesia de la tolerancia". Poco gratos fueron estos conceptos a los sacerdotes calvinistas, los cuales lograron crear a los colegiantes incomodidades suficientes como para que se viesen obligados a celebrar sus reuniones más o menos clandestinamente.

Creen algunos biógrafos de Spinoza que entre los años 1652 y 1654 -en todo caso antes de su excomunión de la Sinagoga- entró el filósofo en contacto con hombres

de la secta a que nos venimos refiriendo. No está excluido que esta relación se hubiese iniciado cuando era aún alumno del severo Morteira. Y por eso, precisamente, hemos creído oportuno ofrecer un rápido esbozo de las sectas actuantes en Holanda. Eran sectas de descontentos y Spinoza -un disconforme- debía sentirse naturalmente afín a ellas. Además, eran sectas que habitualmente sostenían, junto a los principios más contradictorios y no pocas veces ingenuos, uno que Spinoza debía estimar en alto grado: el principio de la libertad de pensamiento, de la libre investigación; el principio de la afirmación del intelecto independiente frente a toda autoridad exterior.

Mas lo que en las sectas era teoría, no siempre se cumplía en todas ellas en la práctica. Pues también en las sectas disidentes sabía emplearse la excomunión. Perseguidas, concluyeron por ser perseguidoras de aquellos de sus miembros que se aventuraban a sostener opiniones divergentes de las que dominaban en cada una de ellas. Comenzaron con la prédica de la libertad y terminaron empleando el arma de la expulsión contra los "infieles" que surgían en sus propias filas.

Era, así, Holanda en tiempos de Spinoza escenario de un curioso proceso de luchas religiosas que, si no llegaban a formas brutales de violencia, aparecían intensas y paradójicas. Los militantes en los sectores más opuestos se asemejaban en sus procedimientos de combate mucho más de lo que imaginaban. Todos creían ser defensores de *la verdad,* pero no pocas veces eran de hecho agresores después de haber

protestado contra las agresiones de que se les había hecho víctimas. ¿No había declarado el propio fundador de la secta de los menonitas que sin la excomunión, "es toda comunidad como una ciudad sin muros y puertas"?

La vinculación de Spinoza con los *colegiantes* se inició cuando éstos comenzaron a ser perseguidos por los calvinistas, tan desolados antes a causa de las persecuciones que hubieron de soportar de parte de los católicos. Estrechos fueron los vínculos personales de Spinoza con miembros de la secta nacida en el *colegio* de la aldea de Rijnsburg. Los frecuentaba. Eran sus camaradas en la búsqueda de la verdad. Eran también sus admiradores, entre otras razones, dice Gebhardt, porque sabía la lengua original de la *Biblia*.

Lucas refiere cómo eran los diálogos de Spinoza con los colegiantes, cómo discurría ante ellos: "Hablaba de manera convincente, aunque no aspiraba a ser fácilmente accesible ni pretendía impresionar con la belleza de la expresión. Exponía tan claramente y sus conversaciones estaban tan llenas de sentido común que todo aquel que lo escuchaba se sentía satisfecho".

En ese medio contrajo Spinoza algunas amistades que lo acompañaron durante toda su vida. Había entre los colegiantes hombres de negocios, médicos, teólogos y juristas. Algunos, ilustrados, agregaban a sus ocupaciones y profesiones verdaderas ansias de saber y de comprender. Tratábase, en general, de personas de elevada calificación moral;

varias de ellas figuran entre los primeros discípulos que tuvo Spinoza. Esto nos conduce a un nuevo capítulo: el de los amigos de nuestro filósofo.

CAPITULO IX

LOS PRIMEROS AMIGOS DE SPINOZA

Simón de Vries; sus estudios. Pedro Balling, autor de La Luz en el Candelabro. *Jarig Jelles y su* Confesión de fe universal y cristiana. *El librero y editor Juan Rieuwertsz. El doctor Luis Meyer, médico y teólogo. Un Vagabundo que buscaba a Dios. El poeta malicioso y traductor de obras eruditas.*

Uno de los hechos más salientes en la vida de Spinoza es su estrecha vinculación con amigos desde los años de su juventud. Sabía prescindir de las ideas religiosas y políticas de los hombres a quienes dispensaba y de quienes recibía el afecto amistoso. Sus amigos pertenecían a partidos y cultos diversos; los más de ellos eran "espíritus libres" con intereses intelectuales no definidos exclusivamente por una Iglesia o un credo de carácter dogmático. No tuvo preferencias por los adeptos de talo cual grupo o secta. La reflexión atenta sobre los hechos que de su vida se conocen, desvirtúa la leyenda de que Spinoza después de ser excomulgado de la Sinagoga tuvo intervención activa en algún movimiento de la Reforma en su país. El

relato de las amistades de Spinoza, destruye una leyenda más: la del filósofo ermitaño. No fue, y tampoco quiso ser, un solitario. Era un hombre afectuoso, como se muestra en las cartas que de su correspondencia pudieron reunirse y publicarse. Es aquí, en este capítulo relacionado con las amistades del filósofo, donde su epistolario comienza a sernos útil.

Sus amigos fueron con frecuencia sus discípulos, y siempre sus interlocutores atentos.

Entre los amigos de Spinoza hay que nombrar a *Simón Joosten de Vries* antes que a ninguno. Había nacido entre 1633 y 1634 en una conocida familia de comerciantes de Ámsterdam. La amistad entre él y Spinoza fue ejemplar. Era de Vries sólo uno o dos años más joven que Spinoza, pero reconocía en éste, a un maestro, del cual esperaba que le enseñase lo que no sabía o le explicase lo que no entendía, y también un consejero. Simón de Vries fue de los primeros amigos cercanos de Spinoza. En el epistolario del filósofo figura una carta que de Vries le escribió el 24 de febrero de 1663, siete años después de la excomunión de Spinoza. En ella se ponen en evidencia el afecto entrañable y la alta estima que le inspiraba. También se nos muestra en esa carta un aspecto de la personalidad de de Vries: la sinceridad y la jerarquía de sus intereses intelectuales y de su dedicación al estudio. En ella dice de Vries a Spinoza: “Hace ya mucho que tengo el deseo de ir a su casa, pero el

estado del tiempo y el riguroso invierno no me fueron propicios. Deploro la mala suerte que significa el que entre nosotros medie esta larga distancia, que tanto nos separa. Feliz, muy feliz, es Casearius, su camarada, que vive con usted bajo un mismo techo y puede conversar con usted sobre las cosas más importantes durante el desayuno y el almuerzo y durante los paseos. Pero aunque nuestros cuerpos se hallan muy alejados, está usted en espíritu cerca de mí frecuentemente, sobre todo mientras tengo en mis manos sus escritos y me dedico a ellos". Cuando de Vries escribió a Spinoza estas líneas ya hacía años que se había afirmado la amistad entre ambos.

En la misma carta refiere de Vries a Spinoza que se ocupa en estudiar anatomía y que no tardará en emprender el estudio de la química. Le habla de lecturas filosóficas, de dudas, de dificultades.

Antes de morir, tuvo Simón de Vries para con Spinoza una actitud de conmovedora fraternidad. El que había sido amigo entrañable y discípulo devoto del filósofo, quiso ser también su protector; deseaba asegurarle la posibilidad de vivir sin angustias materiales, ofreciéndole hacerlo legatario de todos sus bienes. Spinoza se rehusó a aceptar la generosa proposición. Sólo admitió que le fuese entregada por el heredero legal de Simón, su hermano Isaac, una renta reducida, menor de la que Simón había prescrito en su testamento.

Pedro Balling, de la secta de los menonitas, fue otro de los amigos de Spinoza. En su juventud había sido representante de compañías comerciales holandesas en España. Conocía el latín y el griego. Sabía el español, lo que era una circunstancia que le facilitaba el trato con Spinoza. Balling publicó en 1662 un escrito con el título de *La luz en el Candelabro,* al que Carl Gebhardt juzga particularmente interesante porque revela las ideas dominantes en el círculo que Spinoza frecuentaba. En su introducción a la edición alemana del epistolario de Spinoza trae el ilustre investigador un resumen del pensamiento de Balling. La causa de todos los errores está en las palabras. Ellas engañan en lo que a la creencia se refiere. El significado de los vocablos es interpretado en sentidos diversos, y de ahí proceden las disputas. Diríase que la fe verdadera no existe, y que sólo hay voces. Mas cierto es que en cada hombre está la luz de la razón, capaz de darle el conocimiento de la verdad y de conducirlo a Dios. Por la razón puede llegar el hombre a la unión con Dios. "Fuera de ti no hay -dice Balling- medio alguno para que conozcas a Dios. Debes permanecer en ti mismo y debes dirigirte a la luz que está en ti". Por influencia de Spinoza -así lo sostiene Gebhardt- pensaba Balling que el conocimiento de Dios es previo al de las criaturas particulares. Balling conocía el estudio de Spinoza sobre la filosofía cartesiana, del que nos ocuparemos en el Capítulo XIII. Más aún, tradujo ese estudio del latín al holandés.

En el epistolario de Spinoza no figura el texto de ninguna carta de Balling; sí hay

una que Spinoza le escribe a su amigo en julio de 1664, contestando a otra que le habría sido enviada por Balling un mes antes, comunicándole entristecido la muerte de un hijo. Spinoza le pide detalles de lo ocurrido. El tono es afectuoso; no intenta consolar a Balling, pero sí se percibe una cariñosa solidaridad del autor de la carta para con el padre acongojado. Le explica el mecanismo de unas alucinaciones de que había padecido y a las que interpretaba como anuncio de la desgracia que le ocurrió. Por razones que no es oportuno examinar aquí tiene esta carta de Spinoza un valor filosófico particular, como expresión de sus ideas sobre los procesos de la imaginación.

Jarig Jelles fue otro de los amigos de juventud de Spinoza. Era también menonita. En su juventud se dedicó al comercio en especias, con mucha fortuna. Personas que lo conocieron dejaron datos sobre su vida y su carácter. Jarig Jelles abandonó los negocios prósperos, persuadido de que la riqueza no podía hacerlo feliz, para entregarse a la meditación y al estudio profundo. Pasó muchos días de su vida en la casi reclusión de una habitación modesta. Escribió tratados sobre teología y política y un ensayo para demostrar que la filosofía de Descartes no conduce a la negación de la existencia de Dios. Procuró demostrar que es en verdad plenamente compatible con el cristianismo. Se conoce de él la *Confesión de fe universal y cristiana.* En ella se esmera en probar cuán infundada era una acusación de ateísmo que había sido enunciada contra él. Fue invariablemente fiel amigo de Spinoza. Posiblemente la

relación entre ellos comenzó en 1656. Estimuló más tarde al filósofo a que publicara su interpretación del pensamiento de Descartes y hasta contribuyó a sufragar las expensas de la edición de los *Principios de la filosofía cartesiana.* No es improbable que fuera él quien años después hiciera viable la publicación del *Tratado Teológico-Político.* En el epistolario de Spinoza no figura ninguna carta de Jarig Jelles, pero sí hay cuatro que el filósofo le ha dirigido. Por la primera de ellas (3 de marzo de 1667), respuesta a una de Jelles, se advierte con qué seriedad estudiaba éste los problemas que le interesaban. Spinoza lo trata en un tono de simpatía y de elevado aprecio, tono que se mantiene en las otras epístolas.

Spinoza conoció a Jarig Jelles en el ambiente de los colegiantes, y la amistad que se fortaleció entre ambos desempeñó un papel considerable en la vida de nuestro filósofo.

En el círculo de los amigos filosóficos de Spinoza ocupó una posición singular *Juan Rieuwertsz.* Era editor y librero, y su casa llegó a ser centro de reunión de los colegiantes en la época en que comenzaron a ser perseguidos. Rieuwertsz era 15 años mayor que Spinoza y se le conocía por su intransigente hostilidad a la Iglesia oficial. En las reuniones clandestinas que se efectuaban en su librería se discutían temas de religión y de filosofía, pero también se debatían planes para contrarrestar la opresora autoridad de los sínodos calvinistas. A lo que los visitantes de Rieuwertsz

llamaban amor a la verdad se agregaba una violenta pasión combativa. Rieuwertsz imprimía folletos anónimos para estimular la oposición contra el calvinismo absorbente. Fue el editor de Descartes, de Balling, de Jelles y de Spinoza en Holanda. Sentía por Spinoza una verdadera veneración y cuando falleció, su hijo heredó de él el afecto y la admiración por el filósofo. Su actividad le creó muchos enemigos, pero Rieuwertsz no cedía en la lucha, en esa obra de editor que contribuyó considerablemente a la difusión de ideas novedosas entre muchos holandeses de su tiempo. Su afición a la alquimia le llevó, como a otros contemporáneos suyos, a buscar la "piedra filosofal".

Las reuniones de "libertinos" en su casa eran mal vistas por la gente "seria", sometida al clero calvinista. Pero de nada valió que las prohibiese el burgomaestre de Ámsterdam en 1656.

A esas reuniones concurría *Juan Pieterszoon.* Era una suerte de vagabundo que buscaba a Dios. No creía en la divinidad que le habían enseñado los clérigos de su ciudad natal. Fue excomulgado de la iglesia calvinista; ni desconsolado ni satisfecho, se complacía en la compañía de los locuaces miembros del cenáculo que se congregaba en la librería de Rieuwertsz. Tenía una versación poco común en hebreo y en griego, y gustaba polemizar.

Entre los amigos de Spinoza de aquella época hay que mencionar también el poeta

Jan Set. Sus composiciones, a menudo picantes, tendían las más de las veces a irritar a los beatos de su tiempo y de su ciudad, Ámsterdam.

El poeta malicioso era también traductor de libros eruditos. Set tradujo al holandés en 1650 la obra de **J**ohannes Buxtorf *Synagoga Judaica,* que ejerció gran influencia en el desarrollo de los estudios hebraístas en la edad moderna. Sus escritos propios no estaban dedicados al público culto. Los componía pensando en la multitud -para la que eran inaccesibles Descartes, Spinoza o cualquier otro pensador de la misma talla- mas susceptible de dejarse impresionar por las ocurrencias juguetonas y por las "impertinencias" del poeta amigo de la vida divertida.

Dos años antes que Spinoza había nacido en Ámsterdam el doctor *Luis Meyer*. Pertenecía a la iglesia luterana, pero estaba muy cerca de la secta de los colegiantes. Era médico, aunque se había iniciado como poeta. En su juventud supo destacarse como filólogo. Además de la medicina, estudió filosofía y teología. Escribió dramas; llegó a ser director artístico del teatro de Ámsterdam. Muy vastos fueron sus intereses de orden intelectual. Su inclinación filosófica lo llevó al estudio de la obra de Descartes. Se conocen abundantes datos de la vida y de la acción de este personaje, que hubo de escribir el prólogo a los *Principios de la filosofía cartesiana* de Spinoza. El mismo Meyer publicó y editó, aunque sin hacer figurar su nombre en la edición, un libro sobre la *Biblia*. *La Filosofía, intérprete de la Sagrada Escritura,* era

el título de la obra. También Meyer desempeñó papel importante en la vida de Spinoza a quien probablemente conoció por mediación de Francisco van den Enden, del cual nos ocuparemos en el capítulo siguiente.

Los nombres que hemos ido mencionando, nombres de amigos de Spinoza, de amigos muy cercanos, nos dan una idea de la atmósfera en que pasó Spinoza varios años de su juventud. Conoció Spinoza a esos amigos antes o inmediatamente después de haber sido excomulgado de la Sinagoga de Ámsterdam. De todos ellos, sólo dos, Simón de Vries y Luis Meyer, eran probablemente de origen judío.

Cuando se produjo su excomunión, Spinoza, acosado, quizás, como ya hemos visto, por las autoridades de la ciudad, se dirigió a la aldea de Ouwerkerk. Poco tiempo permaneció Spinoza en esta población suburbana de Ámsterdam; no más que algunos meses. Tampoco allí se sintió abandonado ni solo.

Al regreso a su ciudad natal, junto con las otras vinculaciones de Spinoza que ya hemos mencionado, ocupa lugar destacado la que tuvo con Francisco van den Enden. Por más de un motivo merece un capítulo aparte este curioso personaje.

CAPITULO X

LA ESCUELA DE VAN DEN ENDEN. ¿UN AMOR DE SPINOZA?

Francisco van den Enden. Su vida aventurera. Spinoza y la escuela de van den Enden en Ámsterdam. El amor de Spinoza por Clara María, hija de su maestro. El relato de Colerus y las opiniones de Freudenthal, Dunin Borkowski y Frederick Pollock. El amor de Spinoza en la literatura.

Francisco van den Enden, que también se llamaba van Eyden y van den Eyden, era un hombre de carácter singular, aparentemente en nada afín al de Spinoza. Los biógrafos del filósofo se ocupan de él extensamente. En el volumen que von Dunin Borkowski dedicó a la juventud de Spinoza[21] encontramos noticias acerca de los primeros años de la vida azarosa de van den Enden. Hijo de artesano, recibió una educación rígidamente católica. Más aún, sus padres pensaron hacer de él un eminente servidor de la Iglesia. Comenzó sus estudios entre los agustinos y los terminó en un curso de seis años en un colegio de la Compañía de Jesús. Desde niño reveló, junto a una inteligencia brillante, una excepcional facilidad para el aprendizaje de lenguas extrañas. A los 18 años le fue ofrecida una cátedra universitaria a ese joven que estudiaba literatura, medicina y jurisprudencia. En la universidad de Lovaina gozaba de gran prestigio.

En 1619 se incorporó Francisco van den Enden a la Orden de los jesuitas. Era

[21] Stanislaus von Dunin Borkowski, S.J.: *Den Junge de Spinoza. Leben und Werdegang im Lichte der Weltphilosophie*, Münster, I.W., págs. 468 y ss.

hombre bien dotado, de mucha versación. Dunin Borkowski niega que tuviera talento extraordinario; agrega que sólo sabía acumular nociones de las fuentes más diversas. En 1624 fue maestro de gramática en Mechelen; al año siguiente tuvo a su cargo la clase de sintaxis y la de catecismo en Audenard. En 1626-1628, fue maestro de poética en dos colegios diferentes. De 1628 a 1629 estuvo en Kassel (Flandes) como maestro de retórica.

Fue en 1629 cuando inició sus estudios teológicos. Debió interrumpirlos y no sería difícil que ello se debiese a razones de "inconducta". El 15 de mayo de 1633 fue expulsado de la Orden de los Jesuitas "por motivos fundamentales".

También un hermano de nuestro personaje, de nombre Juan, ingresó en la Compañía y debió igualmente abandonarla.

Francisco van den Enden contrajo matrimonio en 1642 en Amberes y tres años después se dirigió con su familia a Ámsterdam. En Ámsterdam fue al comienzo maestro y se dedicaba a la enseñanza privada de latín y griego; luego estableció un comercio de librería. Nada próspera fue la marcha de sus negocios. Después de un quebranto hubo de cambiar de ocupación. Fundó entonces, en 1652, una escuela, de la que nos ocuparemos más adelante. Tuvo van den Enden una hija, nacida en 1643, ligada a la biografía de Spinoza de modo particular.

En cuanto a religión, van den Enden se declaraba siempre católico. Su vida, su conducta, no le inspiraron simpatías en todos los ambientes. Colerus, el biógrafo de Spinoza, trae noticias a este respecto. Con su condición de católico se relaciona un viaje que según algunos autores habría hecho en 1657. Van den Enden fue enviado -se afirma- a Madrid. Este viaje lo habría hecho en interés de Holanda y en conexión con las relaciones del gobierno holandés con España. Su condición de ex-miembro de la Orden de los Jesuitas era ventajosa para la supuesta misión diplomática que le encomendaron. Este viaje no está plenamente comprobado. Habla de él un contemporáneo de van den Enden y, en base a ciertos elementos de juicio indirectos, se admite que haya ocurrido efectivamente.

Cuando Holanda se hallaba en guerra con Inglaterra, ofreció van den Enden sus servicios al gobierno de La Haya.

Católico, como vimos, se decía van den Enden. Lo fue de manera peculiar. De místico y panteísta cabría calificarlo tal vez con más títulos de los que tenía para llamarse adepto de la Iglesia de Roma. Era en todo caso un "libertino" en el sentido que entonces se daba a este vocablo. La vida no le fue fácil a este personaje de ideas contradictorias, de actitudes aún más contradictorias, de inteligencia brillante y de conocimientos dilatados. Sufría de graves aprietos económicos. Para aliviar su situación y para atender a las necesidades de la subsistencia de los suyos, decidió

abrir en 1652 la ya mencionada escuela, para la enseñanza de griego, latín y otras disciplinas. La versación y la capacidad docente de van den Enden se pusieron de manifiesto muy pronto. No tardó en adquirir fama dentro y fuera de Holanda el instituto fundado y dirigido por el médico, jurista y teólogo van den Enden. Afluían a sus aulas hombres de todas las edades; entre sus alumnos se contaban gentes de países diversos y de diversos credos. Extraordinario pedagogo fue el ex miembro de la Orden de los Jesuitas que no sólo enseñaba el latín y el griego. También en otras asignaturas se esmeró en difundir conocimientos el maestro van den Enden, que llegó a adquirir reputación internacional en la docencia de las lenguas antiguas.

Conocía van den Enden la cultura romana. Admiraba las grandes figuras del Renacimiento y se les quería parecer en la diversidad de los talentos. Estudiaba ciencias varias y las enseñaba a los alumnos de sus cursos. A fin de evocar ante el espíritu de sus discípulos el ambiente de la antigua Roma, organizaba representaciones de comedias de Terencio, para gran disgusto del Sínodo calvinista de Ámsterdam. Se ensayaron, sin éxito, medidas para impedir tales espectáculos, que en todo caso concluyeron por crear una atmósfera ingrata al pedagogo excesivamente minucioso. No sólo eso: la casa de van den Enden era sitio de reuniones en las que se debatía libremente toda suerte de problemas y se ponían en tela de juicio las doctrinas consagradas. La escuela de latín y griego era, además, centro de controversias en las que predominaban tendencias poco favorables a los

cultos positivos.

Es interesante señalar que en un comienzo, calvinistas fanáticos acusaron al *católico* van den Enden de dedicarse a la difusión del catolicismo; creían que el ex-jesuita hacía prédica proselitista a favor de su elocuencia. Después, se le acusó, y con más motivos, de ser ateo a pesar de decirse católico. Formalmente van den Enden se consideraba adepto de la Iglesia de Roma, aunque estaba muy lejos de serlo, tanto por sus ideas como por sus hábitos. Colerus, el biógrafo de Spinoza, a quien nos hemos referido ya, dice respecto de van den Enden: "Este hombre enseñaba con buen éxito y gran reputación; de modo que los comerciantes más ricos de la ciudad le confiaron la instrucción de sus hijos, antes de que comprobaran que junto con el *latín* enseñaba a sus alumnos otra cosa. Pues se llegó a descubrir que sembraba los primeros gérmenes de ateísmo en las mentes de los jóvenes muchachos. Este es un hecho exacto, que, si fuera menester, podría probarlo con el testimonio de varios caballeros honestos que viven aún y de los cuales algunos han sido dirigentes de la iglesia luterana de Ámsterdam. Estos buenos hombres bendicen todos los días la memoria de sus padres que tuvieron el cuidado de sacarlos a tiempo de la escuela de maestro tan pernicioso y tan impío".

Esta fama poco propicia a van den Enden, le trajo su ruina en Holanda. Su escuela no pudo subsistir porque los alumnos raleaban en ella cada vez más. Tampoco pudo

hallar en Holanda otra ocupación; “se le conocía demasiado”, explica Colerus.

Su conducta y su enseñanza fueron creando a Francisco van den Enden una atmósfera harto desfavorable. Veía estrecharse en torno de él un círculo de obstáculos, de dificultades. La situación se le tornó insostenible y por eso decidió abandonar Holanda. Era en 1671.

Se dirigió a Francia. Médico, no tardó en crearse un círculo de amigos. Llegó a tener cierta figuración. Se afirma que frecuentaba a Luis XIV, el cual solía escuchar sus consejos. Pero no duró mucho tiempo en esta posición de privilegio el doctor van den Enden, médico y filólogo, creyente y ateo, católico y amigo de protestantes rebeldes, pedagogo políglota, ex librero y ex miembro de la Compañía de Jesús. Espíritu de muchas inquietudes y de pocos escrúpulos a veces, aventurero siempre, se vio envuelto en una grave conspiración, que acaso haya concebido y organizado él mismo y que tuvo el desenlace poco feliz de todas sus empresas.

Se trataba de una confabulación antimonárquica en la que participaron algunos miembros de la nobleza de Francia. Querían los conspiradores promover una sublevación en la Normandía, y abrir el acceso a la flota holandesa que anclaba a poca distancia de allí y estaba dirigida por el almirante Cornelius Tromp. La conspiración estaba encabezada por el Caballero de Rohan y La Tréaumont.

Los holandeses estaban resentidos con la política de Luis XIV, y cabe preguntarse si la maniobra de van den Enden no tendía a favorecer a Holanda. ¿No se propuso aprovechar en beneficio de Holanda la ingenuidad de algunos señores franceses enemigos del Rey, de ese mismo Rey al cual van den Enden trataba y al cual manifestaba una adhesión que en Holanda era severamente censurada? En sentido afirmativo contesta a esta pregunta Sir Frederick Pollock[22].

Cierto es que van den Enden se dirigió a Bruselas para celebrar entrevistas relacionadas con su proyecto. Todo había sido planeado en detalle. Fueron convenidos los signos reveladores del estallido de la revuelta; pero la revuelta no se produjo. Barcos holandeses se acercaron efectivamente a la costa de Normandía, en el momento previsto, mas en Francia no se produjo ninguna rebelión. La conjuración fue descubierta a tiempo y los participantes en ella terminaron en la cárcel. Se conocen los pormenores del arresto de van den Enden. Su carrera y su vida iban a concluir. El 27 de noviembre de 1674 fue ahorcado en París. Éste fue el punto final de las aventuras del novelesco personaje.

Si nos hemos extendido algo en el relato de ellas es porque durante algunos años visitó Spinoza la escuela y la casa de van den Enden en Ámsterdam. Frecuentó allí a amigos, a camaradas en el estudio variado de disciplinas científicas y de doctrinas

[22] Sir Frederick Pollock: *Spinoza. His life and Philosophy*, 2ª ed. Duckworth and Co. Londres, 1899, págs. 14-15.

filosóficas. Allí completó su aprendizaje del latín si es que lo había iniciado ya antes; también aprendió el griego.

Es oportuno señalar que no está excluido que Spinoza haya comenzado sus estudios de latín cuando era alumno de la escuela hebrea de Ámsterdam. No era raro que los judíos enseñasen a sus hijos la lengua culta de los *gentiles*. Los mismos rabinos consideraban útil el conocimiento del idioma sagrado de los sacerdotes cristianos. El rabino Menassé ben Israel escribía el latín con la misma facilidad que el hebreo. Colerus habla de la "gran aptitud de Spinoza para la lengua latina". Refiere que el filósofo recibió su primer aprendizaje en esta lengua de un maestro alemán. Algunos biógrafos actuales del filósofo ponen en duda la exactitud de este dato. Otros piensan que el primer maestro de latín de Spinoza fue el alemán Jeremías Felbinger, heterodoxo estudioso, con simpatías por los socinianos, el cual también habría enseñado a su discípulo la lengua alemana. En todo caso, sólo por poco tiempo pudo haber sido Spinoza alumno de él.

Fue en la escuela de van den Enden donde completó sus conocimientos de la lengua en que redactó después sus obras y en la que escribió la mayor parte de sus cartas. En el círculo de los concurrentes a la casa del maestro, el filósofo se sentía libre de toda traba. Allí adquirió nociones de muchas cosas que en el orden intelectual pudieron interesarle: matemáticas, ciencias naturales, astronomía; allí también se

enteró de las ideas políticas de Maquiavelo y de Hobbes. Allí estudió medicina. Es probable que en la escuela de van den Enden haya adquirido Spinoza su primer conocimiento de los autores latinos que cita en sus libros. Un ayudante de van den Enden lo ilustraba en ciertas asignaturas, mientras en otras era su maestro el mismo director de la escuela. Pero si le llegaban sugestiones múltiples en la escuela de van den Enden y de los amigos con quienes mantenía trato, eran sobre todo la meditación y el estudio solitario la fuente de su ilustración, respetada y admirada. Ya en la adolescencia se había mostrado capaz de aprender y pensar por su cuenta.

Pero no sólo debimos recordar a van den Enden porque dirigió una escuela de la que Spinoza fue alumno y porque en torno de él se formó cierto ambiente intelectual que pudo haber influido en el desarrollo espiritual del filósofo. Hay una razón más: van den Enden tuvo una hija por la que Spinoza -según afirma uno de sus biógrafos y lo creen otros- sintió una simpatía amorosa. ¿Nos acercamos a un romanee o estamos en presencia de una pura fantasía de Colerus? Clara María era el nombre de la hija mayor de van den Enden. Ayudaba al padre en la escuela dictando clases, de latín precisamente. ¿Fue Spinoza alumno de ella? ¿Medió entre ambos una relación que no era simplemente la de maestra y discípulo? Las opiniones de los autores difieren en este punto.

Spinoza inició su trato con van den Enden todavía antes de ser excomulgado de la Sinagoga; Clara María tenía entonces unos trece años. Algún tiempo después, cuando Spinoza ya había regresado de Ouwerkerk, frecuentó al pedagogo con mayor asiduidad. Clara María contaba ya más de quince años mientras Spinoza aún acostumbraba visitarla.

En Colerus se encuentra una referencia a los supuestos amores de Spinoza con la hija de van den Enden. De Colerus son estas palabras que figuran en el segundo capítulo de su biografía del filósofo: "El dicho van den Enden tenía una hija, la cual sabía el latín tan bien que podía reemplazar a su padre como también podía reemplazarlo en el arte del canto. Hacia ella llegó a tener Spinoza, según él mismo lo relató a menudo, una tal inclinación que quiso casar con ella; aunque era algo defectuosa y de continente no muy bello, se sentía Spinoza atraído por su aguda inteligencia y su gran ilustración".

¿Qué hay de verídico en estas líneas de Colerus? ¿Es fidedigna la versión de que el mismo Spinoza hubiera hecho confidencias sobre sus sentimientos respecto de la hija del maestro van den Enden? La biografía escrita por Colerus fue publicada en 1705, veintiocho años después del fallecimiento del filósofo. No oyó aquél de Spinoza mismo el relato antes trascrito, sino que, de ser exacta la versión, la habría recogido de otras personas. Hoy los comentaristas de la vida de Spinoza disienten en sus apreciaciones

acerca de la exactitud de lo dicho por Colerus. Freudenthal, que con justicia merece ser mencionado en primer término, admite la verosimilitud del relato aunque no cree que Spinoza pensara en contraer enlace con Clara María van den Enden. Cuando la edad de ella hizo posible que tal cosa ocurriera, estaba Spinoza enfermo. Su salud precaria y su pobreza habrían hecho imposible que concibiera y pensara llevar a cabo el proyecto de matrimonio de que habla Colerus. Pero esto no excluye, según Freudenthal, la realidad de su amor por la joven[23].

Un contemporáneo de Spinoza, su primer editor, Rieuwertsz, declaró en cierta ocasión que "Spinoza nunca tuvo inclinación al matrimonio". Esta manifestación de Rieuwertsz es utilizada como argumento por los autores que no comparten la opinión de Freudenthal. Éste piensa que el joven discípulo efectivamente amó a la hija de su maestro van den Enden y considera admisible que la hubiera recordado en palabras elogiosas.

Dunin Borkowski se ocupa de las relaciones de Spinoza con Clara María en estos términos: "Con la frecuentación de Spinoza a la casa de van den Enden se vincula también la noticia de una actitud tierna para con Clara María, la hija mayor del maestro, niña no bella pero de tan elevada ilustración que reemplazaba al padre en la docencia. En 1655 tenía Clara María doce años. Los biógrafos más recientes han argüido con esta escasa edad contra la verosimilitud de la información. Y eso sin razón alguna. Spinoza, como judío, pudo haber pensado muy bien en el casamiento con la joven de doce años,

[23] J. Freudenthal: *op. cit*., 1ª parte, págs. 39-41.

pues era ésta la edad de casamiento de las muchachas judías. En todo caso, tres o cuatro años más tarde, cuando aun solía frecuentar la casa de van den Enden, pudo interesarse en la niña. Colerus en el relato de este asunto se refiere a numerosas manifestaciones de Spinoza. Pudo haberlas recogido del pintor van der Spyck, el dueño de la casa donde Spinoza vivió en La Haya. No es posible ya apreciar en qué medida la fantasía de ese hombre ha adornado el relato"[24].

No todas las objeciones a la narración de Colerus son convincentes. El amor entre ambos pudo haber existido. Era Clara María mujer de extraordinarias dotes intelectuales y de instrucción igualmente extraordinaria. Conocía lenguas antiguas y modernas; estudiaba filosofía, ciencias naturales y matemáticas; tenía talento poético. Un contemporáneo le dedicó unos versos en los que decía que ella era "el modelo de la sabiduría para toda la juventud del país, que habrá de reconstruir Atenas y el Parnaso".

Había en aquella época en Holanda otras mujeres jóvenes que gozaban de renombre en los medios intelectuales: Gracia Aguilar, que a su muerte, a los 18 años, ya gozaba de prestigio entre poetas y filósofos; las hermanas Ana y María Fischer, Ana María Schurman y otras. Entre ellas puede ser mencionada la hija de van den Enden.

Clara María, precozmente erudita y poetisa, era grabadora y pintora. Su salud precaria hacía que le dispensaran cuidados particulares en la casa, que era frecuentada por otros

[24] Stanislaus von Dunin Borkowski: *op. cit*., pág. 471.

jóvenes fuera de Baruj Spinoza. Casó con uno de ellos, el médico Dirk Kerckrinck, de Hamburgo, discípulo también de van den Enden y gran admirador y amigo de Spinoza. Era Dirk Kerckrinck hombre de mucha riqueza, y, según cuenta Colerus, logró que Clara María optara por él, y no por Spinoza, merced a un costoso collar que le dio en obsequio. Kerckrinck era un estudioso de mérito. Publicó trabajos de medicina; un volumen de ellos se encontraba en la biblioteca de Spinoza. Un detalle de su biografía merece ser recordado. El yerno del "ateo" van den Enden era protestante Y sólo pudo contraer enlace con su hija después de convertirse al catolicismo. ¿Se hubiera bautizado Spinoza para hacer de Clara María su esposa? La respuesta es fácil ¿No es ésta una de las razones de que hoy escriban ciertos biógrafos de Spinoza sobre un amor del que otros creen que nunca existió? ¿No será éste el motivo de que unos hablen de una simpatía de la que el filósofo jamás pensó que terminase en el matrimonio, mientras otros hablan de un deseo de casamiento que no pudo cumplirse?

No creemos que se pueda asignar valor de argumento contra lo relatado por Colerus a unas frases contenidas en el libro que Spinoza redactaba poco tiempo después o, quizás, en los años de su trato con Clara María van den Enden. En el *Breve Tratado sobre Dios, el hombre y su felicidad,* escribe Spinoza: "Aquel que ama seres efímeros, es desolado. La razón nos enseña a evitar tales amores. Y debemos rehusarlos porque en ellos hay dolor y veneno". "El amor a un ser efímero es fuente de mucho

mal, y el amor a Dios es la fuente de mucho bien". No hay ningún indicio que permita sacar de estas expresiones alguna conclusión sobre el problema que nos ocupa. Se podría con más razones interpretar en sentido radicalmente opuesto unos pensamientos de Spinoza contenidos en la *Ética.* Allí, en la proposición XXXIII de la tercera parte, encontramos: "Cuando amamos algo semejante a nosotros, procuramos en todo lo posible conseguir que también nos ame".

La prueba de esta proposición es: "Procuramos en todo lo posible imaginar el objeto que amamos por encima de todos los otros objetos. Si el objeto es similar a nosotros, trataremos de estimulado con alegría por encima de los demás. En otras palabras, aspiraremos todo lo que podamos a que el objeto amado experimente placer al pensar en nosotros, esto es, aspiraremos a que nos ame".

En la proposición XXXV de la misma tercera parte de la *Ética* hace Spinoza un análisis psicológico de los celos. Clara María van den Enden se había casado con el doctor Kerckrinck. ¿No ha discurrido Spinoza en conformidad con una experiencia personal?

En obras literarias se ha dado como realidad el amor de Spinoza por Clara María. En su famosa biografía del filósofo, comenta Berthold Auerbach: "Él (Spinoza), de

ascendencia judía, fuertemente atraído en amor juvenil por una doncella cristiana, debió por fuerza observar apenado el muro de separación que entre los dos había levantado la diversidad de raza y aún más la de la fe". El autor de una reciente biografía de Spinoza quiere hallar en este amor frustrado la explicación del tono de resignación y de menosprecio por lo fugaz que se advierte en la obra espinociana.

El poeta Enrique Heine en su *Alemania,* en el comentario que consagra a Spinoza, al referirse a Francisco van den Enden lo designa como "padre de la amada" de aquél. Israel Zangwill en sus *Soñadores del Ghetto,* al imaginar la figura del *pulidor de lentes,* en un par de páginas del extenso capítulo que le dedica nos lo presenta celebrando la belleza de Clara María van den Enden. Esto habría ocurrido cierta vez que ella, acompañada de su padre y de su marido, fue a visitar a Spinoza a la casa de van der Spyck, en La Haya. Los visitantes no encuentran a Spinoza, el cual se ruboriza ante van der Spyck cuando éste le refiere que habían venido a verlo. Para Zangwill, el amor a Dios, a la substancia eterna e infinita, cubrió en el alma de Spinoza el amor por Clara María. En bellos trazos reconstruye el estado de ánimo de su *pulidor de lentes.* Pocas veces la pluma de Zangwill ha alcanzado igual poder de sugestión. ¿Mas fue la hija de van den Enden un sueño de Spinoza o de Zangwill? Señalemos que en las cartas que se conservan de Spinoza no hay la menor alusión a sus sentimientos hacia Clara María.

Colerus en su biografía se refiere a declaraciones que Spinoza habría hecho a personas de su relación en La Haya, diez o quince años después de que el filósofo hubo abandonado Ámsterdam. Sir Frederick Pollock admite que Spinoza haya tenido tales expresiones respecto de Clara María, y las interpreta como una jactancia o una *explicación* del filósofo ante quienes le hubieran manifestado sorpresa por su celibato. Spinoza habría dado como pretexto para su soledad el hecho de haber tenido intención de casarse con la hija de su ex maestro, sin haberlo conseguido.

Más que esta poco aguda interpretación de las referencias dadas por Spinoza a contemporáneos suyos y trasmitidas por Colerus, interesa como hecho digno de atención el silencio de Spinoza en sus cartas en materia que le afectaba tan íntimamente. Lo que importa no es lo que, según Colerus, dijo, sino lo que calló. Esta reserva era muy del carácter de Spinoza; aún en materias de naturaleza menos íntima, su alma fuerte no disipaba las aflicciones en confidencias fáciles; no las desmenuzaba en lamentos y menos aún cabe adjudicarle -como lo hace Pollock- una explicación banal o una jactancia menuda. Si tuvo dolores, si vivió tormentos, supo esconderlos dignamente.

Advierte ya el lector que no se puede aseverar nada incuestionablemente sobre la "ternura" de Spinoza hacia Clara María, la hija mayor del inquieto maestro van den Enden. Quedará -así lo creemos- con la idea de que el relato de Colerus es

verosímil, que bien pudo nacer un amor entre Spinoza y Clara María mientras juntos traducían las páginas de Horacio y de Virgilio.

No sólo a Clara María trató Spinoza en la casa de van den Enden. A ella concurrían algunos de sus amigos a quienes ya hemos nombrado antes. También contrajo allí otras amistades; con el doctor Juan Bouwmeester, hombre ilustrado y elocuente; con los hermanos Adrián[25] y Juan Koerbagh, estudiante de medicina y derecho el primero; de teología, el segundo. En casa de van den Enden se hizo más estrecha su vinculación con el ya mencionado doctor Luis Meyer, cartesiano, hombre prudente y poseedor de una bien nutrida biblioteca que fue aprovechada por el filósofo.

A fines de 1660 abandonó Spinoza de nuevo Ámsterdam.

Nada se sabe de los motivos que lo determinaron a ello. Esta vez ya prácticamente para siempre. Sólo con largos intervalos hará breves visitas a la ciudad en que nació y que fue escenario de sus primeras "herejías" y del primer gran conflicto de su vida.

Comienza una nueva etapa en la vida de Spinoza.

V

[25] Adrián Koerbagh llegó a ser un escritor de cierta significación. Se le procesó por sus ideas adversas al calvinismo. Más adelante volveremos a encontrarnos con él.

CAPITULO XI

SPINOZA EN RIJNSBURG. EL "BREVE TRATADO" Y LA "REFORMA DEL ENTENDIMIENTO".

La vida de Spinoza en Rijnsburg. Sus visitantes. Stenon y Coccejus. Los primeros escritos de Spinoza. El Breve Tratado. *Su historia. La* Reforma del Entendimiento.

Rijnsburg distaba de Ámsterdam unas cuarenta millas por agua. De Leyden estaba a una hora y media de viaje. Sitio apartado y tranquilo, la localidad de Rijnsburg es descrita más o menos en los mismos términos por todos los biógrafos de Spinoza. Cerca de Rijnsburg, a sólo treinta minutos de distancia, hallábase la aldea de Endegeest, donde Descartes vivió varios años y elaboró sus *Principios.* En su aspecto difería Rijnsburg muy poco de otras poblaciones holandesas. Junto a calles rectilíneas se levantaban en rojo casas de uno y de dos pisos. Jardines, con árboles añosos, adornaban la población, algo más que una aldea y mucho menos que una ciudad. Un camino central servía de eje a Rijnsburg. En una callejuela lateral se conserva aún hoy en una casa la inscripción que en ella grabó su dueño, el médico Herman Hamon. Son unos versos de Kamphuysen en holandés, "no muy poéticos

pero bien intencionados":

Ach! Waren alle Menschcn wys

En wilden daarbij wel!

De Aard'waar haar een Paradys

Nu is ze meest een Hel[26].

En Rijnsburg y en esa casa vivió Spinoza desde que en el año de 1660 abandonó la ciudad de Ámsterdam. Con destreza sabía ya pulir lentes; sus conocimientos de física y de matemáticas le eran en ello de gran utilidad.

Fue locatario del doctor Hamon de quien tomó en alquiler una pieza amplia y junto a ella otra, más pequeña. En comparación con su última vivienda en Ámsterdam, la de Rijnsburg debió parecerle una mansión suntuosa. Allí pasó Spinoza unos tres años. Desde la ventana podía contemplar un paisaje típicamente holandés, con hombres, mujeres y niños igualmente típicos. Las gentes trabajaban dichosas y serenas, y en medio de ellas transcurrieron los días más tranquilos de la vida de Spinoza.

Sobre su manera de conducirse con los humildes, trae Pierre Bayle, uno de sus

[26] Ah, si los hombres todos fueran sabios / y si fueran igualmente buenos, / entonces la tierra seria un Paraíso; / hoy es más un infierno.

primeros biógrafos, estas palabras: "Aquellos que entraban en contacto con Spinoza, como también los campesinos de las aldeas en que vivió retraído cierto tiempo, concuerdan en que era un hombre con quien cabía distraerse muy bien, porque era cordial, justo, delicado y muy humilde en su manera de vivir".

Debía Spinoza entenderse con sus contertulios en holandés, idioma que conocía, aunque con deficiencias. Sus lenguas familiares eran el portugués y el español; en español eran sus lecturas de esparcimiento mientras se dedicaba a estudios científicos y a la meditación filosófica.

Ya hemos visto cómo y dónde aprendió el griego y el latín. Huelga recordar que en el "Árbol de las Vidas", primero, y en "La Corona de la Ley", después, adquirió sólidos conocimientos del hebreo a punto de que lo veremos más tarde componiendo una gramática de ese idioma. Hay razones para afirmar que conocía el italiano. A Descartes pudo haberlo leído en francés tanto como en latín.

Tenía, pues, una preparación científica y filosófica y un instrumental lingüístico poco comunes[27].

[27] Gebhardt sostiene que Spinoza tenía conocimientos completos de la medicina de su tiempo y que ejerció la profesión. Esta última afirmación es arbitraria. No hay indicios que le den verosimilitud.

Rijnsburg había sido la cuna de los *colegiantes.* Allí se creó el primer "colegio", allí se hallaba el cuartel central de la secta, algunos de cuyos miembros respetaban y estimaban a Spinoza, sin pretender jamás convertirlo en uno de los suyos. Spinoza solía concurrir a sus reuniones y les prodigaba gran simpatía por la tenacidad con que se resistían a aceptar en materias espirituales otra autoridad que no fuese la conciencia de cada uno. Durante su permanencia en Rijnsburg conquistó Spinoza algunos amigos nuevos. Entre ellos corresponde mencionar especialmente al geólogo y anatomista danés Niels Steensen o Stenon, que vivía en la cercana ciudad universitaria de Leyden. Stenon tenía más o menos la misma edad que Spinoza. Su nombre figura entre los más gloriosos de la ciencia del siglo XVII. En 1662 publicó en Leyden sus *Observationes Anatomicae,* donde trae diversos descubrimientos en Anatomía. Stenon fue geólogo igualmente famoso. Aun hoy la geología acepta ideas de Stenon sobre la estratificación de las capas de la corteza terrestre. Stenon era protestante, y en sus visitas a Spinoza discurría con el filósofo tanto sobre temas filosóficos como sobre asuntos científicos. Años después el sabio se convirtió al catolicismo. Adepto fervoroso de su nuevo credo, publicó escritos sobre materia religiosa. Uno de ellos estaba dedicado a refutar el *Tratado Teológico-Político* de nuestro filósofo.

Entre los amigos de Spinoza en esos años estaba Johannes Coccejus, profesor de Teología, también en la Universidad de Leyden, y autor de un *Diccionario Hebreo,*

Coccejus solía visitar a Spinoza para dialogar con él sobre filología hebraica y crítica bíblica.

En su *biografía* del filósofo, cuenta Lucas que en Rijnsburg recibía Spinoza frecuentes visitas de jóvenes estudiosos. En su mayoría tenían interés por las doctrinas de Descartes. Agrega que acostumbraban hacerle preguntas y exponerle las dificultades que les sugerían las lecturas filosóficas. Spinoza los escuchaba con deferencia y les contestaba con claridad y con afecto de buen maestro. Entre esos "cartesianos" figuraba el ya nombrado Juan Bouwmeester, hombre ilustrado y médico prominente. Era amigo de Luis Meyer. Juntos hubieron de dirigir más tarde el teatro de Ámsterdam, en 1677, después de la prematura muerte de Spinoza.

Cuando en 1663 publicó Spinoza los *Principios de Descartes,* compuso Meyer el prólogo y Bouwmeester dedicó a la obra un elogio en verso.

Tenía Spinoza gran afecto por Bouwmeester. Se interesaba por su vida; le incitaba al trabajo serio. Figura en la correspondencia de Spinoza una carta dirigida a Bouwmeester el 10 de junio de 1666, cuando hacía ya tres años que el filósofo había abandonado Rijnsburg. En ella le explica unas cuestiones sobre las cuales le había consultado y a la vez le da algunos consejos.

En Rijnsburg -Spinoza tenía veintiocho años cuando se estableció allí- comienza su trabajo intenso. Da término entonces al *Breve Tratado sobre Dios, el hombre y su felicidad.* Extraño destino tuvo este escrito que Spinoza comenzó a componer en Ámsterdam. Nunca lo envió a las prensas, pues era una obra destinada a ser leída por sus amigos en manuscrito. El texto latino se perdió, En 1703, un estudioso alemán, Hallman, hizo un viaje a Holanda en compañía de Gottlieb Stolle. Interesábales recoger datos sobre la vida y la obra Spinoza; un azar puso en sus manos un ejemplar de la temprana versión que al holandés se hizo del "Breve Tratado".

Freudenthal[28] relata la historia de la obra, prácticamente inédita hasta 1862, año en que fue publicada por van Vloten en su *Suplementum ad B. de Spinoza Opera.* Varios fueron los manuscritos conservados del *Breve Tratado sobre Dios, el hombre y su felicidad.* El mismo Freudenthal señala que en el trabajo se advierten los signos de una meditación larga y penetrante, pero al propio tiempo se comprueba en su forma una despreocupación que lo distingue de los otros escritos de Spinoza. Es evidente que no estaba compuesto para ser publicado y sí para ser leído por amigos y discípulos de su autor. Hay en él contradicciones y omisiones. Es posible, ciertamente, que los copistas hubieran contribuido a estos defectos de forma. Freudenthal compara el *Breve Tratado* con la *Ética* y concluye que aquél es respecto de ésta, lo que una casucha de mal aspecto, apresuradamente construida es frente a un palacio espléndido, levantado por un gran

[28] Freudenthal: *op. cit*., 1ª parte, págs. 100-108.

arquitecto según un plan preciso. Mas a pesar de ello juzgan algunos intérpretes de la obra de Spinoza que el *Breve Tratado* constituye un valioso documento sobre las ideas de Spinoza y en especial sobre el proceso de formación de su doctrina. Un epílogo, no del todo claro, pide al lector que sea indulgente en su juicio sobre la obra redactada para ser leída en manuscrito y no para ser impresa. En tono magistral, propio de quien está seguro de la solidez de su pensamiento, dice: "Para terminar, y con el objeto de poner fin a todo lo que he escrito, debo decir a mis amigos, para quienes escribí este trabajo, lo siguiente: No os asombréis ante esta doctrina nueva, pues sabéis bien que una cosa no deja de ser verdadera porque no la apruebe la mayoría. Y porque conocéis las condiciones de la época en que vivimos, os pido empeñosamente que en cuanto a referir los temas a otros seáis precavidos. No quiero decir que los guardéis totalmente para vosotros. Pero cuando comencéis a comunicarlos a alguien, no os guíe otra intención que el bien de vuestro prójimo; al propio tiempo debéis tener de parte de él la seguridad de que no careceréis de la reciprocidad debida a vuestra conducta. Por último, os quiero pedir que cuando leáis este escrito y tengáis algo que objetar contra lo que tengo por cierto, no os apresuréis con la reprobación hasta tener tiempo y motivos suficientes para meditar sobre el asunto. Con esta conducta tendré la seguridad de que alcanzaréis y gozaréis de los frutos de los árboles como lo habréis esperado".

Ya hemos dicho que Spinoza comenzó a redactar el *Breve Tratado* en Ámsterdam, y lo concluyó, según la opinión de la mayoría de sus biógrafos, en Rijnsburg.

Subsisten, sin embargo, algunas cuestiones no resueltas. En primer término, resulta hoy difícil afirmar cuál es el texto auténtico redactado por Spinoza y en qué medida lo han alterado modificaciones o interpolaciones ulteriores. Estas circunstancias han hecho que algunos autores negasen al *Tratado* que nos ocupa toda importancia como expresión del pensamiento espinociano. Entre ellos merece particular mención Leon Roth[29], para quien el *Breve Tratado,* escrito en latín, traducido al holandés para uso de un círculo de amigos de Spinoza, ha pasado por una serie de vicisitudes que reducen en grado sumo su significación.

Como ilustración documental para la biografía de Spinoza, no ofrece el *Breve Tratado* ningún interés. Muy distinto es el caso de su *De Intellectus Emendatione.* En Rijnsburg también escribió Spinoza esta obra, que quedó inconclusa; la redactó, la revisó; se dedicó a "pulirla" según él mismo declara en una carta escrita en 1661. En el prólogo de este trabajo nos hallamos con ideas que revelan, mejor quizás que ninguna otra página suya, ciertos rasgos que definen su carácter. La obra misma comienza con unas reflexiones en las que Spinoza habla de su vida personal: "Después de que la experiencia me ha enseñado que todo lo que se encuentra ordinariamente en la vida común son cosas vanas y fútiles, y que todos los objetos de nuestros temores nada tienen en sí de bueno ni de malo, sino en cuanto el espíritu es afectado por ellos, he resuelto por fin investigar si no hay algo que sea

[29] León Roth: *Spinoza*, ed. Little, Brown and Company, Boston, 1929. págs. 28-30.

el bien verdadero y que sea capaz de comunicarse a los hombres, un bien que sea capaz él solo de llenar el alma toda entera, después de que ésta ha rechazado todo lo demás; en una palabra, si en verdad no existe algo que en caso de hallarlo y conquistarlo me diera la posibilidad de gozar una eterna y suprema alegría"[30].

Después de estas líneas hace Spinoza al lector una suerte de confidencia del proceso mental que lo condujo a su decisión.

Hemos dicho que el tratado a que nos venimos refiriendo ha quedado inconcluso. En la edición póstuma de la obra de Spinoza, en 1677, figura una introducción a la *Reforma del Entendimiento.* En ella se recomienda al lector que tenga presente que la obra fue escrita hacía largo tiempo, que quedó sin terminar; se le pide que perdone lo que contiene de imperfecto, de no acabado.

En una carta escrita a Oldenburg en 1662 declara Spinoza que se ocupará en dicha obra de ciertas cuestiones de las que en verdad no llegó a tratar en ella. En el texto mismo anuncia que estudiará *más adelante* asuntos que quedaron sin considerar. De su parte, los editores de la publicación póstuma señalan en la "advertencia al lector" que otras labores y la muerte impidieron a Spinoza llevar a término el trabajo, "compuesto hace ya muchos años".

[30] De la edición de A. Koyré: *Traité de la Réforme de l'Entendement*, J.Vrin, Paris, 1938, pág. 5.

Aun a riesgo de insistir en exceso, creemos oportuno reiterar una reflexión ya enunciada más de una vez. El hecho de que Spinoza se hubiera establecido en Rijnsburg después de abandonar Ámsterdam, ha sido interpretado a veces como prueba de que su separación de la Sinagoga se debió a una vinculación sectaria con los "colegiantes". Quienes creen que la excomunión de Baruj Spinoza del judaísmo tuvo por motivo su participación en un movimiento disidente dentro de la Reforma, juzgan que el filósofo ha querido deliberadamente hallarse cerca del centro inicial del movimiento *colegiante.* No cabe tomar en serio esta hipótesis. Su origen psicológico está plenamente explicado en uno de los libros más informados que sobre ciertos aspectos de la vida de Spinoza han aparecido en los últimos años: "Lo más a menudo los adeptos de una religión sólo piensan en librarse de ella para precipitarse en el seno de una iglesia rival"[31]. No era éste el caso de Spinoza. Su religiosidad era personal, inconfundiblemente suya; íntimamente ligada a su maduración intelectual. Esta madurez ya la había conquistado Spinoza en su juventud. Antes de los treinta años era para sus allegados un maestro respetado. Con sabios eminentes, con hombres ilustres, sabía ya alternar personalmente o por correspondencia. Uno de ellos merece una atención especial.

[31] Madeleine Francès: *Spinoza dans les pays néerlandais de la Seconde moitié du XVIIè. Siècle,* ed. Alcan, 1ª parte, pág. 133. La autora demuestra que algunos dirigentes conspicuos de la secta de los colegiantes eran enemigos de Spinoza e implacablemente hostiles a su pensamiento.

CAPITULO XII

SPINOZA y OLDENBURG

Henry Oldenburg, secretario de la Sociedad Real *de Londres. Sus viajes y sus vinculaciones. La correspondencia entre Oldenburg y Spinoza. Sus discrepancias. Oldenburg intermediario entre Robert Boyle y Spinoza.*

A poco de haberse establecido en Rijnsburg, entró Spinoza en relación con un hombre que gozó en su tiempo de vastas vinculaciones científicas. La correspondencia que mantuvo con él ocupa un lugar importante en el epistolario del filósofo. Se trata de Henry Oldenburg. Papel nada desdeñable desempeñó en la vida de Spinoza este personaje inquieto y a la vez disciplinado, curioso y agudo, del cual Rembrandt ha dejado un retrato. Oldenburg había nacido en Bremen en 1620. Su padre, profesor de un gimnasio, le dio una instrucción sólida. Estudió teología. En 1653, durante la guerra entre Inglaterra y los Países Bajos, fue Oldenburg designado por el Consejo de Bremen embajador ante Oliver Cromwell para obtener de él que fuese respetada la neutralidad de su país. Hay razones para afirmar que ya antes de ese año había vivido en Londres, dedicándose a la enseñanza privada. Después de

cumplir su misión diplomática continuó en la capital de Inglaterra, donde se ocupaba en enseñar a hijos de la nobleza. Dotado de singulares aptitudes naturales, de espíritu emprendedor, de curiosidad diversa, supo vincularse estrechamente a los más destacados círculos de la intelectualidad inglesa.

En un viaje que en 1657 emprendió por el Continente, se puso en contacto con los hombres más ilustres en la filosofía y la ciencia de la época, a la vez que se enteró de las ideas y de los descubrimientos más significativos de aquel tiempo. Su afán de aprender, de enterarse de las disciplinas más variadas, abarcaba desde la teología hasta las ciencias naturales.

En 1661 estuvo en Holanda. Fue a Leyden para entablar relaciones con algunos profesores eminentes de la universidad ya famosa entonces. De allí se dirigió a Rijnsburg para visitar a Spinoza. En la vinculación entre los dos intervino el ya nombrado Johannes Coccejus, amigo del filósofo y profesor de teología en dicha universidad. En aquel tiempo aún no se había publicado ningún trabajo de Spinoza, pero éste ya era conocido por los hombres más destacados de Holanda. De la estimación que le profesaba Coccejus hemos hablado anteriormente.

En 1662, cuando se oficializó la *Royal Society* de Londres, fue Oldenburg designado uno de los secretarios de la docta corporación. Esta posición le permitió realizar al más alto grado su deseo de entrar en conocimiento con todas las figuras de significación

intelectual. El secretario que contaba entre sus amigos al poeta John Milton y al sabio Robert Boyle, supo como nadie ser intermediario entre pensadores y hombres de ciencia.

Sobre la impresión que Oldenburg recibió de Spinoza encontramos un testimonio en una carta que le envió el 26 de agosto de 1661. La carta está fechada en Londres y con ella se inicia la relación a distancia entre los dos: "Después de que lo he visitado -dice Oldenburg- en su tranquila soledad de Rijnsburg me ha sido difícil apartarme de usted y al regresar a Londres he resuelto inmediatamente que en cuanto fuese posible estuviera cerca de usted mediante el intercambio epistolar. El dominio del saber en las cuestiones más importantes unido a la cordialidad humana y a las buenas maneras (rasgos con que la naturaleza y su propio empeño le han dotado tan ampliamente) tienen en sí tal fuerza de atracción que deben llenar a todo hombre delicado y bien educado con amor hacia usted. Por eso, señor extraordinario, unámonos en sincera amistad y que esta amistad se desarrolle en un intercambio de pensamientos del uno al otro y en estudios comunes. Y en todo caso le pido que considere que todo lo que yo modestamente sea capaz de crear, le pertenece a usted, y, en cambio, permítame aprovechar aunque sólo sea de una parte de la riqueza de su alma, en cuanto ello le sea a usted posible".

A continuación Oldenburg le recuerda a Spinoza la conversación de ambos sobre Dios, sobre la extensión infinita y el pensamiento infinito, sobre el alma y el cuerpo, sobre la filosofía de Descartes y la de Bacon. Le pide que complete la explicación que le ha dado

sobre ciertos puntos y le informa al propio tiempo que se hallan en prensa ciertas *investigaciones fisiológicas* de un inglés eminente, hombre de muy amplia versación. Estas investigaciones se refieren al aire y su elasticidad y han sido hechas -le dice- experimentalmente con mucho esmero. Le promete a Spinoza enviarle dichos estudios inmediatamente después de su aparición.

El sabio a cuyas investigaciones se refería Oldenburg era Robert Boyle, uno de los fundadores de la química de su siglo.

En esta primera carta de la correspondencia entre Oldenburg y Spinoza nos encontramos con el esquema de la relación que entre ambos mediará durante largos años, Esta correspondencia, como veremos en otro lugar, se interrumpió por una década para reanudarse y proseguir hasta la víspera de la muerte de Spinoza. En la carta que hemos trascrito en parte nos encontramos con la gran devoción de Oldenburg a Spinoza, con su afán de aprender de él y con la disposición de informarle sobre acontecimientos intelectuales de Inglaterra, y aun de fuera de Inglaterra, que pudiesen interesarle. Ya hemos dicho antes que el secretario de la *Sociedad Real* de Londres estaba en contacto con muchas personalidades de la época. Complacido aceptó Spinoza de Oldenburg su ofrecimiento de amistad y al mismo tiempo le prometió escribirle sobre todo lo que le consultase; “aun en caso de que ello me perjudique”, añade. E inmediatamente pasa a contestarle sus preguntas. La carta de Spinoza es de septiembre de ese mismo año

1661. En lo que se refiere al juicio sobre Descartes y Bacon que Oldenburg le pedía, Spinoza le manifiesta que, a pesar de no ser de su agrado señalar los defectos ajenos, responderá al pedido. Spinoza no se complacía en censurar a los demás, pero no rehusó contestar a la pregunta de Oldenburg en términos claros: "Su primero y más grande error -dice de Bacon y Descartes- consiste en que se han equivocado igualmente sobre el conocimiento de la primera causa y del origen de todas las cosas. El segundo, que no conocen la verdadera naturaleza del espíritu humano. El tercero, que no han encontrado la verdadera causa del error". A continuación desarrolla Spinoza estos tres puntos. Poco inclinado a la crítica, cuando se decidía a hacerla, sus palabras no admitían equívocos.

En la primera carta de Spinoza a Oldenburg se advierte que el filósofo ya tenía en su mente el sistema de su filosofía. Ciertas definiciones enunciadas en esa carta son similares, aunque no idénticas, a varias de las definiciones contenidas en la primera parte de la *Ética.*

La respuesta de Spinoza no satisfizo a Oldenburg. No comprendía algunas de sus aclaraciones. Así se lo confiesa en una nueva carta. Insiste en que Spinoza sea explícito en sus opiniones. La segunda carta de Oldenburg es del 27 de septiembre de 1661 y en ella dice, entre otras cosas: "Lo conjuro, en nombre de la amistad que hemos establecido, a que se exprese con libertad y con entera confianza y le pido

categóricamente que tenga la más firme convicción de que todas sus manifestaciones, con las que me honra, quedan para mí solo y no serán reveladas. Nunca habré de acusarme ante usted de haber dado a publicidad la menor cosa de la que usted pueda tener un daño o un disgusto".

Evidente resulta que Oldenburg advertía en Spinoza cierta reticencia de lenguaje. El filósofo prefería comentar con Oldenburg temas científicos, pero Oldenburg era no menos capaz de considerar asuntos de orden filosófico. Sus opiniones diferían de las de Spinoza.

Oldenburg tenía una concepción del mundo que le hacía difícil aprobar e identificarse con el punto de vista de nuestro filósofo que ya a los treinta años había dado configuración casi definitiva a su pensamiento. Sólo debía ir completándolo en los detalles a medida que lo desarrollaba en sus escritos.

Cuando Spinoza recibió la segunda carta de Oldenburg, planeaba un corto viaje a Ámsterdam para encontrarse con algunos de sus amigos. Por unos días pensaba permanecer en la ciudad de su nacimiento. Sin embargo, no quiso dejar de contestar inmediatamente. De octubre 21 de 1661 es la respuesta: "Al momento de partir para Ámsterdam, donde me propongo permanecer una o dos semanas, recibo su carta y encuentro en ella sus objeciones a las tres proposiciones que le he enviado. Es a estas objeciones solamente que trataré de contestar, pues la falta de tiempo me

obliga a prescindir de las otras".

Oldenburg tenía una inteligencia penetrante. No admitía lo que se le decía sin someterlo previamente a un agudo análisis. Por otra parte -ya lo dijimos- actuaban en el espíritu de Oldenburg muchas convicciones que le llevaban a rechazar las ideas de Spinoza. Pero Oldenburg respetaba esas ideas y admiraba a Spinoza. La reserva prometida fue celosamente cumplida por Oldenburg. En la correspondencia que mantuvo con John Milton nunca mencionó a Spinoza. ¿A Oldenburg no le resultaba cómodo aparecer en trato con el "príncipe de los ateos"? Contestar a esta pregunta afirmativamente, como lo hacen algunos autores, sería incurrir en un exceso de suspicacia.

Oldenburg lamentaba que se pudiese creer que en el pensamiento de Spinoza se pone en tela de juicio la existencia de Dios; temía que fuese destruida la "base sólida" de la religión. Esto se lo manifestó cuando Spinoza ya se había trasladado de Rijnsburg y la correspondencia entre ambos continuaba.

A pesar de su disconformidad con las ideas de Spinoza, Oldenburg estimaba la grandeza intelectual de su amigo aún en los casos en que la disidencia era más pronunciada. Gebhardt, en su epistolario de Spinoza, trae unas líneas de una carta de Oldenburg a Boyle que así lo prueban, como prueban también su discreción, muy acentuada: "El señor Spinoza me entretiene con un ensayo sobre la armonía y

la correlación de las partes del mundo con el Todo; este ensayo, que según mi opinión no carece de sentido filosófico, sería sin embargo tal vez demasiado aburrido si con él llenara una carta"[32].

Robert Boyle, adversario de toda doctrina que pudiese ser tomada como atea, no era hombre de quien se pudiera esperar aprobación para las ideas de Spinoza. Las hubiera juzgado inaceptables con más rigor que Oldenburg, de carácter afable y en cierto modo sistemáticamente dispuesto a estimular con su entusiasmo a muchos que en las primeras décadas de la segunda mitad del siglo XVII iban cumpliendo la gran obra intelectual de ese siglo.

No era una personalidad creadora de elevada jerarquía espiritual. Pero por su constancia y por su cordialidad, por su don de organizador y de diplomático, fue hombre útil a sabios y pensadores, entre ellos Spinoza. Le planteaba cuestiones; le informaba sobre acontecimientos dignos de ser conocidos. Diligente y comprensivo, sabía Oldenburg desempeñar magistralmente su papel de curioso oportuno y de intermediario entre hombres de ciencia y entre filósofos en la época más fecunda de la Europa moderna. La figura de Oldenburg es un símbolo de su tiempo. Fue el primer extranjero ilustre en descubrir a Spinoza.

---

[32] Spinoza: *Briefwechsel,* edición alemana del epistolario de Spinoza, Felix Meiner, Leipzig, 1914, Introducción de Carl Gebhardt, pág. XXX.

CAPITULO XIII

SPINOZA ESCRIBE SOBRE DESCARTES

Descartes en Holanda. La enseñanza del cartesianismo en las universidades holandesas. Spinoza escribe una exposición de los Principios *y de las* Meditaciones de *Descartes. La colaboración de Juan Casearius. La publicación de la obra. Elogios y censuras.*

Además del *Breve Tratado* y de la *Reforma del Entendimiento,* de los que ya nos hemos ocupado, y de la *Ética* que comenzó a escribir en Rijnsburg, compuso allí el filósofo otra obra, la única que en vida de él fue publicada con su nombre. Nos referimos a los *Principios de la Filosofía de Descartes, primera y segunda parte, completada con las Ideas Metafísicas.* Esta obra fue compuesta con la colaboración material de un joven de nombre Juan Casearius. El trato entre ambos merece una atención especial. Casearius convivía con Spinoza. Recordemos con cuánta envidia hablaba de su suerte Simón de Vries en la carta a que nos referimos anteriormente. En Freudenthal encontramos noticias sobre Casearius. Nació en 1642 en Ámsterdam y a los 19 años empezó a estudiar teología en la Universidad de

Leyden.

Leyden estaba a poca distancia de Rijnsburg y de allí solían ir a dialogar con Spinoza jóvenes estudiantes de la universidad. Entre quienes le visitaban se cuentan Adrián y Juan Koerbagh, Abraham van Berckel, médico librepensador y amigo del primero de los Koerbargh. También hay que mencionar a Pontiaan van Hattem, teólogo que hubo de desempeñar más tarde un papel importante en la difusión de las ideas espinocistas en los Países Bajos. La facultad de teología de Leyden condenó un estudio de van Hattem publicado mientras desempeñaba el cargo de Pastor en Philippsland, Zeelandia. El escrito fue censurado por ser "paradojal y herético". En Utrecht se le juzgó "sociniano, impío, blasfematorio". Van Hattem difundía las ideas de Spinoza con entusiasmo y llegó a conquistar les adeptos.

Juan Casearius se contaba entre los visitantes que Spinoza recibía en Rijnsburg. Pero sus visitas no eran casuales como las de los otros. Casearius se convirtió prácticamente en compañero de Spinoza, en alumno suyo; durante largos períodos convivían en Rijnsburg. La tolerancia de Spinoza para con Casearius es una prueba de su generosidad; Casearius, adolescente aún, no podía ser acreedor a una gran estimación intelectual. En la carta que Spinoza escribió a Simón de Vries en febrero de 1663 y en la que le contestaba a aquella en que de Vries se manifestaba celoso de la dicha de Casearius, le dice: "No tiene usted que envidiarle a Casearius, pues nadie me es una carga tanto como él, y nadie en quien yo

deba pensar me causa tanta preocupación. Por eso le pido a usted y también a todos nuestros conocidos que sólo le expongan mis pensamientos cuando por sus años esté maduro para ello. Es aún demasiado joven e inseguro, y más aspira a lo novedoso que a lo verdadero. Confío en que dentro de algunos años perderá por sí mismo este defecto de juventud. A juzgar por su capacidad estoy casi seguro de ello; sus buenas manera me hacen quererlo".

En otra carta, que Spinoza dirigió a Oldenburg cuatro meses después, también hablaba de Casearius. Esta carta la escribió Spinoza cuando ya había abandonado Rijnsburg. Es una de las más extensas que salieron de su pluma, y aunque no lo nombra a Casearius, se refiere a un joven a quien había dictado parte de su exposición de la filosofía de Descartes.

No se sabe con exactitud cuánto tiempo duró la convivencia de Casearius con Spinoza. El joven que había pedido a Spinoza que le aclarara la filosofía de Descartes y a quien Spinoza dictó parte de su explicación de ella, se embarcó para la India en 1668. Allí fue predicador en una comunidad reformada y se entregó a estudios de botánica. Falleció en Batavia en 1677, poco antes de la muerte de su maestro. Sólo contaba treinta y cinco años.

Su nombre merece ser recordado en una biografía de Spinoza porque se relaciona con la composición de la primera obra impresa del filósofo. Ella era una exposición de

Descartes.

El filósofo francés era conocido en Holanda más que en ningún otro país de Europa. Descartes había vivido veinte años en los Países Bajos, desde 1629 hasta 1649. No pocos jóvenes estudiosos holandeses respetaban su obra; veían en ella una filosofía definitiva.

Cinco años tenía Spinoza cuando en Leyden se publicó el *Discurso del Método,* seguido de los *Meteoros* y la *Geometría.* El libro suscitó vivas controversias. Era en 1637. La Universidad de Utrecht, la más joven de Holanda, fue la primera en enseñar las teorías cartesianas. En ella dictaba cátedra Henri Regnier o Reneri. Admirador de Descartes, fue uno de sus primeros discípulos. En la Universidad de Leyden, que no tardó en seguir el ejemplo de Utrecht, fueron profesores cartesianos Heereboord y Johan Raey. Unas semanas después, las Universidades de Groninga y Franeker comenzaron a imitar a las de Leyden y Utrecht.

Poco tiempo -no más de un año- hubo de transcurrir hasta que se iniciase la reacción contra las enseñanzas de Descartes. La lucha fue encabezada por Gisbert Voet, destacado profesor de teología y hombre de reconocida elocuencia. Acusaba a los escritos de Descartes de contener gérmenes de ateísmo. En toda Holanda, los enemigos del pensamiento cartesiano consideraban a Voet su jefe indiscutido.

En 1642 se publicaron en Ámsterdam las *Meditaciones Metafísicas* de Descartes. Los pastores calvinistas y los profesores de teología veían en esta obra una excesiva y peligrosa confianza en la razón humana.

El mismo Descartes debió dar explicaciones a magistrados de Utrecht que lo citaron por edictos públicos. Era en 1643. Al año siguiente aparecieron los *Principios de la Filosofía* y en 1650 se publicó el *Tratado de las Pasiones del Alma.*

Las ideas de Descartes eran discutidas y comentadas. Ellas constituían la última palabra en materia filosófica y no tardaron en convertirse en motivo de polémica ardorosa. Spinoza y sus camaradas ciertamente no podían permanecer ajenos a este proceso de renovación y de disputa. Los jóvenes amigos de Spinoza en Ámsterdam querían conocer con precisión el pensamiento cartesiano expuesto por quien ya era para ellos un maestro. Entre los estudiantes de Leyden que visitaban a Spinoza en Rijnsburg había también algunos interesados en la filosofía de Descartes.

Fue en esas circunstancias que escribió el trabajo a que nos hemos referido antes. El joven Casearius le ayudó en su composición material. Spinoza envió la obra a sus amigos de Ámsterdam, quienes le pidieron que la hiciera imprimir. Spinoza acordó a la solicitud, con la condición de que alguno de ellos revisase el manuscrito y corrigiera la forma. También exigió que en el prólogo se advirtiese que el autor no se proponía desarrollar una doctrina propia, sino simplemente dar a conocer el

pensamiento del filósofo francés. Esto lo dice Spinoza en una carta a Oldenburg y en ella agrega: "Un amigo mío que es responsable de la publicación de ese breve libro, me ha prometido hacer todas estas pequeñas cosas; por este motivo he quedado algún tiempo en Ámsterdam". El amigo era el doctor Luis Meyer. La obra apareció en 1663, editada por Juan Rieuwertsz. Su título en latín reza así: *Renati des Cartes Principiorum Philosophiae Pars I et II, More Geometrico demonstratae per Benedictum de Spinoza Amstelodamensem. Accesseront Ejusdem Cogitata Metaphysica.* Un año después apareció una edición en holandés a cuyo idioma fue traducida la obra por Pedro Balling. El libro -de valor ponderable aún hoy dentro de la obra de Spinoza- tuvo resonancia tanto en Holanda como fuera de ella y dio fama a su autor.

Cuando Spinoza vivía en Rijnsburg comenzó a escribir su *Ética.* Sus amigos de Ámsterdam conocieron la primera parte de la obra en 1663. La terminó varios años más tarde. Si nos referimos aquí a ella es para poner en evidencia la intensidad de su trabajo. Cuando finalizaba su permanencia en esa aldea todos sus amigos esperaban su palabra con atención. Lo que Spinoza escribía era estudiado por ellos con gran respeto. En el epistolario del filósofo nos encontramos a este respecto con una elocuente carta de Simón de Vries. Es la misma en que de Vries deplora estar separado de Spinoza. De Vries vivía en Ámsterdam; describe a Spinoza cómo él y

sus camaradas se empeñan en entender los escritos del maestro: “Nuestro colegio se halla ordenado de la siguiente manera: Uno (por turno) lee el texto y lo explica según su interpretación y demuestra todo según la disposición y la secuencia de las proposiciones que usted expone. En el caso en que la explicación no nos satisface consideramos que corresponde anotarlo para escribirle a usted, para que así obtengamos en cuanto fuera posible la interpretación y para que podamos con su guía defender la verdad contra los supersticiosos y los cristianos y para poder hasta hacer frente a todo el mundo”.

Spinoza tomaba en cuenta las observaciones que le hacían estos lectores extraordinarios, que eran a la vez hombres ilustrados y de inteligencia elevada. Formaban una pequeña *Academia,* que Spinoza dirigía a distancia con entusiasmo y dedicación cordial.

Cuando apareció la obra de Spinoza sobre Descartes, ella suscitó no pocas manifestaciones de protesta. El hecho nada tiene de sorprendente. Ya en 1643 había prohibido la Universidad de Utrecht el estudio de la filosofía cartesiana; seis años más tarde fue imitado el ejemplo por la Universidad de Leyden. Cuando Rieuwertsz editó el *Renati des Cartes Principiorum Philosophiae Pars I et II, More Geométrico demostratae per Benedictum de Spinoza Amstelodomensen. Acceserunt Ejusdem Cogitata Metaphysica,* de Spinoza, hacía siete años que la enseñanza de la filosofía de

Descartes estaba formalmente vedada en toda Holanda. Con la obra que Spinoza le dedicó, se conquistó la admiración de algunos y también la hostilidad de muchos. En cuanto al valor de esta obra, Etienne Gilson, el conocido profesor de París, juzga que Spinoza es un "comentarista incomparable"[33], que ha pensado, meditado y vivido la doctrina de Descartes antes de construir su propia obra. Más aún, considera que el modo como Spinoza expone a Descartes debe ser motivo de meditación para los historiadores de la filosofía. Gilson destaca la manera con que Spinoza ha puesto "enteramente su genio al servicio de un pensamiento al que debe tanto, pero que ya no es el suyo".

Tema profusamente debatido en la historia de la filosofía es el de las relaciones entre el pensamiento de Spinoza y el de Descartes. Los juicios varían desde la afirmación de que Spinoza sólo desarrolló ideas implícitas en Descartes hasta la negación de todo parentesco entre las doctrinas de uno y otro. Más de un siglo y medio antes de que E. Saisset hubiese aseverado que "Spinoza es un hijo de Descartes", calificó Jean Regius a Descartes como "el verdadero arquitecto del espinocismo". Leibniz y Bossuet coincidían con este punto de vista, que en los últimos tiempos ha sido refutado con razones, ciertamente atendibles, pero en ningún caso suficientes para rechazar -como lo hacen quienes las invocan- cualquier vinculación entre los dos

[33] Étienne Gilson: *Spinoza interprète de Descartes. Chronicon Spinozanum*. Tomo III, 1923. págs. 68-87.

sistemas. Hay en verdad diferencias entre uno y otro. Más aún, existen entre ambos contradicciones insalvables. Un abismo los separa en no pocos puntos. Pero a pesar de ello coinciden en aspectos fundamentales. Quizá las coincidencias se deban más que al influjo de Descartes sobre Spinoza al espíritu de la época y al hecho de que nuestro filósofo hubiera estudiado autores medievales que tanto repercutieron en la filosofía cartesiana. Así, por ejemplo, la similitud de la terminología en la obra de uno y otro puede deberse a que ambos tuvieron esa misma fuente.

Más legítimo que la apreciación de quienes hacen de Spinoza un discípulo de Descartes y la de quienes sostienen que nada hay en común entre ellos, es el reconocimiento de la influencia cartesiana junto a otras que obraron en la mente de nuestro filósofo. Entonces aparece más certero que el de los eruditos, el juicio de un poeta que sabía y entendía en la materia, "Un diamante, dice Heine, pulimenta a otro. Así, la filosofía de Descartes no creó, pero hizo que floreciese la de Spinoza".

VI

SPINOZA EN VOORBURG

CAPITULO XIV

LA VIDA DE SPINOZA EN VOORBURG

Spinoza en Voorburg. Estudiosos, gobernantes y militares le visitan. Amigos y adversarios. Holandeses y extranjeros. Comienza la amistad de Spinoza con Juan de Witt. La muerte de Simón de Vries. Su legado a Spinoza.

A fines de abril de 1663 abandonó Spinoza Rijnsburg. Después de una breve permanencia en Ámsterdam, en junio o a comienzos de julio de ese año se trasladó a Voorburg. Allí estableció su residencia en casa del pintor Daniel Tydemann. Era Voorburg una población pequeña, casi apartada del mundo. Sólo una vez por semana llegaba allí el correo desde La Haya, a pesar de la poca distancia. Ubicada Voorburg junto a un camino de segundo orden, sin mayor circulación, no fue sitio de completo aislamiento para el filósofo. Continuó Spinoza manteniendo una correspondencia, sin duda considerable si se tiene en cuenta lo escaso de su inclinación a escribir cartas, pues sólo se decidía a hacerla cuando realmente tenía algo que decirles a los destinatarios de sus epístolas. Con no poca frecuencia iban a verlo curiosos y admiradores. Según Lucas, los amigos le visitaban "exactamente como lo hicieron en Rijnsburg". El mismo filósofo ha ratificado la información del primero de sus biógrafos[34].

[34] En una carta dirigida a Oldenburg en julio de 1063, lo dice: "Desde que he vuelto a esta aldea, en la que ahora habito, apenas he sido dueño de mi mismo, a causa de algunos amigos que me han honrado con sus visitas".

Solía Spinoza viajar a La Haya, adonde llevaba personalmente las cartas escritas a sus amigos, discípulos y admiradores que vivían en Ámsterdam y en otros lugares. De unas líneas dirigidas a Oldenburg se infiere que el hecho de ser Voorburg una aldea apartada le hacía dificultosa la comunicación con las gentes. En todo caso, el habitar cerca de La Haya le facilitaba el acceso a una ciudad principal de Holanda, que era entonces uno de los más importantes centros intelectuales de Europa. Allí se encontraban escritores, sabios, artistas y pensadores. Spinoza disfrutaba, así, de la vecindad de La Haya en cuanto ello pudiera interesarle, y a la vez evitaba los inconvenientes que, para sus hábitos de pensador retraído y que sólo conocía como única distracción el coloquio con sus amigos, podía significarle el habitar en una ciudad más o menos tumultuosa.

Con Tydemann, en cuya casa vivía, entendíase Spinoza muy gratamente. Era el pintor un espíritu libre. Pertenecía a la fracción disidente de la iglesia reformada de Voorburg. En una ocasión, adversarios intolerantes de Tydemann emplearon como argumento contrario a él el que viviese en su casa el filósofo Bento Spinoza. El hecho demuestra que cierta atmósfera de hostilidad acompañaba siempre al excomulgado de la Sinagoga. Compensábanle de las desazones de los adversarios, el afecto de sus amigos y la devoción de sus admiradores. Spinoza reaccionaba a esa hostilidad con una actitud de reserva. El mismo Tydemann, generosamente hospitalario, habría manifestado preocupación por tener un inquilino objeto de

censuras tan severas como las que le prodigaban los enemigos de Spinoza. A tal punto sería ello verdad, que, según algunos biógrafos de Spinoza, éste hubo de cambiar de domicilio más de una vez durante los seis años de su permanencia en Voorburg.

Mientras Spinoza vivía en Voorburg solía hacer viajes por breve tiempo a La Haya. Hizo una corta visita a Rijnsburg a fines de 1663. Ese mismo año y también en 1665 se trasladó a Ámsterdam. En diciembre de 1664 estuvo en Schiedam, donde vivía un hermano de su amigo Simón de Vries.

Por contados días, a lo sumo por semanas, se ausentaba Spinoza de Voorburg. Se dedicaba a sus estudios, a sus escritos, a pulir lentes. Recibía visitas. En su casa se hablaba de filosofía y también se hablaba de política, no porque a Spinoza interesaran los menudos problemas inmediatos de la vida pública, sino porque le preocupaban las cuestiones fundamentales de la ciencia del Estado. Entre los visitantes que frecuentaban a Spinoza en Voorburg figuraba *Juan Hudde.* Hudde era cuatro años mayor que Spinoza. En 1654 comenzó a estudiar medicina, pero no tardó en dedicarse especialmente al cálculo de probabilidades y a la óptica. También él se complacía en esmerilar lentes. Parece que era un artista en el oficio. Spinoza mantenía correspondencia con Hudde, el cual no menospreciaba los problemas de la filosofía como no le eran ajenas las preocupaciones de la vida política. Hudde

acostumbraba ir a Voorburg con el propósito exclusivo de visitar a Spinoza con quien platicaba y de quien adquiría nociones provechosas, en cuestiones relacionadas con las disciplinas de su predilección y en problemas generales de metafísica y de teología. En las cartas de Spinoza que se hallan publicadas, hay tres dirigidas a Hudde. Esas cartas están fechadas el 7 de enero, el 16 de abril y a mediados de junio de 1666. Spinoza tenía entonces 34 años y trataba a Hudde como a una personalidad de calidades sobresalientes. En las dos primeras el filósofo le explica la "unidad de Dios", y en la tercera, después de aclararle extensamente algunos puntos sobre el mismo problema, le pide un consejo sobre nuevos implementos para pulir lentes que piensa adquirir. Por su contenido, las cartas de Spinoza a Hudde son de las más significativas entre las que escribió el filósofo. No conocemos las cartas de Hudde a Spinoza. Por referencias que éste hace a tres de ellas, con sus fechas, y a una cuarta, en forma algo imprecisa, cabe afirmar que Hudde, burgomaestre entonces de la ciudad de Ámsterdam, era hombre tan distinguido por su saber como por su inteligencia.

Conrad van Beuningen, alto funcionario y famoso diplomático holandés, embajador ante las cortes de Suecia y Francia, fue otro de los amigos de Spinoza en aquella época en que, apenas llegado a la madurez, ya merecía su saber científico la consideración de sabios prestigiosos.

Conrad van Beuningen frecuentaba los círculos colegiantes pero nunca perteneció formalmente a la secta. La relación que tuvo con Spinoza no sólo consistía en un trato personal de gran afecto, sino que también daba ocasión a que juntos discurrieran sobre los problemas fundamentales de su interés común.

Cuantos trataban con Spinoza o sabían de él, estimaban la pureza de su carácter, la vastedad de su saber y el poder de su inteligencia. Robert Boyle en Inglaterra sabía de Spinoza naturalista; el menonita Juan Pietersz Beelthouwer confiaba en que Spinoza sabría resolverle difíciles problemas relacionados con la Divinidad.

Figuras prestigiosas de Holanda en aquella época, estadistas, hombres de ciencia, diplomáticos y filólogos, buscaban la compañía del pensador que ya gozaba de vasta reputación. Entre quienes lo visitaban se contaba *Abraham Cuffeler.* Era cinco años menor que Spinoza. Había estudiado en las universidades de Utrecht y de Leyden y llegó a ser abogado de renombre en La Haya, su ciudad natal. Era un erudito y no carecía de aptitud para pensar con su propia cabeza. En 1684, siete años después de la muerte de Spinoza, publicó una obra con el título de *Pantosofía,* en la que acepta el pensamiento espinociano y lo defiende de los ataques de sus adversarios. No fue menuda la hazaña de Abraham Cuffeler que en el siglo XVII se atrevió a sostener públicamente las ideas de su amigo y maestro.

En la misma época entró Spinoza en relación personal con Juan de Witt, diecinueve

años *Pensionario* de la República Holandesa y su más eminente estadista. La vinculación de Spinoza con Juan de Witt forma capítulo aparte. La amistad entre ambos ha sido algo más que un culto nacido del afecto y de la comprensión mutua.

El gobernante admiraba el ingenio del filósofo, y si no es verosímil que haya influido en su pensamiento sobre problemas sociales y políticos, es probable que contribuyera a despertar o, por lo menos, a acentuar su interés por ellos. A Juan de Witt debió Spinoza, según algunos de sus biógrafos, el haber podido publicar su *Tratado Teológico-Político*[35].

Más aún, para aliviarlo de angustias económicas el ilustrado estadista le pasaba al filósofo una suma anual de 200 florines, que le era entregada también después de la muerte del *Pensionario*[36] .

Los biógrafos de Spinoza señalan que más de un militar solía ir a su casa mientras vivió en Voorburg. En 1667 lo visitó un jefe descollante en las armas francesas y dejó de él una descripción que aun hoy se recuerda. Cuenta que Spinoza era de estatura mediana, de rasgos delicados. "Su ilustración, añade el cronista, su honradez y su humildad fueron causa de que todos los hombres de espíritu que

[35] En la ya mencionada carta a Oldenburg escrita en 17/27 de julio de 1663 dice Spinoza que confía en que algunos hombres colocados en las más altas posiciones en su patria se preocuparán de que pueda publicar lo escrito por él, sin que deba "temer disgustos". Alude probablemente a Juan de Witt. Madeleine Francès sostiene, con argumentos débiles, que Spinoza y de Witt no eran amigos.

[36] Investigaciones recientes ponen en duda la exactitud de la afirmación de que Juan de Witt fuese mecenas de Spinoza.

habitaban en La Haya buscaran conocerle y expresarle su aprecio. De las conversaciones habituales con él no se podía advertir en modo alguno que tuviese las ideas que más tarde se hallaron en sus escritos póstumos". Estas palabras pertenecen a Charles de St. Denis Evremont, mariscal de Francia que hubo de abandonar su patria por no ser hombre grato al rey Luis XIV. Se había establecido en Ámsterdam en 1665 y luego se trasladó a Inglaterra, para regresar a Holanda después. Dedicábase a las ciencias naturales y tenía curiosidad por la filosofía, lo que explica su interés por tratar al "pensador de Voorburg".

Otro militar, francés también y también inclinado a los estudios filosóficos, entró en relación con Spinoza en aquel tiempo. Era el hugonote Gabriel de Saint Glains. Se incorporó al ejército de Holanda. Admirador de Spinoza, fue obra de él la primera versión al francés del *Tratado Teológico-Político,* versión que el militar famoso hizo conocer un año después de la muerte del filósofo[37].

Mas fueron sobre todo holandeses los amigos de Spinoza durante los años que pasó en Voorburg. Con frecuencia visitábale Christian Huyghens, el gran sabio, físico, matemático y naturalista, a quien no le era ajena la vocación poética. Interesábanle a Huyghens con particular preocupación los problemas de óptica. Espíritu agudo, padecía de prejuicios incompatibles con sus altas dotes

[37] Saint Glains fue uno de los amigos más fieles de Spinoza. Era hombre de mediana cultura. Durante un tiempo dirigió un periódico: "El Diario de Ámsterdam". Algunos autores, entre ellos Madeleine Francès, creen que Lucas, el primer biógrafo de Spinoza, no era sino Saint Glains.

intelectuales. Prestaba a Spinoza una fría y correcta consideración personal, a la par que atendía a los trabajos del "pulidor de lentes", cuya destreza admiraba, pero al cual no comunicaba sus propios descubrimientos en el campo científico en que Spinoza era artesano e investigador. En cartas en que se refiere a Spinoza, lo llama *el israelita, el judío de Voorburg, nuestro judío.* Años más tarde, según refiere Freudenthal[38], oyendo en una ocasión palabras de alta estima para Spinoza, agregó el suyo a los elogios al hombre para quien antes había tenido tantas reticencias.

Entre los sabios y estadistas que visitaban con asiduidad a Spinoza mientras vivía en Voorburg, es menester recordar a Isaac Vossius, filólogo de renombre que acostumbraba dialogar con el filósofo sobre temas hebraicos, y a Johan Goerg Graevius, profesor en la Universidad de Utrecht.

Durante su residencia en Voorburg, no olvidó Spinoza a sus amigos de Ámsterdam. Allí estaba el grupo de jóvenes de cuya dedicación al estudio ya nos enteramos por una carta de Simón de Vries. Formaban el primer "centro espinociano". El filósofo los visitaba a veces; mantenía con ellos correspondencia.

Índice elocuente de la diversidad de problemas que interesaban a Spinoza y también de la reputación de que gozaba, encontramos en una carta que le envió un corresponsal del cual no se tiene noticia alguna y en la respuesta de Spinoza a una

[38] J. Freudenthal: *op. cit*. 1ª parte, pág. 131.

consulta suya sobre cálculo de probabilidades. Se trata de Jan van der Meer. La contestación de Spinoza es de 1º de octubre de 1666. Impresiona en la epístola el afán de precisión, el esmero didáctico de que no quede la menor duda sobre el pensamiento de su autor.

El círculo de los amigos de Spinoza mientras vivió en Voorburg fue creciendo cada vez más, a la par que se multiplicaba el número de sus adversarios y aumentaba la enemistad hacia él. Ya en 1665 había llegado el rencor que le profesaban los ortodoxos a una magnitud que dio a la aversión carácter de hostilidad abierta. Se le acusó de "ateo, burlador de toda religión, y peligroso instrumento en esta República".

De otros sinsabores más supo Benedicto Spinoza en esa época. En primer término, el que le causó el fallecimiento de su entrañable amigo Simón de Vries. Las relaciones entre ambos constituyen un ejemplo conmovedor de solidaridad afectuosa. Poco tiempo antes de morir, quiso Simón de Vries entregarle dos mil florines. Spinoza se negó a aceptar tan considerable suma. Fue precisamente en 1667, al sentir próximo su fin, cuando Simón de Vries pensó disponer que Spinoza fuese heredero de todos sus bienes, hecho al que nos hemos referido al relatar los comienzos de esa amistad admirable. Spinoza rechazó el proyecto, recomendando

que fuesen respetados los derechos del heredero legítimo, Isaac de Vries, hermano de su amigo. A éste dejó Simón toda la herencia, con el encargo de que suministrase a Spinoza una renta vitalicia que le permitiera hacer frente a las necesidades de su subsistencia. En el mismo año 1667 visitó Isaac de Vries a Spinoza para ofrecerle una suma anual de quinientos florines. Spinoza juzgó demasiado elevada esta cantidad y pidió que fuese reducida a trescientos.

También en 1667 ocurrió otro hecho que debió afectar intensamente a Spinoza. Su amigo Oldenburg, con el cual mantenía una correspondencia casi regular, fue encarcelado en Londres bajo la acusación de haber entregado a Francia secretos militares ingleses[39]. Ya desde algún tiempo antes se había suspendido el intercambio epistolar entre ambos.

Poco se conoce de la correspondencia de Spinoza en los años de 1666 a 1668. Contadas son las cartas de 1667, apenas tres; ninguna hay de él fechada en 1668. Lo probable es que aquellas que Spinoza escribió en esa época se hayan extraviado.

Antes de haberse interrumpido la correspondencia entre Spinoza y Oldenburg,

[39] Los miembros de la *Sociedad Real* de Londres no dudaron ni un momento de la lealtad de Oldenburg. Decidieron interrumpir sus deliberaciones hasta que el secretario de la corporaci6n hubiera recuperado su libertad. Efectivamente, se comprobó que la acusación que se había formulado contra él era infundada.

envió éste al filósofo una carta que por su contenido es digna de que nos detengamos en ella.

CAPITULO XV

OLDENBURG PIDE A SPINOZA NOTICIAS SOBRE EL "MESIAS" DE ESMIRNA

Zabetai Zeví, "mesías" de Esmirna. Su proyecto de redención de Israel. Propagación de la leyenda del "mesías". Los judíos de Ámsterdam y la promesa de Zabetai Zeví. La interrupción de la correspondencia entre Spinoza y Oldenburg dejó sin respuesta la pregunta de Oldenburg sobre el "mesías".

Cuando Spinoza se hallaba en Voorburg, recibió, entre otras cartas de Oldenburg, una con fecha de 8 diciembre de 1665 en la que su autor se refería a un acontecimiento que en nada se relacionaba con los temas habituales en la correspondencia entre ambos. Spinoza acostumbraba escribirle a Oldenburg acerca de sus proyectos literarios. Oldenburg era el intermediario entre el pensador de Voorburg y los hombres de ciencia ingleses. Por mediación de Oldenburg recibía

mensajes con preguntas y explicaciones del honorable Robert Boyle, el cual no se dignaba escribir personalmente al humilde judío de la apartada aldea de Holanda. De otro tenor y de muy distinto tema era la parte final de la carta de Oldenburg de diciembre de 1665 que reclama aquí nuestra atención de modo especial. Ella se refería a un suceso totalmente ajeno a las meditaciones filosóficas de Spinoza y a sus preocupaciones científicas. En esa carta, habla Oldenburg de diversos asuntos científicos que se extienden desde la óptica a la anatomía y la fisiología humanas, pasando por temas distintos de física, matemáticas y astronomía. Al finalizar la epístola escribe Oldenburg: "A propósito de política, debo decirle que aquí circula de boca en boca un rumor de que los israelitas, que fueron dispersados hace más de dos mil años, volverán a su patria. Aquí son pocos los que lo creen y muchos los que lo anhelan. Le pido que diga a este su amigo lo que sepa sobre el asunto y cuál es su opinión respecto de él. Por mi parte, no puedo dar crédito a la noticia aunque me han informado sobre este asunto personas fidedignas de Constantinopla, a las que en verdad concierne más esta cuestión. Quisiera saber qué conocen sobre esta materia los judíos de Ámsterdam y cómo les afectó el anuncio de tan importante hecho, el que, de ser verdadero, traería probablemente como consecuencia una crisis mundial".

¿A qué suceso se refiere Oldenburg, suceso acerca del cual, a juzgar por la carta, debía Spinoza tener noticias y haberse formado opinión propia? ¿A qué se debía este rumor del retorno de Israel a su tierra, rumor que en Londres circulaba de boca en boca?

En momentos particularmente penosos de la penosa historia de los judíos en Europa hizo su aparición un extraordinario personaje en el ghetto de Esmirna. Zabetai Zeví era su nombre. Tratábase de un joven cabalista, que se declaró él mismo enviado de Dios, "mesías" al cual el propio Jehová habría encomendado la misión de redimir a su pueblo de los sufrimientos terribles, de las terribles persecuciones que lo agobiaban en muchos países del mundo. El movimiento mesiánico de Zabetai Zeví contagió a vastas multitudes judías de distintas regiones. También a Holanda se propagó el fervor místico que fermentaba en el otro extremo del Continente. Judíos y cristianos no tardaron en sentirse atraídos por los anuncios del joven que en breve tiempo adquirió a sus ojos la imagen de una figura milagrosa, legendaria. Hebreos de Ámsterdam recibían de sus parientes en viaje por Turquía relatos entusiastas sobre el "mesías". Recibían también consejos de vender cuanto tenían para ponerse en marcha a la tierra de sus lejanos antepasados. Israelitas de la comunidad de la "Nueva Jerusalem" acogieron con júbilo las noticias sobre el redentor que habría de reconducirlos a la Jerusalem de siempre. Se imprimían devocionarios en hebreo, en portugués y en español, con oraciones dedicadas al inspirado muchacho de Esmirna. En prueba de adhesión le enviaron los hebreos de Ámsterdam una carta suscrita por personalidades prominentes. En ella le pedían que no los dejara de lado en su empresa de reunir las huestes diseminadas para restituirlas al antiguo solar de los antepasados. Pensaban muy seriamente que sólo era cuestión de poco tiempo la realización de la magna empresa. Cabalistas muchos de ellos, los judíos sefarditas de

Ámsterdam se preocuparon de que el "mesías" no los olvidase. Un emisario ilustre se puso en camino para llevar personalmente la epístola al enviado de Dios. Pero el mensaje no llegó a manos de su destinatario en Turquía. Mientras se hallaba en viaje Rabí Isaac Nohar -así se llamaba el prestigioso mensajero- tuvo conocimiento de que Zabetai Zeví se había convertido a la religión de Mahoma.

La agitación promovida en torno de Zabetai Zeví era estimulada por esforzados propagandistas. Toda una literatura, de calidad variada, surgió con motivo de la aparición del "mesías". En ella no faltan algunas obras de cierto mérito. Ámsterdam fue sitio de convergencia de las noticias, rumores y anuncios relacionados con el fantástico proyecto. Entre los ex-marranos de la "Nueva Jerusalem" contaba el misticismo de la Cábala con adeptos entusiastas, y las voces con que el locuaz "mesías" anunciaba la llegada del gran día hubieron de provocar allí ecos particularmente propicios. Ámsterdam se convirtió también en un centro del cual emanaban informaciones alentadoras para todos los núcleos judíos de Europa, en particular de Alemania. El rabino de Worms creyó oportuno que un corresponsal especial de la ciudad holandesa lo tuviese al tanto de las novedades que se fueran produciendo en la proeza mesiánica de Zabetai Zeví. Natural resultaba, entonces, que Oldenburg se dirigiera a Spinoza para pedirle datos sobre el suceso que pudo haber provocado "una crisis mundial". Spinoza vivía en Holanda y, aunque raras veces, solía ir a Ámsterdam.

Pero la pregunta de Oldenburg formulada en su carta de diciembre de 1665 quedó sin respuesta. Por casi diez años se interrumpió la correspondencia entre Spinoza y su amigo de Londres. En junio de 1675 vuelve Oldenburg a escribirle a Spinoza; le habla del *Tratado Teológico-Político;* su tono es extremadamente cordial y respetuoso. Se dirige Oldenburg a Spinoza como a un amigo con cuya confianza se está seguro de contar. El episodio Zabetai Zeví estaba ya olvidado. El filósofo no emitió públicamente su opinión sobre él. En el *Tratado Teológico-Político,* que en aquellos años escribía Spinoza, aparece un pensamiento sobre el retorno de los judíos a Tierra Santa, donde podrían, dice, reconstruir su Estado, si tuvieran para ello la voluntad necesaria. Muy lejos estaba Spinoza de la embriaguez mesiánica de sus ex-correligionarios que lo habían expulsado de la Sinagoga. En el mismo *Tratado* enuncia Spinoza un juicio harto adverso a los adeptos de la Cábala con cuyo misticismo tuvo algún parentesco el mesianismo charlatanesco y vesánico de Zabetai. Pero ello no excluye que en ciertos aspectos coincida el pensamiento de la *Ética* de nuestro filósofo con ideas del *Zohar,* el libro central de la mística judía. Esta influencia de la mística judía en Spinoza la señaló ya a fines del siglo XVII (en 1699) Johan Georg Wachter.

Si nos hemos referido con alguna extensión a la no contestada carta escrita por Oldenburg a Spinoza en 1665 fue porque ella es indicio claro de que quienes frecuentaban al filósofo o mantenían correspondencia con él, no lo consideraban un

recluso entregado exclusivamente a la meditación abstracta. Veían en él un hombre atento a los sucesos del mundo, curioso de ellos y capaz de juzgarlos con acierto. ¿Se podría, acaso, pensar de otro modo si se tiene presente la vinculación de Spinoza con el gobernante holandés Juan de Witt, casi dos décadas *Pensionario* de Holanda, constructor político del país, hombre estudioso que admiraba a Spinoza y que lo frecuentaba justamente mundo escribía el *Tratado Teológico-Político*? Ya hemos dicho que esta vinculación merece por muchos motivos capítulo aparte. El primer biógrafo de Spinoza, Lucas, destaca la relación entre ambos con estas líneas: "Tuvo (Spinoza) el honor de conocer personalmente al señor *Pensionario* Juan de Witt, el cual quiso aprender de él matemática, y el cual a menudo lo invitó a su casa para pedirle consejo en asuntos importantes". Spinoza aparece en estas líneas como maestro en ciencias y consejero de Juan de Witt, afirmación ciertamente inexacta.

La relación de Spinoza con Juan de Witt comenzó a principios de 1665 cuando el filósofo vivía aún en Voorburg. La asiduidad del trato entre ambos fue mucho mayor después de que se hubo trasladado a La Haya. Esta vinculación entre los dos hombres abarca la segunda parte del período "Voorburg" y la primera del período "La Haya" de la vida del filósofo.

CAPITULO XVI

SPINOZA Y JUAN DE WITT.

La amistad de Spinoza y Juan de Witt. La vida y la obra del Pensionario. Los conflictos internacionales y las luchas internas. La Iglesia y el Estado. La literatura polémica. El asesinato de Juan de Witt. La reacción de Spinoza.

¿Quién fue Juan de Witt, cuya amistad con Spinoza ha sido en la vida del filósofo, a juicio de Gebhardt, un acontecimiento tan decisivo como su separación del judaísmo? La aparición de Juan de Witt en el escenario de la acción pública de Holanda tiene antecedentes en la situación producida en las Provincias holandesas a partir de la lucha por su independencia de la dominación española. En las últimas décadas del siglo XVI, encabezaron Guillermo de Orange y sus dos hijos, Mauricio y Federico Enrique, la rebelión contra los sojuzgadores españoles de su patria. Consiguieron que una tras otra fueran sublevándose las regiones que debieron formar las Provincias Unidas de Holanda. La terminación de la guerra de los treinta años con la paz de Westfalia (1648) contribuyó a asentar la independencia de los holandeses.

Las ciudades liberadas, en extremo celosas de la autonomía que habían conquistado, felices con la libertad de culto proclamada en la histórica declaración de Utrecht, eran adversas a todo régimen de centralización. La tolerancia religiosa

les parecía un bien caro que no debían sacrificar a ningún precio ni exponer a riesgo alguno. La burguesía mercantil pensaba que le era indispensable un régimen de administración local, tanto para su dicha moral como para su bienestar económico.

Constituyóse, por eso, una república integrada por siete Estados provinciales. Mas no todas las opiniones coincidían en la adhesión al régimen republicano. El fuerte partido de los Orange podía invocar en su favor un argumento nada baladí: la casa de los Orange había dirigido la lucha contra España y sus adeptos pensaban que ella era acreedora a la gratitud de los holandeses. Un sistema mixto de gobierno fue el resultado de la rivalidad surgida en el seno de la opinión pública. A los Orange se les confió el título de Stathalter y se les dio el mando del ejército y de la flota. El gobierno civil era designado en elecciones y sus titulares recibían el nombre de *pensionarios*. Entre los gobernantes civiles y los jefes de las fuerzas de la nación surgían frecuentes discrepancias. Algunas veces hasta llegaron a producirse luchas callejeras entre secuaces de uno y otro bando. Los Orange contaban con el apoyo de las clases bajas. Los comerciantes, aquellos que mantenían el tráfico con las colonias, eran los partidarios de los *regentes*. La Iglesia calvinista estaba con los Orange y hacía gravitar en favor de ellos toda su influencia entre las masas populares. Áspera fue la lucha entre la aristocracia ilustrada y emprendedora por una parte, y, por la otra, las clases inferiores y el clero, partidarios de los Orange, que tenían por derecho hereditario la jefatura de las fuerzas armadas.

En 1653 (Spinoza tenía entonces 21 años), fue designado Juan de Witt jefe de la república holandesa. Era hombre de gran ilustración. Había estudiado en el gimnasio de Dordrecht, dirigido por Isaac Beeckman, el amigo de Descartes. Matemático y jurista, fue de Witt una personalidad de prestigio como lo habían sido todos los *pensionarios,* pero ninguno tan destacado como él por sus condiciones de gobernante. Discurría sobre temas de matemática con Christian Huyghens y hasta escribió varios ensayos sobre cuestiones de esta materia. Uno de sus biógrafos trae sobre los méritos científicos de Juan de Witt estas líneas: "Christian Huyghens, que discutía con Juan de Witt sobre ciertos asuntos de este orden (un trabajo de Juan de Witt sobre las secciones cónicas) como sobre sus propios descubrimientos, a pesar de que jamás hubiera existido entre los dos una simpatía estrecha, se expresó cierta vez acerca de dicho trabajo más o menos en los siguientes términos: Si de Witt no hubiese sido absorbido por los asuntos de Estado, habría podido alcanzar un lugar de primera fila entre los matemáticos de su época"[40].

En lo político se decía Juan de Witt partidario de un sistema de gobierno extremadamente federalista. Llegaba aún a afirmar que las provincias holandesas eran otras tantas repúblicas. En la práctica acostumbraba imponer a esas *repúblicas* las medidas de orden general que respondían al interés de la nación toda. Cincuenta y seis ciudades libres

[40] N. Japikse: *Juan de Witt,* pág. 24 (citado en Madeleine Francès, *op. cit.,* pág. 328). Exagerada es, pues, la afirmación de Lucas de que de Witt, aprendía matemáticas de Spinoza. Como otras veces, la admiración que Lucas profesaba al filósofo le hace incurrir en inexactitud. Por lo demás, el primer biógrafo de Spinoza no tuvo un sentido muy escrupuloso de la verdad. Muchas de sus afirmaciones han sido desmentidas con documentos fidedignos.

estaban gobernadas por sendos consejos aristocráticos, cuyas decisiones necesitaban de la aprobación de un consejo central.

El ascenso de Juan de Witt al poder se produjo cuando Guillermo II falleció sin dejar heredero. Algunos meses después de su muerte le nació un hijo. Anteriormente de Witt había sido secretario de los *Estados* de Holanda, que raras veces se reunían. Esta posición lo destacaba a la atención del país y le permitió alcanzar su dirección cuando, al fallecer Guillermo II, quedó vacante tanto el poder civil como el militar. Los Señores de la aristocracia fueron su principal apoyo.

Tiempos difíciles le tocaron en su gobierno. La paz entre Inglaterra y Holanda, concertada en 1654, sólo fue una tregua de poco más de una década. En 1665 se reanudaron las hostilidades en condiciones adversas a Holanda. La intensificada lucha entre la Iglesia y el Estado fue otro de los problemas difíciles que debió afrontar. Los consejos eclesiásticos calvinistas se mostraban intolerantes frente a los adeptos de otros cultos. Reclamaron un decreto sobre descanso dominical obligatorio y una vez que fue dictado, en 1659, lo juzgaron poco riguroso. No tardaron en entablar contra de Witt, "el anti-cristo", una obstinada lucha. Pugnaban en favor de la restauración de la monarquía, y deseaban que se llamase a ocupar el trono al joven príncipe Guillermo de Orange. De Witt aceptó el desafío y con energía reprimió los ademanes de rebelión.

Una nueva catástrofe no tardó en producirse. En 1664 apareció una epidemia

devastadora; al año -ya lo vimos- reanudaron los ingleses la guerra contra Holanda. Al propio tiempo, el obispo de Münster, que contaba con un apreciable ejército de 18.000 hombres, inició una acción militar contra Frisia, Juan de Witt empeñó sus esfuerzos en combatir contra los enemigos del exterior y contra el descontento interno. Venció, por fin, las graves dificultades. Celebró la paz con el obispo belicoso; en 1668 terminó la guerra con los ingleses. En el orden interno afirmó la primacía de la autoridad laica en la República. Dictó un decreto por el cual quedó establecido que los jefes de las fuerzas armadas no podían ejercer el poder civil. Advertía, así, que los Orange podrían tener el mando de las tropas y de la marina de guerra, pero que en ningún caso dispondrían del gobierno del país. Pensó que una vez terminada la lucha con el obispo de Münster y concertada la paz con Inglaterra, se imponía una reducción de las fuerzas del ejército. Se creyó triunfante en la contienda librada por él, la aristocracia liberal y la alta burguesía, contra el partido monárquico, clerical y popular.

Había mejorado la situación financiera de la nación; había ensanchado su imperio colonial. Méritos grandes eran éstos, sin duda, mas al disminuir el poderío militar de Holanda, ¿no incurría en grave traición al patriotismo? La respuesta afirmativa fue dada por sus enemigos, menos preocupados de la patria que del deseo de eliminar de los negocios públicos al hombre que clamaba por la libertad y mostraba fuertes inclinaciones autoritarias en el ejercicio del gobierno. Tuvo un poder muy grande a su disposición y cuando no lo tenía se lo conquistaba, a costa de otros muchas veces, y siempre con el

concurso de personas de confianza que colaboraban con él o que ocupaban las posiciones más estratégicas en la organización del Estado.

El poder eclesiástico le resultaba por momentos un rival al que había que vencer y dominar. En su lucha contra él acudió al comienzo a métodos suaves, de persuasión doctrinaria. Estimulaba las publicaciones que sostenían que la Iglesia debía estar sometida al Estado por ser éste la expresión más elevada de la comunidad nacional. Entre esas publicaciones se encuentran: *La oración pública,* de otro Juan de Witt, pariente del jefe de Holanda; *La filosofía, intérprete de las sagradas escrituras,* del doctor Luis Meyer, amigo de Spinoza. De Inglaterra debía llegarle a Juan de Witt un apoyo doctrinario en forma de traducción al holandés del *Leviathán* de Tomás Hobbes, en 1667, obra que habría influido en el pensamiento político de Spinoza, a juicio de algunos de sus comentaristas. Al año siguiente publicó Adrián Koerbagh, discípulo y amigo de Spinoza, sus escritos adversos a la religión, a los dogmas y a la organización eclesiástica. En esa literatura proselitista merece especial mención *El Interés de Holanda,* de los hermanos de la Court.

En todos los casos, lo que interesaba a Juan de Witt era la tesis de que la primacía del Estado no podía ser disputada por ningún culto organizado. Pero los adversarios de Juan de Witt no permanecían impasibles ante el despliegue de fuerzas de quien los combatía. La literatura polémica adquirió rápido desarrollo. Las controversias se tornaron

frecuentes y violentas en la contienda, que descendió del plano de las doctrinas en pugna al de los panfletos agraviantes. Juan de Witt, calvinista él mismo, era insultado por fanáticos del calvinismo y por sedicentes patriotas, partidarios de la no muy holandesa dinastía de los Orange. En cierta ocasión fue brutalmente agredido en la calle por una turba enfurecida.

Así seguían las querellas en una atmósfera de aguda tensión hasta el 20 de agosto de 1672. Ese día fue Juan de Witt a la cárcel de La Haya para ver a su hermano Cornelio, marino de alta graduación, que había sido recluido por orden del Duque de Orange, jefe de la flota, bajo la acusación de haber conspirado contra su superior.

Diríase que todo fue minuciosamente preparado. Una multitud enardecida atacó la prisión de la ciudad; momentos después eran arrastrados por las calles los cadáveres de los dos hermanos. Un ejército francés de 120.000 hombres ocupaba en ese momento parte del territorio de Holanda.

Así terminó después de diecinueve años de gobierno el *Pensionario,* que fue uno de los grandes estadistas de Europa en su tiempo y el primero de su país en todos los tiempos.

Cuando Baruj Spinoza, que ya habitaba en La Haya desde hacía dos años, se enteró del asesinato de Juan de Witt y del aplauso de clérigos calvinistas al crimen,

experimentó una indignación tan intensa como su dolor ante la pérdida de su ilustre amigo.

Redactó apresuradamente una proclama condenando a "los seres más viles entre los bárbaros". Quiso hacer pública esta expresión de irritada protesta. No poco trabajo le costó a van der Spyck, en cuya casa -como lo veremos más adelante- vivía Spinoza, disuadirlo de su intento. De haberlo cumplido, el filósofo no habría corrido suerte mejor que Juan de Witt. Esta cautela del prudente casero le salvó la vida. Tenía entonces Spinoza cuarenta años, y, según refiere Lucas, "derramó cálidas lágrimas al ver que sus propios compatriotas habían asesinado al padre común, y aunque podía saber mejor que nadie en el mundo de qué son capaces los hombres, temblaba ante el horrible y miserable crimen". El filósofo no permaneció insensible en presencia del monstruoso acontecimiento. Estaba horrorizado. La fría serenidad del pensador se desvaneció ante el hombre de sentimientos fuertes, pues Juan de Witt, fuera de los méritos que tenía para todos los holandeses, tenía para Spinoza el muy alto de haber sido su amigo. Tenía además otro, el de haber sido en cierto modo su camarada de reflexiones cuando componía el *Tratado Teológico-Político,* una de las grandes obras que Spinoza legó a la posteridad. De esta obra y de las polémicas que suscitó nos ocuparemos después de hacer una reseña de la labor literaria de Spinoza durante los siete años de su residencia en Voorburg. Antes corresponde recordar que los sucesos a que acabamos de referirnos ocurrieron

cuando Spinoza hacía ya algún tiempo que se había trasladado de Voorburg a La Haya. Los hemos relatado aquí porque forman parte de las relaciones entre Spinoza y de Witt, relaciones que se iniciaron cuando el primero vivía aún en Voorburg.

De la amistad entre el estadista y el filósofo hay numerosas referencias, fuera de la arriba citada de Lucas. Sebastián Kortholt, uno de los primeros biógrafos de Spinoza, ha recibido respecto de ella noticias de van der Spyck, en cuya casa vivió Spinoza en La Haya. Leibniz también ha relatado el episodio de la actitud de Spinoza ante el asesinato de de Witt.

Cabe preguntarse si la vinculación de Spinoza con Juan de Witt tuvo el sentido de una adhesión del primero a la política del segundo. En el antes mencionado libro de Madeleine Francès sobre *Spinoza en los Países Bajos de la segunda mitad del siglo XVII,* hay una abundante argumentación contra tal afinidad política. Las razones que la autora invoca son convincentes. Así como Spinoza no fue adepto de culto alguno, así tampoco se sintió vinculado a ningún partido político. Pero la amistad entre el filósofo y el *Pensionario* existió, y sin duda Spinoza veía con simpatía la actuación pública de Juan de Witt en cuanto ella importaba un esfuerzo por garantizar la libertad de pensamiento. Los problemas concernientes a la organización del Estado, a los derechos del individuo, a la relación de las iglesias con el poder civil, interesaron a Spinoza desde que había cumplido treinta años. Mientras vivía

abnegadamente dedicado a sus estudios y a sus meditaciones sobre los más elevados temas de la filosofía, de la ciencia y de la religión, observaba la vida social, los conflictos entre los hombres; meditaba también sobre la naturaleza del Estado y sus funciones. Y si bien fue estrecha su amistad con Juan de Witt, ella no ha sido la causa determinante de su pensamiento acerca de las cuestiones propias del dominio en que Juan de Witt era hombre de acción. Esta amistad no influyó en la posición de Spinoza ante las cuestiones que abordó en el *Tratado Teológico-Político.* Se ha afirmado muchas veces que la composición y publicación de este *Tratado* de Spinoza formó parte de esa acción de propaganda patrocinada por Juan de Witt contra sus enemigos a que nos hemos referido antes. El libro de Spinoza sería una pieza en la lucha de los partidos. Así se ha dicho y se ha repetido más de una vez. La aserción, a pesar de la autoridad de algunos que la han enunciado, dista mucho de ser verdadera. La actitud de Spinoza en su *Tratado* fue la del sabio y no la del militante en una facción o grupo. Sólo que la ciencia del Estado, comúnmente llamada *Derecho Político,* lo es de una naturaleza muy distinta de las ciencias del mundo físico; esto ocurre también con todas las disciplinas que estudian al hombre y su convivencia con sus semejantes. Spinoza ciertamente no pudo substraerse a las preocupaciones ni a los antagonismos de su tiempo y de su país. Y en este sentido la obra de gobernante de Juan de Witt debía merecerle una franca aprobación, por lo que esa obra era y por contraste con las tendencias de quienes la combatían. Así fue, en efecto, pero si esto es verdad, no lo es menos que Spinoza no

dejaba de ver las deficiencias del régimen instaurado por su amigo. En otro de sus libros, el *Tratado Político,* escrito en los últimos años de su vida, se encuentran abundantes expresiones que han sido interpretadas como de censura al gobierno de Juan de Witt.

CAPITULO XVII

LABOR LITERARIA DE SPINOZA EN VOORBURG

La elaboración de la Ética. *El* Tratado Teológico-Político. *Juan de Witt y el* Tratado *de Spinoza. Las primeras ediciones de la obra. Spinoza polemiza con un comerciante en trigo sobre cuestiones de metafísica y teología.*

Con fecha 27 de julio de 1663 envió Spinoza una carta a Oldenburg. El filósofo acababa de establecerse en Voorburg, y en lo que escribe a su amigo de la capital de Inglaterra se advierte la variedad de sus intereses científicos en aquellos años. Spinoza continuaba dedicado a escribir la *Ética,* cuya primera parte estuvo terminada a principios de ese año de 1663. Dos años más tarde, en marzo de 1665, en otra carta, se refiere Spinoza a su *Ética,* "aún no publicada". En ese momento

ya estaba adelantado este trabajo, como se comprueba a través de la correspondencia del filósofo, que constituye por sí sola una expresión elevada de saber y de pensamiento. Pero la obra más directamente ligada a ese período de su vida es el *Tratado Teológico-Político.* Se publicó cuando Spinoza se trasladó a La Haya y estaba en relación continua con Juan de Witt. En el *Tratado Teológico-Político* trata en realidad Spinoza dos órdenes distintos de temas. Hay en él estudios de crítica e interpretación de los textos bíblicos. Al propio tiempo contiene la exposición de ideas relativas a la vida pública, al Estado y al poder eclesiástico. Se podría decir que el objeto principal del libro es demostrar que la libertad de pensamiento, no solamente es compatible con la piedad y la paz civil, sino que es una condición de esta paz civil y de esa piedad. Spinoza rechaza la teoría de que el Estado sea una institución teocrática con una autoridad derivada de Dios tal como se revela en la Escritura. Con sostenido esfuerzo de razonamiento defiende su tesis, adversa a dicha teoría. Examina los textos de la Escritura y al cabo de su análisis llega a la conclusión de que la *Biblia* no estatuye un sistema político inmutable. En la *Biblia* señala Spinoza "dogmas de la fe universal", de la religión pura, y también descubre en ella leyes que sólo concernían a la política de los hebreos y a las condiciones propias de su Estado en Palestina. Prescindiendo de la legitimidad de las opiniones que sostiene, se ha de reconocer que Spinoza muestra en su estudio de la *Biblia* agudo conocimiento filológico e igualmente se ha de reconocer que emplea un criterio histórico para interpretar los

libros que examina.

En otra parte de esta obra nos ocuparemos de los antecedentes y del contenido del *Tratado* de Spinoza a que nos estamos refiriendo. Aquí sólo queremos señalar que inmediatamente después de su aparición, provocó el *Tratado Teológico-Político* una intensa lucha. Obra de combate, fue violentamente combatida. En sus páginas no son pocas las contradicciones aparentes. Ellas no se deben a falta de coherencia en el pensamiento del filósofo. Responden a otra causa: Spinoza no dejaba de ser cauteloso en momento alguno. Más claramente expuso sus opiniones en las cartas en que trata los mismos puntos que en el libro.

Ya hemos dicho que la preparación del *Tratado* está vinculada al nombre de Juan de Witt. A comienzos de 1665 visitó de Witt a Spinoza en Voorburg. Entonces comenzó entre ellos esa amistad estrecha, íntima, de la que nos hemos ocupado antes. No es improbable que discurrieran sobre cuestiones relacionadas con la vida pública. Spinoza no las desconocía; por de Witt pudo enterarse mejor de la situación política de su país y adquirir una noción más completa de los peligros que amenazaban la libertad de pensamiento. La iglesia calvinista se esforzaba continuamente en imponer su credo y hacía cuanto estaba a su alcance para evitar la exteriorización de ideas que no concordaban con él. ¿Surgió de ahí en Spinoza la intención de escribir la obra que fue el *Tratado Teológico-Político*? Es difícil dar una respuesta categórica. En algunas cartas de

Spinoza nos encontramos con declaraciones de él mismo de que su propósito era defender la libertad de pensamiento, "muy perseguida en el país". Pero éste no fue el motivo único. Otro hubo que movió al filósofo. Quería demostrar cuán injusta era la idea que de él se habían formado muchos y que se traducía en la frecuente acusación de que era ateo. En una carta dice Spinoza que se siente obligado a defenderse de esta calumnia en cuanto ello le fuera posible.

En 1668 estaba terminado el *Tratado Teológico-Político.* Spinoza lo escribió en latín, y buscó en Ámsterdam quien lo editase. No le fue difícil obtener que Juan Rieuwertsz, el editor de los *Principios de la filosofía de Descartes,* tomara a su cargo la publicación del nuevo libro de su amigo. Pero Rieuwertsz no quiso que su nombre figurase al frente de la edición. En forma rara se publicó la obra de Spinoza que más controversias hubo de suscitar. La primera edición del *Tratado Teológico-Político,* en latín, apareció en 1670, corregida por el mismo Spinoza. El pie de imprenta, ciertamente ficticio, es de Hamburgo. No figura en la tapa ningún nombre de editor. Como impresor aparece Henricus Kühnrath, nombre falso.

Rieuwertsz era por muchos antecedentes mal mirado en los círculos ortodoxos y por eso se imprimió el *Tratado Teológico-Político* en casa de un llamado Christofel Koenrad.

A pesar de la elevada posición de Juan de Witt, con cuya orientación política parecía coincidir el *Tratado,* resultaba fácil prever la hostilidad que la obra provocaría. A eso se

debieron las precauciones de Spinoza y de Rieuwertsz, que sufragó la edición. Las previsiones no fueron infundadas, pero las precauciones adoptadas para evitar el peligro temido resultaron ineficientes.

La Iglesia calvinista denunció pronto el libro como una obra "engendrada en el infierno por un judío renegado y el diablo", y publicada con conocimiento del señor Juan de Witt. Se inició una lucha muy violenta. Los clérigos protestaban y reclamaban de las autoridades civiles que el libro impío fuese sacado de la circulación. No es difícil que este mismo combate haya contribuido a difundir la obra, a atraerle lectores. En breve tiempo se publicaron varias ediciones. Todas ellas aparecieron bajo títulos engañosos. En una se presentaba como una obra de cirugía del *doctor Francisco Henrick de Villa Corta* otra edición se ofrecía como un texto de medicina del *doctor Franciscus de la Besilvius;* otra aparecía como un conjunto de *escritos históricos de Daniel Heinflus.* Bajo estos nombres extraños y estos raros autores hubo de ampararse el volumen cuyo contenido debía por fuerza suscitar protestas enconadas.

De las críticas al *Tratado Teológico-Político,* críticas las más de las veces virulentas, nos ocuparemos más adelante. Aquí sólo queremos reproducir unas líneas en que Spinoza se refiere a las condiciones reinantes en aquella época en Holanda. Ellas pertenecen al prólogo de la obra: "A menudo me he asombrado de ver hombres que profesan la religión cristiana, religión de amor, de felicidad, de paz, de continencia, de buena fe, combatirse

los unos a los otros con tal violencia y perseguirse con odio tan feroz que uno diría que su religión se distingue por estos rasgos más que por los caracteres que enuncié antes. Pues las cosas han llegado a tal punto que nadie podría distinguir a un cristiano de un turco, de un judío, de un pagano, más que por la forma exterior y el vestido, o bien sabiendo cuál iglesia frecuenta o, en fin, sabiendo que está ligado a tal o cual juramento y hace promesas sobre la palabra de tal o cual maestro. Pero en cuanto a la práctica de la vida, no veo entre ellos ninguna diferencia. Al buscar la causa de este mal, he encontrado que procede sobre todo de que se ponen las funciones de sacerdote, las dignidades y los deberes de la Iglesia en el rango de las ventajas materiales, y que el pueblo se imagina que toda la religión está en los honores que rinde a sus ministros".

Pocas líneas antes afirma Spinoza que piensa que su obra será útil; que con ella contribuirá a disipar ciertos prejuicios y supersticiones. De los conflictos que ella le trajo nos ocuparemos al contar su vida en La Haya.

Antes de dar por terminado el presente capítulo, debemos aún referirnos a una curiosa polémica epistolar que nuestro filósofo sostuvo durante su residencia en Voorburg. Esta correspondencia se desarrolló en ocho cartas, cuatro de Spinoza y las otras del corresponsal, Willem van Blyenberg. Era éste de profesión comerciante en cereales. Vivía en Dordrecht, y acostumbraba dedicar sus ocios a estudios de teología y filosofía.

Publicó un pequeño libro, con un título desmesuradamente largo: *El conocimiento de Dios y la Religión defendidos de los ataques de los ateos, donde se prueba con claras y naturales razones que Dios ha instituido y revelado una religión; que Dios quiere también que se lo adore y que la religión cristiana, no sólo concuerda con la religión revelada, sino también con la razón implantada en nosotros.* En 1663 apareció este ensayo de van Blyenberg. Al año siguiente, el 12 de diciembre, dirigió su autor la primera carta al filósofo. En ella le decía que había leído con gran placer su obra sobre Descartes, y a fin de que Spinoza se formase una idea de su ignorado camarada en el *amor a la verdad,* hacía su propia presentación: "...para que no le cause a usted sorpresa este desconocido y para que sepa cómo ha llegado a escribirle, le diré que soy uno que en esta vida breve y frágil, en la que debe hacer pie, está impulsado por el anhelo de la verdad pura, en la medida que lo permite la fuerza de nuestro espíritu humano; un hombre que no se ha fijado en la búsqueda otro propósito que la verdad misma...". En este tono continúa el auto-retrato. Cierto es que Blyenberg tenía ya sus "verdades" definitivas, y si acudió a Spinoza -para hacerle preguntas y pedirle explicaciones en cuestiones de filosofía-, no produjeron sobre él ningún efecto las ideas de nuestro pensador. De una contenida aspereza fue el desarrollo de la correspondencia entre ambos. En esa misma primera carta, en la que no hace ninguna referencia a su opúsculo de 1663, Blyenbergh anuncia que pedirá aclaraciones sobre puntos difíciles en la obra de Spinoza, refiriéndose a la exposición hecha por éste de la filosofía de Descartes. Se

lamenta de no poder frecuentarlo personalmente, por impedírselo la mala salud y los negocios, no tan malos. El filósofo tenía entonces treinta y tres años y sus opiniones interesaban aún a sus adversarios. En la respuesta de Spinoza, del 5 de enero de 1665, se descubre con cuánta generosidad y con qué disposición cordial acogía las demandas de quien, presentándose en actitud de amigo, fue realmente un intruso en la vida del pensador. De esta respuesta reproducimos algunos párrafos. Impresiona la espontaneidad con que Spinoza se dirige al curioso impertinente tratándolo de "Muy ilustrado y Prudente Willem van Blyenberg, Señor y desconocido amigo", y diciéndole: "En lo que se refiere a mí, considero que no hay en el mundo nada superior a un vínculo de amistad con hombres que realmente aman la verdad". "Creo que, en el mundo, que está más allá de nuestras fuerzas, nada podemos querer con mayor alegría del alma que a hombres de esta clase. Es hasta imposible que semejante amor sea destruido como es imposible que nos apartemos de la verdad a que nos hemos acercado, si este sentimiento está fundado en el afán de ambas partes de llegar a la verdad".

Spinoza expone luego a Blyenbergh sus ideas sobre el problema del mal. Para Spinoza el *mal* no existe; lo que llamamos mal es un concepto que surge de la comparación de cosas imperfectas con cosas perfectas. Dios no sabe del mal ni del pecado. La idea del mal y la del pecado son creaciones humanas. Explica a continuación por qué se habla en la *Biblia* de uno y otro: estas nociones, como

todo el antropomorfismo bíblico, eran necesarias para la educación moral de la multitud.

Blyenbergh no se da por satisfecho. El intercambio epistolar adquiere un tono frío.

El 21 de marzo de 1665, y con ocasión de un viaje por motivos comerciales, Blyenbergh visitó a Spinoza en Voorburg. Poco después vuelve a escribirle una carta que será la última.

Blyenbergh había anotado su conversación con Spinoza y quería nuevas aclaraciones. Cierto es que las convicciones del negociante en cereales nada tenían de común con el pensamiento del filósofo. Más aún, en 1674, lo veremos publicando un libro extenso contra el *Tratado Teológico-Político.* Lleva este título: *La verdad de la religión cristiana y la autoridad de las Sagradas Escrituras, defendidas contra los argumentos de los ateos, o réplica al libro blasfematorio llamado Tractatus Theologico-Politicus.* Ocho años después, un nuevo libro de Blyenbergh procuraba refutar la *Ética* de Spinoza.

Blyenbergh llegó a ocupar cargos diversos en su ciudad natal. En 1695 fue su burgomaestre y hasta su fallecimiento conservó el interés por la especulación filosófica, pero nunca juzgó aceptables las ideas de Spinoza.

La última carta de Blyenbergh a Spinoza, de 27 de marzo de 1665, fue contestada

el 3 de junio del mismo año. El filósofo, invariablemente cortés, elude responder a las preguntas que le enuncia, asegurándole que cuando tuviere ocasión de hablar con él en un encuentro personal, le será muy grato conversar sobre las cuestiones planteadas.

El "caso" Blyenbergh es uno de los pocos en que Spinoza perdió la paciencia. El filósofo sabía irritarse. Disgustos de otro género lo esperaban en La Haya, adonde se trasladó en 1670.

VII

EN LA HAYA

CAPITULO XVIII

SPINOZA EN LA HAYA: "POBREZA Y ENFERMEDAD"

El traslado de Spinoza a La Haya. Sus motivos. La vida del filósofo: pobreza y enfermedad. El retraimiento del filósofo. Spinoza dibujante. La redacción definitiva de la Ética.

Para no vivir tan aislado como en Voorburg y, quizás, también para mayor seguridad personal en momentos en que llegaba al público el *Tratado Teológico-Político,* resolvió Spinoza trasladarse a La Haya. Aunque la obra apareció sin su nombre, no se ignoraba quién era el autor de ella. Algunos biógrafos de Spinoza piensan que éste deseaba hallarse cerca de Juan de Witt. Sea como fuese, en 1670 se dirigió a La Haya, distante media hora de Voorburg, pero que evidentemente le ofrecía un ambiente muy distinto. En La Haya habitaban amigos suyos entre los que se contaban hombres estudiosos, de auténticos intereses espirituales. Se le facilitaban en mucho las comunicaciones con sus amigos que vivían en otras ciudades. Ya no le sería necesario hacer viajes para despachar su correspondencia. Spinoza tenía algo más de 38 años cuando iniciaba la última etapa de su corta existencia.

Pobreza y enfermedad, es el título que uno de sus biógrafos da al relato de la vida de Spinoza durante el período que pasó en La Haya.

En casa de una mujer, ya entrada en años y que era viuda de un abogado de nombre van Velen, alquiló Spinoza la habitación que le sirvió de primera vivienda en la capital holandesa. Era un único cuarto, en el segundo piso. Allí tenía Spinoza su dormitorio, allí escribía; en esa misma pieza estaba su taller de óptica. La modestia de la habitación no impedía que lo visitasen hombres ilustres de distintos países.

Entre esos visitantes se contaba Juan de Witt. Al parecer eran más o menos clandestinas las visitas del estadista a la humilde residencia de Spinoza en la *Stille Veerkade,* angosta calleja convertida hoy en amplia calle, próxima al Templo de San Jacobo.

La situación económica de Spinoza era en aquel momento harto precaria. Ya antes había interrumpido en gran parte su trabajo de pulidor de lentes mientras estaba entregado a la tarea de redactar el *Tratado Teológico-Político.* Sus entradas habrían sido de quinientos florines al año. Trescientos le habían sido legados por Simón de Vries. Los otros doscientos son puestos en tela de juicio. Serían los que le habría ofrecido Juan de Witt, presunto mecenas, además de amigo, del filósofo. Este último dato, consignado por los primeros biógrafos de Spinoza, ha sido rectificado -ya lo vimos- por el antes nombrado Japikse.

Su salud, siempre mala, empeoraba con el trabajo en vidrio. La enfermedad de sus pulmones lo consumía.

Parece que además padecía de paludismo. Respecto de esto último es ilustrativa una carta enviada por Spinoza cinco años antes (en 1665) a su entrañable amigo Bouwmeester.

Esta carta es de las que merecen atención de quien procura indagar los rasgos del

carácter de Spinoza. Carece de todo interés intelectual, pero es digna de que nos detengamos en ella en este punto de nuestra crónica de la vida del filósofo. Nos muestra más que ninguna otra hasta qué medida sabía Spinoza ser amigo afectuoso. No faltan en ella ni la nota cordialmente irónica, ni el reproche, ni el estímulo moral. Comienza censurando a Bouwmeester por no dar noticias suyas; hacía "ya" tres semanas que Spinoza esperaba en vano una carta de él. A renglón seguido le pide, "en verdad en nombre de nuestra amistad", que se dedique con celo a una obra seria. Le aconseja que no deje pasar tiempo antes de hacerlo; después sería ya tarde. Pide con insistencia a Bouwmeester que reanude "el comercio epistolar". Le reprocha la falta de confianza en sí mismo. Habla de su timidez, y le agrega que a nadie mostrará las cartas que reciba de él. Sabe que Bouwmeester teme el ridículo y aunque Spinoza tiene en las aptitudes de su amigo más confianza que el propio Bouwmeester, no deja de tranquilizarlo. Le incita a que le formule preguntas; que le exponga sus opiniones.

Y es en esta carta donde le habla de "dos o tres ataques de fiebre terciana", que ha conseguido vencer con un "buen régimen" y una medicación eficaz.

Cinco años habían transcurrido desde la carta a Bouwmeester hasta el traslado de Spinoza a La Haya. La salud le imponía al filósofo cuidados serios. En La Haya, las modestas condiciones en que vivía en casa de la viuda van Velen le parecían a

Spinoza de un nivel demasiado elevado. Por eso, a fin de substraer el menor tiempo posible a su labor literaria, se mudó el año siguiente a casa del decorador Hendrick van der Spyk. Allí podía economizar; él mismo se preparaba la comida. Allí viviría hasta el fin de sus días.

Esta casa, convertida hoy en museo (*Domus Spinozana*), hallábase situada sobre la Paviljonsgracht. Sus moradores eran buenas gentes. Hendrick van der Spyk era un artesano calificado, pintor y decorador. En sus horas de ocio hacía retratos. Sus méritos en este arte eran muy inferiores a la bondad de su carácter y a su natural modestia. El haber alojado a Spinoza en su casa es el hecho más saliente de su vida.

Colerus, el biógrafo de Spinoza que recogió datos sobre éste en conversaciones con la viuda van Velen (Colerus vivió en su casa veinte años después que Spinoza, en la misma habitación que éste había ocupado) y con el modesto pintor van der Spyk, comenta los hábitos del filósofo en sus últimos años. Habla con elogio de su extrema sobriedad. Comía poco, y bebía menos aún. "Aunque se le invitaba a menudo a comer, prefería vivir de lo que tenía en su casa, por poco que fuese, a disfrutar de buena mesa a expensas de otros". Refiere Colerus que Spinoza solía decir que le preocupaba ahorrar sólo lo necesario para su sepelio. Vestía con modestia y pulcritud extrema. "Es contrario al buen sentido, habría dicho el mismo

Spinoza, poner una envoltura preciosa a cosas que poco o nada valen". Lucas, de su parte, atribuye a Spinoza esta frase: "No nos hace sabios el tener un aspecto sucio y abandonado. Al contrario; el abandono deliberado es signo de un alma baja, sin relación con la sabiduría". También de sus maneras, de su conversación y de su desinterés habla Colerus: "Por lo demás, si su modo de vivir era muy ordenado, su conversación no era menos dulce y apacible. Jamás se lo ha visto ni muy triste ni muy alegre".

En estas condiciones de vida modesta y ordenada, Spinoza se dedicaba a leer, a pensar, a escribir. En su biblioteca, no numerosa, había ejemplares que por su rareza resultaban costosos. No parece haber sido un lector extraordinario, un devorador de libros, pero conocía obras fundamentales en las materias de su interés particular, que no eran pocas. En sus ratos de descanso se complacía en observar cómo las arañas tejían sus telas; cómo las moscas eran aprisionadas en ellas. Sabía también dibujar, arte que aprendió en el trato con pintores y dibujantes. ¿Llegó a ser un artista? No hay elementos de juicio para contestar a esta pregunta, pues no se ha conservado ninguno de los dibujos del filósofo. Algunos autores hasta piensan -sin mayor fundamento- que Spinoza en cierto momento había hecho del dibujo una profesión. Lo más probable es que sólo fuese para él un esparcimiento.

Colerus relata que tuvo en sus manos una colección de trabajos de Spinoza. Refiere

que el filósofo había hecho, en carbón o en tinta, retratos de varias personalidades prominentes con las que mantenía amistad. También se contaba entre esos dibujos uno de un pescador con la misma presentación con que el rebelde napolitano Masianello aparecía en una colección de diseños históricos. Añade Colerus que van der Spyck le declaró que el rostro del pescador de Spinoza era idéntico al del filósofo. Habría sido un autorretrato.

Spinoza platicaba con los dueños de casa y discurría amenamente sobre hechos menudos de la vida. Solía fumar su pipa y se complacía en dialogar con los niños, recomendándoles obediencia a los mayores. ¿La señora y el señor Hendrick van der Spyck habrían podido comprender a Spinoza hablándoles de su cosmología y de su concepción del puesto del hombre en el Universo? Durante días y días el filósofo no salía de su casa. Estaba entregado a sus escritos, y su vida no iba a ser larga. Verdad es que él mismo ha dicho que el hombre libre en ninguna cosa piensa menos que en la muerte. Pero Spinoza, sabiéndose enfermo, no dilapidaba sus escasas reservas de energía. Alguien que lo visitó en La Haya trae en una carta esta referencia: "Hacía la impresión de que únicamente vivía consigo mismo; siempre estaba solo, encerrado en su pieza de trabajo".

Hasta altas horas de la noche escribía Spinoza, entregado a una gran obra: terminaba la redacción de su *Ética.* Ya la había comenzado hacía varios años, pero

circunstancias diversas, en primer término su dedicación al *Tratado Teológico-Político,* hicieron que se fuese dilatando la composición definitiva de su libro máximo. En 1675 concluyó de redactarlo.

No fue ciertamente del todo tranquila la vida de Spinoza en La Haya. Varios hechos la turbaron. En primer lugar, la agitación provocada por la publicación del *Tratado Teológico-Político.*

CAPITULO XIX

LA LUCHA CONTRA EL "TRATADO TEOLOGICO-POLITICO".

Los primeros críticos del Tratado. *Teólogos y profesores. Los sínodos calvinistas. La controversia de Spinoza con Velthuysen. Su importancia. La prohibición del* Tratado *por la autoridad civil.*

En el capítulo XVII ya hemos relatado que el nombre de Spinoza no apareció en las primeras ediciones de la obra que por su tema y sus puntos de vista debía provocar ecos diversos en el espíritu de los contemporáneos. Contaba el pensamiento de Spinoza con adeptos que lo aplaudían, pero muchos más eran sus

censores irritados. El supuesto lugar de publicación de la primera edición fue Hamburgo, aunque la obra se imprimió en Ámsterdam. La argucia fue vana.

El libro de Spinoza no podía ser leído con indiferencia por los hombres de su época. Sus páginas eran una severa requisitoria contra la concepción de un Dios personal que había impuesto normas a los hombres en tiempos lejanos en una revelación que la tradición conservaba y trasmitía. Eso era el *Tratado Teológico-Político,* a pesar de su tono casi siempre sereno y del acento invariablemente piadoso de su prosa. En su obra se atrevía Spinoza a someter a un análisis prolijo los libros sagrados. Concluía que esos libros sagrados no representaban una autoridad estable, definitiva, sino que eran la creación de un pueblo en el transcurso de un tiempo no corto, y, así, fue Spinoza con su *Tratado* uno de los iniciadores de la crítica bíblica; quizás el iniciador de ella.

A la vez que aceptaba en cierto modo lo esencial de la tradición consagrada en cuanto a la enseñanza moral, intentaba explicar las aparentes contradicciones y los anacronismos que se encuentran en las Escrituras. En su propio texto hay también no pocas contradicciones. Sus intérpretes las explican como resultado del deseo del filósofo de ser, a la vez que definido en sus intenciones, lo menos áspero posible en la forma. En el *Tratado Teológico-Político* se muestra Spinoza mucho más suave con el cristianismo que con el judaísmo, pero eso no valió para atenuar la violencia de la hostilidad contra él. Las

polémicas religiosas estaban en pleno auge en Holanda, y Spinoza no pudo escapar a ellas. Había dejado de ser judío, y sus expresiones de admiración para Jesús y los Apóstoles no bastaron para que se lo considerase cristiano. Sólo podía ser juzgado como ateo y a Spinoza este juicio le causaba pesar.

Al comienzo, la reacción contra el *Tratado* no fue pública. Se hacían sobre él ásperos comentarios en los coloquios privados y en cartas particulares de pensadores, de teólogos y de escritores en quienes las ideas de Spinoza suscitaban fuerte aversión. Pero muy pronto iban a iniciarse desde puntos diversos ataques recios contra la obra. Ésta se convirtió en motivo de disputas abiertas.

El 8 de mayo de 1670, a pocos meses de la publicación del *Tratado,* se oyeron ya palabras vigorosas de condena del libro temerario. Jacobo Tomasius, maestro de Leibniz, fue el primero en emitir sobre él un juicio en público. Adepto de las concepciones tradicionales, dirigió desde su cátedra en Leipzig una violenta crítica al *Tratado* de Spinoza. Los profesores de universidades alemanas y holandesas se interesaban en la obra de la que se hablaba como de un panfleto peligroso. El 28 de junio del mismo año, Federico Musaeus, profesor en Heidelberg, escribía a su amigo Samuel André diciéndole que había oído que en Bélgica apareció un libro sobre la libertad de filosofar. Musaeus ya sabía quién era el autor. Verdad es que aun antes de publicarse el libro, no se ignoraba su aparición próxima y se sabía quién lo escribió[41].

[41] El profesor Musaeus publicó más tarde -en 1674.- un folleto contra el *Tratado Teológico-*

Dos meses después, en agosto del mismo año 1670, el predicador alemán Juan Melchior escribió contra el *Tratado* sin tener seguridad, sin embargo, de que Spinoza fuese su autor. Ya un mes antes -refiere Schatzky en su relato de las críticas al *Tratado*- el filólogo Burmann decía en una carta al hebraísta Alting: "Quisiera mucho que con su mano destruyera usted el libro muy perverso y horrible sobre la libertad de filosofar, libro que promete ser un estudio teológico-político y provoca la ira de los dioses y de los hombres. Fuera de usted no conozco a nadie que sea capaz de aniquilarlo".

También algunos amigos de Spinoza encontraban censurable el *Tratado;* veían en él una amenaza grave para la religión. Uno de ellos era el filólogo Juan Georg Graevius. En abril de 1671 escribía a Leibniz: "El año pasado apareció aquí el horrible libro *Tratado Teológico-Político* que introduce el injusto derecho de la Naturaleza, sacude la autoridad de las Sagradas Escrituras y abre amplias las puertas a la herejía". Agrega en su carta que el autor de la obra es un judío de nombre Spinoza al cual se expulsó de la Sinagoga.

Miembros de las sectas disidentes en Holanda coincidían con los adeptos más decididos del calvinismo en repudiar las ideas de Spinoza. Así, el teólogo Felipe van Limborch, jefe de los arminianos holandeses, atacó enérgicamente el *Tratado.* En una carta que escribió el 23 de agosto de 1671 pone estas expresiones: "No recuerdo haber leído obra tan perniciosa. Se mofa de los profetas y de los apóstoles; según él nunca hubo milagros.

Político. Se editó en Jena, y en él afirma su autor que Spinoza "no tiene otro propósito que la destrucción del Estado y la Religión"

Sólo hay fatalidad, de la que Dios mismo depende; pero describe a Dios de una manera que parece perder toda su existencia. Tales hombres no sólo atacan a éste o aquel dogma de la religión, sino el alma misma de la religión". En otra carta, el mismo Limborch, expresando aprobación a un juicio severo sobre el *Tratado,* dice que su autor "predica el ateísmo en una forma disfrazada".

La opinión con la que Limborch se manifestaba estar de acuerdo, era del médico Lambert van Velthuysen, de Utrecht. Tratábase de una figura prestigiosa en la política y en la ciencia holandesas. Además de médico era jurista destacado; no ignoraba la filosofía y era igualmente fiel al pensamiento cartesiano y a la iglesia protestante. En una carta de 1671, a la que Spinoza replicó, acusó Velthuysen al autor del *Tratado* de destruir la veneración de Dios[42].

Era Velthuysen una personalidad respetable, y a Spinoza no le fueron indiferentes sus apreciaciones sobre el libro discutido. Lo demuestra el hecho que relatamos a continuación.

En una carta, dirigida a su colega el doctor Jacob Osten de Rotterdam, Velthuysen estudiaba muy ampliamente el *Tratado Teológico-Político.* Osten había leído la obra y no se sintió capaz de formarse sobre ella una opinión propia. Creyó oportuno

[42] Velthuysen se dedicaba a la especulación teológica. Publicó una obra sobre *Lo bello y lo justo.* Fue enérgicamente combatido por Gisbert Voet, al cual Spinoza se refiere en una carta que reproducimos más adelante.

acudir al asesoramiento de Velthuysen. Éste le contestó en febrero de 1671: "No sé de qué nacionalidad es el autor del libro; no sé, ni me interesa saber, el género de vida que lleva. El contenido de su obra muestra suficientemente que no es torpe y que no ha estudiado ligeramente ni superficialmente todas las luchas religiosas que ahora se producen entre los cristianos de Europa". Velthuysen no incurría en expresiones ofensivas para el filósofo, pero, sin vacilaciones, rechazaba sus ideas.

Una cosa le resultaba clara a Velthuysen, y es que Spinoza quería destruir la autoridad de los libros sagrados. Pensaba que una prueba de la extrema aversión de Spinoza a esos libros se hallaba en el hecho de que hasta cuenta a Mahoma entre los profetas y toma en serio la religión musulmana. Todo esto le permitía a Velthuysen atreverse -él mismo da este sentido a su declaración- a decir que el autor del *Tratado* puede con justicia ser acusado de ateo.

La carta de Velthuysen a Osten llegó a manos de Spinoza. Osten había conocido al filósofo en los círculos colegiantes cuando aun vivía en Voorburg y tenía amistad con él.

La respuesta de Spinoza a Lambert van Velthuysen fue dada por intermedio de una carta dirigida a su amigo Jacob Osten. Es de las que merecen ser reproducidas en su texto íntegro. En ella se muestra cómo Spinoza sabía discurrir cuando se trataba de algo que le afectaba muy directamente, a la vez que nos ilustra sobre algunos

aspectos de su carácter.

En esta carta, que fue escrita entre el 24 de enero de 1671 y el 17 de febrero del mismo año, se nos aparece Spinoza polemista recio, áspero por momentos. Escribe a Osten: "Sin duda usted se asombra de que haya tardado tanto, pero me ha costado resolverme a responder al libelo que usted tuvo la deferencia de comunicarme; sólo me he decidido a hacerlo por el deseo de cumplir mi promesa. Por lo menos me daré la satisfacción de contestar a él lo más brevemente posible y me limitaré a mostrar que mi acusador interpreta muy falsamente mis sentimientos. ¿Es por malicia o por ignorancia? Me costaría decirlo. Pero vamos al asunto.

"En primer lugar dice que *poco le importa de qué nación soy y qué regla de vida observo.* Ciertamente, si lo supiese no habría creído tan fácilmente que enseño el ateísmo. Los ateos, en efecto, tienen costumbre de buscar sin medida los honores y las riquezas, cosas que yo siempre he despreciado, como lo saben todos los que me conocen. Además, para llegar a su fin dice que no soy de un espíritu obtuso; esto le da más facilidad para sostener que, por astucia y malicia, y con un mal designio, he defendido la causa detestable de los deístas. Eso basta para mostrar que no ha entendido mis razonamientos. ¿Quién, en efecto, podría tener el espíritu tan lleno de malicia y de astucia que por simulación diese tantos argumentos y tan sólidos en apoyo de una tesis que creyese falsa? ¿Y a cuál escritor juzga sincero mi acusador si

cree que, se puede demostrar ficciones tan sólidamente como verdades? Esto por lo demás no me sorprende. De este modo fue en otro tiempo interpretado Descartes por Voet[43] y así ocurre con los hombres mejores".

"Continúa luego: "Según él *para evitar de caer en la superstición he trastrocado toda la religión.* No sé qué entiende por superstición y por religión. Pero le pregunto yo, ¿es trastrocar toda la religión el afirmar que hay que reconocer a Dios como soberano bien y amarlo como tal con alma libre? ¿Lo es el creer que en este amor consiste nuestra felicidad suprema y nuestra más grande libertad? ¿Que la recompensa de la virtud es la virtud misma y que el castigo reservado al desatino y al abandono de sí es precisamente el desatino? Todo esto yo no sólo lo he dicho en términos expresos; lo he demostrado además con las razones más sobrias. Pero creo ver en qué pantano se ha metido. No encuentra nada que le plazca en la virtud misma y en el conocimiento, y más preferiría vivir abandonándose a sus pasiones si no fuese porque teme el castigo. Se abstiene de los actos malos y observa los mandamientos divinos haciéndose violencia y con alma vacilante, como un esclavo, y espera que Dios pagará su servidumbre con un precio que a sus ojos vale mucho más que el amor de Dios; tanto más elevado cuanta más aversión tiene por el bien y más se reprime. Es por eso que cree que todos aquellos a quienes no

[43] Spinoza se refiere aquí a Gisbert Voet. Éste, teólogo y predicador, había encabezado desde 1638 la guerra contra, las ideas cartesianas. Como consecuencia de esta acción de Voet se inició proceso contra Descartes en 1643. Voet acusaba a Descartes de haber expuesto en sus libros pensamientos que contienen gérmenes de ateísmo. Ya vimos en el capítulo XIII que el filósofo francés se vio precisado a dar explicaciones para salir airoso de la situación que le crearon los magistrados de Utrecht.

retiene el miedo, viven sin freno y rechazan toda religión. Pero dejo esto de lado y paso a la acusación que dirige contra mí de enseñar subrepticiamente el ateísmo por un camino de rodeo".

"El principio de su razonamiento es que él cree que suprimo la libertad de Dios y la someto al *fatum,* y esto es ciertamente falso. Afirmo que todas las cosas derivan con una necesidad ineluctable de la naturaleza de Dios, de la misma manera que todos afirman que fluye de la naturaleza de Dios el que se conozca a sí mismo. Nadie, ciertamente, niega que esto se siga, en efecto, de la naturaleza de Dios, y sin embargo nadie concibe que Dios se conozca a sí mismo en virtud de una necesidad coercitiva, sino con una entera libertad, aunque necesariamente. Nada encuentro aquí que no pueda ser percibido por todos, y si mi acusador cree no obstante que esto está dicho con un mal designio, ¿qué piensa él de su Descartes? Éste afirmaba que nada puede ser hecho por nosotros que no haya sido preordenado por Dios, más aún, que a cada instante somos creados de nuevo por Dios, y que, sin embargo, actuamos con la libertad de nuestro arbitrio; cosa que según el propio pensamiento de Descartes, nadie puede concebir".

Las líneas que preceden son prueba de que el autor que defendía su *Tratado Teológico-Político,* tenía presente en todo instante sus ideas metafísicas, su sistema filosófico. Y en este sentido tiene la carta que aquí reproducimos un señalado mérito. Ella nos enseña cómo, dentro de su doctrina, procuraba Spinoza la conciliación de las ideas de libertad y

necesidad.

Mas no era la sola reflexión teórica lo que le interesaba. Le preocupaban sus consecuencias prácticas. Sobre ellas dice: "Esta necesidad ineluctable de las cosas no suprime, por lo demás, ni las leyes divinas ni las leyes humanas. Pues las enseñanzas morales recibidas en nombre de Dios mismo bajo forma de leyes, no son menos divinas y saludables. Que el bien, que es la consecuencia de la virtud y el amor de Dios, sea recibido por nosotros de Dios como lo recibiríamos de un Juez, o que fluya de la necesidad de la naturaleza divina, no por ello será ni más ni menos deseable; e igualmente, los males que son la consecuencia de las malas acciones, no serán menos de temer porque sean consecuencia necesaria de ellas; y en fin, que actuemos libremente o en virtud de una necesidad, son siempre la esperanza y el temor quienes nos conducen. Mi detractor no tiene, pues, razón en afirmar *que no dejo lugar alguno a los preceptos y a los mandamientos,* o, como lo dice también, *que no queda ya espera de castigo o de recompensa, si todo es referido a un* fatum *y si se sostiene que todo fluye de Dios por una necesidad inevitable*".

"No pregunto aquí por qué es total o parcialmente diferente el juzgar que todo deriva necesariamente de la naturaleza de Dios y de identificar a Dios con el Universo; pero le pediré que note lo que agrega con no menos malevolencia: según él, *quisiera yo que el hombre se aplicase a la virtud, absolutamente sin el propósito de seguir los*

preceptos y la ley de Dios, o con la esperanza de una recompensa, sino, etc. Ciertamente no se puede encontrar estas palabras en ninguna parte del *Tratado;* por el contrario, he dicho expresamente en el capítulo IV que lo esencial de la ley divina (grabada en nuestra alma, como lo he mostrado en el capítulo XII) y su precepto capital es amar a Dios como el soberano bien, no en verdad por temor de algún suplicio (pues el amor no puede nacer del miedo), ni por amor a algún otro objeto del que quisiéramos gozar (pues si así fuese no es a Dios mismo a quien amaríamos, sino aquello que deseamos); y he mostrado en el mismo capítulo que Dios ha revelado esta ley a los profetas. Que yo considere esta ley como habiendo recibido de Dios mismo una forma jurídica o que la concibamos como semejante a los otros decretos de Dios que envuelven una verdad y una necesidad eterna, ella no será menos un decreto de Dios y una enseñanza saludable; que yo ame a Dios por una libre decisión o por la necesidad de un decreto divino, en todo caso amo a Dios y seré así salvado".

"Podría, pues, afirmar desde ya que este hombre es del género de esos a quienes me refería al final de mi prefacio, cuando decía: prefiero más que ignoren enteramente mi libro a que lo vean en modo absurdo por una interpretación malevolente, como es su hábito, y que, sin provecho para ellos mismos, dañen a otro".

"Aunque juzgo las precedentes observaciones suficientes para mostrar lo que he

querido establecer, he creído que valía la pena subrayar algunos puntos; por lo pronto, mi detractor cree sin razón que he tenido en vista los principios de los teólogos que distinguen en el lenguaje de un profeta según que enuncie dogmas o se limite a hacer un relato. Si cuando habla de este principio se refiere a ese que en el capítulo XV he dicho que fue profesado por un cierto R. Yehuda Alpakar, ¿cómo pretender que yo me afilio a él, cuando, por el contrario, en ese mismo capítulo lo rechazo y lo declaro falso? Si ha tenido en vista algún otro principio, declaro que no tengo de él ningún otro conocimiento, y que por consiguiente no he podido referirme a él".

"No veo, además, por qué dice que a mi juicio todos los que niegan que la razón y la filosofía sean los intérpretes de la Escritura compartirán mis opiniones, cuando yo he refutado la tesis de ellos tanto como la de Maimónides".

"Sería muy largo pasar en revista todos los pasajes donde muestra que el juicio que tiene de mí no es de un espíritu sereno; paso, pues, a su conclusión, donde dice *que no me resta ningún argumento para probar que Mahoma no ha sido un verdadero profeta.* He aquí lo que pretende sacar de mis opiniones, cuando se deduce claramente que Mahoma, según esas opiniones mías, ha sido un impostor, puesto que suprime enteramente esa libertad que ha reconocido la religión católica revelada por la luz natural y por la de los profetas, y que yo he probado que es absolutamente

necesario reconocer. Además, si así no fuera, le pregunto ¿debo yo demostrar que cierto individuo es un falso profeta? Son los profetas, por el contrario, quienes deben demostrar que son verdaderos profetas. Se objetará que Mahoma también ha enseñado la Ley divina y ha dado de su misión signos ciertos. Entonces no hay ninguna razón para que se deje de reconocer en Mahoma a un profeta verdadero". "En lo que se refiere a los turcos y otras naciones, si adoran a Dios practicando la justicia y la caridad al prójimo, creo que el espíritu de Cristo está en ellos y que están salvados, cualquiera que sea la creencia que, por ignorancia, profesen sobre Mahoma y sus oráculos".

"Ve usted ahora cuánto se ha apartado de la verdad ese hombre; no obstante, convengo en que no es a mí sino a él a quien hace más daño cuando no se sonroja al pretender que enseño subrepticiamente el ateísmo por un camino retorcido".

Spinoza va a terminar su carta a Osten. Sabe que ella llegará a manos del doctor Velthuysen; sabe también que ha sido áspero con su contrincante. Por eso, recomienda en las últimas líneas: "Agregaré que creo que usted no encontrará en esta carta algo que pueda juzgar demasiado severo. Si no obstante encuentra usted una palabra que le parezca excesiva, le pido que la borre o que la corrija a su agrado. No tengo la intención de irritar a nadie y de hacerme enemigos. Y como ése suele ser el resultado frecuente de las discusiones de esta clase, sólo con pena he podido

decidirme a responder y no lo habría hecho si no me hubiese comprometido a ello. Confío esta carta a su prudencia y le pido que me crea, etc...".

Hemos trascripto íntegramente el texto de la carta de Spinoza a J. Osten, porque ella nos muestra varias facetas de su psicología: la solidez de sus convicciones, el esfuerzo de claridad en el pensamiento; una irritación apenas disimulada en la réplica, a la vez que el deseo de evitar querellas. Nos muestra también que al tiempo de escribirla tenía ya en su mente toda la concepción que habría de expresarse en su *Ética.* Esa epístola es en verdad una síntesis de las doctrinas metafísicas y morales de Spinoza hecha por él mismo. A nuestro juicio contiene ella, enunciadas por el propio filósofo, las ideas que permiten establecer la conexión entre sus dos obras principales: entre el *Tratado Teológico-Político* y la *Ética,* diversas por su asunto y completamente diferentes por la forma de la exposición.

La carta de Spinoza a Osten llegó a manos del doctor Velthuysen, transcurrido algún tiempo se conocieron Velthuysen y nuestro filósofo, y aunque sus opiniones religiosas y filosóficas no coincidían, mantuvieron el uno para con el otro una actitud de extrema consideración.

Cuatro años después de esa carta, Spinoza, en una escrita entre el 11 de noviembre de 1675 y el 14 del mismo mes, se dirige a Velthuysen pidiéndole que le permita publicar su respuesta junto con el escrito a que contestaba. Hasta admite que

Velthuysen elimine las asperezas de esa respuesta. Spinoza afirma que está dispuesto a suprimir el nombre de Velthuysen en una publicación de comentarios al *Tratado Teológico-Político* que entonces proyectaba editar. Ruega a su adversario que exprese por escrito sus nuevas reflexiones a propósito del *Tratado:* "Le pido empeñosamente que lo haga. No hay ciertamente nadie cuyos argumentos examinaría yo con más ahínco, pues sé que sólo le interesa el amor a la verdad y conozco su excepcional lealtad, a la que me dirijo para pedirle una vez más que quiera emprender este trabajo y creerme su mayor devoto". En la misma carta se pone de manifiesto cómo Spinoza sabía entenderse con un adversario, manteniendo cada cual sus puntos de vista, sin mengua del respeto y de la estima personal.

Cuando Velthuysen editó sus escritos en 1680, tres años después de la muerte de Spinoza, recordaba en el prólogo sus frecuentes conversaciones con el filósofo. Entonces ya había aparecido la *Ética.* La oposición de Velthuysen a las ideas de Spinoza se hizo aún más violenta[44].

La hostilidad contra Spinoza aumentaba. El 20 de agosto de 1672 había muerto Juan de Witt en las circunstancias que relatamos en el capítulo XVI. La protección que su amistad le significó antes, desapareció. Los únicos hombres influyentes en la vida pública holandesa con cuyo amparo podía contar eran Juan Hudde, burgomaestre de

[44] En 1676 había publicado Velthuysen en Utrecht *De naturali pudore et dignitate hominis.* Se refiere al *Tratado* de Spinoza diciendo que "enseña abiertamente el ateísmo y el determinismo, no dejando lugar alguno al juicio final, a la recompensa y al castigo".

Ámsterdam, y Conrad Burgh, comerciante afortunado y de sólida cultura. El número de sus adversarios crecía a la vez que se hacía mayor la rudeza de las agresiones.

La cantidad de escritos contra el *Tratado Teológico-Político,* era mayor de año en año. En 1674 aparecieron varios. Entre ellos estaba una obra del comerciante William Blyenberg a cuyo cambio de cartas con Spinoza nos hemos referido anteriormente.

Iracundo fue el ataque dirigido contra Spinoza por Reiner van Mansvelt, profesor de teología en Utrecht. Dedicó un libro al *Tratado,* del cual afirma: "Con arte diabólico ha construido el autor su edificio ateísta. Declara que Dios y mundo, espíritu y cuerpo, son lo mismo; no lucha por la libertad del pensamiento, sino por la libertad delictuosa. Sus principios fundamentales nada construyen, sino que destruyen la paz de la República. Por eso debe el libro todo ser condenado a una oscuridad eterna". La obra de van Mansvelt se publicó en Ámsterdam en 1674, y en sus palabras había una incitación a que el Estado tomase medidas contra las prédicas de Spinoza. El teólogo de Utrecht recomendaba que las autoridades defendieran al pueblo de quienes lo desviaban, de quienes lo apartaban de la justicia y de Dios.

Spinoza nada publicó para defenderse del ataque de van Mansvelt. En una carta refiere que hojeó el escrito en una librería y juzgó que no era acreedor a una réplica.

En esa misma carta vemos a Spinoza utilizando la expresión más sarcástica que se encuentra en todo su epistolario: "He pensado, riendo para mí, que los ignorantes siempre son absurdos y grafómanos".

El desdén de Spinoza frente a la crítica del profesor de teología de Utrecht no hubo de ser compartido por las autoridades del Estado.

Si Spinoza tuvo enemigos implacables, no le faltaron amigos fieles en esos tiempos de lucha. Seguían de cerca los acontecimientos y suministraban al filósofo informaciones de cuanto se escribía y decía respecto de su obra. El *Tratado Teológico-Político* se había publicado en latín y no llegaba al gran público. Los amigos de Spinoza, inmediatamente de impreso el libro pensaron en hacerlo traducir y editar en holandés. Pusieron manos a la obra. Un buen traductor estaba ya en plena tarea de verter el *Tratado* a fines de 1670.

Cuando Spinoza supo de este propósito, se apresuró a escribir a Jarig Jelles una carta pidiéndole que desistiesen de la proyectada edición holandesa. Era todavía en 1671, antes, por consiguiente, de haberse producido algunos de los ataques a que acabamos de referirnos. El 17 de febrero de 1671 escribe Spinoza su carta a Jelles: "En una visita reciente, el profesor N. N.[45] me ha contado, entre otras cosas, que ha oído hablar de una traducción holandesa de mi *Tratado Teológico-Político,* y que una

[45] Algunos autores piensan que se trata del filólogo Graevius, el cual, a pesar de su total desacuerdo con las ideas de Spinoza, mantenía con él una estrecha relación personal.

persona de la que ignoraba el nombre estaba a punto de hacerla imprimir. Le ruego empeñosamente, en consecuencia, que se entere con cuidado de este asunto y que si es posible impida la impresión. No soy solamente yo quien lo pide; muchos de mis amigos y conocidos me acompañan. Verían con pena que este libro fuese prohibido, lo que ocurrirá sin duda alguna si es publicado en holandés. Cuento con que usted no se abstendrá de prestar sus buenos servicios a la causa y a mí mismo".

En esta carta Spinoza comenta también un libro que acababa de leer, libro que juzga deplorable; al propio tiempo habla con admiración de Tales de Mileto, "el gran sabio que se hacía muy rico por un generoso desprecio de las riquezas, y no por la codicia de ellas".

Jarig Jelles cumplió el pedido de Spinoza. La edición holandesa del *Tratado Teológico-Político* se publicó recién 16 años después de la muerte del filósofo.

Pero no hizo falta que apareciese la edición en lengua vernácula para que el *Tratado* fuese públicamente combatido, perseguido. Los sínodos provinciales de la iglesia calvinista se dirigían a las autoridades eclesiásticas centrales reclamándoles que obtuviesen la confiscación de todas las obras perniciosas, entre ellas el *Tratado Teológico-Político.* Ya a mediados de 1670 poco tiempo después de la aparición del libro, se pusieron en movimiento los clérigos calvinistas contra la obra nefasta. De La Haya, de Leyden, de Utrecht, de Dordrecht y de otras ciudades llegaban

pronunciamientos contra el *Tratado.* Juan de Witt vivía aún; se pidió al *Pensionario* que ayudase a reprimir la difusión de las ideas de Spinoza. De Witt no se prestó a estos deseos.

Otra fue la situación después de la muerte de Juan de Witt. En las universidades, profesores conocidos se expresaban contra el *Tratado Teológico-Político* y advertían al público contra otra obra que preparaba el mismo autor. La lucha contra el *Tratado* arreciaba.

La interdicción terminante de difundirlo fue dictada después del fallecimiento de Juan de Witt, ya cuando estaban al frente del gobierno los partidarios de los Orange, apoyados por los clérigos calvinistas en sus aspiraciones monárquicas.

El 19 de julio de 1674 publicó Guillermo III un decreto de vasto alcance y con el cual satisfacía los deseos de la Iglesia de Calvino. Fueron prohibidas varias obras, entre ellas el *Tratado Teológico-Político.* Decía el decreto: "Bajo pena, queda prohibido para en adelante que se impriman, difundan y vendan o se distribuyan de una u otra manera libros como los nombrados u otros similares". En lo que se refiere al *Tratado,* la eficacia de la orden fue limitada. Había ejemplares de las primeras ediciones hechas de manera propia para disimular su contenido. En 1675, el 21 de junio, el consejo sacerdotal de La Haya se quejaba de la invasión del pensamiento de Spinoza en los espíritus de sus contemporáneos. Ese consejo

sacerdotal no quedó impasible, cuando tuvo conocimiento de que Spinoza proyectaba la publicación de otra obra. Spinoza no ignoró la vigilancia que sobre él ejercían los clérigos calvinistas de La Haya y por eso se dirigió en julio de ese mismo año 1675 a Ámsterdam; tenía la intención de hacer publicar allí la *Ética,* ya definitivamente concluida. Se le presentaron dificultades que le obligaron a desistir de su proyecto. En una carta que dirigió a Oldenburg le explicaba las razones del desistimiento: "Al momento en que recibí su carta del 22 de julio (1675) partí para Ámsterdam para hacer imprimir el libro del que le hablé en mi carta anterior. Mientras me ocupaba de este asunto, se difundió por todas partes el rumor de que estaba en prensa un libro mío en el cual me esforzaba en demostrar que no había Dios, y muchas gentes dieron fe a este rumor. Algunos teólogos (quizás los primeros autores de este rumor) aprovecharon la ocasión para depositar abiertamente una queja contra mí ante el Príncipe y los Magistrados; además, tontos cartesianos, para evitar la sospecha de serme favorables, no dejaron de señalar continuamente que son horribles mis opiniones y mis escritos. Por haberlo sabido de algunas personas dignas de fe que afirmaban al mismo tiempo que los teólogos me acechaban por todas partes, he resuelto postergar la publicación hasta el momento en que hubiere comprobado como marchan las cosas; y me he propuesto comunicarle entonces la decisión que adopte. Pero la situación parece agravarse todos los días y ya no sé qué hacer".

En la misma carta a Oldenburg, Spinoza le pide que le señale los párrafos del *Tratado Teológico-Político* que necesitan de alguna explicación; tenía "la intención de aclarar este *Tratado* por medio de algunas notas y de desvanecer en lo posible las prevenciones que pudo haber provocado".

En aquel momento la larga enfermedad de Spinoza comenzaba a tornarse alarmante. Tenía 43 años y desde hacía 20 estaba enfermo.

Entretanto, habían ocurrido en la vida del filósofo algunos hechos de singular importancia. En primer término, la invitación a dictar cátedra de filosofía en la universidad de Heidelberg.

CAPITULO XX

SPINOZA ES INVITADO POR LA UNIVERSIDAD DE HEIDELBERG

La universidad de Heidelberg. Su reconstrucción por el Elector Carlos Luis. La enseñanza de la filosofía en Heidelberg. La invitación a Spinoza. Texto del rechazo. Sus causas.

Las riquezas y los honores no se contaron entre las cosas preferidas por Spinoza. Pero aunque no aspiraba a los honores, uno muy alto le fue ofrecido, cuando él menos se lo esperaba, por una universidad entonces ilustre. Era en momentos de apasionada lucha en torno al *Tratado Teológico-Político.* En la correspondencia de Spinoza está documentado el hecho, que constituye uno de los episodios salientes en su vida. En esa correspondencia nos encontramos con una carta que le fue remitida por un personaje al que no conocía desde una ciudad que tampoco conocía. Firmaba la carta Juan Luis Fabritius, el cual decía:

"Al célebre y muy profundo filósofo B. de Spinoza. Eminente señor: El Serenísimo Elector Palatino, mi magnánimo Señor, me ha encomendado que le escribiese a usted, a quien aún no conozco, pero que está recomendado al Príncipe, para preguntarle si estaría dispuesto a aceptar una cátedra ordinaria de filosofía en su ilustre Academia. Se le pagará la retribución anual que ahora se paga a los profesores ordinarios. En ninguna parte encontrará usted príncipe tan respetuoso para con los espíritus extraordinarios, entre los que usted se cuenta. Tendrá usted la más plena libertad de filosofar, libertad de la que el príncipe cree que usted no abusará para turbar la religión oficialmente establecida".

"No he podido dejar de cumplir la misión que me ha confiado ese príncipe sabio. Por eso le pido empeñosamente me conteste a la mayor brevedad que pueda. La contestación

puede usted remitirla, ya sea al doctor Grotius, representante del Serenísimo Señor Elector en La Haya, o bien entregarla al doctor Gillie van der Heck, para que me sea trasmitida con el correo destinado a la Corte, a menos que usted prefiera usar de algún otro medio a su comodidad. Solamente agregaré que si usted viene aquí, disfrutará, salvo que se produzcan acontecimientos inesperados, de una vida agradable y digna de un filósofo. Reciba señor los saludos de su muy devoto, J. Luis Fabritius, profesor de la Academia de Heidelberg y consejero del Elector Palatino".

La carta está fechada el 16 de febrero de 1673 y fue escrita en nombre del Príncipe Carlos Luis, figura por muchos motivos descollante en la Alemania de aquel tiempo.

Era hombre sin prejuicios, respetuoso con los trabajos de la libre investigación filosófica. Había nacido en 1617. Cuando joven, estuvo en Holanda, centro espiritual de irradiación europea durante el siglo XVII. Fue alumno de la Universidad de Leyden, a la que solían acudir estudiantes de todo el Continente. Carlos Luis se dedicó en un comienzo a estudios de política, filosofía, matemáticas y teología. Algunos de sus biógrafos cuentan que en su mocedad llevó una conducta disipada. En Holanda vivió Carlos Luis con su familia, disfrutando de una libertad en otras partes inaccesible.

Al regreso a su país, en 1649, preocupóse en primer término del mejoramiento de la cultura y de la restauración de la economía. En la capital del Palatinado, en Heidelberg, existía una universidad, célebre en otros tiempos. Había sido casa de estudios superiores

y de alta especulación intelectual. La guerra de los treinta años trajo, entre otras ruinas, la de más de un instituto de enseñanza. También Heidelberg fue víctima de las prolongadas luchas. Carlos Luis era un administrador de dotes sobresalientes. Se dedicó a reconstruir la Universidad de Heidelberg y en ello puso el mayor empeño. El 1º de noviembre de 1652 fue solemnemente inaugurada la renovada Universidad del Palatinado. El príncipe en persona era su rector, su mecenas, su protector. Del extranjero sabía invitar a estudiosos a quienes pedía su colaboración al servicio de los planes docentes que elaboraba. Junto a un profesor suizo enseñaba otro procedente de Holanda. Samuel Pufendorf ocupó la cátedra de derecho natural. La de filosofía fue encomendada al cartesiano Juan Freinsheim. Después de la muerte de Freinsheim, en 1660, estuvo en suspenso durante doce años la enseñanza de la filosofía. En 1672 fue designado para desempeñarla el francés Tannequil Lefevre, profesor a la sazón en la Academia Protestante de Saumur, donde se le respetaba, sobre todo, por sus conocimientos de griego y latín. Mas al año de llegar Lefevre a Heidelberg, fue invitado Spinoza para ocupar la cátedra de filosofía que aquél había obtenido por mediación del ya nombrado Fabritius y de Urbain Chevreau, con el cual no tardaremos en encontrarnos de nuevo.

El príncipe Carlos Luis sabía quién era Spinoza, pues lo conocía por su exposición de la filosofía cartesiana. Conocía también a Spinoza como autor del *Tratado Teológico-Político.* Los puntos de vista del "hereje" no hubieron de resultar condenables para el espíritu de quien fue precursor del iluminismo en Alemania. Estos antecedentes explican

la carta del 16 de febrero de 1673 enviada al filósofo de La Haya por el profesor Juan Luis Fabritius. Mas la gestión de este último tuvo el resultado que era de prever. El episodio tiene en la vida de Spinoza una significación singular y por ello merece que nos detengamos en su relato. Su desarrollo se explica, por los antecedentes de los personajes que en él actuaron.

Juan Luis Fabritius nació en julio de 1632, el mismo año que Spinoza. Su educación fue severamente calvinista; su formación era preponderantemente teológica. Era hombre mundano y a su habilidad diplomática agregaba no poca astucia. En Heidelberg tenía un hermano de nombre Teobaldo, el cual enseñaba historia en la universidad. Esta circunstancia contribuyó a que Juan Luis Fabritius ocupase en 1656 una cátedra de teología; un año más tarde fue profesor extraordinario de griego. Más todavía, dictaba clases de ética y metafísica en un curso para teólogos. No tardó en acercarse al Príncipe Carlos Luis, junto al cual logró disfrutar de una posición de allegado influyente. Servía al Príncipe en misiones de diverso orden que le ofrecían la posibilidad de recorrer distintos países. Acompañó en un viaje a un hijo natural de Carlos Luis. Fue a Francia, y hallándose en Saumur entabló amistad con Tannequil Lefevre. Estuvo también en Holanda, y a su regreso a Heidelberg en 1660, comenzó a dictar un curso de filosofía. Fue precisamente cuando murió el cartesiano Freinsheim.

Se hacía necesario pensar en quién sería titular de esa cátedra. Entre los profesores de la Universidad de Heidelberg se contaba un francés de nombre Urbain Chevreau. Era éste católico, con aptitudes literarias y filosóficas. Sabía discurrir con ingenio grato a Carlos Luis, a cuya hija Isabel Carlota instruyó Chevreau en el catolicismo cuando ella proyectaba casarse con el hermano de Luis XIV. De 1671 a 1678 permaneció Chevreau en Heidelberg. Regresó a su país en 1701 y falleció a los 88 años de edad. A poco de haber llegado a Heidelberg le fue ofrecida en la universidad una plaza de profesor por mediación de Juan Luis Fabritius, con el cual mantenía correspondencia. Preocupóse Chevreau de hacer invitar a la Universidad a varios compatriotas suyos. Recomendó al ya nombrado Lefevre. Este último fue aceptado por Carlos Luis porque había sostenido una disputa en la Academia de Saumur donde -ya lo dijimos- enseñaba con gran éxito las lenguas clásicas. Había pasado de la religión católica a la protestante y la controversia surgida por esta conversión le confirió una aureola de martirio. Con esta aureola llegó a Heidelberg. Allí lo acogió calurosamente el Príncipe Rector.

Pero no le tocó en suerte desempeñar largo tiempo su cátedra en Heidelberg. Un años después de haber comenzado su enseñanza falleció, y entonces habría propuesto el mismo Urbain Chevreau que se invitase de La Haya al autor del *Tratado Teológico-Político.* Así lo refiere en sus propias notas autobiográficas, en 1700. “Cuando me encontraba en la Corte del Elector -cuenta Chevreau- hablé

favorablemente de Spinoza, aunque en aquel momento sólo conocía a este judío protestante por las partes primera y segunda de la Filosofía de Descartes, impresas en Ámsterdam por Juan Rieuwertsz en 1663. El señor Elector tenía ese libro, y después que hubo leído un par de capítulos resolvió invitarle a su academia de Heidelberg para que enseñase en ella, con la condición de que bajo ningún modo *dogmatizase*"[46]. Tal el relato de Chevreau, el cual agrega que el elector ordenó a Fabritius que escribiese a Spinoza. Añade Chevreau que Spinoza no aceptó la invitación, y cuenta que interrogó a algunos amigos suyos de La Haya y de Ámsterdam: se le explicó que el motivo del rechazo de Spinoza fue precisamente esa condición de no tocar con su enseñanza los dogmas de la Iglesia oficial; no quería abstenerse de criticar el culto dominante en el Palatinado[47].

Las anotaciones de Chevreau fueron hechas 27 años después de ocurrido el episodio, cuando el autor de ellas era ya anciano. Es posible que no sea estrictamente fiel su memoria en cuanto a la causa de la negativa de Spinoza. Justamente en aquella época, en 1696, invocaba Juan Bautista Dobuis las mismas razones contra Spinoza en un libro polémico. De ahí que sea verosímil que Chevreau haya tomado este

[46] Transcribimos estas líneas del estudio que al asunto que aquí nos ocupa ha dedicado un investigador erudito: M. Mayer: *Spinozas Berufung an die Hochschule zu Heidelberg*, en *Chronicon Spinozanum*, tomo III, 1923, págs. 20-44.

[47] Según Chevreau, Spinoza se encontraba mejor en Holanda, "donde tenía completa libertad de exponer sus opiniones y sus máximas a los curiosos que lo visitaban y de convertirlos en sus discípulos".

argumento de dicho libro.

De todas maneras se plantea el problema de cómo Chevreau recomendó al "judío protestante"; ¿por qué lo recomendó? ¿De dónde provenía la leyenda sobre la causa de la no aceptación de Spinoza? Lo único cierto es que cuando Chevreau anotó sus recuerdos de lo ocurrido, era ya adepto de Spinoza.

Un contemporáneo de Chevreau, Jacques Bernard, ha desmentido la información de aquél en cuanto a la condición impuesta por el Elector acerca de que Spinoza no tocase los dogmas de la fe. La rectificación de Bernard apareció en septiembre de 1700, en las *Nouvelles de la République des Lettres.* También Pierre Bayle en su *Diccionario* subraya la inexactitud en las anotaciones de Chevreau. Refiriéndose al error consignado en la *Chevreana,* dice: "Esto nos muestra que hasta los buenos autores están muy expuestos a contar mal un hecho".

Queda, por lo tanto, documentada la rectificación a ese relato. Sin embargo, la condición aparece enunciada en la carta de Fabritius. ¿Habría sido ella establecida sin anuencia del Elector? Evidentemente las ideas de Spinoza no concordaban con el espíritu de Fabritius, el cual no ignoraba quién era el autor del *Tratado Teológico-Político.* Fabritius estaba en correspondencia con personas de Holanda, se hallaba al tanto de lo que allí acontecía y mantenía relación con adversarios y críticos severos de Spinoza. En una carta a Juan Enrique Heidegger, amigo suyo de Basilea y su

compañero de estudios en Heidelberg, se expresa Fabritius en términos duros sobre el autor del *Tratado Teológico-Político,* tratado del que tenía una noción muy precisa.

Heidegger, biógrafo de Fabritius, refiere que éste no disimulaba su desagrado ante el proyecto de invitar a Spinoza. Le irritaba la idea de que en una universidad cristiana enseñara el judío Spinoza, "más pagano que cristiano". Decidió escribirle al filósofo, persuadido de que en todo caso su enseñanza, por tratarse de una cátedra de filosofía, sería mucho menos peligrosa que si se tratase de una cátedra de teología. Le decía a Spinoza que contaría con plena libertad para filosofar, con la condición de no perjudicar a la religión dominante. Con ello Fabritius alteraba la intención del Elector que sólo deseaba que Spinoza enseñase dentro del marco de su disciplina, sin ocuparse de temas teológicos.

A esa carta de Fabritius cuyos antecedentes ya conocemos, contestó Spinoza seis semanas más tarde. Se ignora si antes de dar su respuesta se aconsejó respecto de ella con algún amigo. El nombre Fabritius no le era extraño, pues en su biblioteca se encontraba un libro de Teobaldo Fabritius, ese hermano de Juan Luis que enseñaba historia en Heidelberg.

La contestación de Spinoza es de 30 de marzo de 1673 y dice: "Si alguna vez hubiera tenido el deseo de ocupar una cátedra profesoral mi anhelo único hubiera sido aceptar la que el Serenísimo Elector me ofrece por intermedio de usted, y esto por la

libertad de filosofar que el muy gracioso Príncipe tiene voluntad de acordarme, ya sin hablar del deseo que desde largo tiempo tengo de vivir en un país donde reina un príncipe cuya sabiduría es admirada por todos. Pero no habiéndome tentado nunca la enseñanza pública, no he podido decidirme a aceptar esta magnífica ocasión, aunque he reflexionado largamente sobre ello. Pienso, en primer lugar, que si me dedicara a la enseñanza de la juventud, debería renunciar a mis trabajos filosóficos. Por otra parte, ignoro dentro de qué límites debería contenerse mi libertad filosófica para que no apareciese queriendo turbar la religión oficialmente establecida, pues las discordias se producen menos por un celo religioso ardiente que por las pasiones diversas de los hombres o por el amor de la contradicción, que aparta de su sentido y hasta rechaza todas las palabras, aun cuando ellas son expresión de un pensamiento recto. Ya lo he experimentado en mi vida solitaria de simple particular, y esto sería mucho más de temer si ascendiese a tal grado de dignidad. Ve, pues, usted señor, que lo que me detiene no es de ningún modo la esperanza de una fortuna más alta, sino el amor de la tranquilidad que creo poder preservar de alguna manera absteniéndome de dictar lecciones públicas. Le pido, pues, que ruegue al Elector Serenísimo que me deje deliberar todavía y que conserve su benevolencia para su muy devoto servidor...".

Con estas palabras renunció el filósofo a la honra y a las ventajas de una cátedra en Heidelberg. Desde joven contaba Spinoza con discípulos. Cuando sólo tenía treinta

años, constituyeron sus amigos de Ámsterdam una suerte de Academia en la que sus ideas eran estudiadas con fervor y también discutidas con apasionamiento. Los primeros trabajos de Spinoza negaban a ellos en ejemplares manuscritos. Discípulos similares tuvo siempre el pensador que cuidaba celosamente su libertad. Enseñaba a su manera y no quiso un cargo docente, por gloriosa que fuese la universidad que se lo ofrecía, si para desempeñarlo debía abdicar de sus convicciones.

No se incurre en exceso de suspicacia al pensar que la redacción por Fabritius de la invitación a Spinoza, contribuyó a que éste no la aceptase. Poco tiempo después, la ciudad de Heidelberg era atacada por el ejército de Luis XIV. Fabritius apenas pudo salvar su biblioteca. Murió el muy hábil Juan Luis Fabritius en Francfort del Meno en 1697.

No ocupó Spinoza la cátedra de filosofía en Heidelberg. El Elector Carlos Luis, a juzgar por expresiones que aparecen en varias de sus cartas, sentía admiración por Spinoza. Era hombre sin prejuicios, un espíritu superior. En 1675 escribió en el libro de misa de su hijo Carlos: *No burlarse de ningún Estado, de ninguna nación, de ningún culto.* Sabía mucho, pero, no conocía a su consejero y secretario Juan Luis Fabritius.

CAPITULO XXI

¿SPINOZA DIPLOMÁTICO?

El ejército del príncipe Condé en Holanda. La ocupación de Utrecht. Spinoza es invitado a la sede del Estado Mayor de Condé. La mediación de Juan Bautista Stoupe. El ensayo de Stoupe sobre la religión en Holanda. El viaje de Spinoza. Su posible propósito. El regreso y la reacción de los enemigos de Spinoza.

En la vida de Spinoza se cuentan episodios estrechamente ligados a acontecimientos que afectaban a su país. Con la situación política y religiosa de Holanda se relacionan esos temores de que Spinoza habla a Oldenburg en la carta a que nos referimos en el capítulo XIX. Con un suceso de la vida internacional holandesa está vinculado uno de los hechos más llamativos en la existencia del filósofo mientras habitaba en La Haya y que ocurrió pocas semanas después del ofrecimiento de la cátedra de Heidelberg.

A comienzos de 1672 invadió el ejército de Francia parte del territorio holandés. Las fuerzas de Holanda pudieron presentar poca resistencia a las bien equipadas tropas comandadas por un jefe de excepcional pericia, y por eso cayó Utrecht rápidamente en poder de los franceses. La derrota de Holanda fue propicia a la acción de los partidarios de la casa de Orange que creyeron llegada la ocasión de tomar el poder en sus manos. Juan de Witt había caído víctima de la furia de la multitud, hábilmente conducida a la

persuasión de que el debilitamiento del poderío de Holanda se debió a él. Ciertamente, los partidarios de la casa de Orange que lo reemplazaron en el poder, tampoco fueron capaces de organizar, con la urgencia que las circunstancias requerían, una fuerza suficiente para repeler al invasor. Menos aún contaban con una dirección militar comparable a la del príncipe Condé, a cuyo mando estaba el ejército francés. Sus tropas, acuarteladas en Utrecht, se preparaban para un ataque a la capital de Holanda. Crítica era la situación de los holandeses.

Es entonces cuando Spinoza hace un viaje extraño: visita el cuartel del Príncipe. ¿Cuáles fueron los motivos de este viaje?

Aquí surge la hipótesis de que en La Haya se había pensado en la posibilidad de resolver la situación creada por medios diplomáticos que permitieran evitar la prolongación de la lucha, no deseada por los comerciantes y de perspectivas nada favorables. El príncipe Condé era conocido como uno de los primeros estrategos de su tiempo y también era conocido como hombre de mundo, interesado en disciplinas filosóficas, curioso en materia científica, amigo de La Fontaine y de Molière; se sabía que ayudaba a los escritores y que no le desagradaba el trato con *libertinos, deístas* y judíos. Era un mecenas. "En su séquito figuraban poetas, artistas, filósofos y sabios"[48].

Al cuartel general de Condé en Utrecht se dirigió Spinoza en circunstancias sólo en parte

[48] J. Freudenthal: *op. cit*., 1ª parte, pág. 244.

conocidas. En aquel tiempo ya se sabía de Spinoza fuera de Holanda. Condé verosímilmente había oído comentarios acerca de su obra; y en conocimiento de que el filósofo se encontraba en La Haya, es probable que hubiera querido aprovechar la ocasión para vincularse a él personalmente. No está excluido que del lado holandés se hubiera querido utilizar a Spinoza para un acercamiento con el jefe de las fuerzas enemigas que amenazaban tomar toda Holanda. Spinoza -huelga decirlo- era pacifista. ¿Creyeron los gobernantes de Holanda que pudiera lograr condiciones ventajosas en una paz inmediata? La suposición afirmativa es enunciada por algunos biógrafos de Spinoza, inclinados a explicar el extraño viaje de este último.

No se conocen detalles de la travesía que Spinoza emprendió a las filas adversarias. La significación político-diplomática de este viaje, extraordinario en nuestro filósofo, surgiría de una declaración hecha por el mismo Spinoza y que aparece en Colerus.

En la invitación a Spinoza fue mediador un suizo de nombre Juan Bautista Stoupe, personaje andariego con no poco de aventurero. Había nacido en 1620, y cuando joven estudió teología. Vivió varios años en Londres, donde fue predicador. Durante el gobierno de Cromwell se lo utilizó para diversos menesteres políticos. Después de la caída de la república inglesa y de la restauración de la monarquía, debió Stoupe abandonar Inglaterra. Se dirigió a Francia; dejó la teología y entró en un regimiento de suizos en el que un hermano suyo era oficial de alta jerarquía. Esto último facilitó la

carrera de Juan Bautista en su nueva ocupación, en la que se reveló hombre bien dotado, no tardando en ascender al grado de coronel. Y así, lo encontramos acompañando al príncipe Condé en su marcha sobre Holanda. En julio de 1672 se encontraba el coronel Stoupe con su regimiento en la ciudad de Utrecht, junto con el Estado Mayor del Príncipe. A principios de 1673 llegó Condé a la misma ciudad en compañía de sus hijos.

El tiempo transcurría plácidamente. Las fuerzas estaban inactivas y los oficiales franceses, más que ocuparse de batallas, se dedicaban a hacer ensayos de carácter militar. Stoupe, de su parte, se entregó a estudiar, a investigar las costumbres y la religión del pueblo holandés. Es probable que le hubiera incitado a este trabajo una carta que había recibido de un suizo de nombre Hommel, Pastor en Berna. El Pastor reprochaba a Stoupe porque siendo él calvinista luchaba con un ejército católico contra un país calvinista. Stoupe contestó a esta carta en un escrito que era todo un ensayo: *La religión de los holandeses, presentada en una serie de cartas escritas por un oficial del ejército al Pastor y profesor de teología en Berna.*

El documento estaba compuesto de seis cartas, redactadas entre el 2 y el 19 de mayo de 1673. En él señalaba Stoupe que había en Holanda tantas sectas y comunidades religiosas que resultaba imposible hablar de un protestantismo holandés como de una religión dominante. Stoupe hasta indicaba el número de los adeptos de cada uno de los cultos. Subrayaba que holandeses que servían en la

Compañía de las Indias Orientales en el Japón disimulaban su cristianismo porque podía perjudicarles en sus negocios. Por otra parte, ¿los holandeses no habían luchado contra los ingleses, también protestantes?

¿Cuándo y cómo pudo Stoupe reunir ciertas noticias sobre Holanda y hasta llegar a conocer historiadores holandeses? Schatzky y otros biógrafos de Spinoza recuerdan que en Utrecht vivía y trabajaba el médico doctor Velthuysen, al cual ya hemos encontrado en nuestra crónica de las controversias provocadas por la aparición del *Tratado Teológico-Político.* Velthuysen recibió hospitalariamente al triunfante príncipe Condé. No es difícil que el inquisitivo Stoupe tuviese trato con el médico durante el monótono período de la ocupación de Utrecht. Resulta así verosímil que por intermedio de Velthuysen, adversario de Spinoza, haya conocido Stoupe muchas cosas sobre Holanda en general y en particular sobre el autor del *Tratado Teológico-Político.* En su antes mencionado ensayo epistolar escribe Stoupe sobre Spinoza y sus ideas en estos términos:

"Creo que no habría terminado de enunciar todas las religiones de este país si no le hablara de un hombre célebre e ilustrado, el cual, según me han asegurado, tiene gran número de adeptos que son de la misma creencia que él. Es judío de nacimiento y se llama Spinoza. No abandonó la religión judía y tampoco adoptó el cristianismo. Es muy mal judío y no es mejor cristiano. Hace más o menos un año

escribió un libro con el título de *Tratado Teológico-Político.* Al parecer, el objeto principal del libro es destruir todas las religiones, tanto la judía como las cristianas, y abrir ampliamente las puertas al ateísmo, al libertinaje y a la libertad de todos los cultos. Sostiene que las religiones fueron inventadas para beneficio de la sociedad en general, para que los ciudadanos vivan honestamente y respeten a los gobiernos y para que se entreguen a la virtud sin esperar recompensa alguna después de la muerte, sólo por la magnificencia de la virtud misma y por los bienes que trae ya en la propia vida de quienes aspiran a ella. No dice claramente en su libro cuál es su pensamiento sobre la divinidad, pero cabe advertirlo aquí y allá. Por el contrario, en sus polémicas dice claramente que Dios no es un ser dotado de razón, perfecto y feliz, como nosotros lo aceptamos, sino que no es otra cosa que la fuerza de la Naturaleza que se encuentra en todos los seres".

"El tal Spinoza vive en este país. Ha pasado cierto tiempo en La Haya donde lo han visitado varios espíritus curiosos, entre ellos también doncellas de la *sociedad,* convencidas de que por su inteligencia superan a las de su clase. Los discípulos de Spinoza temen decir quién es el maestro de ellos, porque su libro socava todas las religiones y fue prohibido por un decreto de los Estados Generales. Sin embargo, a pesar de la prohibición, el libro se vende públicamente. Ninguno de los teólogos de aquí se ha atrevido a escribir contra las ideas que este autor defiende en su estudio. Esto me sorprende aún más porque pone de manifiesto un gran conocimiento del

hebreo como también de las costumbres religiosas, de los ritos y de la filosofía de los judíos. De modo que los teólogos no podrían decir que no vale la pena contestarle. Si en lo futuro seguirán permaneciendo en silencio, entonces se podrá afirmar con razón que no tienen fe, por haber dejado sin respuesta libro tan pernicioso, o bien que toleran las opiniones del autor o tal vez que les ha faltado valor y energía para la lucha"[49].

El texto que acabamos de transcribir muestra que Stoupe tenía ideas bastante precisas acerca de la obra de Spinoza. Es evidente también que entre las muchas noticias y los juicios que había recogido sobre el filósofo, figuraban apreciaciones corrientes en boca de sus adversarios. Por eso resulta fundada la opinión de que los interlocutores informados de Stoupe fueron e1 doctor Velthuysen y el filólogo Graevius, el cual reprobaba las ideas de Spinoza tanto como Velthuysen. También Graevius vivía en Utrecht.

Es probable que Stoupe hubiese conversado con frecuencia con el príncipe Condé, mas es difícil formarse una opinión respecto de si éste había leído a Spinoza.

Stoupe habría aconsejado a Condé que invitara a su cuartel a Spinoza, de cuyas cualidades de conversador ameno pudo haber oído elogios. Era en abril de 1673.

[49] El escrito de Stoupe se publicó en Colonia en 1673 y un fragmento del texto que se refiere a Spinoza fue reproducido en el *Diccionario* de Bayle, 1743. Freudenthal lo incluye en su biografía del filósofo.

Sufría entonces Condé un fuerte ataque de gota que le obligó a permanecer en reposo. Fue en esa ocasión -así creen algunos biógrafos de Spinoza- que resolvió hacer llamar al filósofo. Stoupe se encargó de convertir en realidad este propósito. Se dirigió al filólogo Graevius -así lo afirma un biógrafo de Spinoza-, y le pidió que gestionara su visita a Utrecht. No se sabe cómo llegó a través de las filas enemigas la carta invitación de Condé a Spinoza. Éste, en su epistolario, no hace ninguna mención del suceso. No han faltado quienes quisiesen negar todo el incidente atribuyéndole un carácter legendario. Se trataría de una invención ligera. Pero la verdad es que la visita tuvo lugar. Sólo cabe preguntar cuáles fueron los móviles que llevaron a Spinoza, al pensador tranquilo y cauteloso, a dirigirse en el verano de 1673 al cuartel del jefe del ejército enemigo. En todo caso, para atravesar las filas de ambos bandos debió estar munido de salvoconductos otorgados por autoridades de uno y otro.

A grandes riesgos se exponía a sospechas de espionaje, a la malevolencia de sus adversarios. Huelga señalar que se ha de excluir la suposición de que lo hubiera llevado allí el deseo de ponerse en contacto con hombres "encumbrados"; su decisión sólo pudo tener como razón única el objetivo patriótico de procurar para Holanda una paz honorable con el enemigo victorioso. Agréguese, también, que entre los amigos de Spinoza se contaba Hugo Boxel (en el capítulo XXIV volveremos a ocuparnos de é1), personaje de cierta influencia en los negocios

públicos y partidario de una paz inmediata con Francia.

¿Cómo relatan el suceso los cronistas? Colerus cuenta que "el señor Stoupe invitó a Spinoza después de que hubieran cambiado una serie de epístolas". Esto significaría que Spinoza recibió más de una carta de Stoupe. Pero no se ha conservado ninguna. No es difícil que Spinoza las hiciera desaparecer porque en ellas hubiese noticias políticas que habrían podido más tarde ser empleadas en perjuicio de él. ¿Se trataba efectivamente de gestiones de paz entre Francia y Holanda? ¿Spinoza habría sido el emisario más útil al gobierno de La Haya en aquellos momentos? La patria atravesaba una situación difícil; el jefe del ejército enemigo era hombre con aficiones filosóficas, y el filósofo Spinoza gozaba ya de vasta reputación. Estas razones podían haber hecho pensar al gobierno de Holanda en que Spinoza sería un enviado confidencial eficaz. Condé, a su vez, al hacer invitar a Spinoza pudo haber obrado por el simple deseo, propio de un príncipe ilustrado, de conocer a un gran pensador. Los preparativos de conquistar La Haya fueron abandonados, y con ello se desvanecía la posibilidad de visitar en su ciudad propia al filósofo. Spinoza, de su parte, habría visto complacido la perspectiva de poder contribuir a la concertación de una paz aceptable para Holanda.

Así, habría cierto equívoco en el viaje de Spinoza. Invitado por Condé a título de filósofo ilustre, el gobierno holandés le habría incitado a aceptar la invitación

convirtiendo al invitado en representante diplomático secreto. Spinoza habría hecho la travesía con ánimo exclusivo de servir a la paz y a su patria en peligro.

En Colerus hay una referencia que, de ser exacta, probaría en cuánta estima se tenía a Spinoza en círculos franceses. Relata que Stoupe prometió al filósofo que el príncipe Condé le procuraría una pensión anual del Rey de Francia si dedicaba a este último una obra suya. Spinoza rechazó el ofrecimiento.

Cuando Spinoza llegó a Utrecht el príncipe Condé no estaba en la ciudad; la había abandonado el 4 de julio de 1673 en compañía de su Estado Mayor. Ello se debió a una decisión imprevista.

Lucas relata que el duque de Luxemburgo recibió a Spinoza y le aseguró que el príncipe Condé le tenía en alto aprecio.

Las maneras refinadas de Spinoza impresionaron gratamente a quienes lo trataron en Utrecht. Spinoza permaneció en la ciudad un par de semanas cumpliendo un pedido de Condé de que lo esperara hasta su regreso. El tiempo libre lo pasó seguramente en sociedad de Velthuysen y también de Stoupe. Entretanto llegó una carta del príncipe Condé anunciando que debía postergar su retorno mucho más de lo que había pensado. Spinoza decidió volver inmediatamente a La Haya.

"A su regreso" -cuenta Colerus- "estaba la multitud de La Haya muy excitada

contra él; lo miraba como espía; y se murmuraba sobre la necesidad de matar a hombre tan peligroso ...". Se le acusó de traición a la patria y por poco no fue víctima de un atentado.

Cuando van der Spyck, en cuya casa vivía, supo de estas murmuraciones, se las hizo conocer a Spinoza. Le advirtió que se hablaba de castigar al "espía que escribió a los franceses cartas sobre asuntos del Estado y de la nación".

He aquí, según Colerus, la respuesta de Spinoza: *No os preocupéis. Soy inocente y entre los grandes hay muchos que saben muy bien para qué fui a Utrecht. Si junto a la puerta de vuestra casa se reuniera una multitud, saldría yo solo, aun cuando con ello me expusiera a que me traten como han tratado al buen señor de Witt. Soy un republicano sincero y solamente he tenido en vista la salvación del país.*

Ya no iba a durar mucho tiempo la ocupación de Utrecht. El 13 de noviembre de 1673 abandonó Stoupe con su regimiento la ciudad. En 1675 apareció un trabajo en el que hay abundantes referencias al trato de Stoupe con Spinoza y a la visita de éste al cuartel de Condé. Lleva por título *La verdadera religión de los holandeses* y se publicó en Ámsterdam. Su autor, Juan Brun, critica duramente a Stoupe y hasta le dirige censuras por faltas de lealtad para con el filósofo, pero es poco preciso en el relato del viaje de éste a Utrecht.

CAPITULO XXII

UNA POLEMICA EPISTOLAR

La conversión de Nicolás Stenon al catolicismo. Su escrito dirigido a Spinoza. La conversión de Albert Burgh. La carta de éste al filósofo. La respuesta de Spinoza. Spinoza polemista.

En la conducta de Spinoza nada influían las ideas religiosas de las personas con quienes mantenía trato. Respetaba las creencias ajenas, pero no podía admitir que en nombre de ellas se le instase a abandonar las propias. Más aún, Spinoza se tornaba airado, intransigente, cuando se intentaba hacer de él un adepto de una religión positiva. De dos jóvenes amigos recibió el llamado a la conversión. La actitud adoptada por Spinoza ante este llamado es una de las más reveladoras de su psicología.

Uno de ellos era Nicolás Stenon o Niels Stensen, nacido en Copenhague en 1638. En abril de 1660 llegó a Ámsterdam, ciudad en la que vivió unos meses en una casa próxima a la de la familia de Spinoza. A mediados del mismo año comenzó a estudiar en la universidad de Leyden. Tres años permaneció en Holanda. Stenon o Stensen llegó a ocupar un lugar prominente entre los sabios de su tiempo. Ya lo

hemos nombrado al relatar la vida de Spinoza en Rijnsburg. Estudioso de la geología y de la anatomía, realizó Stenon en ambas ciencias investigaciones y trabajos que le valieron la consideración de sus contemporáneos y le dieron un sitio destacado en la historia de los descubrimientos científicos del siglo XVII.

Cuando vivió en Leyden, hallábase Spinoza en Rijnsburg, y fue precisamente en Rijnsburg donde se conocieron. Stenon, seis años más joven que Spinoza, se interesaba en cuestiones teológicas y metafísicas y estaba informado de las ideas del filósofo.

Más tarde, el sabio protestante fue a Italia, y allí adoptó la religión católica con pasión exaltada. Era en 1667; en la ciudad de Florencia tuvo lugar la ceremonia de su bautismo. En el catolicismo encontró la revelación de la verdad suprema. El nuevo adepto de la Iglesia de Roma, convertido en tenaz misionero de su credo, quiso persuadir a Spinoza de que siguiese su ejemplo. En 1675 publicó en latín una suerte de carta abierta dirigida a nuestro filósofo, cuyo *Tratado Teológico-Político,* editado cinco años antes, conocía. Dio a su escrito este título: *Nicolai Stenonis ad novae philosophiae reformationem de vera philosophia epistola*[50].

No hay en la correspondencia de Spinoza ninguna mención de este escrito. ¿Lo

[50] Stenon escribió también otros trabajos sobre temas religiosos, entre 1675 y 1678. Su vida de creyente ha sido comentada más de una vez. Se ocupó de la interpretación de las Sagradas Escrituras, y ha hecho, él mismo, el relato del proceso que lo condujo a la conversión al catolicismo.

envió Stenon a su destinatario, sin lograr que éste le contestara?

En el documento, redactado en tono mesurado, pide Stenon a Spinoza que preste oído "a la verdad de nuestra Iglesia". Invocando autoridades católicas, le dice que en ella está "la única y verdadera filosofía que ha encontrado". Le aconseja que adopte el catolicismo, cuya Iglesia es la única que habla en nombre de Dios. Stenon compadece al descarriado Spinoza, cegado para la verdad. Deplora que un hombre a quien en otros tiempos consideraba como uno de sus familiares, permanezca en las tinieblas. Discute las ideas de Spinoza y piadosamente le expone los argumentos a su juicio mejores para hallar el camino recto de la salvación. Stenon tenía una ilustración vasta y en su escrito se advierte una elevación moral no inferior a su saber.

Ya dijimos que no cabe aseverar si Spinoza recibió o no el documento de Stenon; pero ciertamente sabía de la conversión de éste.

El caso de Stenon no fue el único que debió interesar a Spinoza. Otro de sus jóvenes discípulos, Albert Burgh, se convirtió también al catolicismo, y en una extensa carta, que figura en el epistolario del filósofo, trató de persuadirlo de que tomase el mismo camino. Albert Burgh era el hijo mayor de Conrad Burgh, amigo muy cercano de Spinoza y uno de los ciudadanos más ricos de Ámsterdam. Conrad Burgh llegó a ocupar cargos de alta dignidad en la vida pública de Holanda. Dio a su hijo una

instrucción muy esmerada, la más esmerada que era posible en Holanda en aquel tiempo. A los diecisiete años inició el joven Albert sus estudios de filosofía en Leyden; algunos autores piensan que en un comienzo fue alumno de van den Enden, el conocido maestro de Spinoza. Era Albert Burgh un temperamento romántico, sincero, con inclinaciones místicas, que contrastaba vivamente con el sereno y reflexivo carácter de su padre.

En 1673 hizo Albert Burgh un viaje a Italia, viaje que se consideraba propio de toda buena educación. Varios de sus biógrafos lo han presentado más tarde como hombre de virtudes excepcionales. Durante su viaje a Italia sentía Albert Burgh intensa aversión a la Iglesia de Roma. En Venecia -cuentan sus admiradores- se encontró con un sacerdote famoso por sus facultades persuasivas. Este sacerdote obtuvo que Albert Burgh, que entonces tenía veintidós años, se dirigiera a Padua. En esa ciudad adquirió conocimientos amplios sobre la religión católica. Su bautismo tuvo lugar en Roma. Allí ingresó oficialmente en el catolicismo y comenzó a vivir como asceta, estudiando a los Padres de la Iglesia.

Pero sintió que esto no era suficiente. Se creía en posesión de la verdad única y no quería reservarla para sí sólo. Quería que otros la compartieran. Comenzó a predicar el catolicismo y a invitar a los hombres al arrepentimiento. Con tal estado de espíritu escribió a Spinoza desde Florencia, el 11 de noviembre de 1675. En su carta al

filósofo, declara Albert Burgh que ha entrado en la Iglesia Católica por obra de la misericordia divina. Sobre lo ocurrido ha escrito con amplitud a Craenen, profesor de la Universidad de Leyden[51]. A Spinoza le hablará someramente, le recomendará que entre también en la Iglesia Católica, sin omitir las censuras directas a la filosofía espinociana: "Tanto como en otros tiempos le he admirado por la sutileza y la penetración de su espíritu, así ahora lo compadezco y deploro su desafortunada situación; veo en usted, en efecto, un hombre que ha recibido de Dios las más bellas dotes del espíritu, que ama la virtud, que está ávido de ella y sin embargo se deja engañar y desviar por el Príncipe de los Malos Espíritus con su soberbia criminal. Toda la filosofía de usted, ¿es otra cosa que pura ilusión y quimera? Y sin embargo usted acude a ella, no solamente para tranquilidad de su alma en esta vida, sino para su salud eterna".

Agrega Burgh que es miserable la base en que se funda toda la confianza de Spinoza. Advierte al filósofo que no le asiste derecho alguno para afirmar que su filosofía sea la mejor. ¿Conoce, acaso, Spinoza todas las filosofías enseñadas en el mundo entero, las filosofías que surgirán en el porvenir? Y aún admitiendo que conociera todas las filosofías, ¿con qué criterio demostrará que ha elegido la mejor? Se ocupa también Albert Burgh del *Tratado Teológico-Político* y de las interpretaciones que en él ofrece Spinoza de los libros sagrados y no vacila en

[51] Craenen dictaba cátedra de filosofía; era adepto de las doctrinas de Descartes.

sostener que estas interpretaciones son infundadas.

Señala a Spinoza que la verdad única está en la enseñanza de Cristo y que la única Iglesia cristiana es la católica. En prueba de lo acertado de su afirmación recuerda que esta Iglesia es la más antigua en el mundo y continuadora directa de la religión judía, la que hasta el advenimiento de Jesús era la sola creencia verdadera. La Iglesia católica heredó los libros sagrados y ha interpretado la palabra de Dios. Además, la Iglesia católica es la única que no cambia, la única sólida y segura en sus reglas. Ella no necesita de reformas porque es perfecta.

Albert Burgh también invocaba otros argumentos, para terminar aconsejando a Spinoza que se incorporase al catolicismo.

Spinoza contestó a la extensa carta de Burgh. Por lo que él mismo dice en su respuesta, se decidió a escribir a su ex-discípulo, en parte por lo menos, a ruego de los padres del joven converso. Los padres de Burgh y los amigos de la familia creían que la palabra de Spinoza podía tener influencia en el ánimo del joven que se había convertido a la fe católica para gran disgusto de ellos. Eran protestantes.

Éste es el texto de la carta de Spinoza: "Lo que apenas pude creer al oír el relato de otros, lo he comprobado personalmente en su carta, esto es, que usted no sólo se ha hecho miembro de la iglesia romana, como lo afirma, sino también que se ha

convertido en uno de sus más enérgicos propagandistas y que ha aprendido a insultar a los adversarios y a injuriarlos insolentemente. Me había propuesto no responder a su carta, convencido de que, más que las razones, el tiempo le permitirá reintegrarse a sí mismo y a los suyos; dejo de lado los otros motivos, que a su tiempo aprobó usted cuando conversamos sobre Stenon (cuyos rastros sigue usted ahora). Pero algunos amigos que, como yo, cifraban grandes esperanzas en usted, me han pedido con apremio que no eludiera el oficio amistoso de pensar más en lo que usted ha sido hasta hace poco que en lo que ahora es; estas reflexiones y otras análogas me han decidido a escribirle unas líneas, que le ruego lea con paciencia".

"No le hablaré aquí, como lo hacen los adversarios de la Iglesia Romana, de los vicios de los sacerdotes y Papas para apartarle de ellos. Estos ataques se hacen habitualmente con sentimiento maligno y más para producir irritación que con el propósito de ilustrar. Iré más lejos; le admito que en la Iglesia Romana hay una mayor cantidad de hombres con cultura superior y vida justiciera que en toda otra Iglesia cristiana; puesto que dicha Iglesia cuenta con más adeptos, es lógico que haya en ella una mayor cantidad de gente de toda condición".

"Pero de ningún modo podrá usted negar, si es que no ha perdido la memoria junto con la razón, que en toda Iglesia hay muchos hombres muy honorables que con la justicia y la caridad glorifican a Dios. Muchos de ellos encontrará usted entre los

luteranos, entre los reformados, entre los menonitas y entre los entusiastas, y, para no mencionar a otros, tiene usted mismo padres que en tiempos del Duque de Alba soportaron por su religión todo género de suplicios y han mantenido la libertad de su espíritu. Debe usted reconocer, entonces, que la santidad de la vida no es exclusiva de la Iglesia Romana, sino que es común a todas. Y porque sabemos (para decirlo con el Apóstol Juan, Epístola 1, capítulo 4, versículo 13) que Dios está en nosotros y que nos hallamos en Dios, resulta que todo lo que distingue la Iglesia Romana de las otras es superfluo y, en consecuencia, fundado en la sola superstición. Puesto que, como acabo de decirlo con Juan, la justicia y el amor son el único signo seguro de la verdadera fe católica y de la verdadera posesión del espíritu santo, donde ellos se encuentran está Cristo y donde faltan está ausente Cristo. Sólo por el espíritu de Cristo podemos ser conducidos al amor, a la justicia y a la caridad. Si usted se hubiera tomado la molestia de examinar rectamente estas verdades, no se habría perdido ni habría producido congoja tan amarga a sus padres, que ahora deploran su destino".

"Pero vuelvo a su carta, en la que usted se lamenta de que yo me hubiese dejado arrastrar por el Príncipe de los Espíritus Malignos. No se atormente, le ruego, y vuelva en sí. Cuando usted conservaba aún su razón, admitía, si no me equivoco, un Dios infinito, merced al cual todas las cosas existen y se conservan. Ahora, en cambio, sueña usted con un Príncipe enemigo de Dios, príncipe que, contra la

voluntad del mismo Dios, arrastra y denigra a la mayoría de los hombres (ya que los buenos son raros), a los cuales Dios libra, así, a la merced del maestro en crímenes para que les inflija tormentos eternos. La justicia divina tolera, por consiguiente, que el diablo impunemente pierda a los hombres, pero no admite que los hombres desolados y perdidos por ese mismo diablo queden sin castigo".

"Pero estos contrasentidos serían aún soportables, si usted glorificase al infinito y eterno Dios y no a ese que Chatillom, en la ciudad de Tienin, como se dice en flamenco, hizo servir impunemente de pasto a sus caballos. ¿Y a mí me compadece usted, pobre hombre? ¿Y mi filosofía, que usted ni conoce, la califica de quimera? Oh, joven insensato, ¿quién lo ha hechizado a punto de hacerle creer que se ha englutido y tiene en sus entrañas al ser supremo y eterno?"

"A pesar de ello, parece usted acudir a la razón y me pregunta de dónde sé que mi filosofía es la mejor de todas las que jamás se enseñaron o se enseñarán en el mundo. Esta pregunta podría yo, con mucho más derecho, dirigírsela a usted. No pretendo haber descubierto la filosofía mejor; pero sé que conozco la verdadera. Si usted me preguntara cómo lo sé, le contestaría: del mismo modo que usted sabe que la suma de los tres ángulos de un triángulo equivale a dos rectos. Y jamás se discutirá que con esto basta, mientras se tenga un cerebro sano y no se sueñe con espíritus impuros que nos inspiran ideas falsas, semejantes a la verdad; pues la

verdad es la piedra de toque de sí misma y del error".

"Pero usted, que pretende haber encontrado la mejor religión, o, más aún, a los mejores hombres, a los cuales se ha entregado, ¿de dónde sabe que es la mejor entre todas las religiones habidas y por haber? ¿Ha examinado usted todas las religiones, tanto las antiguas como las nuevas, las de aquí, las de la India y las de todo el globo terrestre? Y si es que las analizó debidamente, ¿de dónde sabe que ha elegido la mejor? Ya que no puede invocar en favor de su fe ninguna base racional, ¿dirá que se conforma con el testimonio íntimo del Espíritu de Dios y que los demás, a su vez, son arrastrados y desviados por el Príncipe de los Espíritus Malignos? ¡Pero, si todos los que se hallan fuera de la Iglesia Romana dicen, con el mismo derecho, de sus religiones lo que usted dice de la suya!"

"Lo que usted agrega respecto de la adhesión general de miríadas de hombres y de la ininterrumpida continuidad de la Iglesia, es la misma cantilena de los fariseos. Pues ellos traen, con no menos confianza que los adeptos de la Iglesia Romana, miríadas de testigos que, con un empecinamiento no menor que los de la Iglesia Romana, refieren como hechos de experiencia lo que han oído decir: su genealogía la hacen remontar hasta Adán. Con igual arrogancia se jactan de que su Iglesia se ha mantenido hasta hoy inconmovible en su solidez contra el odio de gentiles y de cristianos. Se refieren particularmente a su antigüedad. Afirman que han obtenido

sus tradiciones, de labios de Dios mismo y que sólo ellos guardan la palabra hablada y no escrita de Dios. Nadie puede negar que todos se separaron de ellos como herejes; que los fariseos se han conservado tantos miles de años, sin la presión ejercida por Estado alguno, sino por el solo efecto de la superstición. Pero lo que más les enorgullece es que cuentan más mártires que cualquier otra nación, número que en medio de profundo dolor crece diariamente, en homenaje a su religión. Esto no es una mentira. Yo mismo conozco, entre otros, a cierto Judá, llamado el fiel, que, entre las llamas, cuando ya se le creía muerto, comenzó a cantar el Salmo: "A ti, Dios, elevo mi alma", y en medio de la canción entregó su espíritu".

"Reconozco todas las ventajas políticas de la disciplina tan celebrada por usted que la Iglesia Romana ha instituido, y también el provecho material que muchos sacan de ella. Creo que no habría otra más adecuada para engañar al pueblo inculto y ejercer dominio sobre las almas, si no existiese el régimen de la iglesia musulmana, que en este punto la supera mucho. Desde su comienzo, esta superstición no ha conocido cismas".

"A decir verdad, sólo tiene alguna fuerza el tercer argumento de usted en favor de los cristianos: hombres ignorantes y de condición miserable, han podido convertir casi todo el globo terrestre a la fe de Cristo. Pero en todo caso este argumento milita en favor, no de la Iglesia Romana, sino de todas las que confiesan el nombre de

Cristo".

"Pero, supongamos que todos los argumentos que usted invoca sólo tienen valor para la Iglesia Romana. ¿Cree usted haber demostrado con ellos matemáticamente la autoridad de dicha Iglesia? En este caso, ¿quiere usted que yo crea que mientras mis demostraciones han sido inspiradas por el Príncipe de los Espíritus Malignos, las de usted fueron inspiradas por Dios? Advierto, y su carta lo prueba claramente, que usted se ha convertido en esclavo de dicha Iglesia, no por amor a Dios, sino por temor al infierno, que es la única causa de toda superstición. ¿Por humildad, acaso, cree usted más en los otros que en usted mismo? Pero esos otros también tienen adversarios que los condenan. ¿Considera usted arrogancia y vanidad el que yo acuda a la razón y que me tranquilice con ese verdadero Verbo de Dios que está en el alma y que nunca puede ser alterado ni corrompido?"

"Abandone, pues, la funesta superstición y reconozca la razón que Dios le ha dado; cultívela si no quiere colocarse entre los brutos. Deje, le digo, de llamar misterios a errores absurdos y no confunda lamentablemente lo que nos es desconocido, o lo que aún no está investigado, con creencias cuyo absurdo está demostrado como en el caso de los terribles secretos de esa Iglesia, que a su juicio sobrepasan el entendimiento tanto como contrarían la recta razón".

"El principio del *Tratado Teológico-Político,* esto es, que la Escritura debe ser

interpretada por la Escritura misma, principio que usted declara osadamente como falso y sin fundamento, está, sin embargo, apodícticamente demostrado sobre todo en el capítulo VII, como también están refutadas las opiniones adversas. Agréguele las demostraciones ofrecidas en el capítulo XV. Si usted quisiera leerlos con atención y examinar además la historia de la Iglesia (de la que parece usted muy ignorante), de modo que vea cuántos contrasentidos hay en los libros pontificales y por qué destino y con qué artificios el pontífice romano, seiscientos años después del nacimiento de Cristo, ha conquistado el mando de la Iglesia, entonces, no dudo de ello, volvería usted a la razón. Que esto ocurra se lo deseo cordialmente".

Hemos trascripto íntegramente el texto de la carta de Spinoza a Albert Burgh porque en ella se nos muestran varios rasgos de su carácter dignos de atención. La ecuanimidad de sus juicios frente a todos los cultos. La capacidad de estimar a los hombres con prescindencia de su religión. Y también se nos muestra en ella cuánto tiene de legendaria la "suavidad" del filósofo. El polemista implacable llega al tono hiriente para defenderse y también para agredir. La modestia de Spinoza también está ausente de esta carta. Habla de que su filosofía es la "única verdadera" con una seguridad, con una convicción ciertamente nada extraña en los filósofos que han construido grandes sistemas, atribuyéndoles un valor definitivo.

La carta de Spinoza que acabamos de transcribir es despiadada, cruelmente

despiadada, para con el novel adepto del catolicismo. Es tan hiriente la de Spinoza a Burgh, como la de éste fue irrespetuosa, agresiva.

A pesar de esta carta, la nobleza de la vida de Spinoza y su sabiduría merecieron de un Príncipe de la Iglesia Católica este juicio: "Cristo y Spinoza, sólo ellos revelan un puro conocimiento de Dios"[52]. Esta apreciación elocuente está reproducida en Gebhardt.

Mas la carta de Spinoza a su ex discípulo no sólo revela estos rasgos de su carácter. En ella se muestra una vez más cómo Spinoza sabía ser fiel a los deberes de la amistad. En homenaje a una amistad se decidió a escribir muy seriamente sobre un asunto al que no había pensado dedicar atención y del que se ocupó para complacer a los padres de Albert Burgh. Esta devoción al sentimiento amistoso se advierte en toda la correspondencia de Spinoza. Y porque supo siempre ser devotamente amigo, los más de sus amigos le guardaron lealtad invariable.

Igualmente se advierten en la epístola transcripta ecos de los argumentos protestantes contra la Iglesia de Roma, como también la aspereza, ya manifestada en el *Tratado Teológico-Político,* de sus juicios sobre los judíos, los "fariseos".

[52] Al cumplirse el tercer centenario del nacimiento de Spinoza, publicó la facultad de filosofía de la universidad católica "del Sacro Cuore" un volumen de estudios dedicados al examen de su obra: *Spinoza nel terzo centenario della sua nasita*, ed. società editrice "Vita e pensiero", Milán, 1934.

CAPITULO XXIII

LEIBNIZ Y SPINOZA

La personalidad de Leibniz. Su vinculación con amigos de Spinoza. La correspondencia entre Leibniz y Spinoza. La visita de Leibniz a La Haya. El encuentro con Spinoza. El interés de Leibniz por la Ética.

De cuantas figuras entraron en contacto personal con Spinoza, ninguna de tanto relieve intelectual como la de Godofredo Guillermo Leibniz. Nació Leibniz en 1646, catorce años después de Spinoza. Procedía de una aristocrática familia de origen eslavo que vivía en Leipzig. Su padre era profesor y abogado. El pequeño Godofredo Guillermo ya a los ocho años dominaba la lengua latina; la estudió a la par del griego desde muy temprano. A los trece reveló gran interés por difíciles problemas de lógica, acerca de los cuales conocía una literatura abundante. A los quince años ingresó en la Universidad de Leipzig; a los diecisiete terminó los cursos del bachillerato con una brillante tesis sobre el principio de individuación. En tres años concluyó sus estudios de jurisprudencia, y sólo por ser demasiado joven no se le otorgó el grado respectivo. A pesar de ello, le fue ofrecida en Altdorf una cátedra de derecho. "Otras cosas" interesaban al joven, según él mismo declaró

al rechazar el ofrecimiento. Fuera de la jurisprudencia, en la que por primera vez empleó el criterio histórico en la interpretación de la ley en su tesis *Sobre el nuevo método de la investigación jurídica* (1666), abarcaba la curiosidad de Leibniz las ciencias exactas, la física, la filosofía, las humanidades todas y la teología.

Las teorías de Kepler, Galileo y Copérnico le eran familiares. Para estudiar matemáticas se dirigió a Jena, donde asistió a los cursos que dictaba Erhard Weigel. Había estudiado filosofía en Leipzig, donde fue su maestro Jacobo Tomasius, al cual conocimos en el relato de las controversias sobre el *Tratado Teológico-Político* de Spinoza.

Ya a los veinticinco años escribió trabajos que revelaban a un pensador de talla excepcional. Pero no sólo las ciencias reclamaban la dedicación del joven extraordinario. Le atraía el mundo, le atraían el esplendor de los príncipes y las sutilezas de la diplomacia. Las circunstancias favorecieron sus inclinaciones. En Nürenberg, ciudad en la que se incorporó a la sociedad de los Rosacruces, conoció al Barón Juan Christian van Boineburg, consejero privado del Elector de Maguncia. Esta relación definió su suerte. El sabio, jurista, matemático, filósofo e historiador, iba a señalarse también por sus aptitudes en otro orden de actividades. La variedad de sus talentos hizo de él una de las figuras más descollantes de la época. Su nombre es uno de los más gloriosos en la filosofía moderna. En 1667 se

dirigió Leibniz a Maguncia, donde comenzó su carrera político-diplomática junto a Juan Felipe von Schoembar. Días agitados vivía entonces Europa. Habían transcurrido ya veinte años desde la paz de Westfalia, pero el mundo cristiano estaba aún dividido en dos sectores. La guerra entre católicos y protestantes, formalmente terminada, dejó fuerte encono entre los bandos contendores; los antagonismos no se habían extinguido. Alemania estaba en ruinas. Sobre ella se expandían Suecia y Francia. No iba a durar mucho la expansión sueca. Pedro el Grande se cruzaría pocas décadas después en el camino imperial de Suecia. Francia, entretanto, crecía. En Inglaterra, la apasionada lucha entre puritanos y católicos absorbía la atención del país, y por eso sus ambiciones internacionales estaban transitoriamente suspendidas. En la Europa Oriental, la media luna triunfante marchaba contra la cruz. De auxilios extraños hubo de necesitar Austria para salvarse. Eran tiempos de complicación diplomática.

Leibniz entró entonces al servicio de la diplomacia. Conocía sus secretos. Hubo de dirigirse a París, centro de atracción y de gravitación universal. Allí lo envió su señor para cumplir una difícil misión ante el rey Luis XIV. Necesitaba persuadir al monarca de la conveniencia de emprender la invasión del Egipto. Francia ensancharía sus dominios y se conquistaría la gratitud de Europa por la lucha contra los enemigos de su cultura. De todas maneras, la belicosidad de la monarquía francesa se desviaría de Alemania. Era en 1672.

Las gestiones del diplomático Leibniz no dieron el resultado esperado. Pero en sus andanzas de gestor en complicadas cuestiones internacionales, Godofredo Guillermo Leibniz prestaba atención a las ciencias y a la filosofía. En Francia conoció a Pascal, a Huyghens, al teólogo Arnauld, a sabios y pensadores famosos. Su curiosidad siempre alerta lo llevó frente a Spinoza. El encuentro entre ambos merece que nos detengamos en algunos de sus antecedentes. Ellos han sido minuciosamente investigados por Ludwig Stein.

Leibniz seguía de cerca la literatura filosófica de su tiempo. Escribía a sus amigos sobre los libros que llegaban a sus manos. Los primeros rastros del conocimiento de Leibniz de la filosofía de Spinoza se encuentran en una carta que envió el 20 de abril de 1669 a su maestro Tomasius. Habla en ella de los cartesianos y entre otros menciona también a Spinoza. Trae su nombre junto con los de Clauberg, Jean de Raey, Clerselier y Regius. Pensaba entonces Leibniz que Spinoza no era un pensador original. Un año después, en 1670, se publicó el *Tratado Teológico-Político.* Leibniz leyó el libro inmediatamente después de su aparición, pero ignoraba quién era su autor. No esperó mucho, y en septiembre de 1670 escribió a un amigo que el *Tratado* era un "escrito insoportable y lamentable". A otro amigo escribió que el libro era "horrible". Por el filólogo Graevius supo Leibniz en abril del año siguiente que Spinoza era el autor de la obra *malvada.*

Seis años después de la publicación del *Tratado* se encontraron Spinoza y Leibniz, mas antes hubo entre ellos relación epistolar. El 5 de octubre de 1671 envió Leibniz a Spinoza desde Francfort una carta en la que le hablaba de cuestiones de óptica[53]. Pedía respetuosamente a Spinoza que le expresase su opinión sobre un trabajo que el propio Leibniz había escrito. Sabía que Spinoza gozaba de renombre por su "notable conocimiento en óptica". El trabajo de Leibniz llevaba el título de *Notitia opticae promotae.* No era conocido más que por allegados de Leibniz y por entendidos, entre los cuales incluía a nuestro filósofo. Rogaba a Spinoza que consultase con su amigo Hudde, sabio famoso en la materia, sobre los méritos del ensayo. Al mismo tiempo le recomendaba dos trabajos, ambos sobre cuestiones de óptica. En la carta consultaba Leibniz a Spinoza sobre algunos asuntos científicos respecto de los cuales quería conocer su "juicio agudo". La carta de Leibniz estaba dirigida al "señor Spinoza, médico muy célebre y muy profundo filósofo". La firmaba "Godofredo Guillermo Leibniz, doctor en ambos derechos y consejero en Maguncia".

Algunos biógrafos de Leibniz y de Spinoza señalan que ante su maestro Tomasius mantuvo Leibniz en secreto el hecho de haber escrito una carta al hereje Spinoza. Este silencio se debería al deseo de Leibniz de no aparecer en tratos con quien había sido tan severamente fustigado por Tomasius. Además, él mismo había expresado

[53] Sólo había pasado un mes desde su severo juicio sobre el *Tratado*. Freudenthal (*op. cit.,* 1ª parte, pág. 268) señala que análoga fue su conducta con el "ateo" Hobbes.

su aprobación a tales críticas. Cuando su maestro hubo publicado una requisitoria contra el *Tratado Teológico-Político* de Spinoza y se la envió, le contestó Leibniz en los términos siguientes: "El autor del libro sobre la libertad de filosofar contra el cual has escrito una réplica bella y breve, es Benedicto Spinoza, un judío, el cual, según me informan de Holanda, se expulsó de la Sinagoga a causa de sus opiniones inauditas". Spinoza aparecía a ojos de Leibniz como un pensador peligroso.

Más de un mes hubo de esperar Leibniz la respuesta a su carta. Spinoza critica con cautela el trabajo que debió juzgar, después de agradecer que Leibniz se lo hubiese enviado. Confiesa que no entendió algunos puntos de ese ensayo y pide que le sean aclarados por su autor. Agrega que remitió a Hudde el ejemplar destinado a ser examinado por él, y que recién dentro de una o dos semanas podrá trasmitirle su opinión. Expresa su pesar por no encontrar en La Haya los libros que Leibniz le había recomendado, ni tampoco -"lo que más lamenta"- la memoria en que Leibniz expone su "hipótesis física". El final de la epístola de Spinoza es cortés pero sin mayor cordialidad.

Otras cartas cambiadas entre los dos no se conocen; de haber existido, se perdieron. Leibniz mismo ha señalado en alguna parte que sólo una vez escribió a

Spinoza. ¿Es absolutamente fidedigna la afirmación? Cabe dudarlo. Leibniz pudo haber creído prudente negar su frecuente intercambio epistolar con el filósofo de La Haya. Mas, Spinoza, a su turno, en cierta ocasión escribió a uno de sus amigos que conocía a Leibniz a través de algunas cartas y que tenía la impresión de que se trataba de un hombre de espíritu liberal y vasto saber.

En marzo de 1672 emprendió Leibniz su viaje a París para cumplir la misión diplomática a que ya nos hemos referido. Desde la capital de Francia no escribió a Spinoza. En París pudo Leibniz conocer al doctor van den Enden del cual ya nos hemos ocupado en el capítulo V. Por él probablemente tuvo noticias amplias sobre Spinoza. También pudo dárselas el físico holandés Huyghens con el cual entabló relación también en Francia. Huyghens conocía a Spinoza e incluso había leído algunos de sus escritos.

En la capital de Francia se dedicó Leibniz a estudiar el pensamiento de Descartes y procuró entablar relaciones con cartesianos y en general con cultores de la filosofía. Entre ellos se contaba un joven alemán, amigo de Spinoza y conocedor de su filosofía. Se trata del Conde Helfried Walter von Tschirnhaus. Por las referencias de Tschirnhaus pudo Leibniz enterarse cabalmente del sistema de ideas de Spinoza. ¿Le informó Tschirnhaus que Spinoza había escrito una *Ética,* aun no publicada, que sólo habían leído amigos del filósofo? Tschirnhaus tenía un ejemplar manuscrito de la *Ética,* pero no se lo ofreció a

Leibniz; la obra era confidencial y habría sido una falta de tino hacérsela conocer a un hombre de cuya actitud frente a Spinoza no tenía idea aún.

Y justamente cuando estaba en París y estudiaba afanosamente la filosofía de Descartes, podía serle particularmente útil a Leibniz la lectura de la obra principal de Spinoza. En un comienzo había considerado a nuestro filósofo como mero glosador del cartesianismo. Luego, el *Tratado Teológico-Político,* aunque reprobase sus opiniones, le mostraba un pensador mucho más personal que el autor de los *Principios de la filosofía cartesiana.* Tschirnhaus, a su vez, estaba interesado en que Leibniz leyese la *Ética.* Pero no se resolvía a ponerla en sus manos por propia decisión. En el epistolario de Spinoza está plenamente probado este hecho, al cual se refieren hoy todos sus biógrafos. La relación entre el Conde Tschirnhaus y Leibniz no tardó en convertirse en amistad sólida. Fue por Tschirnhaus y por la mediación del doctor Schuller de Ámsterdam, alemán también, que Spinoza tuvo noticias precisas sobre Leibniz. Tschirnhaus se dirigió a Schuller pidiéndole que obtuviese de Spinoza autorización para mostrarle a Leibniz la *Ética* no impresa. En una carta que Schuller escribió al filósofo el 14 de noviembre de 1675 le habla de diversos asuntos, le habla de observaciones de Tschirnhaus a la *Ética* y a continuación le dice: "Tschirnhaus refiere también que ha encontrado en París a un hombre notablemente instruido, versado en ciencias diversas y libre de los prejuicios ordinarios de la teología. Se llama Leibniz, y Tschirnhaus se ha ligado a él íntimamente, siendo la razón de esta amistad el que trabajen juntos en el perfeccionamiento de su entendimiento; piensan que

nada puede serles mejor y más útil. Parece que Leibniz está especialmente ejercitado en el estudio de cuestiones de moral y habla de ellas sin sufrir la presión de ningún prejuicio, bajo el solo dictado de la razón. Tiene también muchos conocimientos de física y ha estudiado bien la parte de la metafísica donde se trata de Dios y del alma. En fin, concluye Tschirnhaus, este Leibniz merece al más alto grado que los escritos de usted le sean comunicados con su permiso, y esta comunicación le parece a nuestro amigo que será ventajosa para usted; promete mostrárselos ampliamente si usted lo considera agradable. En caso contrario, no tenga ninguna inquietud; cumplirá su promesa de guardar enteramente para sí sus escritos, de los que no ha hecho hasta ahora la menor mención. Este mismo Leibniz toma muy en cuenta el *Tratado Teológico-Político* y, si usted recuerda, le ha escrito una carta a su respecto[54]. Le pediría, pues, que tenga la bondad, a menos que haya un motivo contrario e imperioso para ello, de autorizar esa comunicación y hacerme conocer lo más pronto posible su decisión, a fin de que pueda, al recibir su respuesta, escribir a nuestro amigo Tschirnhaus. Lo haré gustoso el martes por la noche, salvo que impedimentos graves obliguen a usted a diferir su respuesta". El doctor Schuller concluye informando a Spinoza que un amigo común llegado de Alemania le enviará un obsequio: un barril de cerveza.

Spinoza no se apresuró a resolver afirmativamente el pedido de Tschirnhaus hecho por intermedio de Schuller. Extremó en el caso su habitual cautela. Sorprendíale la presencia

[54] Esta afirmación de Schuller sería una de las razones que permiten sostener que Leibniz y Spinoza se habían escrito más de una vez.

de Leibniz en París, y precisamente porque Leibniz era un diplomático podía suponerlo vinculado a alguna negociación perjudicial para Holanda.

Spinoza quiere saber qué hace Leibniz en París. A los cuatro días de haber recibido la carta de Schuller escribe la respuesta a ella: "Creo conocer por correspondencia a Leibniz, del cual Tschirnhaus le habla en su carta, pero ignoro qué motivo tuvo para ir a Francia, siendo consejero en Francfort. En cuanto pude juzgarlo por sus cartas, me ha parecido que es un hombre de espíritu liberal y versado en todas las ciencias. Consideraría, sin embargo, inoportuno comunicarle con tanta prisa mis escritos. Quisiera ante todo saber lo que hace en Francia y conocer el juicio que sobre él se formará nuestro amigo Tschirnhaus cuando lo hubiere frecuentado más tiempo y tuviere de su carácter un conocimiento más íntimo. Le ruego desde luego que salude en mi nombre a nuestro amigo y me pongo enteramente a la disposición de él para todo servicio que tuviera que solicitarme".

En la misma carta contesta Spinoza a una observación de Tschirnhaus sobre un punto de la segunda parte de la *Ética* y no olvida de agradecer el anunciado envío de cerveza. Expansivo con Schuller, expresivamente amable con Tschirnhaus, Spinoza es reticente, casi desconfiado, respecto de Leibniz. ¿Le constaba a Spinoza que Leibniz había formulado juicios desfavorables sobre el *Tratado Teológico-Político*? Lo que en sentido opuesto le decía Schuller por informes de Tschirnhaus, en vez de

persuadirlo en favor de Leibniz, ¿no lo habría hecho recelar de él? Es difícil contestar a estas preguntas. La carta de Leibniz a Spinoza acerca del *Tratado Teológico-Político* no ha sido hallada. Schuller habla de ella como de algo cierto. De haberse encontrado, quizás se mostrarla la sinrazón de los interrogantes que ahora quedan sin respuesta.

Pasó un año. En noviembre de 1676 se encontraba Leibniz en Holanda. Visitó Ámsterdam y de allí se dirigió a La Haya para ver a Spinoza. En Ámsterdam pudo conocer al doctor G.H. Schuller, a cuya carta al filósofo acabamos de referirnos.

Leibniz quería conocer personalmente a Spinoza según lo ha probado Ludwig Stein con argumentos concluyentes. Dos meses estuvo Leibniz en Holanda. Schuller fue seguramente el intermediario para acercar a Leibniz y Spinoza. No hay en Leibniz en aquellos momentos otra actitud que la de una viva curiosidad frente a nuestro filósofo. Por las conversaciones con Schuller pudo haberse enterado del carácter del filósofo, para el cual había tenido reservas pero al cual ya estimaba y admiraba.

A mediados de noviembre de 1676 se produjo el primer encuentro entre los dos, en la modesta habitación de Benedicto Spinoza. La fantasía de más de un biógrafo e historiador ha intentado reconstruir la escena que nadie presenció y de la que nada se sabe con precisión. Entre otros, la ha evocado Theodor Gomperz. Del libro de Jacobo Schatzky sobre Spinoza extractamos estas líneas de Gomperz que se refieren

a la entrevista en la humilde casa de La Haya: “Imaginemos ahora un cuadro que bien merecería ser eternizado por el pincel de un pintor. En las calles y en las plazas de la ciudad arbolada, el viento del otoño juega con las hojas amarillentas. Dentro de una habitación de una casa burguesa de la tranquila Pavilionsgracht están entregados a un serio y entusiasta diálogo. No lejos de ellos, modestas gentes de la casa. De los dos, el uno está vestido en lucientes ropas de viaje según la última moda (porque, como dice Huyghens, el amigo de Leibniz, grande era el afán de éste por brillar). El cuerpo del otro, escuálido por la enfermedad, el cuerpo del sabio entregado a *Dios o la Naturaleza,* está cubierto por una vestimenta humilde. Ya vaga en las sombras de la muerte; no le quedan, en efecto, más que cuatro meses de vida terrenal, pero complacido descansan sus claros ojos, bajo las cejas abundantes, sobre el extraño visitante que a cada momento se empeña en obtener su aprobación. Y el mismo hombre que está en los 30, en la edad floreciente de sus energías, aunque comienza la calvicie en su cabeza, con los ojos brillosos por esperanzas orgullosas y de éxitos no menos orgullosos, él, que acaba de ganar la amistad de Newton y Boyle; que en la Academia Real apareció ante Kurtz como el perfeccionador de la máquina calculadora de Pascal; que fue honrado por la Academia Francesa como el descubridor del cálculo diferencial y que en la Corte de Luis XIV observaba agudamente el comercio mundial de toda clase y en cuya cabeza aparecen distintos proyectos políticos, literarios y científicos, él, el pensador cortesano y mundano no es en ese

momento un pensador, sino que sólo se preocupa de convencer a su colega de más edad de la solidez de sus demostraciones".

"Lo vemos viviente ante nosotros en la excitación momentánea; ruborizado el rostro pálido y tomando con rapidez tinta y pluma se sienta a la mesa de escribir de Spinoza, e impetuosamente traza sobre el papel sus premisas de las que fluye la existencia de un ser perfectísimo. Toma el papel escrito más cerca de sus ojos penetrantes pero miopes, para, con gesto triunfante, leérselo al sabio semidistraído que está junto a él pon una sonrisa cordial".

"¡Lástima que el dueño de casa de Spinoza, el honrado decorador van der Spyck, no haya espiado esta escena y no la haya dejado copiada para las generaciones venideras! Ciertamente, el buen hombre podía sospechar que en esa hora bajo su humilde techo estaban frente a frente dos épocas de la evolución humana, y que, extrañamente, la época más vieja estaba corporizada en la figura del más joven, y la época más joven encontraba su expresión en el pensador más viejo".

Varias veces conversaron Leibniz y Spinoza. El propio Leibniz se refirió en más de una ocasión a sus repetidos diálogos con nuestro filósofo.

Interesóse vivamente Leibniz en los últimos momentos de Spinoza y en lo que de Spinoza quedó a su fallecimiento. El doctor Schuller le escribió ampliamente acerca de

todo. Tres semanas antes de la muerte de Spinoza había comunicado Schuller a Leibniz que el estado de aquél era desesperante porque padecía una enfermedad grave, incurable. Y cinco días después de fallecer el filósofo, ofreció el doctor Schuller comprar el manuscrito de la *Ética* para la biblioteca del Duque de Hannover, a cuyo servicio estaba Leibniz. El precio calculado era de ciento cincuenta florines. Dos fieles amigos de Spinoza, el doctor Luis Meyer y el editor Rieuwertsz, impidieron que ello ocurriese al resolver hacer la edición de los escritos de Spinoza.

Schuller mantuvo después abundante correspondencia con Leibniz y en ella era Spinoza motivo de comentarios frecuentes. De las treinta y tres cartas que el médico de Ámsterdam escribió al filósofo alemán, hay once en las que habla de Spinoza.

A Leibniz le interesó la edición póstuma de los escritos del filósofo de La Haya. El 17 de julio de 1677 le informó Schuller que las obras se hallaban en prensa; el 21 de octubre del mismo año le comunicó que la edición estaba casi terminada y que le enviaría de ella todos los ejemplares que le pidiese. A principios de 1678 Leibniz podía ya comprobar que en el volumen estaba incluida una de las cartas que él había escrito a Spinoza. El nombre de Leibniz aparecía al pie de ella. El 6 de febrero de 1678 le escribió Schuller que no debía alarmarse, pues dicha carta sólo trataba de cuestiones científicas y no le traería daño.

No olvidó Leibniz sus encuentros con Spinoza. En su *Ensayo de Teodicea* (edición de Paul Janet de las *Oeuvres philosophiques,* tomo II, página 324), cuenta: "J'ay passé quelques heures après diner avec Spinoza. Il me dit, qu 'il avait été porté, le jour des massacres de M. M. de Witt de sortir la nuit et d 'afficher quelque part, proche du lieu (des massacres), un papier, ou il y aurait 'ultimi barbarorum'! Mais son hôte lui avait fermé la maison pour l'empecher de sortir, car il se serait exposé a être déchiré". En otra parte dice: "...Spinoza est mort cet hiver. Je l'ay veu pasant par la Hollande, et je lui ai parlé plusieurs fois et fort longtemps. Il a une étrange métaphysique, pleine de paradoxes...".

En el libro de Ludwig Stein *Leibniz und Spinoza* (páginas 307-8) está reproducida una carta de Leibniz escrita en febrero de 1678. En ella dice: "Las obras póstumas del difunto señor Spinoza han aparecido por fin. He encontrado en ellas un número de buenas ideas análogas a las mías, como lo saben algunos de mis amigos que eran también amigos de Spinoza. Pero ellas también contienen paradojas, ni verdaderas, ni plausibles. Por ejemplo, que sólo hay una sustancia, Dios; que las cosas creadas son modos o accidentes de Dios; que nuestro espíritu nada puede esperar después de la muerte; que Dios piensa, pero no comprende ni quiere; que toda cosa ocurre por una cierta necesidad fatal; que Dios actúa, no por fines, sino por alguna necesidad natural, lo que significa conservar la providencia y la inmortalidad verbalmente, pero, de hecho, renunciar a ellas...".

CAPITULO XXIV

LOS AMIGOS DE SPINOZA EN LOS ULTIMOS TIEMPOS DE SU VIDA

Visitantes curiosos de Spinoza. Sus recuerdos. Lucas, el primer biógrafo de Spinoza, personalidad de difícil identificación. El Conde von Tschirnhaus. La reanudación de la correspondencia con Oldenburg. El doctor Schuller. Una controversia sobre los fantasmas.

Más de un biógrafo de Spinoza cuenta que mientras éste vivía en La Haya acostumbraba no salir durante semanas. Es probable que esto sea verdad. Spinoza trabajaba. Recuérdese que hasta 1675 estuvo atareado en elaborar la *Ética*. Spinoza estaba enfermo. Cuidaba su salud y no se daba descanso; vivía administrándose a sí mismo prolijamente, minuciosamente. Pero ni en los últimos meses de su vida fue Spinoza ese solitario de que muchas veces se ha hablado. Hombres diversos desfilaban por su casa para aprender de él. Entre sus visitantes los había habituales, otros eran accidentales. Entre los visitantes casuales de Spinoza hay que recordar al poeta francés Henault. Henault era un adepto de las

ideas de Spinoza e hizo un viaje a La Haya con el exclusivo propósito de verlo[55].

También se ha de mencionar al famoso jurista e historiador Samuel Pufendorf. Pufendorf dejó sobre Spinoza unas líneas: "He conocido a Spinoza. Era un pájaro ágil, un destructor de dioses y de hombres. Encuadernó el Nuevo Testamento junto con el Corán. No encuentro en él ideas sutiles. Pero merece que se lo destruya a fondo". Pufendorf pudo haber sido colega de Spinoza en Heidelberg, si Spinoza hubiera aceptado la invitación de Carlos Luis.

Otro contemporáneo suyo, Juan Christian Sturm, fue a visitar a Spinoza "curioso de ver un animal exótico"[56]. Sturm era profesor del instituto teológico de Altdorf, pero a diferencia de Pufendorf no relató la impresión que Spinoza le causó.

El coronel Stoupe, al cual conocimos con motivo del viaje de Spinoza al cuartel del príncipe Condé en Utrecht, habla de visitas que solían hacerle a Spinoza algunas damas que se jactaban de sus dotes intelectuales.

Mas los amigos que interesaban a Spinoza, eran esos viejos amigos que le acompañaron en momentos difíciles, que estuvieron junto a él en las horas de combate en torno al *Tratado Teológico-Político.* Algunos de ellos dejaron en herencia

[55] Bayle en su *Diccionario* trae esta referencia respecto de Henault: "Il avoit le plus grand travers dont un homme est capable: el se piquait d'Atheisme y faisoit parade de son sentiment avec une fureur et une affectation abominable... Il avoit fait le voyage exprés pour voir Spinoza, qui cependant ne fit pas grand cas de son erudition". Tomamos esta cita de Paul Siwek, S.J.: *Spinoza et le pantheísme religieux*, ed. Desclée de Brouwer, Paris, 1937, pág. 76.

[56] Paul Siwek, S.J.: *op. cit*., pág. 76.

a sus hijos el afecto y la estimación por Spinoza. Tal fue el caso del librero y editor Juan Rieuwertsz. Rieuwertsz falleció antes que Spinoza. Le sobrevivió un hijo, Juan. Éste se sentía feliz en compañía del filósofo a quien su padre había admirado.

En los últimos años de la vida de Spinoza entró en relación con él un hombre que lo veneraba más de lo que lo comprendía. Era el médico Juan Maximiliano Lucas, que habitaba en Ámsterdam. No se conocen detalles de su actuación. Su *biografía* de Benedicto Spinoza la publicó Lucas anónimamente. Declaraba él mismo que era menester describir la existencia del filósofo de esa manera, como si se cometiera un delito.

Nada -dijimos- se conoce de la persona del doctor Lucas. Tampoco se hubiera llegado a saber que él fue el autor de la primera biografía de Spinoza, si el copista que reprodujo el texto original no hubiera agregado que se puede con seguridad decir que el escrito fue compuesto por "cierto señor Lucas que se ha hecho famoso con sus *Quintaesencias,* pero más aún por sus hábitos y por su manera de vivir". *Quintaesencias* era el título de un panfleto aparecido en 1680 contra el rey Luis XIV de Francia. Fue publicado en francés y hubo de él una traducción holandesa. El violento escrito hasta provocó una intervención diplomática del gobierno de París ante el de La Haya. Su autor se mostraba gran enemigo de la monarquía y del clero. Calificaba a Luis XIV de tirano, de destructor del Estado, de maldición de la patria,

de expoliador de Francia. No eran más suaves sus adjetivos para los sacerdotes.

En 1688 terminó Lucas la biografía de Spinoza. El temperamento inquieto, la imaginación desordenada, la exaltación, reemplazan las más de las veces la referencia ceñida a los hechos y el orden y la coherencia en el relato. Describe con colores sombríos la persecución que Spinoza sufrió de parte de los hebreos. Para calificarlos, dice en su ira que son jesuitas. Esta manera de presentar a la comunidad en que Spinoza nació, la emplea también para juzgar a todos los adversarios de su héroe. Nos ofrece así Lucas una descripción propia de un admirador enceguecido, una crónica que es las más de las veces un panegírico. Lucas era capaz de apreciar el carácter de Spinoza como supieron estimarlo los discretos van der Spyck; no fue mucho más capaz que estos últimos de valorar al filósofo. A juzgar por el escrito de Lucas, éste conoció a Spinoza. Pero ni siquiera supo relatar cuándo, dónde y de qué manera entró en trato directo con él. A tal punto permanecen en la sombra los datos sobre el primer biógrafo de Spinoza que algunos autores creen que Maximiliano Lucas no existió; se trataría, sencillamente de un seudónimo del Mariscal Saint Glains, al cual nos hemos referido en el capítulo dedicado a la permanencia de Spinoza en Voorburg.

Cuando nos ocupamos de los antecedentes de la vinculación de Leibniz con

Spinoza, hicimos mención a Tschirnhaus. El conde Helfried Walter von Tschirnhaus era un rico terrateniente, 19 años más joven que Spinoza. Mientras éste vivía aún en Voorburg, comenzó Tschirnhaus a estudiar matemáticas, en 1668 en la Universidad de Leyden, mas al estallar ese mismo año una guerra en la que Holanda era uno de los beligerantes, abandonó las fórmulas y los teoremas para participar en la contienda. Y en 1674, cuando ya hacía cuatro años que Spinoza vivía en La Haya, entró en relación con el filósofo cuya obra publicada no le era desconocida. Más todavía, tuvo en sus manos la *Ética* de la que circulaban varios manuscritos entre los amigos de Spinoza. El 8 de octubre de 1674 lo vemos dirigirse a Spinoza con una carta en la que habla de la *Ética* y pide al filósofo que le aclare algunos puntos. El Conde von Tschirnhaus supo captarse la simpatía y la confianza del filósofo. Era un hombre de inteligencia no vulgar y tenía un auténtico interés por la filosofía espinociana. Spinoza lo estimaba y escuchaba sus observaciones. Atendiendo a indicaciones de Tschirnhaus, eliminó algunas contradicciones que éste le señaló en el texto de la *Ética*[57].

En 1675 se encontraron en Londres, Tschirnhaus, el joven adepto de Spinoza, y Oldenburg, el viejo amigo del filósofo. Oldenburg no desistía de sus objeciones a Spinoza; defendía obstinadamente al filósofo el joven que acababa de llegar en viaje del Continente a Inglaterra. De este encuentro entre los dos surgió una carta de Oldenburg a

[57] El Conde Tschirnhaus escribió una obra, *Medicina Mentis,* inspirada en el pensamiento de Spinoza, particularmente en la *Reforma del Entendimiento*. Obra poco conocida hoy, es considerada por Ernst Cassirer como una expresión ilustrativa de las tendencias espirituales de la época.

Spinoza. Hacía 10 años que la correspondencia entre ambos se había interrumpido. La carta dice así: "No quiero dejar pasar la buena ocasión que me ofrece la partida para Holanda del muy sabio señor Bourgeois, doctor en medicina de Caam, que pertenece también a la Iglesia reformada, para hacerle saber que hace algunas semanas le he escrito a usted para agradecerle el envío de su *Tratado,* pero dudo de que mis cartas le hayan llegado regularmente. Le exponía allí mi sentimiento sobre su obra. Considero ahora que mi juicio era prematuro después de haberla releído y examinado más de cerca". Algunos biógrafos piensan que esto lo decía Oldenburg por influencia de sus conversaciones con Tschirnhaus. Oldenburg termina, como sabía hacerlo antes, declarándose admirador de Spinoza, "admirador ferviente" de su ciencia y de su virtud. La carta anterior a esta a que nos estamos refiriendo y que Oldenburg dice haberle escrito a Spinoza, no se encuentra en el epistolario del filósofo. Esa de la que hemos reproducido unas líneas es del 8 de junio de 1675. Al mes siguiente vuelve Oldenburg a escribir a Spinoza. Era el 22 de julio de 1675 cuando Oldenburg le expresaba al filósofo: "No quiero, señor, que el comercio epistolar tan felizmente restablecido entre nosotros sufra una interrupción por mi negligencia en cumplir un deber amistoso. Su respuesta del 5 de julio me comunica que tiene usted la intención de publicar su *Tratado* en cinco partes. Permítame que le comprometa por la sinceridad de mi afecto a no mezclar en él nada que tenga aire de afectar la práctica de la virtud religiosa, teniendo sobre todo en cuenta que este siglo, en su degeneración y su corrupción, nada acepta más ardientemente que las proposiciones

cuyas consecuencias parecen proporcionar un amparo a los vicios reinantes".

"Ciertamente no rehusaré recibir algunos ejemplares de ese *Tratado;* solamente le rogaré que cuando llegue el momento, los dirija a un negociante holandés que vive en Londres y que me los trasmitirá. No será necesario decir que esos libros me serán entregados. Tan pronto me hubieran llegado me será sin duda fácil repartirlos entre mis amigos y apreciar cómo juzgan la obra...".

El *Tratado* a que aquí se refiere Oldenburg es la *Ética.* La carta anterior hablaba del *Tratado Teológico-Político.* El secretario de la *Sociedad Real* de Londres en ningún momento compartió las ideas de Spinoza, pero su respeto por filósofo era sincero y sus deberes de mensajero intelectual los sabía cumplir con tanta lealtad como prudencia. No quería recibir directamente del "ateo" Spinoza ejemplares del libro en el que temía que hubiese expresiones incompatibles con la religión. Pero también es verdad que no se negaba a hacerlos llegar a sus amigos, entre los cuales Spinoza era conocido, para que juzgaran la obra que no hubo de publicarse en vida del filósofo. Hemos hecho un merecido paréntesis de la reanudación de la correspondencia Oldenburg - Spinoza. Oldenburg fue de los primeros hombres de jerarquía intelectual que entraron en relación con Spinoza. Tschirnhaus, el joven espinociano, fue quien durante su visita a Londres promovió la reiniciación del intercambio epistolar entre ambos.

De Londres se dirigió Tschirnhaus a París. Desde Francia escribe a Spinoza cartas

que certifican la calidad moral e intelectual de su autor. Gebhardt juzga que, después de Leibniz, era Tschirnhaus la personalidad de más volumen entre cuantas mantuvieron correspondencia con Spinoza, La última carta de Spinoza a Tschirnhaus es del 15 de julio de 1676. Ella contesta a una de Tschirnhaus del mes anterior en la que manifestaba al filósofo que había ciertas expresiones poco claras en la *Ética*. Spinoza explica a su manera lo que su joven discípulo no se explicaba. La correspondencia del filósofo ya tocaba a su fin. Se interesaba Spinoza en un descubrimiento reciente sobre la refracción de la luz y pedía a Tschirnhaus que le informara lo que al respecto supiese. Sobre un difícil problema metafísico que Tschirnhaus le planteó y que Spinoza comenta, le dice: "Pero quizás algún día le hablaré de esto más claramente, si tendré bastante vida para ello, pues hasta ahora me ha sido imposible disponer nada en orden sobre este asunto". La vida no le permitió ya mucho a Spinoza ocuparse de la cuestión sugerida por Tschirnhaus. Hacía un año que el quebranto de su salud se había agravado. Quedó sin respuesta la pregunta de Tschirnhaus, pregunta que encierra una aguda crítica a la filosofía espinociana.

Entre quienes mantenían correspondencia con Spinoza en aquellos tiempos de La Haya, se cuenta el doctor G. Hermann Schuller, médico de Ámsterdam y adepto entusiasta del filósofo. Era diecinueve años más joven que Spinoza. De cultura poco más que mediana, escribía a Spinoza sobre temas diversos. Se complacía en hablar

de Spinoza. Ciertamente lo admiraba; es dudoso que lo comprendiera.

No se sabe si Schuller acostumbraba hacer frecuentes visitas a Spinoza. Varias con toda seguridad tuvieron lugar. La última ciertamente fue aquella en que le tocó asistir al fallecimiento del filósofo. De todas maneras, la correspondencia con Schuller fue para Spinoza una especie de descanso. La vivacidad enérgica del joven médico era además un estimulante grato al filósofo enfermo. Schuller murió dos años después que Spinoza, cuando apenas había cumplido veintiocho.

Entre las cartas que Spinoza recibió en La Haya figura una del 14 de septiembre de 1674, escrita por el abogado Hugo Boxel, de Gorkum. Boxel había sido magistrado en su ciudad natal desde 1655 a 1659. Era miembro activo del partido de Juan de Witt. Cuando el *Pensionario* fue asesinado, terminó la carrera del doctor Boxel. En el epistolario del filósofo se comprueba que a Boxel se le ocurrió preguntarle a Spinoza su opinión "sobre los fantasmas, los duendes o los espíritus". Quería saber si Spinoza creía en su existencia. Quería saber si son mortales o inmortales. Le resultaba penoso continuar ignorando la opinión del filósofo sobre este asunto, acerca del cual le constaba una cosa, y era que los antiguos habían creído en los fantasmas, los duendes o los espíritus. También le constaba que los filósofos y teólogos modernos admiten "hasta ahora" la existencia de criaturas de esta clase.

Pero como los teólogos y filósofos modernos “no se entienden sobre su esencia”, quería que Spinoza le diese la clave de la verdad en la materia que le preocupaba. El joven Hugo Boxel sabía que algunos piensan que los fantasmas, duendes o espíritus están compuestos de una materia muy tenue, mientras otros suponen que son seres espirituales. Deseaba saber, si admitiendo Spinoza la existencia de fantasmas, cree que éstos son almas de personas difuntas.

La respuesta de Spinoza está llena de gracia. Es una de las que destruyen la consagrada imagen del filósofo solemne. Dice así a su curioso corresponsal: “Su carta recibida ayer me ha sido muy agradable. Deseaba tener algunas noticias de usted y veo que no me ha olvidado. Otros quizás juzgarían como un augurio impertinente el que usted me escriba sobre el asunto de los espíritus. A mi juicio, por el contrario, hay ahí algo que merece consideración. No solamente las cosas verdaderas, sino también las chilindrinas y las imaginaciones pueden serme útiles”.

“En todo caso, dejemos de lado por el momento la cuestión de saber si los espectros son fantasmas de la imaginación, ya que le parece extraño negar su existencia, o sólo ponerla en duda cuando hablan de ella tantas historias antiguas y modernas. La gran estima que siempre le he tenido y le continúo teniendo y el respeto que le debo, no permiten que le contradiga y menos aún que me burle de usted. Emplearé un término medio y le pediré que entre todas las historias de espectros que ha leído

elija alguna, la que deje menos lugar a dudas y muestre más claramente que los espectros existen. Yo debo confesarle que jamás he visto un autor digno de fe que pruebe claramente su existencia. Y hasta ahora ignoro lo que son y nadie jamás ha podido informarme a su respecto. Sin embargo, es cierto que debemos saber qué es una cosa que la experiencia nos muestra tan claramente. Si no es así, parece muy difícil que la existencia de los espectros provenga de alguna historia. Lo que surge es la existencia de alguna cosa de la que nadie sabe qué es. Si los filósofos quieren llamar espectros a lo que ignoramos, no negaré su existencia pues hay una infinidad de cosas que ignoro".

"Le pediré, pues, señor antes de explicarme más ampliamente sobre este punto, que me diga qué son esos espectros y espíritus ¿Son niños, son tontos, son insensatos? Todo lo que se me ha referido de ello corresponde más a seres privados de razón que a sabios. Y son puerilidades, diré con indulgencia, o ello recuerda los juegos a que se entregan los simples".

Después de estas líneas que seguramente debieron dejar atónito al confiado Boxel, hace Spinoza un poco de psicología. En los relatos sobre fantasmas y espectros se advierte particularmente lo que los hombres quisieran que sea. Estos relatos permiten inventar de acuerdo a las inclinaciones de cada cual. Permiten agregar o suprimir detalles en conformidad con el gusto del relator. Spinoza termina

diciéndole a Boxel que espera que le comunique cuáles son las historias de fantasmas que han determinado en su espíritu una convicción tal que la duda respecto de ella le parezca absurdo. No hubo de tardar Boxel en contestarle a Spinoza cuáles eran los motivos que le hacían pensar que los fantasmas existen. Entre otras razones, piensa que la parte más elevada de la atmósfera, que no puede hallarse vacía, está llena de habitantes espirituales. También a esta carta contestará Spinoza. Esta vez la respuesta ya será más seria, hasta virulenta. Boxel había llegado a la conclusión de que existen espíritus de todo género, salvo del sexo femenino. Plinio el joven y Suetonio aparecen en la disputa. Verdad es que Boxel, deseoso de saber la opinión de Spinoza, tenía ya la suya muy bien formada.

No eran los fantasmas asunto que pudiese preocupar a Spinoza. Hallábase entonces atareado en la terminación de la *Ética,* y en la redacción de otros trabajos en los que se mostraba, a la vez que pensador habituado a reflexionar hondamente los temas sobre que escribía, hombre versado en disciplinas varias. Leía atentamente libros fundamentales sobre las materias que más le interesaban. En su modesta habitación en la casa de van der Spyck tenía al alcance de su mano una biblioteca no muy nutrida, pero valiosa. Ella ha sido en parte reconstruida. Se conocen hoy los títulos de ciento sesenta libros que Spinoza consultaba mientras estaba entregado a su obra literaria, obra que quedó trunca en algunos de sus escritos.

CAPITULO XXV

LOS ÚLTIMOS ESCRITOS DE SPTNOZA

El Compendio *de gramática hebrea, su mérito. El* Tratado Político. *El estudio sobre el* Arco Iris. *Dos proyectos literarios de Spinoza:* Álgebra *y* Filosofía de la Naturaleza.

En 1675 había terminado Spinoza definitivamente la redacción de su *Ética.* Sabemos ya que además de los *Principios de la Filosofía de Descartes,* obra aparecida en latín con el nombre de Spinoza, y del *Tratado Teológico-Político,* que provocó una viva agitación, otros dos escritos había compuesto, los primeros que salieron de su pluma: el *Breve Tratado sobre Dios, el hombre y su felicidad,* descubierto apenas a mediados del siglo pasado, y la *Reforma del Entendimiento* de la que hemos dado noticia en el capítulo XI. Con esto y la correspondencia no estaba concluida toda la labor literaria de Spinoza. Recién llegado a la madurez, a pesar de su salud quebrantada, de algunas dificultades económicas y de las preocupaciones que le fueron creadas por la controversia promovida por la aparición del *Tratado Teológico-Político,* continuó trabajando. *Compendio de una gramática de la lengua hebrea* es el título de un estudio

de Spinoza hecho con profundo conocimiento del hebreo y de los ensayos de gramática de ese idioma escritos en la Edad Media. Spinoza procura establecer las leyes gramaticales de dicha lengua y lo hace de una manera no exenta de originalidad. Como en el caso de la exposición de la filosofía de Descartes, también en este de la gramática hebrea redactó Spinoza el escrito a instancia de amigos suyos. No se sabe si pensaba destinado a la publicidad. En todo caso, podía ser útil a quienes tuviesen serios conocimientos del idioma. Creía el filósofo que los libros de gramática hebrea existentes no eran auxiliar eficiente para la adecuada interpretación de las Escrituras. El trabajo quedó inconcluso; falta en él todo lo que se refiere a la sintaxis del idioma. No se puede afirmar con certeza si fue la muerte prematura del autor o simple despreocupación de éste lo que hizo interrumpir la obra. De ella circularon manuscritos entre los allegados del filósofo.

Spinoza había adquirido conocimientos de gramática hebrea en la escuela judía el "Árbol de las Vidas" con su maestro Menassé ben Israel, el cual había escrito, él también, una gramática que nunca se publicó.

En su *Compendio* desarrolla Spinoza ideas de su concepción filosófica general. El verbo es para él un derivado del sustantivo. Algunos de sus comentaristas han visto en el pensamiento lingüístico de Spinoza una anticipación de cerca de dos siglos y medio a tesis análogas expuestas por Guillermo Wundt en su *Psicología de los*

Pueblos.

En muchos detalles le reconoce extraordinaria perspicacia el profesor N. Porges[58], "el mejor conocedor de la historia de la gramática hebrea" en nuestro tiempo. En su estudio minucioso sobre la obra de Spinoza gramático, rinde justicia a éste por la agudeza y la audacia de no pocas de sus opiniones, a la vez que señala más de un error en las citas que el filósofo trae en su *Compendio.*

Mientras Spinoza trabajaba en su gramática hebrea, daba término a una traducción del *Pentateuco* al holandés. Así lo informa Colerus en su biografía. El texto de la traducción de Spinoza, muy diferente, según el testimonio de quienes lo vieron, de la versión ortodoxa conocida en Holanda, no llegó a publicarse. El mismo Spinoza, poco antes de morir, lo arrojó al fuego. Afirman algunos autores que no le satisfacía su propia labor.

En capítulos anteriores nos hemos referido a la intención de Spinoza de escribir unas aclaraciones al *Tratado Teológico-Político.* Efectivamente, las redactó en latín en forma de notas marginales en distintos ejemplares de la obra. Ellas fueron reproducidas en las ediciones de varias traducciones al holandés y de una al francés. Alguna vez han aparecido en fascículo aparte. Y no es improbable que en la misma época en que se ocupaba en escribir los agregados aclaratorios al *Tratado Teológico-*

[58] N.Porges, en *Chronicon Spinozanum*, t. IV, 1926, págs. 123-160.

Político, se hubiera ocupado también en la composición del *Compendio* de gramática hebrea a que nos hemos referido antes. En cierta manera, se trataba de asuntos estrechamente ligados entre sí.

Spinoza consideraba que algunos de sus críticos no habían comprendido el sentido de su obra; le interesaba, además, desvirtuar la acusación de ateísmo muchas veces repetida contra él. Tal fue el propósito de las *aclaraciones,* que no llegaron a publicarse en vida de él.

En aquellos días el *Tratado Teológico-Político* continuaba siendo motivo de polémica. Spinoza, de su parte, creía necesario precisar más su pensamiento sobre el Estado y el régimen más adecuado para la vida pública.

El *Compendio* de gramática hebrea se relacionaba con los estudios de Spinoza de los textos de la Escritura de que hace exégesis en el *Tratado Teológico-Político.* Era en cierto modo una derivación del aspecto *teológico* de su gran obra. El aspecto político de los temas que en ella examinó, le sugirió también nuevas reflexiones. Lo prueba el *Tratado Político.* Según declara en una carta el propio Spinoza, lo escribió a pedido de uno de sus amigos. También este *Tratado* quedó sin terminar; al parecer, fue ése el trabajo a que estaba dedicado en los últimos meses de su vida. En dicha obra Spinoza es adversario de la monarquía; mas tampoco faltan en ella expresiones contra el régimen republicano tal como había sido practicado en Holanda. Algunas

de las críticas del filósofo han sido interpretadas como dirigidas al gobierno de su amigo Juan de Witt. Más de un autor ha señalado ciertas coincidencias entre las ideas de Spinoza y las de Hobbes. Otros, en cambio, sostienen que lo esencial del pensamiento de Spinoza fluye de su propia doctrina filosófica general y de su personal manera de fundar una teoría del Estado.

Prueba de la variedad de los intereses intelectuales de Spinoza en el período final de su corta vida la constituye el hecho de que temas muy diversos fueron por él encarados en los últimos de sus escritos. Además de los ya nombrados, redactó en aquellos años uno sobre el *Arco Iris*, de inspiración cartesiana (Descartes mismo había compuesto una pequeña obra sobre el mismo asunto); más se lo recuerda hoy por el hecho de ser una revelación de lo vasto de la curiosidad de Spinoza que por su contenido. Se publicó una década después de la muerte del filósofo.

El *Tratado Político* y el *Compendio de una Gramática de la lengua hebrea* son dos proyectos literarios parcialmente realizados por su autor. Otros dos tenía el filósofo: un libro de álgebra y una *Filosofía de la Naturaleza* que fuese complemento de la

Ética. No pudo ya llevarlos a cabo.

CAPITULO XXVI

LOS ULTIMOS DIAS Y LA MUERTE DE SPINOZA

Los últimos días de Spinoza. Su enfermedad. La muerte del filósofo. Su entierro. El legado a la posteridad. La edición póstuma de sus obras. El carácter de Spinoza.

La muerte acechaba a Spinoza. Largos años padeció una enfermedad incurable. ¿Contribuyeron sus disgustos, las difamaciones de los adversarios del *Tratado Teológico-Político,* a apresurar el desenlace? A esta pregunta responde afirmativamente la última página de la biografía de Spinoza escrita por Lucas, siempre apresurado. Lucas termina su relato describiendo el físico de Spinoza, su talla mediana, los rasgos bien proporcionados del rostro, la piel oscura, el cabello negro y rizado, los ojos pequeños y vivos, la "fisonomía muy agradable y el aspecto portugués". Recuerda el humor complaciente de Spinoza, "sus encantos

particulares". Y luego trae estas palabras: "Ha tenido la felicidad de morir en el más alto punto de la gloria sin haberla mancillado con mancha alguna, dejando al mundo estudioso y sabio el pesar de verse privado de una luz que no le era menos útil que la luz del sol. Pues aunque no fue bastante feliz para ver el fin de las últimas guerras, cuando señores de los Estados Generales retornaron el gobierno de su imperio semiperdido, sea por la suerte de las armas o por la de un azar desdichado, no ha sido pequeña felicidad para él la de haber escapado a la tempestad que sus enemigos le preparaban. Lo habían hecho odioso al pueblo, porque supo dar los medios de distinguir la hipocresía de la verdadera piedad y de extirpar la superstición".

"Nuestro filósofo es, pues, muy feliz, no sólo por la gloria de su vida, sino por las circunstancias de su muerte; la enfrentó con ojo intrépido, como lo sabemos por quienes estuvieron presentes. Diríase que hubiera querido sacrificarse por sus enemigos, a fin de que su memoria no fuese manchada por un asesinato".

A pesar de estas palabras, no fue el odio de sus enemigos lo que puso fin a sus días. El primero de los biógrafos de Spinoza estaba invariablemente inclinado a magnificar a su personaje como a presentar en trazos siniestros a sus adversarios.

Spinoza mismo veía acercarse el ocaso de su vida. Es verdad que la lucha contra el *Tratado Teológico-Político* se había tornado violenta[59]. El filósofo mismo había hablado

[59] Uno de los amigos de Spinoza, Adrián de Koerbagh, había sido condenado a diez años de cárcel y a diez de destierro por las "herejías" contenidas en un libro suyo. Se le procesó en 1668. Los documentos del

en su correspondencia de la hostilidad de sus adversarios, pero fue la tuberculosis la que le trajo la muerte.

A comienzos del año 1677 se agravó la enfermedad del filósofo. De cuando en cuando recibía la visita de un amigo. Los más de ellos vivían fuera de La Haya.

De Ámsterdam solía venir el doctor Schuller para ver al enfermo y prescribirle medicamentos. A principios de febrero de 1677 lo encontró en un estado del que daba cuenta en una carta dirigida a Leibniz el 6 de ese mes: "Temo que el señor Benedicto de Spinoza nos abandonará pronto, porque la tuberculosis de que sufre, enfermedad heredada de su familia, parece cada día más grave"[60].

Spinoza mismo advertía que se aproximaba el desenlace. En su existencia sencilla evitaba el derroche de sus energías escasas; pero de nada valió el ahorro de sus reservas vitales ante la enfermedad que lo consumía.

¿Le aterraba la muerte? En el cuarto libro de su *Ética,* que estaba terminada dos años antes, dice en la proposición LXVII: "Un hombre libre en nada piensa menos que en la muerte, y su sabiduría no es una meditación sobre la muerte, sino sobre la vida".

---

proceso se hallan reproducidos en *Zum Carácter Spinozas*, Philosophische Weltbibliothek, III, pág. 141. A juzgar por las palabras de Lucas, Spinoza se habría encontrado expuesto a correr la misma suerte.

[60] Ludwig Stein, *Leibniz und Spinoza*, pág. 285.

Demuestra Spinoza el teorema con estas palabras: “Un hombre libre, es decir, un hombre que vive de acuerdo con los dictados de la razón solamente, no es conducido por el miedo de la muerte sino que directamente desea el bien; es decir, desea actuar, vivir y preservar su ser de acuerdo con el principio de buscar su propio provecho. Por eso, en nada piensa menos que en la muerte y su sabiduría es una meditación sobre la vida”.

Spinoza procuraba no hablar del mal de que padecía a los hospitalarios van der Spyck. Deseaba evitarles toda aflicción y aún en los momentos más penosos no abandonaba su sonrisa.

Cuando vio acercarse el fin, dispuso que su mesa de trabajo y sus manuscritos fueran entregados -los últimos para ser revisados- a su amigo Juan Rieuwertsz. Parte de su biblioteca la entregó al médico y amigo doctor Schuller. Los manuscritos que no quiso que vieran la luz los quemó él mismo. Se iba preparando para la muerte el hombre que en una carta había dicho: “Me esfuerzo en vivir mi vida, no en la tristeza y en el suspiro, sino en la tranquilidad, en la dicha y en la alegría”. Estaba a punto de extinguirse el hombre para quien era verdad esta sentencia: “Cuanto mayor es nuestra alegría, tanto es mayor la perfección que alcanzamos”.

Los más de los biógrafos de Spinoza evocan las últimas horas de su vida en palabras parecidas a éstas:

El sábado 20 de febrero de 1677 los dueños de casa, los piadosos van der Spyck, van a la iglesia protestante; ha de celebrarse allí una festividad solemne. A las cuatro de la tarde regresan. Spinoza va al encuentro de ellos. Le hablan del sermón que habían escuchado. En la cocina de la casa está Spinoza con sus huéspedes. Conversan sobre las cosas del día. El filósofo fuma su pipa habitual y habla serenamente, suavemente. Cuando el amigable coloquio concluye, va Spinoza a descansar en su pieza. Se sentía fatigado.

A la mañana siguiente Spinoza se encuentra con los van der Spyck antes de que ellos se dirijan a misa. Llega entretanto el doctor Schuller; no tarda en comprobar que Spinoza no tiene para vivir más que unas horas. Al volver de la iglesia los van der Spyck encuentran ya al médico junto al lecho de quien estaba moribundo.

A las tres de la tarde del veintiuno de febrero de 1677 terminó la vida de Benedicto Spinoza. Tenía cuarenta y cuatro años y dos meses. Sobre sus últimos momentos traen versiones distintas sus primeros biógrafos. El médico que lo asistió, jamás publicó una línea acerca del postrer instante del filósofo que, según uno de sus cronistas, "murió plácidamente con la dulce certeza de haber enseñado la verdad".

Colerus, que admiraba la conducta de Spinoza, que admiraba el carácter de Spinoza, refiere que le han contado que el "impío" solía decir en las últimas semanas de su vida: "Oh, Dios, ten piedad de mí, miserable pecador". Agrega que

no ha podido confirmar esta versión; por el contrario, advierte que los van der Spyck le aseguraron que Spinoza tuvo "una firmeza verdaderamente estoica" en los días finales de su existencia. Más aún, agrega que quería contagiar esta virtud estoica a quienes le rodeaban.

Nada dispuso Spinoza sobre sus magros bienes antes de fallecer. Nunca aspiró a más riqueza que la muy escasa necesaria para una sepultura. El mismo día de la muerte de Spinoza, en horas de la noche, van der Spyck se dirigió al notario Wilen van der Abe para que acudiera a su casa y tomara las providencias jurídicas pertinentes. Todos los efectos del filósofo fueron llevados a una pequeña habitación que fue sellada[61].

Entre los primeros amigos de Spinoza que acudieron a la casa mortuoria estaba el librero Juan Rieuwertsz. Rieuwertsz se hizo cargo de los gastos del sepelio. El cantor de la iglesia luterana, Pablo van der Haar, con aficiones de carpintero, hizo el ataúd que debía alojar los restos del filósofo muerto en la casa del número 32 de la Pavilionsgracht, de La Haya.

Parece que Spinoza tenía acreedores. Un farmacéutico de nombre Schroder se opuso a que los restos fueran sepultados antes de que le hubiese sido pagada la

[61] En *Zum Charakter Spinozas* se hallan los datos que consignamos aquí.

deuda del difunto. Reclamaba poco más de seis florines. Indignado, van der Spyck pagó esta deuda. No menos exigente fue el peluquero cirujano que había atendido en los últimos días a Spinoza; su derecho era por servicios de tres meses. Dos hojalateros vinieron también a exigir sus créditos. Uno de ellos había suministrado a Spinoza algunos objetos útiles para sus experimentos de física. Van der Spyck también garantizó a estos acreedores que sus reclamos les serían satisfechos.

El entierro tuvo lugar el 25 de febrero, en el cementerio de la Iglesia Nueva. Seis carrozas acompañaron los restos, cuenta Colerus, y agrega que personalidades eminentes se hallaban en el cortejo. ¿Estaban allí los grandes viejos amigos de Spinoza? No se sabe con exactitud si alcanzaron a llegar para rendir su último tributo al filósofo. En La Haya estaban Lucas, Cuffeler y Saint Glains. Rieuwertsz, Hudde y Meyer pudieron haber llegado de Ámsterdam.

En el registro del enterratorio se encuentra esta anotación: “25 de febrero. En este día fue enterrado Benedicto Spinoza, el cual vivía frente a las casas del hospital”. La tumba de Spinoza se hallaba cerca de la de Juan de Witt. Más tarde se dio sepultura en ella a otros restos. Los amigos de Spinoza hubieron de pagar quince florines por derecho de inhumación.

El primer tiempo ninguna inscripción señalaba el lugar en que descansaba Spinoza. Años después el predicador Carolus Teumann, enemigo irreconciliable del filósofo,

compuso esta inscripción para su sepulcro: "Desprecia a Benedictus de Spinoza, a su tumba. Aquí yace Spinoza. Si su palabra no puede ser enterrada, que entonces la peste del alma no lo devore nunca del todo". Unos versos agraviantes completaban la inscripción, para expresar la condena de la memoria de Benedictus de Spinoza, "judío renegado que luchó solo contra Dios con salvajismo". "No ha visto nunca el infierno monstruo más horrible"[62].

Según Carl Gebhardt, las de la Iglesia Nueva "eran tumbas arrendadas y después de doce años los sepultados en ellas eran arrojados al osario y, finalmente, sus restos depositados en tierra, detrás del templo. Desde el 250º aniversario del fallecimiento del filósofo existe allí una placa con la siguiente inscripción: *Terra hic Benedicti de Spinoza in Ecclesia Nova olim sepulti ossa tegit*".

A poco de fallecer Spinoza comenzaron a ralear las filas de sus amigos. En septiembre de 1677 murió Henry Oldenburg. En octubre del año siguiente falleció el doctor Jacob Osten, en Rotterdam. El médico de Spinoza, Georg Hermann Schuller, falleció el 2 de septiembre de 1679, cuando no tenía más de 28 años. Dos años más tarde, en noviembre de 1681, fallecía en Ámsterdam el viejo y fiel Luis Meyer. No pasaron más de dos años y desaparecía del mundo de los vivos Jarig Jelles.

[62] Del último capítulo de la obra de Schatzky sobre *Spinoza y su ambiente*.

Algunos días después de la muerte de Spinoza comenzó la liquidación de su herencia material. El joven Juan Rieuwertsz intervino en ello. A principios de marzo hizo un inventario de las cosas que a su muerte dejó el filósofo. Le ayudaron un notario, van der Spyck y un médico de La Haya, Abraham Slingerla, amigo de Spinoza del cual nada se sabe. En este nuevo inventario se comprobó que había más objetos que los registrados en el primero. Eran algunas humildes ropas. Pero varios de los efectos inventariados la primera vez habían desaparecido. Los libros de Spinoza, cartas y otros objetos, tentaron a más de una persona. Había en el hurto no poca piedad, no poco homenaje al filósofo fallecido.

Ya dijimos que la mesa de escribir del filósofo fue entregada a Rieuwertsz antes de la muerte de Spinoza. Por esa mesa hubo una discusión con los familiares del filósofo. No faltaron quienes dijeran que en el mueble había guardado dinero.

Poco tiempo después llegó de Schiedam Isaac de Vries, el hermano de Simon de Vries, grande e invariable amigo de Spinoza, muerto joven. Se apresuró a pagar a van der Spyck cuanto Spinoza le había quedado debiendo. Pero aún había que abonar otras deudas; objetos de Spinoza hubieron de ser vendidos en subasta pública. En un periódico apareció este anuncio: “En La Haya, en la casa del señor Hendrick van der Spyck, decorador que vive en Pavilionsgracht, frente a la calle Dubeles, serán vendidas el próximo jueves 4 de noviembre a las 9, todos los objetos

que quedaron del fallecido Benedictus de Spinoza, esto es, libros, manuscritos, lentes, vidrios de aumento, vidrios pulidos y diversos instrumentos de pulir; también algunas piedras de las que se emplean en esmerilar; grandes y pequeños recipientes metálicos, etc.”.

Sólo por los escasos libros de Spinoza que aun quedaban, hubo ofertantes sin avaricia. Los manuscritos estaban a buen recaudo en poder de Rieuwertsz en Ámsterdam. El producto líquido de la subasta fue de 392 florines. Los parientes de Spinoza que acudieron a reclamar la herencia desistieron de su propósito. La pobreza del filósofo era mayor aún de lo que habían imaginado.

Mas quedaba otro bien de Spinoza: sus escritos. Parece que al principio no tuvo Juan Rieuwertsz intención de publicarlos. Faltaban los recursos económicos y nada halagüeño era el ambiente. Se explica que el doctor Schuller hubiese pensado seriamente en vender para la biblioteca de Hannover el original de la *Ética,* proyecto a que ya nos referimos al comentar las relaciones entre Leibniz y Spinoza. Sólo pasaron unas semanas y los amigos del filósofo se reunieron y resolvieron publicar la *Ética* junto con sus otros trabajos. Ya no se podía hablar del propósito de vender el manuscrito que Leibniz había visto en manos de Spinoza en La Haya.

El 29 de marzo de 1677 escribía Schuller a Leibniz en una carta que era menester desistir del proyecto, porque, no sólo la *Ética,* sino también todos los escritos inconclusos de Spinoza serían editados en Holanda. Y agregaba el doctor Schu11er: "Le confío esta novedad, y no dudo de que la mantendrá en secreto hasta para su familia, a fin de que nuestro plan no sea malogrado". En ese momento el doctor Schuller tenía en su poder el tratado sobre la *Reforma del Entendimiento,* el *Tratado Político* y una serie de cartas.

Planteábase el problema de las expensas de la edición. Los fieles amigos del filósofo decidieron contribuir en la medida necesaria para llevar a buen término la iniciativa. El doctor Meyer, el doctor Bouwmeester y el doctor Schuller se contaron entre los contribuyentes a la edición póstuma de las obras de Spinoza. De las cartas fueron eliminadas las expresiones personales. Se suprimieron los nombres de los destinatarios vivientes a quienes estaban dirigidas epístolas del filósofo, y sólo fueron conservados los nombres de aquellos que habían sido sus adversarios.

Se pensó hacer también una edición en holandés. La traducción fue encomendada a Juan Hendricks de Glazemaker. Jarig Jelles, el primer protector de Spinoza, compuso en holandés un prólogo a los escritos póstumos, prólogo en el que trae algunos datos biográficos de interés. El doctor Meyer y, tal vez, Glazemaker tradujeron este prólogo al latín, idioma que Jelles no sabía redactar. Rieuwertsz hizo

un grabado de Spinoza, para el cual el doctor Bouwmeester escribió en lengua latina unos versos en los que más o menos decía así: "El que ha penetrado la Naturaleza, Dios y la ley de todo, Spinoza, aparece en este cuadro. Sólo el pincel magistral de Stuicises podría pintar su rostro. Pero tampoco sus fuerzas serían capaces de reflejar su espíritu. Revela su potencia en los libros; trata los más elevados asuntos. Quien quiera conocer su espíritu, lea sus obras".

Los enemigos de Spinoza no se llamaron a silencio después de su muerte. No fue caprichosa la advertencia de Schuller a Leibniz de que no hablara con nadie del plan de editar los escritos del filósofo. Había que tomar en cuenta la situación del ambiente, pues el "hereje" provocaba odios aun cuando ya había desaparecido del mundo de los vivientes.

Cinco meses después de haber fallecido Spinoza ya estaban en prensa sus escritos. Sus amigos -ya lo dijimos- tuvieron la intención de hacer dos ediciones. Una en holandés y otra en latín. En octubre de 1677 estaba terminada la edición latina. Comprendía el volumen la *Ética,* el *Tratado Político,* el tratado sobre la *Reforma del Entendimiento,* la *Correspondencia* y el *Compendio de una gramática de la lengua hebrea.* No entraban en la edición el *Tratado sobre el Arco Iris,* ni el *Breve Tratado sobre Dios, el hombre y su felicidad,* de cuyos antecedentes ya nos hemos ocupado.

En el prólogo, escrito por Jarig Jelles, se dice al lector: "Los escritos que este

volumen contiene están en su mayoría inconclusos y se ha de lamentar que el autor no los haya revisado y mejorado. A pesar de eso, se ha considerado oportuna su publicación porque el mundo culto sacará de ellos no poca utilidad, y el lector que sea al mismo tiempo filósofo aumentará con ellos su saber". Refiere Jarig Jelles brevemente la biografía de Spinoza y explica por qué no se halla impreso el nombre de éste: "El nombre del autor, tanto sobre la cubierta como en el libro, sólo aparece con las iniciales. Esto se debe a que poco antes de su muerte exigió explícitamente que su nombre no figurase en la *Ética,* que ya durante su vida había preparado para la impresión. La causa de esta prohibición parece ser que no quería que su doctrina llevase su nombre".

Termina la advertencia con unas palabras de admiración y afecto: "Todos aquellos que aman sinceramente la verdad y aspiran a un conocimiento fundamental y seguro de las cosas, sin duda deplorarán profundamente el que los escritos de nuestro filósofo en su mayor parte estén sin terminar. Es verdaderamente de lamentar que la muerte haya arrebatado tan prematuramente a quien había llegado tan lejos con su investigación de la verdad y se mostraba tan dispuesto a seguir adelante con el trabajo. El pesar es aún mayor porque se podía esperar de él, no sólo la conclusión de sus escritos, sino toda una filosofía a la que alude en distintos pasajes del tratado sobre la *Reforma del Entendimiento*...". Sobre la cubierta no aparecía el nombre del editor Juan Rieuwertsz. Era conocido y perseguido. Por defenderse y por defender la

obra de Spinoza fue prudente. De análogo modo había obrado su padre cuando publicó la primera edición del *Tratado Teológico-Político.*

Una vez publicada la edición póstuma de los escritos de Spinoza comenzaron las diatribas contra su difunto autor. Juan Georg Graevius inició los ataques: "En Holanda ha aparecido un libro muy hereje: la doctrina de Spinoza sobre las costumbres y el alma con otras obras que quedaron de él, llenas de inferioridad y de negación de Dios. Verdaderamente merece ser arrojado de nuevo en las oscuridades del infierno, de donde llegó a la luz del mundo para vergüenza y burla de la humanidad. La tierra durante largas generaciones no ha conocido monstruo más perverso. Con argumentos agudos quiere sacudir en el mundo la creencia común en Dios y en la inmortalidad del alma y desarraigarla del corazón de los hombres. ¡Dios ha de sacar esta peste de la tierra!".

Los consistorios calvinistas juzgaron que era grave pecado la lectura de Spinoza. El de Leyden declaró, el 4 de febrero de 1678, que el libro de la edición póstuma "provoca horror". Después de examinar varios pasajes del volumen, resolvió que "el peligroso y venenoso libro sea en lo posible prohibido". En junio del mismo año el burgomaestre de la ciudad de Leyden decidió quemar la obra de Spinoza.

Pocos días después resolvieron los *Estados de Holanda y de la Frisia Occidental* publicar un decreto prohibiendo definitivamente que fuese conocida la herencia

dejada por Spinoza. En las ciudades holandesas apareció una proclama en la que se decía: "Los Estados de Holanda y de la Frisia occidental saludan a todos aquellos que verán este cartel u oirán leerlo. Comunicamos que hemos sabido de un cierto libro bajo el nombre: *B. d. S. Escritos póstumos,* y nos hemos convencido de que el libro contiene muchas opiniones herejes, ateas y pecadoras. Por este libro puede ser apartado del camino único de la salvación no sólo el lector común, sino que también puede ser destruida la enseñanza del nacimiento y de la resurrección de Jesús como muchos otros dogmas fundamentales de la común religión cristiana. Además, el autor ha ignorado y ha desechado la autoridad de los milagros por los que Dios Todopoderoso ha querido demostrar su poder y su fuerza divina para fecundar la fe cristiana. Lo hace de una manera que quiere persuadir al lector de que la verdad de la revelación divina debe ser vigorizada, no por los milagros, sino por la razón de la enseñanza misma. Llama ignorancia a los milagros y dice que ella es la fuente del mal. Luego arguye que cuando no se es capaz de interpretar algo por causas naturales, entonces se acude a la fe y el resultado son los milagros. Acepta que cuando los hombres no llegan a debida profundidad en ni conocimiento de las leyes de la Naturaleza, resulta comprensible que ciertos fenómenos se presenten como milagros".

"Además el autor ha empleado muchos y diversos métodos de utilizar pruebas que están en contradicción con la moral de los Escritos Sagrados y los dogmas de la

salvación como son enseñados en las iglesias públicas. Y todo esto lo ha hecho para proteger sus afirmaciones antes mencionadas, hostiles a la religión y en su esencia ateas. Como sentimos el mayor desagrado ante la impresión, la venta y la difusión de este libro, por eso hemos resuelto que era oportuno declarar que el libro es hereje, pecador y ateo". "Lo hacemos ahora y con esto prohibimos bajo el más severo castigo que el libro sea difundido, impreso, vendido o reimpreso, como también traducido".

"En estos países también se ha de reprimir con todas las fuerzas el libro y procurar en toda oportunidad que el ciudadano sencillo no sea descarriado por enseñanzas tan ateas y no sea apartado del camino de la fe verdadera. Y para que nadie pueda invocar el pretexto de la ignorancia, ordenamos que este cartel sea conocido y colocado en todas partes y tenga, donde corresponde, el efecto que habitualmente tienen carteles en asuntos de esta naturaleza". La proclama lleva la firma de Simon van Beaumont y fue dada el 25 de junio de 1678. Está fechada en La Haya.

Al año siguiente fue incluido en el Index el *Tratado Teológico-Político* y en 1690 corrieron la misma suerte todos los escritos del filósofo. Hoy, un padre jesuita, el recientemente fallecido von Dunin Borkowski, merece a justo título ser calificado como el más laborioso investigador de la vida y de la obra de Baruj Spinoza.

No nos corresponde hacer aquí la historia de la suerte que corrió el pensamiento de

Spinoza después de su muerte: las raras alternativas que hubo de atravesar; su casi olvido; su reaparición.

Hemos hecho el relato de la vida de Spinoza desde su nacimiento en el barrio de los hebreos sefarditas de Ámsterdam hasta su fallecimiento en una modesta casa de La Haya. Cuarenta y cuatro años y dos meses vivió el hombre cuya conducta es sin duda uno de los grandes ejemplos de fervorosa dedicación al pensamiento. También es el de Spinoza un admirable ejemplo de fidelidad de los actos a las ideas. En su doctrina, voluntad e intelecto están fundidos, identificados, y en su existencia la conducta y las ideas fueron inseparables.

No ofrece la vida de Spinoza abundancia de episodios externos ruidosos. No tuvo contacto con la multitud, pero nunca fue el ermitaño de que muchas veces se ha hablado. Le interesaba la compañía de los seres humanos; gustaba del diálogo. Todos los biógrafos que han podido recoger impresiones de sus contemporáneos nos ofrecen la misma imagen del hombre cordial, de gestos serenos, de palabra meditada. ¿Quiere esto decir, acaso, que fue hombre sin pasiones? Si no las hubiera experimentado, no se habría esmerado tanto en describirlas, en analizadas. ¿Se puede adquirir conocimiento de ellas sin una noción interna de su índole? No le eran extrañas las pasiones. Supo dominar aquellas, que juzgaba incompatibles con la

dignidad humana.

Tuvo vida afectiva, su alma vibró al diapasón de todas las emociones. Quería vivir en la alegría, en una alegría que nos recuerda la recientísima *joie* de Bergson, expresión de la íntima cercanía del ser individual con el principio de las cosas. Pero no sólo procuró experimentar la alegría metafísica. El sollozo y el lamento no eran de su predilección en los aspectos prácticos de la vida, que no siempre le fue fácil. Fue austero pero no fue sombrío y nunca pregonó a los hombres la hosquedad. Aconsejaba a las gentes escuchar música, asistir a espectáculos teatrales, recomendando que fuesen preferidos aquellos que no producen tristeza, que no traen consternación.

Una larga e implacable enfermedad le impuso que fuese prudente en el manejo de sus energías físicas. Amaba la vida y por eso fue de una extrema avaricia en el desgaste del paupérrimo tesoro vital de su cuerpo. Este hecho no ha sido suficientemente destacado por los intérpretes del carácter de Spinoza.

Pese a lo que muchas veces se ha dicho, no eran ajenos a su espíritu los placeres artísticos. En su biblioteca encontramos a Cervantes, a Quevedo, a Góngora, entre otros. En ella encontramos a Virgilio y a Plauto y a Petrarca junto a Euclides. Le agradaba el arte pictórico. En Voorburg habitó en casa de un pintor y los más de sus años en La Haya los pasó en casa de un aficionado a la pintura. Él mismo se ejercitó

en el arte del dibujo.

Sabía encolerizarse y cuando ello ocurría, se levantaba bruscamente de entre sus contertulios o adoptaba una actitud de silencio hermético. La cólera le parecía algo que no debía revelarse ante los otros. Más todavía, como lo dijo en la tercera parte de la *Ética,* la cólera era para él "mala"; mala porque despoja el alma de la paz y de la alegría.

Su primer biógrafo, Lucas, nos dice que a Spinoza nunca se le ocurrió pensar que la desdicha nos es menos ruda cuando la padecemos en común con otras personas. Lo contrario habría sido signo de ignorancia, de falta de buen sentido. ¿Qué otra cosa es, en efecto, sino eso, el incluir las penas comunes entre los consuelos? El mismo Lucas refiere que Spinoza era generoso; que aún en la pobreza más extrema su generosidad parecía la de un opulento.

Tuvo Spinoza en su vida un gran amor: el amor de la verdad, la pasión de la libertad de pensar sin trabas, sin imposiciones exteriores de ningún género. Enemigo de las querellas, de los conflictos evitables, afrontó sin embargo un gran conflicto y varias querellas no pequeñas por esa pasión. Fue a su manera un luchador tenaz.

No era un hombre modesto en el sentido vulgar de la palabra. Tampoco era vanidoso en lo que el significado de este vocablo encierra de pretensión vacua, de ostentación,

de jactancia. Pero tenía un orgullo profundo, un fuerte orgullo que nacía de la certidumbre de que nunca era infiel a la verdad tal como la entendía. Ese orgullo se advierte, por ejemplo, en la carta a su discípulo Albert Burgh que hemos reproducido en su texto íntegro, donde Spinoza renuncia a la vanidad de creer que su filosofía sea la mejor de todas, pero donde manifiesta el orgullo de pensar que ella es *la verdadera.*

Esta pasión, su gran pasión, no fue la única. En la *Ética,* que es la depurada expresión de su pensamiento sobre Dios, el mundo y el hombre, se agitan intensas angustias de un ser emotivo bajo la rígida esquematización de las fórmulas de estilo geométrico. Y en la vida corriente también tenía pasiones Spinoza. Sabía indignarse hasta el límite ante lo que consideraba una iniquidad. Cuando su amigo Juan de Witt fue asesinado, quiso Spinoza, él solo, arriesgar su vida por condenar públicamente el crimen.

Su prudencia nunca fue cobardía, pero fue sí una prudencia extrema. *Caute* fue su escudo, fue el sello puesto al pie de varias de sus cartas. Pero esta cautela, esta prudencia, nunca lo llevó a sacrificar la sinceridad. Sabía irritarse y trataba de no exteriorizar su irritación. El silencio o las cortantes frases sarcásticas, utilizadas muy de cuando en cuando, eran sus armas frente a sus adversarios. Pero no consideraba como adversarios a los hombres que no compartieran sus ideas, ni se sentía

adversario de ellos. En el círculo de sus amigos más cercanos figuraron no pocos personajes de convicciones totalmente distintas de las suyas. Durante años y años mantuvo una correspondencia afectuosa con Henry Oldenburg de Londres, el cual admiraba a Spinoza pero disentía radicalmente de sus opiniones. No guardó rencor a los judíos que lo expulsaron de la Sinagoga aunque más de una vez se advertía en sus juicios severos un tono vehemente, apenas disimulado. En la antes citada carta a Albert Burgh evoca la imagen de un judío de quien él mismo tuvo datos y que entregó su vida en la hoguera invocando a su Dios en el postrer momento.

No fue Spinoza hombre santo, ni un mártir ni un héroe. Pero su audacia de pensador era de una temeridad poco común en la historia de la filosofía. Vida reconcentrada, que no se disipó en el gesto espectacular, en la ostentación ruidosa, no se presta a la reconstrucción fantástica. Goethe, que veneraba su memoria, advirtió cuán difícil es hasta para un poeta genial hacer de Spinoza un tema novelesco. Goethe conocía la obra de Spinoza. Las cartas de Spinoza eran por él juzgadas como el más extraordinario documento de honestidad, de amor a los hombres, que cabe leer. Goethe reconocía cuánto bien le había hecho la obra de Spinoza. En *Poesía y Verdad* habla de Spinoza más de una vez. No se adhería literalmente, declara, a todas sus opiniones. ¿Pero, se pregunta Goethe, podían acaso ser reprobables los principios de ese hombre cuya vida fue grata a Dios y a los hombres? Los propios adversarios de Spinoza han debido admitir la ejemplaridad de la vida del filósofo. Bayle en su

Diccionario acumula denuestos contra la doctrina de Spinoza, mas se inclina ante sus virtudes morales. ¿No dice la máxima evangélica: "por sus frutos lo conoceréis?". A juicio de Goethe, Spinoza fue un discípulo de Descartes, "que había subido a las más altas cimas del pensamiento con la cultura matemática y rabínica; un hombre que hasta el día de hoy parece ser la meta de todos los esfuerzos especulativos".

Tuvo Goethe una idea que nunca realizó. Había pensado escribir "la visita hecha a Spinoza por el Judío Errante", un diálogo entre ambos. "Aquella idea, dice Goethe, me complacía mucho y me gustaba tanto pensarla para mí que no llegué a escribir nada acerca de ella". Lamentable egoísmo el de Goethe. ¿Mas no cabe preguntar, por ventura, si la hazaña no era de cumplimiento difícil aún para quien dio muestras de capacidad para llevar a cabo tantas y tan grandiosas?

Lo único que de su vida espiritual ha dejado traslucir Spinoza es su pensamiento, el dinamismo soberbio de su intelecto, imponente aún para quienes condenan toda la construcción de su filosofía, desde los cimientos hasta la cúspide. Lo demás que bullía en él, sus ilusiones, sus dolores, lo mantuvo en una noble, admirable, reserva. Por eso persiste hasta hoy entre los estudiosos de su vida la controversia sobre sus amores; por eso hasta hoy conservan aire enigmático algunos episodios y aspectos de su existencia. Sus recuerdos y sus esperanzas fueron tesoro celosamente

guardado en su alma de hombre invariablemente optimista a pesar de las torturas físicas, que ciertamente no fueron las únicas que soportó con estoicismo. Ansiaba hacer conocer a los demás sus ideas, que juzgaba las únicas verdaderas. Por serlo, tenían carácter impersonal; pero lo singularmente suyo, los "afectos" que vivió, eso era de él, solamente. Quizás sus muy íntimos conocieran algo de ello. Y sus íntimos fueron dignos discípulos de ese gran maestro de pudor.

INDICE

Prólogo.

I

LOS ORÍGENES DE SPINOZA

Capítulo I — LOS JUDIOS EN HOLANDA. La comunidad de Ámsterdam. Los judíos españoles. Su historia. Las persecuciones. Los marranos. Los hebreos de origen ibérico en Holanda. La comunidad sefardita de Ámsterdam. Los judíos enla vida económica y cultural de Holanda.

Capítulo II. LA FAMILIA DE SPINOZA. Los antepasados de Spinoza. El padre de Baruj Spinoza. El medio familiar. Los primeros años de Spinoza. Los hermanos de Spinoza.

II

LA INFANCIA Y LA JUVENTUD DE SPINOZA. EL AMBIENTE ISRAELITA EN AMSTERDAM

Capítulo III. LA INFANCIA Y LOS PRIMEROS ESTUDIOS DE SPINOZA. Spinoza en la escuela el "Árbol de las Vidas". La enseñanza. Los maestros de Spinoza. Menassé ben Israel. Sus escritos. Su prestigio. Saúl Levi Morteira. Su intransigencia.

Capítulo IV. - GABRIEL o URIEL DACOSTA. La formación de Uriel Dacosta. Su educación católica. Su conversión al judaísmo. Las censuras de Dacosta a los "fariseos". Su excomunión de la Sinagoga. Controversia sobre la inmortalidad del alma. El arrepentimiento y el trágico fin de Dacosta. Su escrito póstumo; sus ideas.

Capítulo V. LA JUVENTUD DE SPINOZA. TENDENCIAS ESPIRITUALES ENTRE LOS JUDÍOS DE AMSTERDAM. Los estudios post-escolares de Spinoza. Spinoza comerciante. Spinoza después del fallecimiento de su padre. Las controversias religiosas. Las disputas entre ortodoxos y heterodoxos.

III ANTECEDENTES DE LA REBELDÍA DE SPINOZA LA EXCOMUNIÓN

Capítulo VI. EL "HEREJE" DANIEL (o JUAN) DE PRADO Y BARUJ SPINOZA. Las investigaciones de Gebhardt sobre Juan de Prado. La herejía de Juan de Prado. Las censuras de los contemporáneos. Las ideas de de Prado. Su influencia sobre Spinoza.

Capítulo VII SPINOZA SE APARTA DE LA SINAGOGA. Las "herejías" de Spinoza. Su excomunión de la Sinagoga. El relato de Lucas de los antecedentes del "proceso". El texto de la excomunión. Sus motivos.

IV

SPINOZA EN AMSTERDAM DESPUÉS DE SU EXCOMUNIÓN DE LA SINAGOGA

Capítulo VIII. SPINOZA DESPUÉS DE LA EXCOMUNIÓN. LAS SECTAS EN HOLANDA. Las sectas cristianas disidentes en Holanda. Los menonitas; su origen. Los socinianos; sus teorías y su desarrollo. Los colegiantes. La lucha contra el calvinismo. Las doctrinas de las sectas. Spinoza y los cristianos disidentes.

Capítulo IX. LOS PRIMEROS AMIGOS DE SPINOZA. Simón de Vries; sus estudios. Pedro Balling, autor de *La Luz en el Candelabro.* Jarig Jelles y su *Confesión de fe universal y cristiana.* El librero y editor Juan Rieuwertsz. El doctor Luis Meyer, médico y

teólogo. Un vagabundo que buscaba a Dios. El poeta malicioso y traductor de obras eruditas.

Capítulo X. - LA ESCUELA DE VAN DEN ENDEN. UN AMOR DE SPINOZA. Francisco van den Enden. Su vida aventurera. Spinoza y la escuela de van den Enden en Ámsterdam. El amor de Spinoza por Clara María, hija de su maestro. El relato de Colerus y las opiniones de Freudenthal, Dunin Borkowski y Frederick Pollock. El amor de Spinoza en la literatura.

V. SPINOZA EN RIJNSBURG

Capítulo XI. SPINOZA EN RIJNSBURG. EL "BREVE TRATADO" Y LA "REFORMA DEL ENTENDIMIENTO". La vida de Spinoza en Rijnsburg. Sus visitantes. Stenon y Coccejus. Los primeros escritos de Spinoza. El *Breve Tratado*. Su historia. La *Reforma del Entendimiento*.

Capítulo XII. SPINOZA Y OLDENBURG. Henry Oldenburg, secretario de la *Sociedad Real* de Londres. Sus viajes y sus vinculaciones. La correspondencia entre Oldenburg y Spinoza. Sus discrepancias. Oldenburg intermediario entre Robert Boyle y Spinoza.

Capítulo XIII. SPINOZA ESCRIBE SOBRE DESCARTES. Descartes en Holanda. La enseñanza del cartesianismo en las universidades holandesas. Spinoza escribe una exposición de los *Principios* y de las *Meditaciones* de Descartes. La colaboración de Juan

Casearius. La publicación de la obra. Elogios y censuras.

VI. SPINOZA EN VOORBURG.

Capítulo XIV. LA VIDA DE SPINOZA EN VOORBURG. Spinoza en Voorburg. Estudiosos, gobernantes y militares le visitan. Amigos y adversarios holandeses y extranjeros. Comienza la amistad de Spinoza con Juan de Witt. La muerte de Simón de Vries. Su legado a Spinoza.

Capítulo XV. OLDENBURG PIDE A SPINOZA NOTICIAS SOBRE EL "MESÍAS" DE ESMIRNA. Zabetai Zeví, "mesías" de Esmirna. Su proyecto de redención de Israel. Propagación de la leyenda del "mesías". Los judíos de Ámsterdam y la promesa de Zabetai Zeví. La interrupción de la correspondencia entre Spinoza y Oldenburg dejó sin respuesta la pregunta de Oldenburg sobre el "mesías".

Capítulo XVI. SPINOZA Y JUAN DE WITT. La amistad de Spinoza y Juan de Witt. La vida y la obra del Pensionario. Los conflictos internacionales y las luchas internas. La Iglesia y el Estado. La literatura polémica. El asesinato de Juan de Witt. La reacción de Spinoza.

Capítulo XVII. LABOR LITERARIA DE SPINOZA EN VOORBURG. La elaboración de la *Ética.* El *Tratado Teológico-Político.* Juan de Witt y el *Tratado* de Spinoza. Las primeras ediciones de la obra. Spinoza polemiza con un comerciante en trigo sobre

cuestiones de metafísica y teología.

VII EN LA HAYA

Capítulo XVIII. SPINOZA EN LA HAYA: "POBREZA Y ENFERMEDAD". El traslado de Spinoza a La Haya. Sus motivos. La vida del filósofo: pobreza y enfermedad. El retraimiento del filósofo. Spinoza dibujante. La redacción definitiva de la *Ética*.

Capítulo XIX. LA LUCHA CONTRA EL TRATADO TEOLÓGICO- POLÍTICO. Los primeros críticos del *Tratado*. Teólogos y profesores. Los sínodos calvinistas. La controversia de Spinoza con Velthuysen. Su importancia. La prohibición del *Tratado* por la autoridad civil.

Capítulo XX. SPINOZA ES INVITADO POR LA UNIVERSIDAD DE HEIDELBERG. La universidad de Heidelberg. Su reconstrucción por el Elector Carlos Luis. La enseñanza de la filosofía en Heidelberg. La invitación a Spinoza. Texto del rochazo. Sus causas.

Capítulo XXI. ¿SPINOZA DIPLOMÁTICO? El ejército del príncipe Condé en Holanda. La ocupación de Utrecht. Spinoza es invitado a la sede del Estado Mayor de Condé. La mediación de Juan Bautista Stoupe. El ensayo de Stoupe sobre la religión en Holanda. El viaje de Spinoza. Su posible propósito. El regreso y la reacción de los enemigos de Spinoza.

Capítulo XXII. UNA POLÉMICA EPISTOLAR. La conversión de Nicolás Stenon al catolicismo. Su escrito dirigido a Spinoza. La conversión de Albert Burgh. La carta de éste al filósofo. La respuesta de Spinoza. Spinoza polemista.

Capítulo XXIII. LEIBNIZ Y SPINOZA. La personalidad de Leibniz. Su vinculación con amigos de Spinoza. La correspondencia entre Leibniz y Spinoza. La visita de Leibniz a La Haya. El encuentro con Spinoza. El interés de Leibniz por la *Ética.*

Capítulo XXIV. LOS AMIGOS DE SPINOZA EN LOS ÚLTIMOS TIEMPOS DE SU VIDA. Visitantes curiosos de Spinoza. Sus recuerdos. Lucas, el primer biógrafo de Spinoza, personalidad de difícil identificación. El Conde von Tschirnhaus. La reanudación de la correspondencia con Oldenburg. El doctor Schuller. Una controversia sobre los fantasmas.

Capítulo XXV. LOS ÚLTIMOS ESCRITOS DE SPINOZA. El *Compendio* de gramática hebrea, su mérito. El *Tratado Político.* El estudio sobre el *Arco Iris.* Dos proyectos literarios de Spinoza: *Álgebra* y *Filosofía de la Naturaleza.*

Capítulo XXVI. LOS ÚLTIMOS DIAS Y LA MUERTE DE SPINOZA. Los últimos días de Spinoza. Su enfermedad. La muerte del filósofo. Su entierro. El legado a la posteridad. La edición póstuma de sus obras. El carácter de Spinoza.

ÍNDICE